

LA CASA DE LAS AGUAS NEGRAS

VÍCTOR ULLOA

Atreyu

LA CASA DE LAS AGUAS NEGRAS

Víctor Ulloa

Atreyu Servicios Digitales

Atreyu

Derechos de autor © 2026 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados.

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada ni transmitida por cualquier medio sin el permiso expreso del titular de los derechos.

Edición digital: Atreyu Servicios Digitales.

CONTENIDO

PRÓLOGO — EL AGUA QUE NO OLVIDA

CAPÍTULO 1 — EL DESCUBRIMIENTO

CAPÍTULO 2 — ENTONCES: EL SEGRE

CAPÍTULO 3 — LA COMISARÍA DE LA VERNEDA

CAPÍTULO 4 — ENTONCES: LA REDADA

CAPÍTULO 5 — LA MADRE MUDA

CAPÍTULO 6 — ENTONCES: LA CASA DEL PADRE

CAPÍTULO 7 — EL INFORME ROTO

CAPÍTULO 8 — ENTONCES: LA RADIO DEL BAR SOLER

CAPÍTULO 9 — EL AGENTE NUEVO

CAPÍTULO 10 — EL OTRO AGUA

CAPÍTULO 11 — EL CONSTRUCTOR

CAPÍTULO 12 — UN CASO CERRADO ANTES DE ABRIRSE

CAPÍTULO 13 — LA INCINERACIÓN

CAPÍTULO 14 — ENTONCES: LA PLACA

CAPÍTULO 15 — EL SÓTANO DE BRION

CAPÍTULO 16 — LA CASA DEL CONSTRUCTOR

CAPÍTULO 17 — ENTONCES: ALÈXIA
CAPÍTULO 18 — LA RECAÍDA
CAPÍTULO 19 — LA CARTA
CAPÍTULO 20 — ENTONCES: LA MANO QUE SUELTA
CAPÍTULO 21 — EL JUEZ
CAPÍTULO 22 — LA RADIO DEL BAR SOLER, OTRA VEZ
CAPÍTULO 23 — EL INFORME DE VILANOVA
CAPÍTULO 24 — ENTONCES: LA REDADA, DESPUÉS
CAPÍTULO 25 — LA PRESIÓN
CAPÍTULO 26 — EL NOMBRE DEL JEFE
CAPÍTULO 27 — LA CONFRONTACIÓN
CAPÍTULO 28 — ENTONCES: LA MADRE
CAPÍTULO 29 — LA HERMANA
CAPÍTULO 30 — BERROCAL
CAPÍTULO 31 — ENTONCES: ROSALINDA
CAPÍTULO 32 — LA MAQUETA
CAPÍTULO 33 — LA MARISMA, DE NOCHE
CAPÍTULO 34 — EL HOSPITAL, EL SILENCIO
CAPÍTULO 35 — UN CASO ARCHIVADO
EPÍLOGO — EL AGUA QUE NO OLVIDA (II)
GRACIAS POR LEER

LA CASA DE LAS AGUAS NEGRAS

Víctor Ulloa

PRÓLOGO — EL AGUA QUE NO OLVIDA

Besòs, verano de 1990

El metal conserva el frío incluso en agosto.

Lo sabes porque llevas la placa en el bolsillo desde que saliste de casa y cada vez que la rozas con los dedos sientes el mismo escalofrío que cuando todavía significaba algo. No la credencial que entregaste en 1978, aquella que quedó sobre la mesa de un comisario que apenas conocías, sino la primera chapa del Cuerpo General de Policía. La que te dieron en 1954. La que sobrevivió a traslados, reformas, cambios de uniforme y nombres nuevos para costumbres antiguas.

La guardaste doce años sin decidir nunca si era una reliquia o una prueba.

Caminas despacio por la desembocadura del Besòs.

Han levantado muros. El cauce está más domesticado. Algunas fábricas han cerrado y otras han cambiado de dueño. El río ya no exhala la misma mezcla de amoníaco, aceite y materia podrida que se pegaba a la garganta en invierno. Hay gaviotas. Bicicletas. Un hombre pasea un perro junto a una barandilla nueva.

Podría parecer otro lugar.

No lo es.

Doce años bastan para cambiar una orilla. No una memoria.

Te detienes donde calculas que estuvo el juncal. No queda nada que puedas señalar con seguridad. El terreno ha sido removido tantas veces que el punto exacto donde apareció el cuerpo de Rosalinda Vega solo existe ya dentro de ti. Durante años creíste que recordar consistía precisamente en eso: conservar coordenadas. Un metro de barro. Una herida. Un zapato flotando boca abajo.

Ahora sabes que la memoria es menos obediente.

Rosalinda tenía quince años cuando la encontraste el 14 de febrero de 1978. Durante mucho tiempo dijiste que aquel día empezó el caso. Era una forma cómoda de contarlo. Los casos policiales empiezan cuando alguien los escribe. Las tragedias, casi nunca.

La habías encontrado antes sin conocerla.

En cada denuncia archivada porque una muchacha pobre seguramente se habría ido con un hombre. En cada parte redactado para que una paliza pareciera una reducción necesaria. En cada puerta que no abriste porque otro policía te dijo que no era asunto tuyo. En cada ocasión en que confundiste seguir dentro con poder cambiar algo.

Rosalinda ya estaba allí.

Esperando.

La niña muerta.

Siempre la niña muerta.

Sacas del bolsillo la fotografía escolar que llevas en la cartera desde entonces. El papel ha amarilleado por los bordes. Una esquina está doblada. En la imagen, Rosalinda tiene el pelo recogido y la expresión tensa de quien no termina de confiar en la cámara. Durante años fuiste incapaz de mirar esa cara sin superponerle la nuca hundida en el barro.

Te costó aprender a separarlas.

La muchacha de la fotografía no está muerta.

Debe veinte duros a una amiga. Dibuja vestidos en los márgenes de los cuadernos. Quiere ver Lisboa y París. Discute con su madre.

Fuma cuando no debería. Miente. Se enfada. Sueña con una tienda que lleve su nombre. Todavía cree que un padre rico puede ser una puerta y no otra forma de encierro.

Guardas la fotografía.

Esa no has venido a tirarla.

La placa pesa más.

En el reverso, tu nombre casi se ha borrado.

SILVESTRE AMAT FERRAGUT.

Cuando te la entregaron tenías veintitrés años y estabas convencido de que el orden era lo contrario del miedo. Tardaste media vida en comprender que a veces el orden es solo miedo administrado con formularios, sellos y hombres convencidos de que obedecer evita el caos.

Marcos también está aquí.

No en el Besòs.

En el agua.

En todas.

Cierras los ojos y el Segre vuelve con una precisión que te irrita. Tienes diecisiete años. Tu hermano resbala. Extiende una mano. Tú la agarras. El agua tira. Él pesa menos de lo que debería pesar una vida entera. Y entonces dudas.

Medio segundo.

Quizá menos.

Lo suficiente para fabricar cuarenta años.

Has contado esa escena tantas veces dentro de tu cabeza que ya no sabes qué parte pertenece al recuerdo y cuál al castigo. Lo único cierto es que Marcos murió y tú no. Todo lo demás fue la historia que construiste para poder explicarte por qué.

Una bicicleta pasa detrás de ti. Un muchacho toca el timbre para avisar. Te apartas.

El presente tiene esa falta de respeto: sigue ocurriendo.

En 1982 viniste una mañana y no bajaste del coche. Había excavadoras removiendo la orilla. En 1986 llegaste por error, obligado por un desvío, y diste media vuelta antes de encontrar un sitio donde parar. Cada vez inventaste una razón distinta.

Tráfico.

Trabajo.

Prisa.

Ahora ya no necesitas excusas.

Has venido porque conservas la placa desde hace doce años y empiezas a entender que guardarla tampoco te hace más responsable.

Un hombre mayor se detiene junto a la barandilla. Lleva una bolsa de pan bajo el brazo.

—Ha cambiado mucho —dice.

Asientes.

—Sí.

—Antes esto apestaba.

—Sí.

El hombre mira el agua.

—Ahora hasta vuelven los pájaros.

Después se marcha.

Te quedas pensando en esa frase.

El río ha mejorado. Es verdad.

Aquí dejaron a Rosalinda. También es verdad.

Una cosa no absuelve a la otra.

Durante demasiados años necesitaste que el mundo funcionara como una sentencia: culpable o inocente, limpio o sucio, antes o después.

Quizá por eso la policía te pareció una salida cuando eras joven. La placa prometía fronteras claras. Más tarde descubriste que casi todos los desastres importantes empiezan en una zona donde nadie quiere decidir qué palabra corresponde.

Retención.

Protección.

Vigilancia.

Accidente.

Archivo.

Palabras útiles.

Palabras que permiten dormir.

Tocas otra vez la placa.

Piensas en Remei, que firmó un informe sabiendo lo que podía costarle. En Ventura, que llegó a la comisaría creyendo que las instituciones eran lo que decían ser. En Alèxia, que tardó treinta años en dejar de usar el nombre de Marcos como un arma. En Feliciana Vega, obligada a explicar una y otra vez que su hija podía haber mentido, robado, fumado o deseado marcharse sin que ninguna de esas cosas justificara que dejaran de buscarla.

Piensas incluso en Mercadal.

Eso te molesta.

Durante años quisiste reducirlo a traidor porque era más sencillo que recordar todo lo que aprendiste de él, todo lo que aceptaste y todas las veces que confundiste protección con deuda. Mercadal no te obligó a convertirte en el hombre que fuiste. Solo hizo más fácil seguir siéndolo.

Y piensas en Néstor Berrocal, muerto hacía tres inviernos en una clínica privada, con una esquela grande y una misa llena de hombres que pronunciaron palabras como empresario, familia y servicio.

A Rosalinda le dieron dos líneas.

A él, media página.

Durante mucho tiempo creíste que ese desequilibrio resumía el caso.

Ahora sabes que no.

El caso no cabía en un periódico.

Tampoco en un expediente.

Te alejas de la barandilla y caminas unos metros río arriba. Buscas, sin encontrarlo, el ángulo desde el que viste por primera vez el zapato. Quieres recordar el olor exacto de aquella mañana.

Amoníaco.

Plástico quemado.

Gasoil.

Agua podrida.

Lo recuerdas antes que la cara.

Siempre fue así.

Primero llegaba el olor.

Después el cuerpo.

Metes la mano en el bolsillo y cierras los dedos alrededor de la placa.

Todavía no.

Antes de soltarla necesitas recordar por qué la conservaste.

Y para eso tienes que volver a aquella mañana de febrero en que una muchacha apareció entre los juncos con un solo zapato y tú todavía creías que una investigación consistía en descubrir quién había hecho algo.

Aún no sabías que algunas muertes las comete una multitud sin ponerse de acuerdo.

ACTO I — LA NIÑA Y EL AGUA

CAPÍTULO 1 — EL DESCUBRIMIENTO

Barcelona, 14 de febrero de 1978

El olor del agua llegó antes que el cuerpo.

Silvestre Amat lo reconoció desde el coche, incluso con las ventanillas cerradas: amoníaco, combustible, materia podrida y aquel dulzor químico que el Besòs soltaba algunos días como si debajo del barro hubiera una fábrica enterrada. Había llovido desde la madrugada. La carretera de servicio era una lengua gris entre almacenes y descampados.

—Aquí —dijo el agente que conducía.

Silvestre abrió la puerta.

La humedad se le metió bajo la gabardina.

Tenía cuarenta y siete años y aquella mañana parecía mayor. Había dormido tres horas. Desde que dejó la bebida dormía peor, como si el alcohol hubiese sido también una forma de sueño y el cuerpo se negara a perdonarle la sobriedad. Encendió un Celtas sin filtro y lo mantuvo entre los labios mientras bajaba hacia la marisma.

Dos pescadores furtivos esperaban junto a un Seat 124. Uno llevaba botas de goma y una chaqueta de pana demasiado grande. El otro se había quitado la gorra y la retorcía con ambas manos.

—¿Quién la vio primero?

El de la gorra señaló a su compañero.

—Yo no la vi —dijo este—. Vi el zapato.

Silvestre miró hacia los juncos.

El zapato flotaba boca abajo en una charca, atrapado entre bolsas de plástico. Era pequeño, de piel marrón, con una hebilla lateral. Más allá, medio oculta por la vegetación, había una pierna.

Sintió la antigua presión detrás del esternón.

No era miedo.

El miedo llega antes.

Aquello era memoria.

—No pisen más —ordenó.

Se acercó por el mismo sendero de barro que habían usado los pescadores. A pocos metros, Noguera, un sargento de la Policía Armada, mantenía apartados a dos curiosos. El uniforme gris le oscurecía bajo la lluvia.

—Creemos que es joven —dijo.

Silvestre no contestó.

El cuerpo estaba de espaldas. Llevaba pantalones vaqueros, jersey claro y un solo zapato. El cabello negro se extendía en el agua como una mancha más densa que las demás. Había barro en los dedos, pero no debajo de las uñas. La ropa, pese al agua, parecía demasiado limpia.

Silvestre se agachó.

El Segre apareció sin pedir permiso.

Un golpe de sol sobre el río. Una mano pequeña. El grito de su madre mucho después.

Parpadeó.

Besòs.

1978.

Una muchacha muerta.

—¿La han movido?

—Nadie —dijo Noguera—. El practicante ha dicho que ni tocarla hasta que llegue el juez.

Silvestre acercó la mirada a la nuca. Bajo el pelo había una lesión pequeña, oscura, demasiado limpia para haberla causado una piedra del cauce. Vio también una línea rojiza en la muñeca izquierda.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—No sé.

—No te lo he preguntado a ti.

Noguera apretó los labios. Silvestre se incorporó. No pretendía humillarlo. Últimamente la voz le salía así, como si cada frase tuviera que abrirse paso entre restos de óxido.

Llegó el juez instructor casi cuarenta minutos después, acompañado por un secretario judicial y un médico forense joven al que Silvestre no conocía. El levantamiento se hizo deprisa, bajo paraguas negros. Fotografías. Medidas. Una camilla que se hundía en el barro.

Cuando giraron el cuerpo, la muchacha mostró una cara sorprendentemente tranquila.

Tenía una cicatriz en la ceja derecha.

Un lunar junto a la boca.

Y quince años, pensó Silvestre.

Quince como mucho.

En el bolsillo trasero de los vaqueros encontraron una llave pequeña y una estampa de la Virgen de Montserrat, doblada cuatro veces. Ningún documento.

—Otra perdida —murmuró el secretario.

Silvestre lo miró.

—¿Cómo sabe que está perdida?

El hombre alzó los hombros.

—Ya me entiende.

Sí.

Lo entendía.

En los barrios del borde las muchachas podían desaparecer antes de que nadie reconociera que habían faltado. Bastaba con decir que se habían ido con un hombre, que eran difíciles, que frecuentaban malas compañías. A los quince años una chica pobre podía ser considerada adulta para cargar con la culpa y niña para no tener derechos.

Silvestre volvió a mirar el zapato que seguía flotando en la charca.

—Recójanlo también.

—¿Para qué? —preguntó Noguera.

Silvestre tardó en responder.

—Porque es suyo.

Mientras subían el cadáver a la ambulancia, uno de los pescadores se acercó.

—Inspector.

—Amat. Inspector Amat.

—Ya. Bueno. Hay algo.

El hombre señaló el cauce.

—Anoche no estaba.

Silvestre se volvió.

—¿Qué cosa?

—Ella. Venimos casi cada noche. A coger anguilas. Anoche no estaba.

—¿Está seguro?

—Del zapato sí. Eso lo habría visto.

Silvestre siguió la dirección de su mirada.

La corriente era escasa, espesa, incapaz de arrastrar un cuerpo desde muy lejos sin dejarlo marcado.

—Entonces la trajeron.

El pescador bajó la voz.

—Aquí vienen coches de noche. Camiones. Gente de las obras.

—¿Qué obras?

El hombre señaló un cartel medio vencido al otro lado del descampado. Bajo la lluvia se distinguían unas letras azules:

TERRALTA, S. A. — FUTURO DESARROLLO URBANO

Silvestre leyó el nombre dos veces.

No sabía todavía quién era Néstor Berrocal.

No sabía quién era Rosalinda Vega.

No sabía que, antes de acabar el mes, alguien intentaría borrar el informe de aquella autopsia y que su propio jefe le pediría que olvidara el nombre de la niña.

Solo sabía que el cadáver no había llegado con el río.

Alguien lo había llevado hasta allí.

Y el agua negra, por una vez, no había conseguido esconderlo.

La ambulancia tardó en marcharse porque una de las ruedas se había hundido en el barro. Mientras los hombres empujaban, Silvestre recorrió otra vez el terreno. No buscaba una revelación. Buscaba contradicciones.

Encontró tres.

La primera estaba en los pies de la muchacha. El zapato que conservaba puesto tenía barro en el tacón, pero la suela apenas estaba desgastada. No había caminado por la marisma. La segunda era la postura de las manos: una bajo el pecho, otra abierta junto a la cara, como si el cuerpo hubiese sido depositado más que arrastrado. La tercera estaba unos metros más arriba, junto a la pista: dos

marcas paralelas en el fango, semejantes a las que dejaría una manta o una lona al rozar el suelo.

—Fotografíe esto —dijo al agente de judicial.

El hombre miró el barro.

—Mañana no estará.

—Por eso.

—Con la lluvia no va a salir nada.

—Haga la foto.

El flash estalló bajo el cielo gris.

Silvestre se acercó después a los pescadores. Los separó para tomar declaración por separado. El de la gorra se llamaba Eusebio Cañadas, cincuenta y tres años, soldador en paro intermitente. El otro, Tomás Aguilar, trabajaba de noche en un almacén frigorífico y pescaba anguilas para venderlas a un bar de Santa Coloma.

—¿Vieron algún coche? —preguntó a Tomás.

—Muchos pasan.

—Anoche.

Tomás dudó.

—Uno claro.

—¿Marca?

—No sé. Grande.

—¿A qué hora?

—Sobre las once.

—¿Lo vio detenerse?

—No.

Silvestre anotó.

—¿Y Eusebio?

—Él se había ido a mear.

Cuando interrogó a Eusebio, este mencionó un coche oscuro, no claro, y situó la hora cerca de medianoche.

—Tomás dice que usted estaba orinando.

—Tomás dice muchas cosas.

—¿Estaba?

—Puede.

—¿Vio el coche?

Eusebio se frotó la nariz.

—Vi luces.

No era mucho. A veces era suficiente para que alguien rellenara después lo demás con imaginación. Silvestre apuntó las contradicciones y no eligió ninguna versión.

Noguera se le acercó con un pequeño envoltorio de papel.

—Esto estaba cerca del cuerpo.

Dentro había una horquilla de pelo y un trozo de hilo azul.

—¿De la chica?

—Ni idea.

—Embólselo por separado.

—Ya pareces forense.

Silvestre miró la marisma.

—Los muertos no protestan cuando los clasificamos mal.

Noguera se encogió de hombros.

—Los vivos tampoco mucho por aquí.

La frase quedó flotando entre ambos.

Silvestre conocía el barrio. Lo conocía desde antes de que muchos bloques tuvieran aceras, desde cuando las asociaciones de vecinos

reclamaban agua corriente y recibían visitas policiales. Sabía que una desaparición en Sarrià movilizaba llamadas, conocidos y porteros. En el Besòs podía convertirse en una frase mecanografiada: fuga voluntaria.

Volvió al cartel de Terralta. Había pequeñas piedras colocadas alrededor de la base, como si alguien hubiera asegurado recientemente los soportes. En el margen inferior figuraba un teléfono y una dirección en la avenida Diagonal.

Copió ambos datos.

—¿Qué mira? —preguntó Noguera.

—Una promesa.

—¿De qué?

Silvestre señaló la ilustración de familias junto a un río azul.

—De que todo esto dejará de parecer lo que es.

Noguera escupió al barro.

—Ojalá.

Silvestre no dijo que las ciudades a veces se limpiaban como los informes: quitando lo que molestaba de la vista.

Cuando se marchó, ya casi anochecía. Desde el coche observó durante unos segundos el lugar vacío que había dejado la ambulancia.

El cuerpo ya no estaba.

Sin embargo, el paisaje parecía más ocupado que antes.

Como si la niña hubiese llenado con su ausencia todo lo que la rodeaba.

A las seis de la tarde, de vuelta en comisaría, Silvestre encontró una nota del depósito judicial: la muchacha sería trasladada al Instituto Anatómico Forense al día siguiente. El nombre seguía pendiente de confirmación.

Se sentó ante la máquina de escribir para redactar el parte del hallazgo.

Cadáver de mujer joven, edad aparente entre quince y dieciocho años…

Se detuvo.

Mujer joven.

El lenguaje administrativo la envejecía de golpe.

Borró con corrector y escribió:

Cadáver de menor de sexo femenino…

Volvió a detenerse. No sabía todavía con certeza que fuera menor. Sabía, sin embargo, que si la describía como mujer el resto del expediente empezaría a tratarla como tal.

Reescribió:

Cadáver de adolescente…

Aquello tampoco era una categoría jurídica. Era, al menos, una verdad visible.

Noguera pasó por detrás.

—Te vas a quedar sin cinta de tanto corregir.

—Ya pediré otra.

—Pon «mujer» y termina.

Silvestre levantó la vista.

—¿Por qué?

—Porque es lo que se pone.

Era una explicación suficiente para casi todo en aquella casa.

Silvestre siguió escribiendo.

Incluyó el zapato separado del cuerpo, las marcas del terreno, el cartel de Terralta y la declaración contradictoria de los pescadores.

Dudó antes de incluir esta última. Sabía que un superior podía usarla para desacreditar ambos testimonios.

La incluyó de todos modos.

A las siete y media salió a fumar al patio. Un agente joven comentó que habían encontrado «una putilla en el río». Silvestre giró la cabeza.

—¿Quién te ha dicho eso?

El muchacho se encogió.

—Se comenta.

—No vuelvas a decirlo.

—¿Por qué?

Silvestre estuvo a punto de responder que porque no había prueba. Se dio cuenta de que esa no era la razón principal.

—Porque tiene nombre aunque todavía no lo sepamos.

El agente se marchó sin entender.

Silvestre tampoco estaba seguro de entenderse a sí mismo.

Había oído expresiones peores durante años sin reaccionar.

Tal vez la diferencia no estaba en la niña.

Antes de que llegara el furgón del depósito, Silvestre recorrió el borde de la marisma con Noguera detrás. No buscaba huellas. En aquel barro, después de tres días de lluvia, cualquiera podía fabricar una historia con dos pisadas y una rama rota. Buscaba otra cosa: aquello que no encajaba con la costumbre del lugar.

Había neumáticos medio enterrados, latas de aceite, una silla sin asiento y el esqueleto oxidado de una bicicleta infantil. También había jeringuillas, pocas todavía, dispersas entre los juncos. Más arriba, donde el terreno empezaba a secarse, encontró una cinta de tela azul enganchada a un alambre. La tocó con la punta de un bolígrafo. Limpia. Demasiado limpia para llevar mucho tiempo allí.

—¿De la chica? —preguntó Noguera.

—De alguien.

—Eso ayuda mucho.

Silvestre lo miró. Noguera tenía treinta y tantos, un bigote que parecía dibujado con carbón y la expresión resignada de quien llevaba media vida llegando siempre después de que ocurrieran las cosas. No era mal policía. Tampoco era especialmente bueno. En aquella comisaría, la diferencia entre ambas categorías solía consistir en cuánto estaba dispuesto uno a incomodarse.

Silvestre guardó la cinta en un sobre de papel.

—¿Quién dio el aviso exactamente?

Noguera señaló a los pescadores furtivos. Uno se llamaba Mateo Cazorla; el otro, Juanito Rivas. Los habían identificado por una libreta de multas antigua que Noguera conservaba en la guantera. Silvestre se acercó a ellos por separado.

Cazorla aseguró que habían llegado poco después de las seis, antes de que aclarara. Dijo que vio primero el zapato y luego el pelo. Rivas juró que fue al revés. Uno dijo que no tocaron nada. El otro admitió que había apartado una rama con el pie. Los dos olían a vino y a miedo.

—¿Venís mucho?

—A veces.

—¿Cuánto es a veces?

Cazorla se encogió de hombros.

—Cuando hay algo que sacar.

—¿Y hoy había?

El hombre miró el agua. La pregunta podía referirse a peces o a cadáveres.

—Hoy no.

Silvestre dejó que el silencio hiciera su trabajo. El Besòs sonaba detrás como una respiración enferma. A lo lejos, una sirena de

fábrica marcó las siete. Los dos hombres se miraron un instante. Fue suficiente.

—Habéis visto coches aquí otras noches —dijo Silvestre.

No era una pregunta.

Rivas se frotó las manos.

—Coches hay siempre.

—¿Qué coches?

—Los que tienen ruedas.

Silvestre se acercó un paso. No elevó la voz.

—Una niña está muerta. Si queréis haceros los graciosos, buscad otro día.

El hombre bajó los ojos.

—Negros —murmuró—. Coches negros. Grandes. De gente con dinero.

—¿Cuándo?

—No sé. Hace semanas. Meses.

—¿Matrículas?

Rivas negó con la cabeza demasiado deprisa.

Cazorla habló entonces.

—Uno llevaba una pegatina en el cristal. Como un edificio.

—¿Qué edificio?

—No sé. Una torre. Dos torres, quizá.

Silvestre anotó aquello sin saber por qué. Dos torres. Podía ser el logotipo de una constructora, de un club de fútbol o la memoria defectuosa de un hombre que quería marcharse.

Cuando volvió junto al cadáver, Remei Vilanova ya estaba allí. Llevaba una gabardina beige sobre la bata, y el pelo oscuro recogido

con una horquilla que parecía a punto de rendirse. Se agachó junto al cuerpo sin saludarlo.

—Quince, quizá dieciséis —dijo.

—¿Cuánto tiempo?

—Muerta, no demasiado. Desaparecida de su vida normal, bastante más.

Silvestre vio que tenía las manos inmóviles sobre las rodillas.

—¿Por qué?

—Las uñas. El pelo. La piel de las muñecas. Alguien la mantuvo en un sitio cerrado. Comió. Se lavó. O la lavaron.

—¿Violencia sexual?

Remei levantó la vista.

—No voy a inventarte una respuesta bajo la lluvia para que puedas escribirla en un papel. En la mesa te diré lo que vea.

Era una de las razones por las que confiaba en ella: prefería parecer desagradable antes que exacta a medias.

Silvestre señaló la herida de la nuca.

—¿Eso la mató?

—Puede. Puede que no. Hay agua en los pulmones, pero hasta que abra no sabré si respiraba cuando entró al río.

El verbo abrir quedó entre ambos con una obscenidad clínica.

Remei observó el zapato flotante.

—¿Sabes qué me molesta?

—Muchas cosas.

—Que esté aquí.

—¿El cuerpo?

—Sí. Si quieres ocultar a alguien, no lo dejas donde el río puede devolverlo. Esto no parece un escondite. Parece una entrega.

Silvestre volvió a mirar la muchacha. Una entrega. La palabra era peor que abandono. Suponía destinatario.

El fotógrafo policial pidió que se apartaran. Disparó seis veces. Cada destello blanqueó el rostro de Rosalinda, aunque todavía ninguno de ellos conocía ese nombre. Silvestre pensó que las fotografías serían archivadas, numeradas, quizá extraviadas. La administración tenía una manera particular de convertir la carne en papel y el papel en nada.

A las ocho y cuarto llegó un coche oficial. Del asiento trasero bajó el subcomisario Ibáñez, enviado de Jefatura. Zapatos secos, paraguas negro, corbata perfectamente anudada. Miró el lugar con fastidio antes que con horror.

—¿Qué tenemos?

Silvestre resumió.

Ibáñez escuchó hasta oír la palabra «menor».

—¿Identificada?

—Todavía no.

—Entonces no tenemos menor. Tenemos una mujer joven sin identificar.

—Tiene quince o dieciséis.

—Cuando haya papeles tendrá edad.

Silvestre sintió una antigua presión detrás de los ojos. Había oído frases así durante años. No eran órdenes. Eran instrucciones sobre cómo debía existir la realidad para que cupiera en un expediente.

—Hay indicios de retención prolongada —dijo.

Ibáñez miró a Remei.

—¿Confirmado?

—Hay indicios —repitió ella.

—Entonces escriban indicios. Nada de secuestro hasta que sepamos quién es.

Se volvió hacia Noguera.

—Y despejen esto. No quiero periodistas en el barro.

Cuando el coche se alejó, Remei encendió un cigarrillo sin protegerlo de la llovizna. La brasa duró apenas unos segundos.

—Ya han empezado —dijo.

—¿Quiénes?

—Los que convierten una muerte en una palabra más pequeña.

Silvestre no respondió. Observó cómo los camilleros levantaban el cuerpo. Una mano de la muchacha cayó fuera de la sábana y quedó suspendida un instante. Él mismo la colocó dentro. La piel estaba fría y sorprendentemente ligera.

En la muñeca vio una marca más clara, rectangular, como si hubiese llevado durante mucho tiempo una pulsera o un reloj que ya no estaba.

—Remei.

Ella se acercó.

—¿Lo ves?

—Sí.

—Anótalo.

—Lo anotaré.

—No. Anótalo ahora.

Remei lo miró, comprendió y sacó una libreta del bolsillo.

Ese pequeño gesto —escribir una marca antes de que alguien pudiera decidir que no importaba— fue la primera desobediencia del caso.

Cuando terminaron con los pescadores, Silvestre caminó hasta la carretera para hablar con el primer agente que había llegado al aviso.

Se llamaba Morales y llevaba apenas seis meses destinado en el distrito.

—¿Quién tocó el cuerpo antes de que llegáramos?

—Nadie, que yo viera.

—¿Que tú vieras?

Morales señaló a los pescadores.

—Ellos estaban ya aquí.

—¿Y alguien más?

El agente dudó.

—Un coche.

Silvestre levantó la mirada.

—¿Qué coche?

—Se marchó cuando llegamos.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Pensé que sería un curioso.

—Los curiosos suelen quedarse.

Morales tragó saliva.

—Era oscuro. Grande. No vi matrícula.

—¿Conductor?

—Un hombre. Traje, creo.

—¿Solo?

—Sí.

Silvestre anotó.

—¿Hizo algo?

—Miró.

—¿Qué?

—El juncal. Como si supiera dónde estaba.

Silvestre sintió un cambio pequeño en el aire.

—¿Antes de que retiraran las ramas?

—Sí.

—Entonces podía verla.

Morales negó.

—Desde la carretera, no.

Se quedaron callados.

El hallazgo acababa de adquirir un testigo anterior a la policía.

—Quiero un parte por escrito —dijo Silvestre.

—¿He hecho algo mal?

—Todavía no. No lo empeores olvidándolo.

Morales asintió.

Silvestre volvió hacia el agua.

La niña seguía allí, pero el lugar ya no era el mismo. Cada dato nuevo desplazaba el centro de la escena unos centímetros.

Un coche.

Un hombre que sabía dónde mirar.

Tal vez no significara nada.

O quizá aquel hombre había llegado para comprobar si el río había terminado el trabajo.

Silvestre volvió a mirar el zapato flotante. Por primera vez desde que bajó del coche, la escena dejó de parecerle un hallazgo y empezó a parecerle una entrega.

CAPÍTULO 2 — ENTONCES: EL SEGRE

Lleida, invierno de 1948

El agua del Segre olía a piedra.

Silvestre tenía diecisiete años y manos de hombre antes de haber aprendido a serlo. Ayudaba a su padre en la curtiduría desde que cumplió catorce: cal, pieles, sangre seca bajo las uñas. Marcos tenía nueve y todavía podía regresar de la escuela con los bolsillos llenos de botones, chapas y cristales redondeados por el río.

Aquella tarde hacía frío.

Visitación había dicho que no bajaran al cauce.

Celestino no había dicho nada, que era su manera de estar de acuerdo.

Marcos siguió a Silvestre porque siempre lo seguía.

—Vete a casa.

—No.

—Mamá te va a matar.

—A ti primero.

Silvestre sonrió. Años después recordaría aquella sonrisa con una precisión insoportable. No el rostro entero de su hermano, no el

color exacto del jersey, sino la separación entre sus dos incisivos superiores.

Habían bajado buscando una navaja que Silvestre creía haber perdido junto al puente viejo. El río venía crecido. En la orilla quedaban ramas atrapadas contra las piedras y una espuma blanca que se deshacía con rapidez.

—Quédate ahí.

Marcos obedeció durante menos de un minuto.

Silvestre se agachó junto a un matorral. Vio algo metálico. Extendió la mano.

Oyó el chapoteo.

Cuando se giró, Marcos ya estaba dentro.

No gritó de inmediato. El frío le robó la voz. Dio dos pasos torpes sobre unas piedras cubiertas de verdín y cayó de rodillas. La corriente lo desplazó apenas un metro, lo suficiente para que dejara de tocar fondo.

Silvestre se lanzó.

El agua le cerró las piernas.

Agarró a Marcos por la muñeca.

—No me sueltes.

Marcos sí gritó entonces.

Silvestre tenía fuerza. Mucha más que él. Podía haberlo sacado.

Eso se repetiría durante treinta años.

Podía haberlo sacado.

Pero una rama gruesa bajó girando y golpeó a Silvestre en el hombro. Perdió pie. Sintió que la corriente lo arrastraba también.

Y dudó.

No más de un instante.

Apretar la mano de Marcos significaba hundirse con él. Soltarla significaba vivir.

El cuerpo eligió antes que la conciencia.

Los dedos se abrieron.

Marcos desapareció bajo el agua.

Silvestre gritó su nombre. Lo vio reaparecer unos metros más abajo, una mano, la frente, el jersey oscuro. Corrió por la orilla. Cayó. Se levantó. El río era más rápido.

Cuando llegó al remanso junto a los chopos ya no había nada.

Encontraron el cuerpo al día siguiente.

Visitación no lloró cuando se lo dijeron.

Celestino tampoco.

En la casa, el reloj de la cocina se paró a las seis y veinte. Nadie lo arregló.

Durante el velatorio, Silvestre mantuvo las manos debajo de los muslos para que nadie viera que le temblaban.

Alguien dijo:

—Ha sido un accidente.

Otro respondió:

—Dios sabrá.

Silvestre comprendió que los adultos decían cosas así cuando no querían mirar un hecho de frente.

Él sí sabía.

No había sido Dios.

Había sido una mano que se abrió.

La suya.

El entierro fue dos días después.

Celestino caminó detrás del ataúd con la espalda recta. Visitación llevaba a Alèxia de la mano. La niña tenía once años y no entendía por qué nadie pronunciaba el nombre de Silvestre cuando hablaban del accidente.

Él sí lo entendía.

En la salida del cementerio, un vecino le puso una mano en el hombro.

—Tuviste suerte, muchacho.

Silvestre se apartó.

La palabra lo persiguió durante años.

Suerte.

Comió con ellos en la mesa familiar y durmió en la cama de siempre. Durante semanas despertó convencido de que oía a Marcos en el pasillo. Una noche se levantó y abrió la puerta de su habitación. La cama estaba vacía. Sobre una silla seguía el abrigo pequeño de lana, con un botón distinto de los demás porque Visitación nunca había encontrado uno igual.

Silvestre lo tocó.

Su madre apareció detrás.

—Déjalo.

—Solo…

—He dicho que lo dejes.

La voz no fue alta.

Silvestre retiró la mano.

A partir de entonces comenzó a pasar más horas en la curtiduría. El trabajo agotaba el cuerpo y el agotamiento era una forma elemental de silencio. Raspaba pieles, cargaba cubos, cambiaba agua de los depósitos. El olor se le pegaba tanto que, incluso después de bañarse, seguía creyendo que llevaba muerte animal bajo las uñas.

Celestino nunca volvió a preguntarle qué había ocurrido en el río.

Aquello era peor que una acusación.

Una tarde de primavera, cuando el Segre había bajado, Silvestre regresó solo al lugar. Encontró la navaja que había ido a buscar el día del accidente. Estaba medio enterrada en la grava.

La abrió.

La hoja tenía óxido.

Pensó en tirarla al agua.

No lo hizo.

La guardó.

Durante años conservaría objetos que no quería porque deshacerse de ellos le parecía demasiado parecido a absolverse.

El verano siguiente, los amigos de Silvestre volvieron al río.

Él no.

Inventó trabajo en la curtiduría. Dolor en una rodilla. Cansancio. Cualquier cosa servía. Pasaba junto al Segre por rutas más largas para no oír el agua.

Un domingo, Alèxia lo siguió hasta el cementerio. Tenía once años y una terquedad que ya entonces se parecía a la de su madre.

—¿Por qué vienes solo?

—Vuelve a casa.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

Alèxia se plantó frente a él.

—Marcos también te seguía cuando se lo decías.

Silvestre sintió que le faltaba aire.

—No sabes nada.

—Sé que te fuiste con él y volviste sin él.

La niña no pretendía acusarlo. Solo ordenaba los hechos como podía.

Silvestre la agarró del brazo con demasiada fuerza.

—No vuelvas a decir eso.

Alèxia se soltó.

—Me haces daño.

Él la dejó ir de inmediato.

Aquel gesto, pequeño, se quedaría entre ambos durante décadas. Alèxia aprendería que su hermano llevaba dentro una habitación prohibida. Silvestre aprendería que podía proteger esa habitación haciendo daño a quien se acercara.

Esa también sería una costumbre que la policía sabría utilizar.

Durante el primer aniversario, Visitación llevó flores al río en lugar de al cementerio.

Silvestre la siguió a distancia. Su madre caminó hasta el punto donde encontraron el cuerpo y dejó un ramo de flores silvestres sobre una piedra. No rezó.

—Mamá.

Visitación se volvió.

—No deberías haber venido.

—Tampoco tú.

La mujer miró el agua.

—Yo puedo venir donde quiera.

Silvestre se acercó.

—¿Crees que está aquí?

—No.

—Entonces ¿por qué flores?

Visitación tardó.

—Porque aquí empezó lo que vino después.

La frase se quedó con él.

Durante años pensó que se refería al duelo.

Mucho más tarde entendería que hablaba también de la familia: del silencio, de la distancia, de una madre que ya no pudo mirar a su hijo mayor sin ver al menor desapareciendo bajo el agua.

Silvestre quiso decirle que lo sentía.

No lo hizo.

Visitación recogió una rama del suelo y la lanzó al cauce.

La corriente se la llevó.

—Todo acaba yéndose —dijo.

Silvestre miró cómo desaparecía bajo el puente.

No estaba de acuerdo.

En los días posteriores a la muerte de Marcos, la casa perdió los sonidos antes que los objetos. Primero dejó de oírse la radio. Después la máquina de coser de Visitación. Por último desaparecieron las discusiones de los padres, como si incluso el rencor exigiera una energía que ninguno conservaba.

Silvestre dormía con la puerta abierta. No porque tuviera miedo, sino porque esperaba escuchar los pasos de su hermano en el pasillo. Durante semanas creyó reconocerlos. Tres pisadas rápidas, una pausa, el roce de los calcetines contra las baldosas. Se incorporaba en la cama y encontraba únicamente el rectángulo negro del corredor.

Celestino regresó a la curtiduría cuatro días después del entierro. No dijo por qué. Probablemente porque allí el olor a cal y piel podrida era tan intenso que no dejaba espacio para recordar el río. Visitación, en cambio, dejó de salir salvo para misa. Las vecinas subían cazuelas, pan, garbanzos. Ella las recibía con un gesto cortés y las devolvía limpias, como si la gratitud pudiera medirse por el brillo del aluminio.

Una tarde, Silvestre encontró a su padre lavándose las manos en el patio. Las frotaba con un cepillo de raíces hasta hacerse sangre en los nudillos.

—Ya están limpias —dijo el muchacho.

Celestino siguió frotando.

—Nunca están limpias.

Silvestre no supo entonces si hablaba de la piel de los animales, del trabajo o de otra cosa.

El río siguió existiendo. Aquello fue lo peor.

Las semanas siguientes, el Segre pasó junto a Lleida con la misma indiferencia con la que había pasado antes. Hubo pescadores, carros que cruzaban el puente, ropa tendida en las orillas. Un domingo vio a dos niños lanzando piedras al agua y tuvo que apartarse para vomitar detrás de una tapia.

Alèxia, todavía pequeña, preguntaba por Marcos de maneras que los adultos no sabían responder.

—¿Dónde duerme ahora?

—Con Dios —decía Visitación.

—¿Y no tiene frío?

—No.

—¿Y puede respirar?

Entonces la madre se levantaba de la mesa.

Una noche, Silvestre oyó a sus padres discutir por primera vez desde el entierro. Hablaron en voz baja, pero el silencio de la casa amplificaba cada palabra.

—No puedes mirarlo así —dijo Celestino.

—¿Cómo quieres que lo mire?

—Es un crío.

—Marcos también.

Después hubo un golpe. No supo si una mano contra una mesa o una puerta cerrada demasiado fuerte.

Silvestre permaneció tumbado con los ojos abiertos.

Por la mañana, Visitación le sirvió leche sin mirarlo.

Él comprendió que existían condenas que no necesitaban juez.

Volvió al lugar del accidente en secreto a finales de marzo. El invierno empezaba a retirarse. Había hierba nueva entre las piedras y el nivel del río era más bajo. Se arrodilló donde recordaba haber visto por última vez la cabeza de Marcos.

Intentó reconstruir cada segundo.

La rama.

El hielo.

La mano.

El grito.

Su propia vacilación.

Durante años modificaría la escena para poder vivir con ella. Algunas veces se diría que la corriente era demasiado fuerte. Otras, que el hielo bajo sus pies habría cedido si avanzaba. Inventaría incluso que un hombre lo sujetó por la espalda y le impidió lanzarse. Ninguna de esas versiones era completamente falsa. Tampoco verdadera.

La verdad era más pequeña.

Hubo un instante en que pudo elegir.

Y tuvo miedo.

Se quedó allí hasta que oscureció. Cuando regresó a casa, Celestino lo esperaba en la cocina.

—¿Dónde estabas?

Silvestre no contestó.

Su padre observó el barro seco en los bajos del pantalón.

—No vuelvas.

—¿Por qué?

—Porque no vas a encontrar nada.

—A Marcos.

Celestino cerró los ojos.

—A Marcos menos que nada.

El muchacho sintió una rabia súbita.

—Tú no estabas.

Su padre abrió los ojos.

—No.

—Entonces no sabes.

—Sé que uno de mis hijos está muerto y el otro lleva un mes intentando ir detrás de él.

Silvestre apretó los puños.

—No quiero morirme.

—Pues empieza a comportarte como si fuera verdad.

Fue la conversación más larga que mantuvieron sobre Marcos.

Años después, cuando Celestino enfermó de los pulmones, Silvestre encontraría en una caja una noticia recortada del periódico local. Tres líneas sobre el ahogamiento de un niño en el Segre. El recorte estaba doblado tantas veces que había terminado por romperse justo en mitad del nombre de Marcos.

Su padre también había conservado una forma de culpa.

Solo que nunca se la enseñó a nadie.

El día del entierro, un cura dijo que Marcos estaba en un lugar mejor.

Silvestre lo odió por eso.

No porque no creyera en Dios. Porque si existía un lugar mejor, significaba que la casa, la mesa, Alèxia y él mismo pertenecían a uno peor.

Después del cementerio, los adultos hablaron en la cocina. Nadie dejó entrar a los niños.

Silvestre escuchó detrás de la puerta.

—Fue un accidente.

La voz de Celestino.

—No estaba usted allí.

La de un guardia.

—No hace falta estar para saberlo.

—El mayor dice que lo tenía agarrado.

Silvestre dejó de respirar.

—Es un crío —dijo Celestino.

—Claro.

La conversación siguió, pero ya no oyó.

Aquella fue la primera vez que entendió que una declaración podía decidir una versión de los hechos.

El guardia escribió accidente.

Nadie preguntó cuánto tiempo sostuvo la mano.

Nadie preguntó cuándo la aflojó.

Silvestre sintió alivio.

Muchos años después recordaría ese alivio cuando viera cómo una palabra en un informe podía salvar a un hombre de tener que explicarse.

Su carrera empezó quizá allí, aunque todavía no lo sabía.

Aquel verano, varios meses después del accidente, Silvestre volvió a nadar.

No en el Segre.

Unos amigos lo llevaron a una acequia ancha fuera de la ciudad. Durante media hora permaneció sentado en la orilla fingiendo que no tenía ganas de entrar.

—¿Te da miedo? —preguntó uno.

Silvestre negó.

—Está fría.

—Siempre está fría.

Los otros saltaron.

Él los observó chapotear.

El agua limpia le parecía más peligrosa que el río oscuro de sus recuerdos precisamente porque permitía ver el fondo.

Finalmente se quitó la camisa y entró hasta las rodillas.

El cuerpo reaccionó antes que la cabeza. Respiración corta. Músculos rígidos. Las manos buscando algo que agarrar.

—Ven —gritó uno de los chicos.

Silvestre avanzó.

Cuando el agua le llegó al pecho, volvió a sentir la muñeca de Marcos dentro de la mano.

Se detuvo.

Podía salir.

Nadie lo obligaba a quedarse.

Dio otro paso.

Luego otro.

Nadó apenas diez metros.

Al regresar a la orilla, temblaba.

—Pareces un viejo —se burlaron.

Silvestre se rió con ellos.

No contó nada.

Durante años recordaría aquel baño como una victoria secreta. Más tarde dejaría de llamarlo así. Había sido simplemente la primera vez que comprobó que podía entrar en el agua sin que el pasado decidiera completamente lo que ocurría después.

Ese aprendizaje se perdió entre otros durante mucho tiempo.

En 1978, frente al Besòs, regresaría sin saberlo.

No podía cambiar la tarde en que soltó a Marcos.

Pero podía decidir qué hacía con la siguiente mano.

El problema era aprender que no todas las manos necesitaban que él las sujetara.

Algunas cosas se iban del lugar y se quedaban dentro de uno.

CAPÍTULO 3 — LA COMISARÍA DE LA VERNEDA

El fluorescente del despacho de Mercadal zumbaba como un insecto atrapado.

Silvestre llevaba allí seis minutos de pie. El comisario Zenón Mercadal Bosch leía el parte sin levantar la cabeza. Tenía cincuenta y ocho años, cabello gris peinado hacia atrás y la costumbre de limpiar sus gafas cuando quería ganar tiempo.

—Quince años —dijo al fin.

—Quince o dieciséis.

—Sin identificar.

—De momento.

Mercadal dejó el papel.

—¿Y por qué estás aquí?

—Porque la dejaron en la marisma. No llegó flotando.

—Eso lo decidirá el forense.

—El forense de guardia ya dijo que la corriente no explica la posición.

Mercadal se quitó las gafas.

Silvestre conocía aquel gesto. Lo había visto después de redadas, manifestaciones y detenidos con demasiados moratones. Mercadal

nunca decía «cállate». Decía cosas más útiles.

—No hagas olas.

Silvestre casi sonrió.

—Con este río sería difícil.

—No estoy de humor.

—Yo tampoco.

Mercadal apoyó los codos en la mesa.

—Escúchame. Estamos en febrero del setenta y ocho. La mitad del país no sabe todavía qué uniforme va a llevar el año que viene y la otra mitad quiere quemar los que tenemos ahora. Hay huelgas, manifestaciones, atracos, heroína entrando por el puerto y cada semana un gobernador que llama para preguntar por qué sale su nombre en un periódico. Si esa chica es lo que parece, no vamos a convertirla en una cuestión de Estado.

—¿Qué parece?

—Una muchacha de la calle.

—Llevaba las uñas limpias.

Mercadal lo miró con cansancio.

—¿Y?

—Que alguien la tuvo en algún sitio. Alimentada. Vestida.

—Todavía no tienes informe.

—Lo tendré.

—Pues vuelve cuando lo tengas.

Silvestre cogió el parte.

—¿Algo más?

—Sí. Duerme.

—Lo intento.

—Y no bebas.

La frase lo detuvo en la puerta.

Mercadal sabía de su alcohol. Había sido uno de los pocos que lo cubrieron durante los peores años. También uno de los que le consiguieron una plaza más tranquila cuando salió de la clínica en 1974.

—No bebo.

—Mejor.

El pasillo olía a café recalentado y ropa mojada. Un detenido dormía sentado en un banco, esposado a una tubería. Dos agentes discutían sobre un partido del Barça. Una máquina de escribir golpeaba detrás de una puerta.

Silvestre bajó al archivo de incidencias.

Buscó desapariciones de menores de los últimos seis meses.

A la media hora encontró un parte de noviembre.

VEGA SERRANO, ROSALINDA. 15 AÑOS.

Denuncia presentada por la madre. Domicilio: bloque Besòs 5. Observación mecanografiada: **Posible fuga voluntaria. Frecuenta ambientes inadecuados.**

La investigación constaba de una visita al domicilio y dos preguntas a vecinos.

Nada más.

Silvestre se quedó mirando la fotografía grapada a la ficha.

La cicatriz en la ceja.

El lunar junto a la boca.

Rosalinda.

Ya tenía nombre.

—Amat.

Se volvió.

Remei Vilanova estaba al final del pasillo. Llevaba una gabardina oscura y una carpeta bajo el brazo. Tenía treinta y ocho años, el cabello recogido deprisa y ojeras de quien dormía menos que los muertos a los que examinaba.

—Necesito hablar contigo.

Salieron al patio interior. Llovía menos.

Remei encendió un cigarrillo.

—La chica no murió ayer.

—¿Cuándo?

—Entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas, probablemente. Pero estuvo retenida antes.

—¿Cómo lo sabes?

—Marcas en tobillos y muñecas, antiguas y recientes. Restos de adhesivo. Pérdida de masa muscular, pero no desnutrición severa. La alimentaban.

Silvestre pensó en la ropa limpia.

—¿Violación?

Remei expulsó humo.

—No voy a darte todavía una respuesta que no tengo.

—¿Causa de muerte?

—Traumatismo craneal. Golpe único en la base del cráneo. Podría haber sido una caída, si uno quiere ser muy generoso.

—¿Y tú quieres?

—No.

Lo miró con una dureza tranquila.

—Hay otra cosa. Alguien llamó esta mañana al instituto antes de que termináramos.

—¿Quién?

—No dejó nombre. Preguntó si habíamos encontrado «la pulsera».

Silvestre frunció el ceño.

—¿Qué pulsera?

—Exacto.

Remei aplastó el cigarrillo contra la pared húmeda.

—No había ninguna en el cuerpo.

Remei lo acompañó hasta el pequeño depósito donde guardaban temporalmente las pertenencias de los fallecidos. El funcionario de turno protestó cuando Silvestre pidió revisar la bolsa.

—Ya está inventariada.

—Revísela conmigo.

—¿Por qué?

—Porque alguien ha preguntado por una pulsera que no figura aquí.

El hombre dejó de protestar.

La bolsa contenía exactamente lo que Silvestre había visto: llave, estampa, monedas, pañuelo, botón. Remei señaló la llave.

—No parece de una vivienda.

—¿Por qué?

—Pequeña. Tal vez taquilla, escritorio, maleta.

Silvestre la sostuvo contra la luz sin sacarla del sobre.

—O una caja.

El funcionario hojeó el registro.

—Aquí falta una firma.

—¿Cuál?

—La del traslado desde el lugar del hallazgo. Hay iniciales, pero no nombre completo.

Silvestre leyó: **A. N.**

Podía ser cualquiera.

También podía ser alguien que quería que pareciera cualquiera.

De regreso en la comisaría pidió el expediente original de desaparición y comprobó quién había atendido a Feliciana en noviembre. Un agente destinado temporalmente al distrito, ya trasladado a otra ciudad. Había adjuntado una nota manuscrita:

La madre manifiesta que la menor ha amenazado anteriormente con marcharse. Ambiente familiar conflictivo.

No había declaración firmada de Feliciana que respaldara esa frase.

Silvestre tomó el teléfono y llamó al número del agente. Tardó una hora en localizarlo.

—No recuerdo el caso —dijo el hombre.

—Quince años. Rosalinda Vega.

—No.

—Escribió que había amenazado con marcharse.

—Si lo escribí, me lo dirían.

—¿Quién?

—La madre, un vecino… yo qué sé.

—La madre dice que no.

Silencio.

—Han pasado meses.

—Tres.

—Para mí pasan muchos casos.

—¿Le llamó alguien después de la denuncia?

El silencio se alargó.

—No me acuerdo.

—Eso no significa no.

—Tengo trabajo, Amat.

Colgó.

Silvestre anotó la hora de la llamada.

Mercadal apareció en la puerta.

—¿Ya has identificado a la chica?

—Rosalinda Vega Serrano.

El comisario no mostró sorpresa.

Silvestre lo vio.

—¿La conoces?

—No.

—Has tardado mucho en decirlo.

Mercadal lo miró con fastidio.

—He tardado lo que tarda un hombre en preguntarse si realmente quiere aguantar tus manías a estas horas.

—Quince años.

—Ya me lo has dicho.

—Desapareció en noviembre.

Mercadal se acercó al expediente.

—Posible fuga.

—Eso dice.

—Entonces empieza por ahí.

—Ya he empezado.

Mercadal clavó un dedo en la foto de Rosalinda.

—No conviertas una desgracia en una cruzada.

Silvestre cerró la carpeta.

—Todavía no sé qué es.

—Mejor.

Cuando Mercadal se marchó, Silvestre reparó en algo: no había preguntado de qué barrio era Rosalinda, ni quién la había identificado, ni dónde vivía la madre.

Nada.

Como si ya lo supiera.

La identificación oficial llegó al día siguiente gracias a una auxiliar que comparó la fotografía del cadáver con las fichas de menores desaparecidos. Silvestre quiso acompañar a quien notificara a Feliciana.

Mercadal se negó.

—No hace falta que vaya un inspector.

—Quiero ir.

—¿Por qué?

Silvestre no contestó.

Mercadal lo estudió.

—Te conozco. Cuando empiezas a querer cosas sin saber por qué, acabas bebiendo.

—Eso era antes.

—Todo era antes hasta que vuelve.

Silvestre sostuvo la mirada.

—Voy a ir.

Mercadal suspiró.

—Haz lo que te dé la gana.

En el pasillo, Silvestre pasó junto al tablón donde aún quedaban circulares de los años anteriores, algunos sellos corregidos a mano, instrucciones que ya nadie sabía si seguían vigentes. España cambiaba deprisa en los periódicos y despacio en los despachos.

Un funcionario sustituía un membrete y dejaba el armario igual.

Aquella imagen le pareció de pronto una explicación demasiado exacta de Mercadal.

A media tarde, Silvestre pidió a un auxiliar que localizara todas las denuncias de menores desaparecidas presentadas en el distrito durante el último año. Fueron diecisiete.

Once se habían cerrado por regreso voluntario.

Tres porque la familia retiró la denuncia.

Dos seguían abiertas.

Rosalinda era la única cuyo expediente constaba como «sin novedad» pese a llevar tres meses desaparecida.

—¿Quién decidió eso? —preguntó.

El auxiliar buscó la firma.

—No hay decisión. Solo una anotación.

—¿De quién?

—Iniciales.

Silvestre leyó: **Z. M.**

Podían significar varias cosas.

Podían significar Zenón Mercadal.

Guardó la hoja.

Cuando volvió al despacho del comisario, Mercadal estaba al teléfono. Hablaba con alguien a quien llamaba «don Néstor».

Silvestre se detuvo fuera.

No oyó el apellido.

Mercadal cerró la puerta antes de que pudiera escuchar más.

Durante semanas se reprocharía no haber entrado en ese momento.

La comisaría funcionaba por capas. En la planta baja estaban los que esperaban: denunciantes, detenidos, familiares, curiosos. En la primera, los que escribían lo que les había ocurrido a los de abajo. En

la segunda, los que decidían qué parte de aquello merecía seguir existiendo al día siguiente.

Silvestre llevaba más de veinte años aprendiendo a subir y bajar aquellas escaleras.

A media mañana pidió el registro de desaparecidos de los últimos seis meses. El funcionario de guardia, Coll, abrió un archivador metálico y dejó escapar una risa sin alegría.

—¿De Barcelona o del planeta?

—Menores. Chicas. Quince a diecisiete.

—Eso reduce poco.

—Empieza por el distrito.

Coll sacó fichas mecanografiadas y hojas manuscritas. Algunas tenían fotografía. Otras solo un nombre y una descripción: «morena, delgada, se marcha a menudo». Silvestre las fue colocando sobre la mesa.

Había demasiadas.

—¿Qué pasa con las que vuelven?

—Se archivan.

—¿Y las que no?

Coll se encogió de hombros.

—También, con tiempo.

A las once encontró la ficha de Rosalinda Vega. La fotografía era de colegio. Pelo recogido, jersey oscuro, una expresión demasiado seria para quince años. La denuncia figuraba presentada por Feliciana Vega el 22 de noviembre de 1977. En el margen alguien había escrito a lápiz: «fuga voluntaria probable». Debajo, otra mano había añadido: «madre poco colaboradora».

Silvestre leyó las diligencias. Dos visitas al domicilio. Una pregunta en el instituto. Ninguna consulta a hospitales fuera del distrito. Ninguna fotografía distribuida. Ninguna búsqueda real.

—¿Quién llevó esto?

Coll señaló una firma.

—Mena.

El inspector Mena estaba en el patio fumando junto a dos agentes. Silvestre lo llamó aparte.

—Rosalinda Vega.

Mena frunció el ceño.

—¿Quién?

Silvestre le enseñó la ficha.

—Ah. La chica del Besòs.

—La chica del Besòs apareció esta mañana muerta.

El cigarrillo quedó detenido a mitad de camino.

—Joder.

—¿Qué hiciste?

—Lo que pone ahí.

—Pone muy poco.

—Porque había poco. Madre sola. La cría ya se había escapado una vez.

—No figura ninguna fuga anterior.

—Lo diría la madre.

—La madre declaró que nunca había dormido fuera.

Mena empezó a irritarse.

—¿Me estás interrogando?

—Te estoy preguntando por qué una menor desaparecida tres meses no tuvo búsqueda.

—Porque teníamos atracos, peleas, una violación, dos apuñalamientos y seis chicas que se largaban de casa cada semana.

Elige tú a cuál salvas.

La frase quedó suspendida.

Silvestre conocía esa lógica. La había usado. No exactamente con esas palabras, pero sí con expedientes, prioridades, horarios. La policía no decía que una vida valía menos. Simplemente le dedicaba menos minutos.

—¿Alguien te pidió que bajaras el asunto?

Mena lo miró fijamente.

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—Mírame y dilo.

—No me jodas, Amat.

Mena tiró el cigarrillo al suelo.

—A los dos días vino un abogado. Dijo que representaba a la familia. Que la chica se había ido con un hombre mayor y que no querían escándalo. Enseñó una autorización de la madre para retirar la denuncia.

—¿Está en el expediente?

—Debería.

No estaba.

Silvestre regresó al archivo. Revisó la carpeta dos veces. La autorización había desaparecido o nunca había entrado.

Buscó a Mercadal.

El comisario jefe lo recibió con la chaqueta colgada en el respaldo y un vaso de leche sobre la mesa. Zenón Mercadal tenía el cabello completamente blanco y unas manos anchas, de carnicero. A Silvestre lo había protegido más de una vez: después de una pelea en un bar, después de una ausencia sin justificar, después de una

investigación interna que nunca llegó a empezar. Durante años, Silvestre había confundido esa protección con afecto.

—Ya sé lo de la muchacha —dijo Mercadal.

—Rosalinda Vega.

—Todavía no está confirmada oficialmente.

—La fotografía coincide.

—Entonces espera a que lo confirme la madre.

Silvestre dejó la carpeta sobre la mesa.

—Desapareció en noviembre. La búsqueda se cerró prácticamente en dos días.

Mercadal hojeó sin interés.

—¿Y?

—Un abogado trajo una retirada que no está aquí.

—Los papeles se pierden.

—Algunos se pierden mejor que otros.

Mercadal levantó la vista.

—¿Qué quieres decir?

Silvestre sintió por primera vez una resistencia que no sabía nombrar. No era amenaza. Era decepción anticipada.

—Que quiero saber quién era el abogado.

Mercadal se reclinó.

—Silvestre, encuentra al que la mató. No conviertas cada negligencia de esta casa en una conspiración.

—No he dicho conspiración.

—Todavía.

El comisario cerró la carpeta.

—Y otra cosa. Cuidado con Vilanova. Es buena forense, pero tiene ideas.

—Todos tenemos.

—Unas cuestan más que otras.

Silvestre tomó la carpeta.

En la puerta, Mercadal lo llamó.

—¿Sigues sin beber?

La pregunta llegó demasiado suave.

—Sí.

—Bien. Me alegro.

Silvestre salió con la impresión absurda de que acababan de hablar de algo distinto a Rosalinda.

La identificación oficial llegó poco después del mediodía.

Feliciana no quiso ir al depósito. Reconoció la fotografía.

Silvestre estuvo presente cuando firmó.

La mujer sostuvo el bolígrafo sin apoyar la muñeca en la mesa.

—¿Aquí?

—Sí.

Firmó despacio.

Rosalinda dejó de ser «mujer joven sin identificar» en ese instante.

Silvestre observó cómo Coll cambiaba la carátula del expediente.

VEGA MARTÍN, ROSALINDA.

Una etiqueta nueva.

El contenido seguía siendo el mismo.

—¿Ahora sí es menor? —preguntó Silvestre.

Coll levantó la vista.

—¿Qué?

—Nada.

Poco después recibió una llamada de Jefatura. Querían un resumen verbal.

—Sin especulaciones —advirtió la voz.

Silvestre enumeró: quince años, desaparecida desde noviembre, probable homicidio, signos de retención.

—No diga secuestro.

—No lo he dicho.

—Ni retención, de momento.

—Eso está en el forense.

—Está pendiente de confirmación.

Silvestre miró a Remei al otro lado de la sala.

—¿Quién habla?

La línea quedó en silencio.

—Inspector, limítese a informar.

Colgaron.

Silvestre anotó la hora y el número interno.

Había empezado a registrar no solo lo que ocurría, sino quién intentaba decidir cómo debía contarse.

Aquello no figuraba en ningún manual.

Aquella tarde, Silvestre pidió ver todos los partes relacionados con fugas de menores durante el último año.

No porque creyera que Rosalinda formara parte de una serie, sino porque quería saber qué significaba exactamente la palabra «fuga» dentro de aquella comisaría.

Encontró treinta y siete casos.

Veintidós chicas.

Quince chicos.

En casi la mitad, la investigación no pasaba de una visita al domicilio y una pregunta en el colegio o el trabajo.

Las anotaciones se repetían: «conflictiva», «mal ambiente familiar», «posible relación sentimental», «antecedentes de ausencias».

Silvestre empezó a subrayar expresiones.

Ventura, que todavía no llevaba una semana allí, se sentó enfrente.

—¿Qué busca?

—Patrones.

—¿De desaparición?

—De nosotros.

Ventura no entendió.

Silvestre le mostró dos fichas. Una pertenecía a la hija de un comerciante del Eixample que había desaparecido durante treinta horas. La otra, a una chica del Besòs que estuvo nueve días fuera.

En la primera había quince diligencias.

En la segunda, dos.

—¿Ve la diferencia?

Ventura leyó.

—La primera era menor.

—Las dos.

—Entonces la familia presionó más.

—Eso es una forma de decirlo.

Silvestre sacó otras fichas.

La diferencia se repetía.

No siempre. Lo suficiente.

—¿Está diciendo que buscamos mejor a los ricos?

—Estoy diciendo que cuando alguien llama tres veces al día, conoce a un abogado y sabe dónde está Jefatura, resulta más difícil olvidarlo.

—Eso es injusto.

Silvestre levantó la vista.

—Apúntalo en una hoja y guárdala. Te hará falta muchas veces.

Ventura frunció el ceño.

—¿Y nadie corrige esto?

—A veces.

—¿Quién?

Silvestre volvió a los expedientes.

—Gente concreta. Cuando decide hacerlo.

Esa respuesta lo incomodó porque lo incluía.

Durante años había hablado de falta de medios, prioridades, procedimientos. Todo era cierto.

También era cierto que una tarde podía elegir dedicar tres horas a un expediente o diez minutos.

La desigualdad no siempre llegaba en forma de orden.

A veces llegaba en forma de cansancio.

Silvestre cerró la carpeta de Rosalinda.

—Mañana vamos al instituto.

—¿Oficialmente?

—Sí.

—¿Y si Mercadal dice que no?

—Todavía no lo ha dicho.

Ventura sonrió.

—Eso suena a aprovechar un vacío.

—Aprende rápido.

—¿Es bueno?

Silvestre pensó en todas las cosas que había aprendido rápido cuando era joven.

—Depende de qué aprendas.

Ventura guardó la libreta. Silvestre lo vio hacerlo y pensó, sin saber todavía por qué, que aquel muchacho iba a obligarlo a escuchar preguntas que llevaba demasiados años respondiendo por adelantado.

CAPÍTULO 4 — ENTONCES: LA REDADA

Besòs, otoño de 1974

El olor de las escaleras era lejía y sopa de col.

Silvestre lo recordaría años después con más precisión que los gritos.

La orden hablaba de una reunión clandestina vinculada a «elementos de agitación vecinal». Mercadal la leyó en el coche, camino del bloque, sin darle importancia. Cuatro vehículos. Doce agentes. Un inspector de la Brigada llamado Muntané que no dejaba de golpear con un dedo el borde de una carpeta.

—Tercero segunda —dijo—. Asociación de vecinos no legalizada. Hay propaganda.

Silvestre miró por la ventanilla. En los balcones colgaba ropa húmeda. Junto a un portal, dos mujeres llenaban cubos en una tubería provisional.

—¿Qué reclaman? —preguntó.

Muntané levantó la vista.

—¿Quién?

—Los vecinos.

—Lo de siempre.

—¿Qué es lo de siempre?

El hombre sonrió.

—Que el Estado les resuelva la vida.

Subieron sin sirena.

La puerta del tercero estaba entreabierta. Dentro había siete hombres, cuatro mujeres y una olla de lentejas hirviendo sobre un hornillo. No encontraron armas. Encontraron planos del alcantarillado, recibos sin pagar, octavillas sobre alumbrado público y una carta dirigida al Ayuntamiento en la que se pedía que una fábrica dejara de verter residuos junto a las viviendas.

En el parte, todo aquello se convertiría en otra cosa.

«Documentación subversiva.»

«Reunión no autorizada.»

«Material de propaganda.»

Silvestre todavía no sabía hasta qué punto una palabra podía cambiar la naturaleza de un hecho.

—Todos contra la pared —ordenó Muntané.

Un hombre sentado junto a la mesa alzó las manos.

—¿Puedo apagar el fuego?

Muntané le dio una bofetada.

—Ahora ya está apagado.

No lo estaba.

La olla siguió hirviendo mientras registraban el piso.

Silvestre abrió cajones. En uno encontró cuadernos escolares, una fotografía de comunión y un plano coloreado con lápices. Una niña había dibujado peces azules sobre la línea del colector que los vecinos pedían construir.

Cerró el cajón.

En la habitación contigua había tres niños. El mayor tendría nueve años. Los tres estaban sentados en una cama sin hablar.

—No pasa nada —dijo Silvestre.

El niño lo miró como se mira a un adulto que acaba de demostrar lo contrario.

Detuvieron a nueve personas.

Uno de ellos se llamaba Joaquín Aranda. Treinta y dos años, mecánico, extremeño, padre de dos hijos. Llevaba una cicatriz en la ceja izquierda y una camisa de cuadros arremangada hasta los codos.

—Yo solo quiero que mis hijos no jueguen con ratas —dijo mientras le ponían las esposas.

Muntané se volvió.

—Eso lo decides en el Ayuntamiento.

—Llevamos dos años decidiéndolo allí.

El golpe llegó con la culata de una porra, corto y seco.

Aranda dobló el cuerpo.

Silvestre dio un paso.

Mercadal le puso una mano en el hombro.

—No.

—Le va a abrir la cabeza.

—No.

No dijo que Muntané tuviera razón. Ni que Silvestre la tuviera.

Solo «no».

Aquella fue una de las primeras lecciones que Mercadal le dio sin explicarla: dentro de una cadena de mando, la neutralidad casi siempre favorecía al que ya estaba golpeando.

En el rellano, una anciana intentó bajar con una bolsa de basura.

—Vuelva a casa —le ordenó un agente.

—Vivo abajo.

—Pues vuelva arriba.

La mujer obedeció.

Décadas después Silvestre recordaría aquel detalle con una claridad incómoda. Una anciana obligada a subir porque, durante unos minutos, hasta la dirección de una escalera pertenecía a la autoridad.

Cuando salieron, los vecinos miraban desde las ventanas.

Nadie gritaba.

La gente de aquellos bloques había aprendido que el silencio podía ser una forma de no ser elegido.

En la calle seguían los cubos junto a la tubería.

Una mujer sujetó a Silvestre del brazo.

—Llevamos tres días sin agua en el cuarto y el quinto.

Él miró la mano.

La mujer la retiró.

—Perdone.

—No pasa nada.

—¿Puede decirlo en algún sitio?

Silvestre miró el portal lleno de agentes, los detenidos junto a los coches y las hojas requisadas.

—Sí.

No lo hizo.

En comisaría, Aranda fue interrogado por Muntané. Silvestre estuvo presente porque alguien tenía que levantar acta.

El despacho olía a tabaco y sudor.

—¿Quién financia la asociación? —preguntó Muntané.

—Los vecinos.

—¿Qué partido?

—Ninguno.

—¿Quién os da las consignas?

—No tenemos consignas.

Muntané le dio una bofetada.

Aranda sangró por la nariz.

Silvestre cogió un pañuelo de papel del escritorio y se lo acercó.

El detenido no lo aceptó.

—No quiero nada suyo.

—Te estás manchando.

Aranda sonrió con la boca rota.

—Usted también.

Silvestre lo golpeó.

Durante años se contaría a sí mismo que había sido un arrebato. No era verdad. Tuvo tiempo de decidir. Dio un paso, cerró el puño y eligió el lugar donde sabía que dolería sin dejar una señal demasiado evidente.

Muntané asintió.

—Así se hace.

La aprobación le produjo vergüenza.

No la suficiente para marcharse.

El interrogatorio terminó cerca de las tres de la madrugada. Aranda fue conducido al calabozo. Antes de desaparecer por el pasillo se volvió hacia Silvestre.

No dijo nada.

No hacía falta.

Silvestre volvió a su mesa y redactó el parte.

El detenido mostró actitud hostil y resistencia verbal.

Escribió la frase.

La leyó.

No la borró.

No se observaron lesiones de consideración en el momento del ingreso.

También la escribió.

Esa sí era técnicamente cierta.

Años después entendería que las mentiras más útiles casi siempre contienen una verdad pequeña.

A la mañana siguiente, Joaquín Aranda estaba muerto.

Un agente lo encontró encogido junto al camastro. El médico habló primero de un posible fallo cardiaco. Muntané repitió la explicación antes de que hubiera terminado el reconocimiento.

—Estaba enfermo.

—No lo sabemos —dijo Silvestre.

—Lo sabemos bastante.

—Recibió golpes.

Muntané lo miró con una expresión casi curiosa.

—¿Qué golpes?

No había ironía.

Eso fue lo que más inquietó a Silvestre.

Muntané no estaba negando un hecho. Le estaba recordando que, para existir dentro de la institución, el hecho necesitaba una frase, una firma y un papel. Si ninguno de los presentes lo escribía, la realidad quedaba fuera.

Mercadal llegó una hora después.

Leyó el parte de ingreso. Leyó la nota del médico. Miró a Silvestre.

—¿Estuviste en el interrogatorio?

—Sí.

—¿Le pegaste?

Silvestre tardó.

—Una vez.

Mercadal cerró la puerta.

—¿Muntané?

—Más.

—¿Cuánto más?

—No sé.

Mercadal se sentó.

—Escúchame. Si esto se convierte en un asunto interno, te van a preguntar si viste una paliza que pudiera explicar la muerte.

—La vi.

—No te he preguntado eso.

Silvestre sintió frío.

—Entonces ¿qué me preguntas?

—Qué puedes demostrar.

—Yo estaba allí.

—Tú también golpeaste. No eres un testigo limpio.

—No quiero ser limpio.

Mercadal lo miró con algo parecido a cansancio.

—Todavía crees que esto va de cómo quieres ser.

El acta complementaria llegó por la tarde.

Silvestre firmó que había presenciado «medidas de reducción de intensidad moderada» y que no podía establecer relación entre esas actuaciones y el fallecimiento.

La primera parte era mentira.

La segunda no podía saberla.

Firmó ambas.

Cuando salió del despacho, la viuda de Joaquín Aranda esperaba en el vestíbulo con un niño de la mano y otro en brazos.

—¿Dónde está mi marido? —preguntó.

Nadie respondió.

Silvestre pasó junto a ella.

El niño mayor lo miró.

Tendría la edad de Marcos cuando murió.

Durante años Silvestre recordaría aquella coincidencia como si el parecido de las edades tuviera algún significado. Después comprendería que era otra forma de apropiarse del dolor ajeno.

Dos días más tarde la mujer volvió con una bolsa de ropa.

—Falta la chaqueta —dijo.

El agente de recepción revisó el inventario.

—No consta.

—La llevaba cuando se lo llevaron.

—Aquí no está.

Silvestre la había visto.

También sabía que tenía manchas de sangre y que había desaparecido antes de que llegara el médico.

Muntané salió de un despacho.

—Señora, tranquilícese.

—No me diga que me tranquilice.

—Está alterando el orden.

La frase produjo en Silvestre una náusea que tardaría años en saber nombrar: una mujer acababa de perder a su marido y la institución ya estaba a punto de convertir su dolor en una infracción.

—Yo me encargo —dijo.

Acompañó a la viuda hasta la calle.

—Buscaré la chaqueta.

—¿Me la devolverá?

Silvestre no contestó.

Nunca la encontró.

Tampoco la buscó con suficiente empeño.

Esa noche, en casa, se lavó las manos durante varios minutos. El agua del grifo salió marrón al principio y luego aclaró.

Mercedes, su mujer entonces, apareció en la cocina.

—¿Otra vez?

—¿Qué?

—Llegas con esa cara.

—Trabajo.

Ella miró sus nudillos.

—¿A quién has pegado?

Silvestre sostuvo su mirada.

—A nadie.

Mercedes soltó una risa cansada.

—Ni siquiera sabes mentir cuando te conviene.

El matrimonio terminaría dos años después. Durante mucho tiempo Silvestre diría que el alcohol había sido la causa. Mercedes le explicó una vez que no: el alcohol era solo el lugar donde él se escondía después de hacer cosas que no sabía contar.

A la semana siguiente, una nota interna felicitó al grupo por la «neutralización de un foco de agitación vecinal».

Silvestre la llevó al despacho de Mercadal.

—Esto no cuenta lo que pasó.

Mercadal siguió escribiendo.

—Cuenta lo que hace falta que haya pasado.

—No es lo mismo.

—Todavía tienes la edad de creer que un informe es un espejo.

Silvestre dejó el papel sobre la mesa.

—¿Y qué es?

Mercadal alzó la vista.

—Una puerta. Decide qué llega al día siguiente y qué se queda atrapado en el anterior.

Silvestre salió sin responder.

En el portal del bloque de Aranda, días después, encontró todavía escrito con lápiz junto a una puerta reparada con chapa metálica:

AGUA, LUZ, ESCUELA.

Tres palabras.

No había revolución.

No había conspiración.

Solo necesidades convertidas en sospecha.

Una niña estaba sentada en el rellano recomponiendo con cinta adhesiva uno de los planos requisados. Había vuelto a dibujar peces azules sobre el colector.

Silvestre pasó a su lado sin decir nada.

Esa fue la parte que más tardó en entender.

La violencia visible había durado unas horas.

El informe duraría décadas.

CAPÍTULO 5 — LA MADRE MUDA

El piso de Feliciana Vega olía a caldo frío y medicamentos.

Una mujer de unos cincuenta años abrió la puerta solo diez centímetros. Llevaba bata de flores y una cadena dorada al cuello.

—¿Sí?

—Policía. Busco a Feliciana Vega.

—Está mala.

—Necesito hablar con ella.

La mujer miró la placa. Luego a Silvestre.

—Soy la vecina.

—¿Nombre?

—Lola.

—¿Apellido?

—¿Para qué?

Silvestre guardó la placa.

—Para llamarla por su nombre.

La mujer abrió.

Feliciana estaba sentada junto a una ventana. Delgada, cabello gris aunque no debía de tener más de cuarenta y cinco años. En la mesa había tres frascos de pastillas, una taza con una película de leche seca y un cenicero lleno.

—Señora Vega.

No reaccionó.

Silvestre se sentó enfrente.

—Hemos encontrado a Rosalinda.

Los ojos de Feliciana se movieron apenas.

—Ya me lo han dicho.

La voz era lenta.

—¿Quién?

—Un señor.

—¿De la policía?

—No.

—¿Del juzgado?

—No sé.

Lola intervino desde la cocina.

—Un abogado.

Silvestre se giró.

—¿Qué abogado?

—Uno con traje. Vino ayer por la tarde.

—Ayer todavía no estaba identificada.

Silencio.

Feliciana miró la ventana.

—Rosalinda se fue.

—La denuncia dice que desapareció el 8 de noviembre.

—Se fue.

—¿Con quién?

—No sé.

Silvestre observó los frascos. Uno llevaba una etiqueta de farmacia. Otro no.

—¿Quién le ha dado esto?

Feliciana se encogió.

—El médico.

—¿Qué médico?

—El de siempre.

Lola negó desde la puerta, muy despacio.

Silvestre entendió.

—¿Rosalinda trabajaba?

—A veces limpiaba.

—¿Dónde?

—Casas.

—¿De quién?

Feliciana cerró los ojos.

—No me acuerdo.

—Inténtelo.

—Déjela —dijo Lola.

Silvestre la miró.

—Su hija ha estado retenida más de un mes.

Feliciana abrió los ojos.

Por primera vez apareció algo detrás de la sedación.

Terror.

—No diga eso.

—Necesito saber dónde trabajaba.

—No diga eso.

—¿Quién es el abogado?

La mujer empezó a temblar.

—Fuera.

—Señora Vega…

—¡Fuera!

Lola se acercó y la abrazó. Silvestre se puso en pie.

En la entrada había una fotografía familiar clavada a la pared con una chincheta. Feliciana más joven. Rosalinda, unos diez años. Y el hueco recortado de una tercera persona: la foto había sido cortada con tijeras de modo que solo quedaba un hombro masculino.

—¿Quién estaba aquí?

Lola siguió su mirada.

—Nadie.

—Había alguien.

—Hace años.

—¿Quién?

Feliciana gritó desde el salón:

—¡He dicho que se vaya!

Silvestre salió.

En el rellano se cruzó con un hombre de traje azul que subía las escaleras.

Cuarenta años, quizá menos. Pelo engominado. Maletín de cuero.

—¿Señor Amat?

Silvestre se detuvo.

—¿Nos conocemos?

—No personalmente. Soy Álvaro Nogués. Represento a la señora Vega.

—Ella dice que no recuerda haber contratado a ningún abogado.

Nogués sonrió sin enseñar los dientes.

—El duelo produce confusión.

—¿Quién le paga?

—Mis honorarios no son asunto policial.

—Una menor aparece asesinada y usted visita a la madre antes de que la identificación sea oficial. Eso sí lo es.

La sonrisa desapareció.

—Tenga cuidado con las palabras, inspector. Todavía no hay homicidio declarado.

Silvestre bajó un escalón.

—¿Quién le avisó?

Nogués abrió el maletín, sacó una tarjeta y se la ofreció.

—Llame a mi despacho si necesita algo.

Silvestre no la cogió.

—Ya estoy necesitando algo.

—Entonces llame.

El abogado pasó a su lado.

Antes de que cerrara la puerta, Silvestre vio una inicial grabada en plata sobre el maletín.

T.

No era de Nogués.

Silvestre no bajó de inmediato a la calle. Se quedó en el rellano escuchando la conversación amortiguada tras la puerta. Nogués hablaba bajo. Feliciana lloraba.

Lola apareció desde el piso de enfrente.

—¿Se ha ido?

—No.

—No me refiero a usted.

Silvestre miró la puerta.

—¿Conoce a ese abogado?

Lola negó.

—Apareció cuando desapareció la niña.

—Antes de encontrar el cuerpo.

—Mucho antes. Una vez en diciembre y otra en enero.

Eso cambiaba las cosas.

—¿Qué quería?

—Decía que ayudaba a la familia.

—¿Ayudaba cómo?

Lola bajó la voz.

—Dinero.

—¿Feliciana aceptaba?

—¿Qué iba a hacer? Limpia escaleras cuando puede. Rosalinda llevaba algo a casa. Sin ella…

Silvestre miró las paredes desconchadas, el contador eléctrico antiguo, la bombilla desnuda.

—¿Rosalinda tenía novio?

—Tenía quince años. Tenía tonterías.

—Eso no responde.

—Un chico del barrio, quizá. Pero no se fue con él.

—¿Cómo lo sabe?

Lola cruzó los brazos.

—Porque dejó sus botas buenas.

Silvestre esperó.

—Una chica puede abandonar a su madre —continuó Lola—, puede mandar a paseo a un novio, puede irse a Francia si quiere. Pero Rosalinda llevaba meses ahorrando para unas botas y no se habría ido sin ellas.

El detalle era absurdo.

Por eso resultaba verdadero.

—¿Qué le gustaba hacer?

Lola lo miró, sorprendida.

—Dibujar ropa. Vestidos. Decía que algún día tendría una tienda.

—¿Trabajaba en casas?

—Sí. Con su madre. Alguna vez la mandaron sola.

—¿A Sant Cugat?

Lola tardó.

—Puede.

—¿A casa de Berrocal?

La vecina palideció.

—No diga ese nombre aquí.

—¿Por qué?

—Porque no somos tontos.

—¿Qué sabe?

Lola miró hacia la escalera.

—Rosalinda decía que su padre era rico. Al principio pensamos que fantaseaba. Luego empezó a traer cosas: un pañuelo, una pulsera, billetes. Feliciana la hacía callar.

—¿Vio al padre alguna vez?

—No.

—¿Y la fotografía cortada?

—Antes estaba entera.

—¿Quién la cortó?

—Feliciana.

—¿Cuándo?

—El día después de denunciar la desaparición.

Silvestre sintió una punzada.

—¿Por qué?

Lola negó con la cabeza.

—Pregúnteselo a ella cuando deje de tener miedo.

Abajo, una puerta se cerró.

Nogués salió del edificio sin mirar hacia arriba.

Silvestre esperó unos segundos y descendió.

En la calle había niños jugando al fútbol con una pelota desinflada. Una mujer sacudía una alfombra desde un balcón. Un hombre reparaba una motocicleta junto a la acera.

La vida seguía con la obstinación de los barrios pobres: sin permiso para detenerse.

Silvestre miró hacia la ventana de Feliciana.

Pensó en las botas buenas que Rosalinda había dejado en casa.

Era la primera cosa que sabía de ella que no tenía que ver con su muerte.

Y decidió conservarla.

Silvestre regresó al barrio dos días después sin avisar. No subió al piso. Caminó por las calles donde Rosalinda había vivido.

Preguntó en una mercería, en una panadería y en el quiosco. Al principio nadie quería hablar. La placa cerraba bocas.

La guardó.

Entonces empezaron los detalles.

Rosalinda compraba revistas de moda usadas. Dibujaba sobre los márgenes. Ayudaba algunos sábados en una tienda de ropa del Poblenou. Había discutido con una maestra porque no quería hacer secretariado. Un muchacho del barrio, Miguel «el Chispa», la acompañaba a veces, pero llevaba meses trabajando en Zaragoza cuando desapareció.

La dueña de la mercería, Teresa Cifuentes, recordó algo más.

—En octubre vino con un abrigo nuevo.

—¿Nuevo de verdad?

—De los buenos. Ella estaba incómoda. Le dije que parecía una señorita de Pedralbes y casi me manda a paseo.

—¿Dijo quién se lo había dado?

—Su padre.

—¿Usó esa palabra?

—Sí. Luego dijo: «el hombre que dice que es mi padre cuando no hay nadie mirando».

Silvestre anotó la frase.

—¿Estaba enfadada?

—Rosalinda siempre estaba un poco enfadada. Era lo mejor de ella.

Teresa sonrió.

—No se deje engañar por la foto del expediente. Ahí parece asustada. Ella no era así.

—¿Cómo era?

La mujer pensó.

—Entraba en un sitio como si esperara que el sitio se disculpara.

Silvestre cerró la libreta.

Afuera, dos niñas salían de la escuela. Una llevaba una carpeta contra el pecho y la otra hablaba con las manos.

Imaginó a Rosalinda entre ellas.

No pudo.

Todavía la conocía demasiado tarde.

En una segunda visita al bloque, Silvestre encontró a Pepa, la amiga de Rosalinda, sentada en un banco con otras dos chicas. Tenía dieciséis años, ojos pintados y la hostilidad inmediata de quien espera ser juzgada.

—No sé nada.

—Todavía no he preguntado.

—La policía siempre pregunta lo mismo.

—¿Qué?

—Si tenía novio, si se drogaba, si se acostaba con alguien.

Silvestre se sentó a cierta distancia.

—No voy a preguntarte eso.

Pepa lo miró con desconfianza.

—Entonces qué quiere.

—Saber qué estaba haciendo el día antes de desaparecer.

La muchacha tardó.

—Vino a mi casa.

—¿A qué hora?

—Por la tarde.

—¿Estaba preocupada?

—Cabreada.

—¿Por qué?

Pepa arrancó una hebra del banco de madera.

—Su padre le había prometido que iba a presentarla a alguien. No sé a quién. Luego le dijo que no.

—¿Berrocal?

Pepa levantó la cabeza demasiado rápido.

—Yo no he dicho ese nombre.

—Lo he dicho yo.

—Rosalinda decía que algún día se lo iba a soltar a un periodista en la cara.

—¿Tenía contacto con alguno?

—No. Era una forma de hablar.

Silvestre anotó.

—¿Te dijo adónde iba el día que desapareció?

Pepa negó.

—Solo que por fin iba a arreglar «lo de su padre».

—¿Llevaba maleta?

La chica frunció el ceño.

—Sí.

Silvestre sintió el golpe del recuerdo de la gasolinera.

—¿Por qué?

—Dijo que quizá pasaría unos días fuera.

—¿Dónde?

—No lo sabía.

—¿Con quién?

Pepa lo miró.

—Con gente de él.

Silvestre cerró la libreta.

Rosalinda había subido voluntariamente a un coche porque alguien la convenció de que se acercaba al reconocimiento que llevaba años exigiendo.

El piso de Feliciana conservaba a Rosalinda de una manera que las fotografías no podían.

Había una taza con una grieta en el asa que nadie había tirado, un peine con cabellos oscuros atrapados entre los dientes, un abrigo demasiado pequeño colgado detrás de la puerta y tres novelas baratas apiladas junto a la cama. Silvestre pidió permiso para mirar. Feliciana asintió sin comprender del todo qué estaba autorizando.

La habitación de la muchacha medía poco más de seis metros cuadrados. En la pared había recortes de revistas, una postal de Cadaqués, el dibujo de una casa con jardín y una frase escrita con bolígrafo azul: «Aquí no me quedaré».

—¿Lo escribió ella? —preguntó.

Feliciana estaba en el umbral.

—Todo lo escribía ella.

—¿Quería irse?

—¿Quién no?

La respuesta tuvo una lucidez que no encajaba con la mujer sedada que había encontrado al llegar.

Silvestre abrió el cajón de la mesilla. Cuadernos escolares. Cartas de amigas. Una libreta de tapas verdes con páginas arrancadas. No la tocó todavía.

—¿Trabajaba?

—A veces ayudaba en una mercería. Limpiaba escaleras conmigo los sábados.

—¿Tenía novio?

Feliciana soltó una risa breve y amarga.

—Eso preguntaron los otros también.

—¿Qué otros?

La mujer lo miró.

—Los policías. Cuando desapareció. Si tenía novio, si era alegre, si salía mucho. Como si una muchacha tuviera que portarse bien para que la buscaran.

Silvestre sintió la frase como una acusación personal.

—¿Había alguien mayor?

—Había hombres que la miraban. Eso sí.

—¿Alguno en concreto?

Feliciana tardó.

—Un coche.

—¿Qué coche?

—Negro. Grande. Venía a veces. No hasta el portal. Se quedaba en la esquina.

—¿Rosalinda subía?

—Una vez la vi.

—¿Quién conducía?

—No lo sé.

—¿Y no le preguntó?

Feliciana avanzó hasta la cama y se sentó.

—Claro que le pregunté. Me dijo que era alguien que podía ayudarla.

—¿A qué?

—A salir de aquí.

Silvestre miró el dibujo de la casa.

—¿Tenía problemas con usted?

—Tenía quince años. Tenía problemas con el mundo entero.

La mujer se frotó las muñecas.

—Pero conmigo no se habría ido sin dejar una nota.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque ya lo había hecho antes.

Silvestre se volvió.

—En la denuncia pone que nunca había desaparecido.

—No desapareció. Se fue una tarde y volvió de madrugada. Eso no es desaparecer. Es tener quince años.

—¿Dónde había estado?

—No me lo dijo.

—¿Cuándo?

—En octubre.

Un mes antes de la desaparición definitiva.

Silvestre anotó la fecha.

—¿Volvió con algo? Dinero, ropa, regalos.

Feliciana abrió la boca y la cerró.

—Un reloj.

—¿Qué reloj?

—Pequeño. Dorado. Bueno. Demasiado bueno.

La marca clara de la muñeca.

Silvestre sintió que el caso daba un paso.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Lo llevaba el día que se fue.

—¿Quién se lo regaló?

—Dijo que una amiga.

—¿Le creyó?

—No.

—¿Entonces?

Feliciana levantó los ojos, de pronto enfadada.

—Entonces nada. ¿Qué quería que hiciera? ¿Encerrarla? ¿Pegarle? Bastante encerradas estábamos ya.

La frase dejó la habitación más pequeña.

Silvestre volvió a la libreta verde.

—¿Puedo llevármela?

—¿Para qué?

—Puede contener algo útil.

—También puede contener cosas suyas.

—Las cosas suyas son útiles ahora.

Feliciana apretó la mandíbula.

—Ahora.

Silvestre no encontró una respuesta que no fuera obscena.

Dejó la libreta.

—Volveré con una orden si hace falta.

—No hace falta. Solo quiero saber que no van a convertirla en otra cosa.

—¿En qué?

—En lo que les convenga.

Feliciana abrió el cajón y sacó la libreta ella misma.

—Mi hija mentía. Robó dos veces en una tienda. Fumaba. Se escapaba del instituto. Una vez me dijo que me odiaba y otra que ojalá yo estuviera muerta. Ponga todo eso si quiere. Pero no escriba que por eso merecía que no la buscaran.

Silvestre recibió la libreta con ambas manos.

En la primera página había una lista de lugares que Rosalinda quería conocer: París, Roma, Lisboa, Sevilla, «un sitio donde nieve de verdad». Debajo, una frase: «No quiero morirme sin haber visto algo que no sea esto».

Silvestre cerró la tapa.

Por primera vez la niña muerta empezó a separarse del cadáver.

Feliciana guardaba una caja de fotografías en el armario.

Silvestre le pidió verla.

—¿También eso es prueba?

—Puede ayudarme a conocerla.

La mujer sacó la caja.

Había cumpleaños, excursiones, una primera comunión, fotografías de cabina. Rosalinda cambiaba de edad entre una imagen y otra sin dejar de tener la misma mirada directa.

En una foto de 1976 aparecía junto a una piscina. Al fondo, casi fuera de encuadre, había un hombre.

Silvestre acercó la fotografía.

—¿Quién es?

Feliciana miró.

—No sé.

—¿Dónde fue tomada?

—Una excursión de la parroquia, creo.

El hombre estaba borroso, pero vestía demasiado formal para una excursión.

—¿Puedo llevarme esta?

Feliciana dudó.

—Devuélvamela.

—Sí.

—No como lo demás.

Silvestre entendió.

Guardó la foto en un sobre.

Más tarde, Brion reconocería el perfil.

No sería Berrocal.

Sería Castany.

Eso significaría que el abogado conocía a Rosalinda al menos dos años antes de su desaparición.

Y que la red alrededor de la muchacha había empezado mucho antes de que ella supiera que existía.

Antes de marcharse del piso, Silvestre pidió ver la cocina.

Feliciana lo miró extrañada.

—¿La cocina?

—Quiero saber cómo vivían.

—Mal.

—Eso no se fotografía bien en un informe.

La mujer abrió la puerta.

Era una estancia estrecha con azulejos amarillos y una ventana que daba a un patio interior. Sobre la nevera había facturas sujetas con un imán. Algunas tenían sellos de reclamación.

Silvestre vio un sobre de la Fundación San Jerónimo.

—¿Qué es eso?

Feliciana siguió su mirada.

—Ayuda.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

—¿Quién la pidió?

—No sé.

—¿Nunca preguntó?

Feliciana sonrió con cansancio.

—Cuando una tiene una niña y debe tres meses de alquiler, pregunta menos de lo que debería.

Silvestre tomó el sobre con permiso. Dentro había una notificación de pago. La cifra coincidía aproximadamente con los registros de Brion que aún no conocía.

—¿Rosalinda sabía de esto?

—No al principio.

—¿Después?

—Encontró cartas.

—¿Qué cartas?

Feliciana se apoyó en la encimera.

—De él.

—¿Berrocal?

La mujer lo miró con furia.

Todavía no había pronunciado ese nombre.

Silvestre comprendió que acababa de adelantarse.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Nadie.

—Entonces ¿por qué lo dice?

Silvestre podía mentir.

—Porque estoy siguiendo el dinero.

Feliciana se sentó.

—Siempre acaba igual.

—¿Qué?

—El dinero llega antes que los hombres y se queda después.

Sacó de un cajón una carta antigua. No estaba firmada. Hablaba de «la niña» y de «asegurar que no le falte nada».

—¿Por qué la guardó?

—Porque una no tira las pruebas de que alguien sabía que existías.

Silvestre leyó otra vez la frase.

Pruebas de existencia.

Ese caso empezaba a llenarse de ellas.

Rosalinda había pasado quince años rodeada de documentos que demostraban que un hombre la conocía y, al mismo tiempo, organizada legalmente para que ese conocimiento no significara paternidad.

—¿Puedo llevarla?

Feliciana negó.

—Esta no.

—Haré una copia.

—Aquí.

Silvestre sacó su libreta y transcribió.

Al terminar, Feliciana guardó la carta en el mismo cajón.

—¿Sabe qué es lo peor? —dijo.

—No.

—Que cuando llegaba el dinero yo respiraba tranquila.

Silvestre esperó.

—Y ahora pienso que cada sobre era una forma de comprar mi silencio aunque nadie me hubiera pedido callar.

—Usted no sabía.

—Sabía suficiente.

Silvestre reconoció la frase.

Él también había sabido suficiente demasiadas veces.

La traición empezaba mucho antes del encierro.

CAPÍTULO 6 — ENTONCES: LA CASA DEL PADRE

Lleida, 1951

La cal viva se pegaba a la garganta.

Celestino Amat trabajaba en silencio frente a las pieles tensadas. Había envejecido diez años desde la muerte de Marcos. O quizá Silvestre solo había empezado a verlo.

El reloj de la cocina seguía parado.

Seis y veinte.

Tres años después.

Visitación no permitía tocarlo.

—Me han ofrecido entrar —dijo Silvestre.

Celestino siguió raspando una piel.

—¿Dónde?

—Policía.

El cuchillo se detuvo.

—¿Para qué?

Silvestre había ensayado respuestas: sueldo fijo, alojamiento, Madrid quizá, posibilidades. Ninguna sonó verdadera.

—Orden.

Celestino dejó la herramienta.

—Aquí también hay orden.

Miró las hileras de pieles, los cubos, las manchas blancas del suelo.

—Todo muerto y colgado en su sitio.

Silvestre apretó la mandíbula.

—No quiero quedarme aquí.

—Eso es otra cosa.

En la puerta apareció Visitación. Llevaba un pañuelo negro. Lo llevaba desde 1948.

—Que se vaya —dijo.

Silvestre se volvió.

—Madre.

—Que se vaya si quiere.

—Solo os lo estoy diciendo.

—No. Estás pidiendo que te digamos que haces bien.

La mujer miró el reloj parado.

—Yo no te lo voy a decir.

Silvestre salió de la curtiduría con el olor a cal pegado a la ropa.

Esa noche escribió la solicitud.

Años después comprendería que no había entrado en la policía para poner orden en el mundo.

Había entrado para encontrar un uniforme lo bastante pesado como para no sentir el cuerpo que llevaba debajo.

La semana antes de marcharse, Silvestre acompañó a Celestino al mercado de ganado. No hablaron de la policía. Su padre compró una correa de cuero, dos cuchillas y un queso pequeño.

En el camino de vuelta dijo:

—Un uniforme no pone orden dentro de nadie.

Silvestre siguió caminando.

—No he dicho que quiera eso.

—No hace falta.

Celestino le entregó la correa.

—Es buena piel.

—¿Para qué la quiero?

—Para que tengas algo hecho por un hombre que sabe que la piel conserva todas las marcas.

Silvestre no entendió entonces.

Años después, cuando viera cicatrices en detenidos, en cadáveres y en sus propias manos, recordaría esa frase.

La piel conserva todas las marcas.

Los papeles, en cambio, podían arrancarse.

La marcha de Silvestre no fue heroica. No hubo despedida en la estación. Celestino siguió trabajando. Visitación se quedó en casa. Alèxia le entregó un bocadillo envuelto en papel y le dijo que no perdiera el tren.

—Es difícil perder algo tan grande —respondió Silvestre.

—Tú pierdes cosas más grandes.

No supo si la niña pretendía ser cruel.

En el vagón, mientras Lleida se alejaba, Silvestre sacó la correa de cuero que le había dado su padre. La guardó en la maleta.

Años después la usaría para sujetar una caja de documentos durante una mudanza. Décadas más tarde seguiría conservándola, agrietada, inútil.

La piel conserva las marcas.

Silvestre también.

Antes de partir definitivamente, Silvestre fue al cementerio. No llevó flores.

Se sentó frente a la tumba de Marcos y sacó la navaja oxidada.

—Me voy —dijo.

Se sintió ridículo hablando con una piedra.

—No sé si eso te importa.

Una mujer pasó por el camino y lo miró de reojo. Silvestre esperó a que se alejara.

—Voy a ser policía.

Imaginó que Marcos se reía.

A los nueve años, su hermano odiaba a los guardias porque uno le había quitado una pelota durante una procesión.

Silvestre sonrió por primera vez desde hacía días.

Después dejó de hacerlo.

—Supongo que lo hago para que algo tenga reglas.

No dijo la frase verdadera: para encontrar un lugar desde el que decidir quién era culpable y quién no.

Guardó la navaja.

No pidió perdón.

Todavía creía que pedir perdón era lo mismo que merecerlo.

En Madrid, durante la formación, Silvestre escribía a casa una vez al mes. Visitación no respondía. Celestino sí, con cartas breves sobre el trabajo, el precio de las pieles y Alèxia.

Nunca mencionaba a Marcos.

La tercera carta terminó con una frase distinta:

No busques una profesión que te diga si eres bueno. Ninguna puede.

Silvestre la leyó varias veces.

Le molestó.

Todavía necesitaba creer precisamente lo contrario: que la placa, el uniforme y una jerarquía podían ordenarlo desde fuera.

Guardó aquella carta durante décadas sin admitir que su padre había entendido antes que él el motivo real de su elección.

Durante los primeros meses fuera de Lleida, Silvestre descubrió que el uniforme tenía un olor propio. Lana húmeda, betún, tabaco de otros hombres. Al principio lo colgaba cada noche con cuidado, como si se tratara de una promesa. Después aprendió a dejarlo sobre una silla.

En la formación le enseñaron a memorizar calles, reglamentos, fórmulas de tratamiento y maneras de sujetar a un detenido sin perder el equilibrio. Nadie habló de culpa. Nadie habló de miedo. Esas materias se daban por aprendidas.

Un instructor de bigote blanco corrigió su primer parte.

—Demasiadas palabras.

Silvestre había descrito una pelea en una taberna: quién había empezado, quién había intentado separarlos, quién sangraba antes de que llegara la patrulla.

El instructor tachó media página.

—Los hechos no necesitan una novela.

—Pero fue así.

—Fue de muchas maneras. Nosotros dejamos una.

Silvestre observó cómo la tinta roja convertía una escena confusa en cuatro líneas limpias.

—¿Y si quitamos algo importante?

—Si fuera importante, no podríamos quitarlo.

La respuesta le pareció lógica.

Tardaría años en descubrir que era exactamente al revés.

En una de sus primeras guardias conoció a un anciano detenido por dormir en un portal. El hombre olía a vino y a lana mojada. No había cometido delito alguno, pero un comerciante se había quejado de que espantaba a los clientes.

—¿Dónde lo ponemos? —preguntó Silvestre.

El agente veterano que lo acompañaba se encogió de hombros.

—Un rato dentro y luego fuera.

—¿Por qué dentro?

—Porque alguien con tienda ha llamado.

—Eso no es una razón.

El veterano sonrió.

—Ya aprenderás qué cosas son razones.

Silvestre le dio al anciano un café antes de soltarlo. Se sintió mejor por hacerlo.

Durante mucho tiempo confundiría esos pequeños gestos con la prueba de que seguía siendo un hombre decente.

No comprendía todavía que la bondad privada podía convivir sin dificultad con la obediencia pública.

Cuando escribió a Celestino aquella semana, no contó nada de eso. Habló del sueldo y del frío. Dijo que estaba aprendiendo mucho.

Su padre respondió con una sola frase al final de la carta:

Aprender no siempre mejora a un hombre. A veces solo lo hace más útil.

Silvestre guardó la carta en la misma caja que la correa de cuero.

Celestino envejeció de golpe después de Marcos. El cabello se le volvió gris en pocos meses y empezó a toser por las noches. La curtiduría, que antes parecía una prolongación de su cuerpo, comenzó a devorarlo.

Silvestre trabajó allí un verano. Su padre quería que aprendiera un oficio. Él quería demostrar que podía soportar cualquier cosa.

No soportó el olor.

Las pieles llegaban húmedas, pesadas, todavía con rastros de animal. Se sumergían en cal, se raspaban, se volvían a lavar. Celestino decía que el cuero era memoria: por mucho que se tratara, siempre conservaba algo de aquello que había sido.

—Como las personas —dijo Silvestre una vez.

Su padre lo miró con cansancio.

—Las personas se estropean más fácilmente.

En aquella época, Silvestre empezó a hablar de entrar en la policía. No lo hizo por vocación. Tampoco por orden. Lo hizo porque necesitaba imaginar una institución capaz de impedir que las cosas ocurrieran sin explicación.

Celestino escuchó la idea mientras cenaban.

—¿Policía?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para trabajar.

—Trabajo hay aquí.

—No quiero esto.

—Ya.

Visitación dejó la cuchara sobre el plato.

—Déjalo.

—No he dicho nada —respondió Celestino.

—Precisamente.

Silvestre comprendió que el proyecto de marcharse era interpretado por su madre como otra forma de abandono.

—No voy a irme lejos.

Visitación se levantó.

—Todos os vais lejos aunque os quedéis en la misma casa.

Años después, Silvestre recordaría aquella frase al firmar su primer destino.

Su padre no intentó impedirlo. Solo le puso una condición.

—Si llevas uniforme, no creas que la tela te hace mejor que quien no lo lleva.

—No lo creo.

—Todavía no.

La conversación quedó ahí.

En 1954, cuando regresó con la primera placa, Celestino la sostuvo en la palma. La examinó como examinaba una piel para detectar defectos.

—Pesa poco.

—No es de oro.

—No hablaba del metal.

Silvestre se la quitó de la mano.

—Nunca estás contento.

—Estoy vivo. Es diferente.

Aquel mismo invierno, Celestino empeoró. Tosía sangre. Los médicos hablaron de los pulmones y del polvo, de los productos, de años respirando lo que nadie debía respirar.

En el hospital, pocos días antes de morir, pidió ver a Silvestre a solas.

—Tu madre te culpa —dijo.

Silvestre permaneció de pie junto a la cama.

—Ya lo sé.

—Y tú también.

—Sí.

Celestino respiró con dificultad.

—Yo no.

Silvestre lo miró por primera vez en mucho tiempo.

—¿No?

—Eras un crío.

—Pude sacarlo.

—Quizá.

La respuesta lo hirió más que una absolución fácil.

—Entonces fue culpa mía.

—No he dicho eso.

—¿Qué has dicho?

Celestino tardó en contestar.

—Que hay cosas que uno pudo hacer y no hizo. Si llamas culpa a todas, no podrás levantarte de la cama.

Silvestre pensó en Marcos.

—¿Y qué hago?

—Recuerda bien. No recuerdes para castigarte. Recuerda para no repetir.

Fue el consejo que menos supo obedecer.

Después de entrar en la policía, Silvestre visitaba Lleida con el uniforme doblado dentro de una maleta. No quería que Visitación lo viera vestido con él. No sabía por qué.

Su madre nunca le preguntó por el trabajo.

—¿Comes? —decía.

—Sí.

—Estás más delgado.

—No.

—Sí.

Y ahí terminaba la conversación.

Celestino, en cambio, preguntaba por los detenidos.

—¿Qué clase de gente cogéis?

—De todo.

—Eso no responde.

—Ladrones. Peleas. Política.

—¿Política es un delito?

Silvestre se incomodó.

—No exactamente.

—Entonces no digas que cogéis política.

Su padre tenía esa forma de hablar que convertía una imprecisión en una falta moral.

Una tarde de 1958, Silvestre llegó con un pequeño corte en el pómulo. Celestino lo vio.

—¿Te lo hizo un detenido?

—Sí.

—¿Y tú qué le hiciste?

Silvestre tardó demasiado.

—Mi trabajo.

Celestino volvió a mirar el plato.

—Eso tampoco responde.

Años después, Silvestre entendería que su padre no desconfiaba de la policía. Desconfiaba de cualquier oficio que permitiera ocultar una decisión personal detrás de una función.

Cuando Celestino murió, Silvestre encontró entre sus cosas la placa envuelta en un pañuelo. La misma que había llevado orgulloso a casa.

No recordaba habérsela dejado.

Quizá su padre la había guardado deliberadamente.

Quizá quería devolvérsela.

Silvestre nunca pudo preguntarlo.

Visitación no fue a la ceremonia de entrega de la placa.

Dijo que le dolía la cabeza.

Silvestre supo que mentía.

A la noche la encontró sentada en la cocina.

—Papá dice que estás orgullosa.

—Tu padre dice muchas cosas.

—¿Tú no?

Visitación miró la placa que él había dejado sobre la mesa.

—No sé qué significa.

—Que tengo trabajo.

—Eso sí me alegra.

—Significa más.

—Ahí está lo que me preocupa.

Silvestre se enfadó.

—Nunca estás contenta conmigo.

Visitación cerró los ojos.

—No sé estarlo sin pensar en él.

Marcos.

Siempre Marcos.

Silvestre cogió la placa.

—No soy él.

—Ya lo sé.

La respuesta fue tan triste que durante años prefirió recordarla como una acusación.

Celestino tenía una costumbre que Silvestre heredó sin darse cuenta: revisar dos veces las cerraduras antes de acostarse.

En la casa de Lleida no había nada de valor. Aun así, el padre recorría puertas y ventanas cada noche.

—¿Tienes miedo de que entren? —preguntó Silvestre una vez.

—No.

—Entonces ¿por qué miras?

—Porque dormir tranquilo también necesita trabajo.

Años después, Silvestre repetiría el gesto en su piso de Barcelona. Dos veces la puerta. Una la ventana. Otra la cocina.

Nunca relacionó la costumbre con su padre hasta la noche en que encontró a dos hombres esperando dentro de casa.

Entonces comprendió que muchas herencias no tenían forma de apellido ni de dinero.

Eran movimientos del cuerpo.

Frases.

Miedos aprendidos sin explicación.

Celestino también le enseñó a reparar zapatos, a distinguir piel buena de mala y a no comprar herramientas baratas.

Nada de eso le sirvió en la policía.

O eso creyó.

Años después, mirando un expediente manipulado, recordaría cómo su padre examinaba una piel: no por la superficie, sino por las zonas donde alguien había intentado ocultar un defecto.

—Lo importante —decía Celestino— es mirar donde han trabajado demasiado para que no mires.

Silvestre terminó aplicando esa regla a los papeles.

No sabía si habría hecho sonreír a su padre.

Probablemente no.

Celestino sonreía poco.

En 1978, cada vez que encontraba un expediente demasiado limpio, Silvestre seguía buscando la costura que alguien había trabajado para ocultar.

CAPÍTULO 7 — EL INFORME ROTO

El papel tenía un borde irregular.

Remei lo colocó sobre una mesa de acero del Instituto Anatómico Forense. Faltaban dos hojas del informe preliminar, arrancadas por la grapa.

—Las páginas cuatro y cinco —dijo.

Silvestre tocó el hueco sin tocarlo.

—¿Qué había?

—Lesiones antiguas. Estado nutricional. Una descripción de fibras adhesivas en tobillos y muñecas. Y una observación sobre el contenido gástrico.

—¿Qué observación?

—Había comido unas horas antes de morir. Carne, patata, quizá pan. No basura. No llevaba días abandonada.

—¿Quién ha tenido acceso?

—Medio edificio.

—Nombres.

Remei lo miró.

—¿Quieres que te dé una lista de funcionarios para que alguien me acuse mañana de haber perdido yo las hojas?

—Quiero saber quién las arrancó.

—Yo también. La diferencia es que yo trabajo aquí.

Silvestre se apartó.

En una bandeja había una bolsa con los objetos de Rosalinda: la llave, la estampa, un pañuelo, dos monedas, un botón suelto.

—¿La pulsera?

—Nada.

—¿Marcas de haberla llevado?

Remei cogió una fotografía del antebrazo izquierdo.

—Aquí.

Una línea más clara rodeaba la muñeca.

—Podría ser de un reloj.

—O de una pulsera.

Silvestre pensó en la llamada.

—¿Quién sabía que el cuerpo estaba aquí?

—Policía, juzgado, ambulancia, nosotros.

—Demasiada gente.

Remei apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Silvestre.

—¿Qué?

—No conviertas esto en una penitencia.

—No sé de qué hablas.

—Claro que sí.

No había romance entre ellos. Nunca lo hubo. Habían compartido cafés de madrugada, silencios, la vergüenza de una España que se mudaba de traje sin cambiar de cuerpo. Remei sabía cuándo Silvestre mentía porque no necesitaba creerle.

—La chica murió porque alguien quiso —dijo él.

—Eso no significa que tú puedas arreglarlo.

—No he dicho arreglar.

—¿Entonces qué?

Silvestre miró la bolsa de objetos.

—Nombrarlo.

Remei soltó el aire.

—Eso suele ser más peligroso.

Antes de irse, Silvestre pidió una copia de lo que quedaba del informe.

Remei dudó.

Luego abrió un cajón y sacó un sobre.

—Ya la había hecho.

Silvestre lo guardó bajo la gabardina.

—¿Por qué?

—Porque llevo demasiados años viendo desaparecer papeles.

Remei abrió otro sobre con fotografías de la autopsia.

—Mira los tobillos.

Silvestre se inclinó.

Dos bandas pálidas rodeaban la piel, discontinuas, con pequeñas abrasiones.

—¿Cuerda?

—No exactamente. Algo ancho. Correa, tela fuerte, quizá cinta.

—¿La misma de la obra?

—No puedo decirlo.

—¿Puedes decir qué no es?

—No es una marca de dos horas.

Pasó a la siguiente imagen. En la espalda de Rosalinda había zonas de irritación y dos pequeños hematomas amarillentos.

—Estos son antiguos. Siete días, quizá más.

—¿Le pegaban?

—O chocaba con algo. No inventes lo que no sabemos.

Silvestre asintió.

—¿Y esto?

Señaló una mancha junto al hombro.

—Restos de un adhesivo médico.

—¿La curaron?

—Eso parece.

La idea lo inquietó más que una tortura sencilla.

Alguien la retenía y, al mismo tiempo, la cuidaba lo suficiente para mantenerla viva. No era furia. Era administración.

—¿Embarazada?

Remei negó.

—No.

—¿Actividad sexual?

Ella lo miró con frialdad.

—No voy a convertir a una niña en un inventario sexual para que alguien justifique lo que le pasó.

Silvestre aceptó el golpe.

—Tienes razón.

Remei señaló el contenido gástrico descrito en sus notas.

—Comió unas tres horas antes de morir. Y hay restos de un sedante suave en sangre. Con los medios que tenemos no puedo precisar

más.

—¿Lo bastante para dormirla?

—Lo bastante para calmarla. Quizá.

Silvestre recordó los frascos de Feliciana.

—La madre también está sedada.

Remei levantó la vista.

—¿Por quién?

—Dice que su médico.

—Averígualo.

—El caso me lo van a quitar.

—Entonces date prisa.

Se quedó mirando las fotos.

No veía ya un cadáver anónimo. Veía una muchacha a la que alguien había alimentado, inmovilizado, medicado y quizá curado durante semanas.

Eso significaba una habitación.

Una cama.

Una persona llevando platos.

Un calendario que seguía avanzando al otro lado de una puerta.

Rosalinda había tenido una vida durante su desaparición.

Una vida mínima, encerrada, pero vida.

Silvestre comprendió que la investigación no consistía solo en descubrir cómo murió.

Tenía que encontrar dónde había seguido viviendo cuando todos habían aceptado que se había marchado.

Silvestre pidió a Remei que revisara también el cabello y las uñas de Rosalinda por si había restos que permitieran localizar el lugar de cautiverio.

—No tenemos laboratorios mágicos —respondió ella.

—No te pido magia.

—A veces sí.

Encontró partículas de yeso, grasa industrial y fibras textiles oscuras. Nada que pudiera señalar una fábrica concreta. En el Besòs había cientos de lugares con esos materiales.

—Lo importante no siempre es lo raro —dijo Remei—. A veces es lo común.

—Eso tampoco ayuda.

—Ayuda a no inventar.

Silvestre observó una muestra bajo un pequeño microscopio.

—¿Crees que estuvo cerca del río?

—No puedo demostrarlo.

—No te he preguntado eso.

Remei pensó.

—Creo que estuvo en un lugar industrial. Seco. Con polvo de obra o yeso. Y que alguien la movió después de morir o cuando estaba muy cerca de morir.

—¿Por qué?

—No tiene suficiente barro en la ropa para haber forcejeado en la marisma.

Silvestre recordó las marcas de arrastre.

—La trajeron.

—Eso parece.

—¿En una lona?

—Puede.

—¿Cinta en muñecas?

—Puede.

Remei se quitó los guantes.

—¿Ves el problema? Ya tienes una historia completa hecha de «puede».

Silvestre la miró.

—Y alguien está arrancando las páginas que contienen los «puede» más incómodos.

Remei guardó las muestras.

—Entonces protege los papeles. Yo intentaré proteger lo que queda del cuerpo.

Ambos sabían que podían fracasar en las dos cosas.

Remei consiguió conservar una pequeña muestra de las fibras encontradas en la ropa antes de que el expediente cambiara de manos. No era una prueba judicialmente limpia. Era una precaución.

—Esto podría costarme el puesto —dijo.

—Devuélvelo.

—No.

—Entonces no me lo cuentes.

—Quiero que sepas que existe por si un día yo digo que no.

Silvestre la miró.

—¿Por qué dirías que no?

—Porque todos tenemos un precio o un miedo. No sé cuál será el mío hasta que aparezca.

Guardó el tubo en una caja marcada con un número que no correspondía al caso.

—Ahora tú eres testigo de que lo hice.

—Eso nos hace a los dos vulnerables.

—Exacto.

Remei cerró el armario.

—La confianza adulta consiste en entregar al otro algo que podría destruirte y esperar que tenga una razón para no hacerlo.

Silvestre pensó en Mercadal.

Silvestre volvió al Instituto Anatómico a primera hora de la tarde. El edificio tenía ese olor que no pertenecía únicamente a los muertos: desinfectante, papel húmedo, café recalentado y una corriente subterránea de carne que ningún producto conseguía borrar por completo.

Remei lo esperaba en una sala pequeña, junto a un ventanal opaco. Sobre la mesa había dos carpetas y un cenicero lleno.

—No debería enseñarte esto aquí —dijo.

—Entonces enséñamelo deprisa.

—No funciona así.

Abrió la primera carpeta. Era la copia de trabajo de la autopsia. Había anotaciones a lápiz, medidas, dibujos de lesiones. En la segunda, la versión mecanografiada que iba a incorporarse al sumario. Silvestre las comparó.

Faltaban cosas.

No solo las páginas cuatro y cinco. Habían desaparecido expresiones concretas: «lesiones antiguas compatibles con inmovilización», «signos de alimentación regular durante el periodo previo a la muerte», «ausencia de deterioro nutricional esperable en una fuga prolongada». Donde antes había frases, ahora quedaban formulaciones vagas.

—¿Quién lo ha corregido?

—Oficialmente, nadie. La mecanógrafa recibió instrucciones de pasar una versión distinta.

—¿De quién?

Remei encendió otro cigarrillo.

—Eso es lo divertido. Nadie firma una orden para borrar una frase.

—¿La mecanógrafa recuerda quién se lo dijo?

—Claro que lo recuerda. También recuerda que tiene dos hijos y un marido en paro.

Silvestre apoyó las manos sobre la mesa.

—Necesito hablar con ella.

—No.

—Remei.

—No voy a darte otra persona para que la pongas delante de Mercadal y le preguntes si quiere perder el trabajo.

—No haré eso.

—Tú no decides todo lo que ocurre después de preguntar.

Silvestre se quedó callado.

Remei pasó una página.

—Mira aquí.

Era una fotografía de la muñeca derecha. La marca clara formaba un rectángulo preciso.

—Reloj —dijo él.

—Probablemente.

—La madre dice que llevaba uno dorado.

—Entonces ya tenemos un objeto desaparecido.

—¿Robo?

—Puede. O alguien se lo quitó para que no se identificara un regalo.

Silvestre pensó en el coche negro.

Remei señaló otra imagen, esta vez del tobillo.

—Esto es más importante.

Había dos zonas irritadas, casi simétricas.

—¿Cuerdas?

—No exactamente. Algo más ancho. Tela, quizá cuero. Si hubiera estado atada con una cuerda, esperaría abrasiones distintas.

—¿Correas?

—Podría ser.

—¿Cuánto tiempo?

—No puedo decirlo. Pero no son del momento de la muerte.

Silvestre anotó.

—¿Y causa?

Remei cerró la carpeta y lo obligó a mirarla.

—La ahogaron.

La frase fue seca.

—¿Segura?

—Agua en pulmones, espuma fina, signos compatibles. La herida de la nuca pudo dejarla inconsciente o aturdida, pero respiraba al entrar al agua.

Silvestre apartó la vista.

—¿En el Besòs?

—Eso no puedo saberlo con certeza. El contenido pulmonar es compatible con agua contaminada, pero aquí tenemos media provincia llena de acequias y vertidos. No me pidas milagros.

—No te los pido.

—Sí. Todos me los pedís cuando queréis que un cadáver os dé una dirección y un apellido.

Durante unos segundos solo se oyó el zumbido del fluorescente.

—Había algo más —dijo Remei.

Sacó una bolsa de papel. Dentro había un pequeño hilo rojo, apenas dos centímetros.

—Lo encontramos bajo una uña.

—¿Tejido?

—Sí. Lana o mezcla. No sé más todavía.

—¿Peleó?

—Quizá. O tocó una manta.

Silvestre sostuvo la bolsa a contraluz.

Un hilo rojo.

Pensó en lo absurdo que resultaba depender de algo tan pequeño frente a hombres capaces de mover expedientes enteros.

—Quiero copia de todo.

Remei lo observó.

—Si te la doy, ya no podré decir que no sabía lo que ibas a hacer.

—No sabes lo que voy a hacer.

—Precisamente.

Abrió un cajón y sacó un sobre marrón.

—Una copia. Si desaparece, no vuelvas a pedirme otra.

Silvestre la guardó dentro de la chaqueta.

—¿Por qué haces esto?

Remei sonrió sin humor.

—Porque llevo quince años viendo cómo los muertos pobres son menos convincentes que los muertos ricos.

—Eso no responde.

—Responde de sobra.

Cuando Silvestre salió, vio a un hombre sentado al final del pasillo. Traje oscuro, periódico abierto, zapatos demasiado buenos para aquel edificio. No lo había visto entrar.

El hombre levantó un instante los ojos y volvió a la página.

Silvestre siguió caminando.

En la calle se detuvo bajo el alero y esperó.

Cinco minutos después, el hombre salió, subió a un Peugeot negro y arrancó sin mirarlo.

Silvestre anotó la matrícula.

Por primera vez desde que había aparecido el cuerpo, tuvo la certeza de que alguien más estaba siguiendo la investigación.

De regreso a comisaría, Silvestre comprobó la matrícula del Peugeot.

El vehículo estaba registrado a nombre de Servicios Auxiliares del Mediterráneo SA, una empresa con domicilio en una oficina de la calle Balmes. Ventura tardó menos de una hora en averiguar que uno de sus administradores era también apoderado de una sociedad participada por Terralta.

—Eso ya es una conexión —dijo el joven.

—Es una conexión mercantil.

—¿Cuántas necesita para dejar de llamarlas casualidad?

Silvestre no contestó.

Pidió los antecedentes de la empresa. Seguridad de obras. Transporte. Vigilancia de almacenes. Nada ilegal.

—¿Quién tiene licencia de armas ahí?

Ventura consultó otra carpeta.

—Tres empleados.

—Nombres.

Uno era Julián Baeza.

Silvestre lo anotó sin saber que volvería a verlo en la marisma semanas después.

Los otros dos no significaban nada todavía.

—¿Pedimos vigilancia sobre ellos?

Silvestre soltó una risa.

—¿A quién?

Ventura comprendió.

Aquello empezaba a ser otro problema: cada paso de una investigación oficial dejaba una huella dentro de la misma institución que quizá estaba siendo investigada.

Silvestre tomó la copia del informe de Remei y la dividió. Guardó unas páginas en su piso, otras en la taquilla y una tercera copia en una caja metálica que llevó a casa de Anselmo sin explicar qué contenía.

El tabernero la miró.

—No quiero drogas.

—No son drogas.

—Eso dicen los que traen drogas.

—Papeles.

—Peor.

Aun así, aceptó guardarla debajo de unas cajas de vino.

—Si pregunta alguien —dijo Silvestre—, no sabe nada.

Anselmo arqueó una ceja.

—Inspector, llevo cuarenta años atendiendo un bar. No saber nada es prácticamente mi oficio.

Silvestre salió con una sensación incómoda.

Ya estaba construyendo un archivo paralelo.

Lo había criticado toda su vida en otros.

Ahora lo necesitaba para que la verdad sobreviviera a los cauces oficiales.

La matrícula del Peugeot llevó a Silvestre hasta una oficina donde nadie parecía trabajar.

Servicios Auxiliares del Mediterráneo ocupaba un segundo piso con dos mesas, un teléfono y archivadores casi vacíos.

La secretaria dijo que el director no estaba.

—¿Cuándo vuelve?

—No sé.

—¿Quién contrata sus servicios?

—Empresas.

—Eso suele pasar con las empresas.

La mujer lo miró con hostilidad.

—Necesitará una orden.

Silvestre observó un calendario de Terralta colgado en la pared.

—Bonito calendario.

La secretaria lo arrancó casi de inmediato.

Demasiado tarde.

—¿Qué relación tienen con Terralta?

—Cliente.

—¿Solo?

—Sí.

—Entonces no tendrá inconveniente en decirme quién pidió seguimiento sobre el Instituto Anatómico.

La mujer palideció.

—No sé de qué habla.

Silvestre sonrió.

—Yo tampoco he dicho que hubiera seguimiento.

La secretaria cerró la boca.

Silvestre guardó el nombre de Terralta sin insistir. A veces una respuesta llegaba antes de que nadie aceptara haberla dado.

CAPÍTULO 8 — ENTONCES: LA RADIO DEL BAR SOLER

Barcelona, 20 de noviembre de 1975

La radio crepitó antes de decirlo.

En el bar Soler había nueve personas. Un taxista. Dos obreros de una fábrica del Poblenou. Un hombre con corbata. Una pareja que no hablaba. El dueño, Anselmo Guardiola, secaba vasos detrás de la barra.

Silvestre bebía coñac.

La voz del locutor anunció la muerte de Franco.

Nadie aplaudió.

Nadie lloró.

Un obrero levantó su copa sin brindar.

El hombre de la corbata miró hacia la puerta.

Anselmo dejó de secar el vaso.

—Pues ya está —dijo alguien.

No estaba.

Silvestre lo sabía.

Había trabajado suficientes años para conocer la diferencia entre la muerte de un hombre y la desaparición de una estructura. Los despachos seguían ocupados por las mismas personas. Los archivos conservaban los mismos nombres. Las llaves de los calabozos pesaban igual.

Mercadal entró diez minutos después.

—¿Celebrando?

—Bebiendo.

—No es lo mismo.

—Nunca lo es.

Mercadal pidió café.

—Van a venir meses difíciles.

Silvestre lo miró.

—Para nosotros.

—Para todos.

—No todos llevamos porra.

Mercadal sonrió apenas.

—Tú tampoco hoy.

Silvestre bajó la vista hacia el coñac.

Aún no había dejado de beber.

Aún no sabía que un día una niña muerta lo obligaría a revisar cada una de las cosas que había aceptado porque «siempre habían sido así».

La radio siguió hablando.

Afuera empezó a llover.

Después del anuncio, varios clientes pagaron y se fueron antes de que anocheciera. Nadie quería estar en la calle si ocurría algo. Durante décadas la prudencia había sido una forma de educación.

Mercadal terminó el café.

—Mañana habrá retratos nuevos en los despachos —dijo.

—¿Y nosotros?

—Nosotros vendremos a trabajar.

—Eso no responde.

—Sí responde.

Silvestre miró su copa.

—¿Crees que cambiará algo?

Mercadal siguió la dirección de su mirada hacia la radio.

—Cambiarán palabras.

—¿Solo palabras?

—Las palabras importan.

—A los que escriben los informes.

—Sobre todo a ellos.

Anselmo dejó una botella en la barra.

—Invita la casa.

Nadie tocó la botella al principio.

Luego el taxista se sirvió.

—Por lo que venga.

Silvestre levantó el vaso, pero no bebió.

No sabía por qué.

Tal vez porque, por primera vez, sospechó que un país podía celebrar un comienzo sin haber terminado realmente nada.

Aquella noche, después de cerrar el bar, Anselmo encontró una pintada nueva en la persiana: **LIBERTAD**.

Por la mañana la borró.

Silvestre lo vio hacerlo.

—¿Te molesta?

—No.

—Entonces ¿por qué la quitas?

Anselmo siguió frotando.

—Porque tengo que abrir.

Silvestre no entendió.

—Si dejo eso, vendrán unos. Si lo borro, quizá vengan otros. Si no hay nada, vendo café.

—Eso también es elegir.

Anselmo se volvió.

—Usted lleva pistola. Yo llevo una bayeta. No me dé lecciones sobre elegir.

Silvestre se quedó sin respuesta.

Años después, cuando hablara de silencio estructural, recordaría aquella persiana limpia.

Las semanas siguientes estuvieron llenas de rumores. Que habría amnistía. Que no. Que los viejos mandos serían sustituidos. Que todos conservarían el puesto. Que vendrían depuraciones. Que jamás ocurrirían.

En la comisaría, los hombres hablaban bajo.

Unos escondieron retratos de Franco en cajones. Otros los mantuvieron en la pared hasta recibir orden. Mercadal quitó el suyo sin ceremonia y colocó un calendario encima del clavo.

Silvestre lo observó.

—Rápido.

—Es una pared.

—Ayer no parecía solo una pared.

Mercadal guardó el retrato en un armario.

—El error de ustedes, los que quieren grandes cambios, es creer que los símbolos mandan.

—¿Y qué manda?

—Las personas que tienen las llaves.

Cerró el armario.

Silvestre recordaría aquella frase años después, cuando comprendiera que Mercadal había conservado todas las llaves aunque hubieran cambiado los retratos.

Días después de la muerte de Franco, un superior reunió a los hombres y les recordó que nada había cambiado «en materia de disciplina».

Silvestre observó las caras. Algunos parecían aliviados. Otros decepcionados. La mayoría, simplemente cansados.

Mercadal estaba al fondo.

—¿Y en materia de todo lo demás? —preguntó alguien.

El superior no sonrió.

—Cuando cambie algo, se les comunicará por escrito.

Aquella frase se convirtió en un chiste interno durante meses.

Silvestre dejó de reír cuando comprendió que, para muchos hombres de la institución, esa era una definición suficiente de la historia: nada existía hasta que llegaba una circular.

Al día siguiente de la noticia, Barcelona amaneció igual y distinta. Había persianas a medio bajar, grupos hablando en voz más baja de lo habitual y radios encendidas detrás de las barras. En la comisaría nadie sabía todavía qué tono debía emplear.

Un agente veterano llevaba una corbata negra. Otro había escondido un ejemplar de un periódico bajo una carpeta. Mercadal caminaba por el pasillo con la misma tranquilidad de siempre.

—¿Qué hacemos? —preguntó alguien.

—Trabajar.

—Ya, pero…

—Precisamente por eso.

Silvestre lo observó entrar en su despacho. La continuidad podía tener la forma de un hombre que no necesitaba cambiar de paso.

Aquella tarde los mandaron a vigilar una concentración improvisada. No hubo incidentes. La gente hablaba, esperaba, fumaba. Un hombre muy joven llevaba una bandera que Silvestre no había visto en público desde hacía años. Un anciano la tocó con dos dedos y empezó a llorar.

—¿Intervenimos? —preguntó un agente.

Silvestre miró a Mercadal.

El comisario negó apenas con la cabeza.

—Hoy no.

Dos palabras.

Silvestre entendió que la historia podía cambiar también así: no porque una institución reconociera haber estado equivocada, sino porque calculaba que aquella tarde resultaba más útil no golpear.

De regreso al bar Soler encontró a Anselmo limpiando vasos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Silvestre.

—Mañana abrimos a las siete.

—No me refiero al bar.

—Yo sí.

Anselmo dejó el vaso bajo la barra.

—Los que vivimos aquí abajo no podemos permitirnos que la historia dure demasiado. Hay que pagar al proveedor el martes.

Silvestre bebió café.

En una mesa cercana, dos hombres discutían sobre si habría elecciones. Uno aseguraba que nada cambiaría. El otro decía que

todo.

Anselmo inclinó la cabeza hacia ellos.

—Uno de los dos podrá decir dentro de diez años que tenía razón.

—¿Cuál?

—Los dos. Así funciona esto.

Silvestre pensó en la comisaría, en los expedientes, en los nombres que podían cambiar en las puertas sin que cambiara lo que ocurría detrás.

Al salir empezó a lloviznar. Los carteles pegados en una pared se deshicieron lentamente. La tinta negra bajaba por el yeso como agua sucia.

Años después, cuando alguien llamara «nuevo» al país, Silvestre recordaría aquella pared.

La pintura podía ser nueva.

El bar Soler abrió aquella mañana como cualquier otra. Anselmo levantó la persiana a las seis, barrió las colillas de la noche anterior y puso café antes de encender la radio. La noticia ya estaba allí, esperando.

Franco había muerto.

No hubo gritos. Hubo cucharillas.

Silvestre estaba apoyado en la barra, todavía con el abrigo puesto. A su lado, un taxista removía el azúcar sin beber. Dos albañiles miraban el aparato como si esperaran que la voz rectificara. Anselmo bajó el volumen.

—Pues ya está —dijo alguien.

Nadie respondió.

Durante años, Silvestre había imaginado aquel día como una puerta. No sabía hacia dónde daba, pero una puerta al fin. En cambio, la mañana tenía el mismo olor a café quemado y tabaco negro. Afuera, los autobuses seguían pasando. En la comisaría, los mismos hombres ocuparían las mismas mesas.

—¿Y ahora qué? —preguntó el taxista.

Anselmo se encogió de hombros.

—Ahora abrimos hasta las once.

Silvestre sonrió apenas.

En la radio empezaron las palabras solemnes. Patria. Historia. Dolor. Continuidad.

Esa última lo incomodó.

Continuidad.

Dos días después, Mercadal reunió a los mandos. Habló de serenidad, disciplina y profesionalidad. Dijo que los tiempos podían cambiar, pero la función de la policía seguía siendo la misma.

—Proteger el orden.

Silvestre pensó en Joaquín Aranda.

No dijo nada.

Los meses siguientes demostraron que el país podía cambiar de vocabulario sin cambiar de reflejos. Llegaron instrucciones nuevas sobre manifestaciones, sobre propaganda, sobre grupos «extremistas». Algunas circulares eliminaban palabras antiguas y añadían otras. Donde antes se escribía «subversivo», empezó a aparecer «radical». Donde se hablaba de enemigos del régimen, se hablaba de alteradores del orden.

Los detenidos seguían bajando por las mismas escaleras.

Una noche de 1976, Silvestre acompañó a Mercadal en una patrulla por el Besòs. Habían ardido contenedores después de una protesta. En una esquina, un grupo de jóvenes pintaba «LLIBERTAT» en una pared.

Los agentes corrieron hacia ellos. Dos escaparon. Uno cayó.

Silvestre lo levantó por el cuello de la chaqueta.

Tendría diecisiete años.

—¿Cómo te llamas?

—Jordi.

—Apellido.

—¿Para qué?

Un agente levantó la porra.

Silvestre lo detuvo con la mano.

—Déjalo.

—Ha pintado la pared.

—Ya lo veo.

El muchacho esperaba el golpe.

Silvestre miró la palabra incompleta: LLIBER.

—Vete.

El agente lo miró sorprendido.

—¿Qué haces?

—No tengo ganas de llenar papeles por pintura.

El joven salió corriendo.

Mercadal, desde el coche, había visto la escena.

No dijo nada hasta que estuvieron solos.

—Te estás ablandando.

—Estoy cansado.

—Es peor.

Silvestre miró por la ventanilla.

—¿Qué cambia ahora, Zenón?

Mercadal tardó en contestar.

—Los nombres.

—¿Solo eso?

—Los nombres importan más de lo que crees.

—A Aranda no le importó.

El coche siguió unos metros antes de que Mercadal frenara.

—No vuelvas a sacar ese nombre conmigo.

—¿Por qué?

—Porque fue hace dos años y porque no sabes todo lo que pasó.

—Yo estaba allí.

—Estar no es saber.

Silvestre lo miró.

—A veces sí.

Mercadal arrancó.

Nunca volvieron a hablar de aquello.

La noche de las primeras elecciones de 1977, Silvestre regresó al bar Soler. Esta vez había ruido. Gente joven, cerveza, discusiones. Alguien lloraba mirando los resultados en un televisor pequeño. Anselmo servía sin descanso.

—Parece otro país —dijo Silvestre.

El tabernero lo miró.

—No se fíe de las apariencias, inspector.

—¿Usted nunca se alegra?

—Me alegro cuando pagan.

En una mesa del fondo, dos hombres discutían sobre amnistía. En otra, un viejo murmuraba que todo acabaría mal.

Silvestre bebió café.

Había dejado el alcohol hacía poco y cada botella detrás de la barra parecía conocerlo por su nombre.

—¿No quiere algo más fuerte? —preguntó Anselmo.

—No.

—Eso sí que es una transición.

Fue lo más parecido a un chiste que Silvestre toleró aquella noche.

Al salir, vio la pintada de «LLIBERTAT» terminada en otra pared.

Pensó en Jordi, el muchacho al que había dejado marchar.

No supo si sentirse mejor.

La policía seguía ahí.

Él también.

En 1976, durante los días de Vitoria, la comisaría estuvo en alerta.

Llegaban noticias fragmentarias. Muertos. Disparos. Huelgas.

Un agente joven preguntó en voz alta:

—¿De verdad dispararon dentro de una iglesia?

Nadie respondió.

Mercadal apagó la radio.

—Aquí trabajamos con lo que pasa aquí.

Silvestre pensó que esa frase resumía una forma entera de país: dividir el territorio en lugares suficientemente pequeños para que nadie tuviera que responder por el conjunto.

Esa noche, en el bar Soler, Anselmo volvió a encender la radio.

—Aquí sí pasa —dijo.

Silvestre lo miró.

—¿Qué?

—Lo que pasa en otros sitios.

No discutieron.

A veces una radio era más honesta que un parte de servicio.

La noche del 15 de junio de 1977, después de votar, Silvestre entró en el bar Soler con el resguardo electoral todavía doblado en el bolsillo.

Anselmo estaba sirviendo cerveza a gente que no solía beber junta. Un comunista discutía con un comerciante. Dos estudiantes explicaban resultados. Un hombre mayor lloraba sin ocultarlo.

—¿Ha votado? —preguntó Anselmo.

—Sí.

—¿Y qué tal?

Silvestre se encogió de hombros.

—Metí un papel en una caja.

—Eso es bastante más de lo que algunos pudieron hacer durante cuarenta años.

Silvestre miró la urna imaginaria.

—No cambia lo de ayer.

—No.

—Ni a la policía.

—Tampoco.

—Entonces.

Anselmo dejó un vaso delante de otro cliente.

—Usted siempre quiere que una cosa arregle otra. Un voto, una placa, dejar de beber. Quizá algunas cosas solo hacen lo que hacen.

Silvestre no respondió.

Afuera, alguien tocó un claxon y otro gritó «¡libertad!».

Dentro, un hombre pidió otra ronda.

La historia seguía pareciéndose demasiado a un bar: unos celebraban, otros desconfiaban y casi todos tenían que trabajar al día siguiente.

La humedad venía de dentro.

CAPÍTULO 9 — EL AGENTE NUEVO

El café sabía a aluminio.

Silvestre lo probó y lo dejó junto a la máquina de escribir. A las ocho y diez, un muchacho delgado con abrigo oscuro se presentó en su despacho con una carpeta bajo el brazo.

—Agente Ventura Ferrer Solà.

Silvestre levantó la vista.

—¿Y?

—Me han asignado a su grupo.

—No tengo grupo.

Ventura miró la mesa: expedientes, cenicero, dos vasos, el sobre de Remei medio oculto bajo un periódico.

—Eso me han dicho.

Silvestre lo estudió. Veintidós años. Cara aún demasiado limpia para una comisaría. Las manos sí parecían mayores: nudillos marcados, uñas cortas, una cicatriz junto al pulgar.

—¿De dónde vienes?

—Academia.

—Eso no es un sitio. Es una enfermedad pasajera.

Ventura no sonrió.

Bien.

—Mi madre es de Jaén —dijo—. Mi padre era de Badalona.

—No te he preguntado por tus padres.

—No.

—¿Entonces?

—Nada.

Silvestre abrió el parte de Rosalinda.

—¿Sabes leer sin hacer ruido?

—Sí.

—Empieza por esto.

Ventura cogió el expediente.

Durante veinte minutos no dijo una palabra. Luego señaló una línea.

—Aquí pone que la madre denunció la desaparición el día ocho. Pero la visita policial al domicilio es del catorce.

—Seis días.

—¿Por qué?

—Porque alguien decidió que no era urgente.

—¿Quién?

Silvestre lo miró.

—Eso es lo que distingue una pregunta de un problema.

Ventura siguió leyendo.

—¿Era prostituta?

—¿Importa?

—El parte dice «conducta promiscua».

Silvestre encendió un cigarrillo.

—Los partes dicen muchas cosas cuando el que escribe quiere dejar de trabajar.

Ventura cerró la carpeta.

—Mi padre desapareció en el setenta y uno.

Silvestre no dijo nada.

—Lo detuvieron. Mi madre recibió sus cosas tres semanas después. Reloj, cinturón, doscientas pesetas. No el cuerpo.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque ha preguntado de dónde vengo.

—No he preguntado eso.

—Ya.

Silvestre apoyó el cigarrillo en el cenicero.

Aquello era exactamente lo que no necesitaba: un muchacho con una ausencia por padre y la justicia recién sacada de la caja.

—Escúchame, Ferrer. Aquí no vienes a arreglar lo que te pasó.

—No.

—Ni a compensarlo.

—No.

—Ni a demostrarme nada.

Ventura sostuvo su mirada.

—Eso ya lo veremos.

Silvestre pensó en Marcos.

No por el parecido. No se parecían en nada.

Por la edad imposible que alcanzan los muertos dentro de nosotros.

—Busca todo lo que haya sobre Terralta, S. A. —dijo—. Registro mercantil, licencias, parcelas, contratistas. Sin pedir favores. Sin contar para qué.

—¿Es una orden?

—Es trabajo.

Ventura se levantó.

—Inspector.

—¿Qué?

—La madre de la chica recibió la visita de un abogado, ¿verdad?

Silvestre frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Está en una nota añadida esta mañana al expediente.

Silvestre le arrebató la carpeta.

En la última página, a lápiz, había una frase que él no había escrito:

Familia asistida. No insistir.

Sin firma.

La niña muerta.

Siempre la niña muerta.

Y alguien, dentro de la comisaría, ya estaba escribiendo por ella.

Ventura regresó a última hora con una libreta llena de nombres.

—Terralta tiene más sociedades que empleados —dijo.

Silvestre seguía revisando la denuncia de Rosalinda.

—Eso no es delito.

—Tampoco tener amigos.

—Depende de los amigos.

Ventura dejó la libreta. Había anotado constructoras, administradores, domicilios y contratos públicos.

—Berrocal aparece en unas y desaparece en otras. Pero siempre hay un hombre suyo: Pere Gassó, abogado; Julián Montcada, aparejador; Álvaro Nogués, asesor externo.

Silvestre levantó la vista.

—Nogués.

—El abogado de la madre.

—Sí.

—Trabaja para Berrocal desde hace años.

Ahí estaba la unión directa.

Silvestre acercó la libreta.

—¿De dónde has sacado esto?

—Registro, prensa económica, un bedel que fuma demasiado y un administrativo al que le gusta hablar.

—Te dije sin pedir favores.

—No pedí. Escuché.

Silvestre estuvo a punto de reprenderlo.

No pudo.

—Bien.

Ventura sonrió por primera vez.

—¿Eso era un elogio?

—No te acostumbres.

El joven se sentó.

—Hay otra cosa. Terralta está comprando terrenos justo donde apareció el cuerpo. Algunos propietarios vendieron barato hace dos años. Después llegaron proyectos de urbanización y el valor se multiplicó.

—¿Quién aprobó?

—Ayuntamiento. Comisiones. No he llegado más lejos.

—Llega.

Ventura cerró la libreta.

—Inspector.

—Qué.

—¿Por qué le importa tanto esta chica?

Silvestre encendió un cigarrillo.

—Porque está muerta.

—Muere gente todos los días.

—Sí.

—Entonces no es eso.

Silvestre observó el humo.

Podía haberlo echado del despacho. Podía haberle recordado su rango. En cambio dijo:

—Porque nadie la buscó bien.

Ventura entendió algo que Silvestre no había querido decir.

—A mi padre tampoco.

—No he dicho eso.

—No hacía falta.

Se quedaron en silencio.

Silvestre comprendió el peligro de trabajar con alguien que escuchaba también lo que uno callaba.

Durante las semanas siguientes Ventura empezó a dejar pequeños indicios de su presencia en el despacho: una taza, una libreta, un paquete de caramelos. Silvestre lo toleró como se tolera una gotera que no merece todavía una reparación.

Una mañana encontró al joven copiando a mano una lista de llamadas relacionadas con la desaparición.

—¿Qué haces?

—La centralita guarda anotaciones de llamadas externas.

—No todas.

—No. Pero hay una del nueve de noviembre preguntando si la denuncia de Rosalinda estaba «controlada».

Silvestre se acercó.

—¿Número?

—No consta.

—¿Quién atendió?

—Un auxiliar. Dice que no recuerda.

—¿Y por qué lo anotó?

—Porque el que llamó preguntó por Mercadal.

Silvestre sintió una presión detrás de los ojos.

—¿El día después de desaparecer?

—Sí.

—¿Mercadal estaba de servicio?

—No. Pero recibió un mensaje.

—¿Hay copia?

Ventura negó.

—Solo la anotación de centralita.

Silvestre la arrancó de la libreta.

—Haz otra copia y guarda ambas separadas.

—¿No confía en su jefe?

—Confío en que todo papel importante acaba siendo importante para alguien más.

Ventura esperó.

—Eso no es una respuesta.

—Te estás volviendo molesto.

—También me han dicho eso.

Silvestre guardó la nota.

No quería pensar en Mercadal.

Precisamente por eso empezó a hacerlo.

Ventura empezó a visitar por su cuenta a los compañeros de Rosalinda del barrio. Silvestre lo descubrió cuando vio barro en sus zapatos y un dibujo doblado en el bolsillo del abrigo.

—¿Qué es eso?

Ventura se lo enseñó.

Era un boceto de un vestido, firmado por Rosalinda.

—Me lo dio Pepa.

—¿Has ido sin decirme nada?

—No era una operación.

—Eres policía incluso cuando vas a comprar pan.

—Eso suena bastante triste.

Silvestre cogió el dibujo. El vestido tenía mangas enormes, una cintura imposible y notas al margen sobre el tipo de tela.

—¿Por qué te lo dio?

—Porque dice que todos preguntan cómo murió y nadie cómo era.

La frase cayó mal.

Silvestre devolvió el papel.

—Guárdalo.

—¿Como prueba?

—No.

—Entonces ¿para qué?

Silvestre pensó.

—Para que cuando hablemos de ella no hablemos solo de un cadáver.

Ventura Ferrer llegó con dos camisas, una maleta de cartón endurecido y una idea de la policía que todavía no había sido golpeada por la realidad.

Silvestre lo supo el primer día porque el joven preguntó dónde guardaban los formularios de reclamación de los ciudadanos.

Coll levantó la vista desde su mesa.

—¿Los qué?

Ventura creyó que no lo había oído.

—Las reclamaciones.

Coll señaló una papelera.

Los demás rieron.

Ventura también, pero tarde. Silvestre reconoció esa clase de risa: la que uno utiliza cuando todavía no sabe si lo están aceptando o marcando.

Lo puso a revisar los partes de noviembre y diciembre relacionados con Rosalinda. El joven trabajó tres horas sin levantarse. Al final llegó con una lista.

—Hay tres denuncias que podrían conectar.

—¿Conectar cómo?

—Coches sospechosos cerca de institutos. Dos en Sant Martí y una en Sant Adrià. Siempre sedanes oscuros.

Silvestre leyó.

—Esto no es una conexión. Es Barcelona llena de coches.

Ventura no se desanimó.

—En dos casos mencionan un hombre mayor que ofrecía trabajo a chicas.

—¿Descripción?

—Una dice «bien vestido». La otra «calvo».

—Media ciudad.

—Pero puede ser algo.

Silvestre dejó los papeles.

—Puede. Por eso no vas a enamorarte de la idea.

—No me enamoro.

—Todo policía joven se enamora de su primera teoría.

—¿Y usted?

—Yo me casé con varias.

Ventura sonrió.

—¿Y se divorció?

Silvestre lo miró.

—De casi todo.

Aquella tarde fueron juntos al instituto de Rosalinda. El edificio olía a tiza y abrigo mojado. La directora los recibió con una mezcla de temor y fastidio. Había hablado con la policía en noviembre y no quería repetirlo.

—Rosalinda faltaba mucho —dijo—. No era mala alumna. Simplemente no veía para qué servía estar aquí.

—¿Amigas?

—Maribel Soto. Y una chica llamada Nuria, creo.

Maribel tenía dieciséis años y una mirada desafiante. Aceptó hablar solo cuando Ventura pidió a la directora que saliera.

—Rosa no se escapó —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Silvestre.

—Porque me debía veinte duros.

Ventura frunció el ceño.

—¿Eso prueba algo?

—A mí me los habría devuelto.

La adolescente miró a Silvestre.

—Había conocido a alguien.

—¿Un hombre?

—No sé.

—¿No sabes o no quieres decirlo?

—No sé. Ella decía «mi contacto».

—¿Contacto para qué?

—Para trabajar en una oficina. Quería estudiar secretariado.

Silvestre pensó en la casa dibujada.

—¿Le daba dinero?

Maribel dudó.

—A veces tenía más del que podía tener.

—¿Cuánto?

—Cien, doscientas pesetas.

—¿Y el reloj?

La chica levantó los ojos.

—¿Qué reloj?

Silvestre supo que mentía.

Ventura intervino con suavidad.

—Maribel, está muerta.

La muchacha palideció.

—Ya lo sé.

—Entonces no la proteges mintiendo.

—No la protejo a ella.

La frase cambió el aire de la habitación.

—¿A quién? —preguntó Silvestre.

Maribel se mordió el labio.

—A mi hermano.

El hermano, según explicó, trabajaba descargando materiales para una empresa de obras. Había visto a Rosalinda subir a un coche frente a un almacén de Sant Adrià. Cuando la chica desapareció, le dijo a Maribel que olvidara el asunto.

—¿Qué empresa?

—No sé.

—Pregúntale.

—No va a hablar.

—Ya veremos.

Cuando salieron, Ventura caminó en silencio hasta el coche.

—¿Qué? —preguntó Silvestre.

—Nada.

—Cuando alguien dice nada con esa cara suele ser algo.

El joven abrió la puerta.

—Mi padre también desapareció después de entrar en una comisaría.

Silvestre se quedó quieto.

Ventura miraba el volante.

—1971. Mi madre preguntó durante meses. Nadie sabía nada. Nadie recordaba nada. Un día dejaron de abrirle la puerta.

—No lo sabía.

—No lo puse en la solicitud.

—Hiciste bien.

Ventura lo miró.

—¿Eso es lo que me aconseja?

Silvestre entendió la trampa.

—Te aconsejo que sepas dónde estás.

—Sé dónde estoy.

—Todavía no.

El joven arrancó.

Durante el regreso, Silvestre pensó que quizá Mercadal tenía razón en una cosa: la gente entraba en la policía por motivos que rara vez figuraban en los formularios.

Algunos buscaban poder.

Otros un sueldo.

Otros querían encontrar a alguien.

Y algunos, como él, pasaban décadas intentando reparar una mano que se había soltado muchos años antes.

Ventura encontró al hermano de Maribel dos días después.

Se llamaba Andrés Soto y trabajaba descargando sacos de cemento en un almacén cerca del río. Tenía veinticuatro años, manos enormes y una cicatriz en el cuello.

—No quiero problemas —dijo antes de que Silvestre preguntara nada.

—Los problemas ya existen.

—Para usted. Yo tengo trabajo.

Ventura miró alrededor. El encargado del almacén observaba desde lejos.

—Podemos hablar fuera.

Andrés negó.

—No hay nada que hablar.

Silvestre sacó la fotografía de Rosalinda.

El joven apartó la vista.

—La viste.

—La conocía del barrio.

—Subiendo al coche de Eusebio Roca.

Andrés apretó la mandíbula.

—Mi hermana habla demasiado.

—Tu hermana tiene miedo de que te pase algo.

—Pues no me ayude a conseguirlo.

Silvestre entendió.

—¿Qué viste exactamente?

Andrés tardó.

—Dos veces. Una aquí, otra cerca de la fábrica vieja. Eusebio la recogía.

—¿Parecía obligada?

—No.

—¿Discutían?

—La segunda vez sí.

—¿Oíste algo?

—Ella dijo que quería ir a la casa. Él dijo que el señor no quería verla.

—¿Qué señor?

Andrés lo miró como si fuera estúpido.

—El que manda.

—Berrocal.

No respondió.

Silvestre guardó la fotografía.

—¿Por qué no declaraste cuando desapareció?

Andrés sonrió con amargura.

—Porque el encargado me dijo que si hablaba no volviera el lunes.

—¿Quién se lo dijo al encargado?

—No sé.

—¿Y te pareció normal?

—Inspector, aquí lo normal es tener trabajo hasta que alguien decide que no.

Ventura intervino.

—Una chica murió.

Andrés lo miró.

—Y si yo pierdo el sueldo, mis hermanos comen qué, ¿justicia?

Ninguno respondió.

Al alejarse, Ventura estaba enfadado.

—Podría declarar.

—Sí.

—Y no lo hace.

—No.

—¿Eso es todo?

Silvestre se detuvo.

—Si quieres entender este caso, aprende una cosa: casi nadie calla gratis.

—¿Eso los disculpa?

—No.

—Entonces.

—Los explica. No confundas explicación con perdón.

Ventura miró hacia el almacén.

Aquella frase sería una de las pocas enseñanzas de Silvestre que conservaría años después.

Ventura cometió su primer error serio una semana después de llegar.

Interrogó a un chico de dieciséis años sin avisar a su madre y consiguió una confesión por un robo que el muchacho no había cometido.

Silvestre leyó el acta.

—¿Cómo sabes que fue él?

—Confesó.

—Eso no responde.

Ventura frunció el ceño.

—Dijo dónde vendió el reloj.

—Se lo dijiste tú antes.

El joven repasó sus notas.

—Solo mencioné la tienda.

—Exacto.

Fueron a comprobarlo. El verdadero ladrón había sido detenido en otro distrito esa misma mañana.

Ventura quedó pálido.

—Podría haberlo metido en problemas.

—Sí.

—No quería.

—Casi nadie quiere cuando empieza.

Silvestre rompió la declaración antes de que entrara en el expediente.

Ventura lo miró sorprendido.

—¿Eso es legal?

—No.

—Entonces ¿por qué?

—Porque a veces corregir una irregularidad exige otra. No te acostumbres.

El joven guardó silencio.

—¿Eso es lo que pasó siempre aquí?

Silvestre entendió la pregunta.

—A veces empezaba así. Luego uno deja de saber qué está corrigiendo.

Ventura nunca olvidó la escena.

Silvestre tampoco.

Ventura guardó el dibujo con más cuidado que muchos documentos oficiales.

CAPÍTULO 10 — EL OTRO AGUA

La espuma se acumulaba contra el hormigón como saliva enferma.

Silvestre llegó al Besòs al caer la tarde. No había avisado a nadie. Aparcó lejos del punto donde encontraron el cadáver y caminó siguiendo la ribera.

El río llevaba bolsas, ramas, un neumático pequeño y algo que durante varios segundos pareció un abrigo hasta que se movió.

Era un perro.

Flotaba de costado, hinchado, una pata enganchada en una malla metálica. Silvestre apartó la mirada.

El Segre regresó.

No como recuerdo completo. Nunca regresaba así.

Una muñeca mojada.

Un jersey pegado al pecho.

Un niño diciendo no me sueltes.

Silvestre se llevó dos dedos al puente de la nariz.

Respiró.

Besòs.

1978.

Rosalinda.

Caminó hasta un terraplén desde el que se veía parte de los terrenos de Terralta. Había estacas con pintura roja y blanca, montones de grava y una caseta de obra. El cartel anunciaba viviendas, zonas ajardinadas, servicios. Una ilustración mostraba familias paseando junto a un agua azul que no se parecía a ningún río conocido.

Silvestre arrancó el folleto de plástico clavado al cartel.

TERRALTA. UNA NUEVA BARCELONA MIRA AL MAR.

Debajo, en letra pequeña: **Promotora general: Berrocal Construcciones.**

Oyó un motor.

Un Peugeot oscuro apareció por la pista, aminoró al verlo y continuó.

Silvestre intentó distinguir al conductor. Solo vio una silueta.

Esperó.

El coche desapareció detrás de unos almacenes.

A unos metros de la caseta encontró huellas de neumático recientes. Nada especial. Camiones, coches, maquinaria. Pero junto al borde de un charco había un trozo de cinta adhesiva beige, arrugado, pegado al barro.

Lo recogió con un pañuelo.

Podía no significar nada.

La investigación estaba llena de cosas que no significaban nada hasta que lo significaban todo.

Dentro de la caseta de obra no había nadie. La puerta estaba cerrada con candado. Silvestre rodeó el edificio. En una ventana vio una mesa, planos enrollados y una taza roja.

En el alféizar exterior había ceniza fresca.

Alguien había estado allí hacía poco.

Volvió al coche cuando empezaba a oscurecer.

El Peugeot estaba aparcado ahora al otro lado de la carretera.

Motor apagado.

Luces apagadas.

Silvestre cruzó.

El coche arrancó antes de que llegara a veinte metros y se marchó hacia Barcelona.

No intentó seguirlo.

Se quedó bajo la lluvia con el folleto de Terralta en una mano y el trozo de cinta en el bolsillo.

El río corría detrás de él.

No era el mismo que el Segre.

Pero Silvestre empezaba a sospechar que todos los ríos terminaban llevando la misma agua.

Silvestre no se marchó todavía. Rodeó la zona por una carretera secundaria y aparcó cerca de un merendero cerrado. Desde allí veía la caseta de Terralta sin ser visto con facilidad.

Esperó una hora.

La paciencia policial no tenía nada de heroico. Era frío en los pies, nicotina y la capacidad de aburrirse sin rendirse. A las nueve menos cuarto apareció una furgoneta blanca. Dos hombres bajaron. Entraron en la caseta. Uno llevaba una carpeta. El otro cargó después una caja rectangular en la parte trasera del vehículo.

Silvestre anotó la matrícula.

Cuando regresó a comisaría comprobó que pertenecía a una empresa de mantenimiento industrial con domicilio social en una oficina de Terralta.

—Podría ser cualquier cosa —dijo Ventura.

—Sí.

—¿La seguimos?

—No tenemos autorización.

Ventura lo miró con ironía.

—Eso le preocupa ahora.

Silvestre le dio la matrícula.

—Averigua dónde guarda los vehículos.

—Eso tampoco parece muy autorizado.

—Aprendes rápido.

Ventura se marchó.

Silvestre sacó del bolsillo el trozo de cinta encontrado en la obra. Lo puso junto a una copia de la fotografía de la muñeca de Rosalinda.

No eran prueba de nada.

En su oficio había aprendido que la verdad y la prueba eran parientes que a veces ni se hablaban.

Abrió el cajón inferior del escritorio. Dentro, bajo un paquete de tabaco, conservaba el dibujo infantil de la redada de 1974.

Casa.

Río azul.

Sol demasiado grande.

Lo comparó con el folleto de Terralta.

También allí el río era azul.

Pensó que los niños y los promotores dibujaban el agua del mismo color por razones opuestas: unos porque aún no sabían cómo era el mundo; otros porque sí.

A la mañana siguiente, la cinta adhesiva recogida junto a la caseta ya no estaba en su escritorio.

Silvestre abrió cajones. Revisó la papelera. Preguntó al personal de limpieza.

Nada.

No había registrado la pieza oficialmente porque sabía que carecía de cadena de custodia. Eso significaba también que no podía denunciar su desaparición sin admitir que la había guardado de forma irregular.

Ventura lo observó desde la puerta.

—¿Qué busca?

—Nada.

—Parece muy enfadado con nada.

Silvestre cerró el cajón.

—La cinta.

—¿La de la obra?

—Sí.

—¿Quién sabía?

—Tú. Remei. Yo.

—Y cualquiera que haya abierto ese cajón.

Silvestre miró el despacho. Una puerta sencilla. Una cerradura que media comisaría podía abrir.

—Quieren que sepamos que pueden tocar lo que tengamos.

Ventura se acercó.

—Entonces dejemos de tenerlo aquí.

Aquella tarde alquilaron, a nombre de Ventura, una pequeña taquilla en una consigna cercana a la estación. Allí guardaron copias, negativos y notas.

Silvestre se sintió ridículo.

También se sintió más tranquilo.

La clandestinidad era una vieja costumbre del país.

Lo nuevo era que ahora la practicaba dentro de la policía.

El sábado siguiente regresó de día con Ventura. Recorrieron la pista hasta la caseta de Terralta fingiendo inspeccionar vertidos.

Un encargado los recibió mal.

—Aquí no hay nada que ver.

—Entonces terminaremos pronto —dijo Silvestre.

El hombre tenía manos grandes y una cicatriz de quemadura en la muñeca. Por un instante Silvestre pensó en el «Juli» que todavía no conocían. Era demasiado pronto para ese nombre, pero no para la costumbre de fijarse en manos.

—¿Cuántas personas trabajan aquí de noche? —preguntó Ventura.

—Nadie.

—La furgoneta del martes parecía bastante ocupada.

El encargado miró al joven.

—Mantenimiento.

—¿Quién?

—Subcontrata.

—Nombre.

—Pregunte en oficinas.

Silvestre entró en la caseta. La taza roja seguía sobre la mesa. Había ceniza nueva.

—Dijo que nadie trabaja de noche.

—No he dicho que nadie venga.

—Eso mejora mucho la frase.

En una pared colgaba un calendario. Varias fechas estaban marcadas con una cruz. Noviembre tenía tres. Febrero, dos.

Silvestre copió las fechas sin que el encargado lo viera.

Una de noviembre coincidía con la desaparición de Rosalinda.

Podía ser casualidad.

Silvestre regresó a la marisma dos noches después porque no podía dormir.

No avisó a nadie.

Aparcó lejos y caminó con una linterna. El barro había endurecido un poco, pero el río seguía oliendo a química y podredumbre. A esa hora, las fábricas eran manchas negras con ventanas encendidas. Algunas chimeneas seguían trabajando.

El lugar donde apareció Rosalinda estaba vacío. La policía había retirado las cintas. Quedaban marcas de botas y un rectángulo de vegetación aplastada.

Silvestre apagó la linterna.

Quería escuchar.

El agua.

Los trenes lejanos.

Un perro ladrando detrás de alguna nave.

Pensó en la teoría de Remei: una entrega.

Si alguien había dejado el cuerpo allí, debía conocer el terreno. No se llegaba por casualidad. Había dos accesos razonables para un coche y un tercero por una pista estrecha que terminaba cerca del cauce.

Recorrió la pista.

A cien metros encontró huellas de neumáticos todavía visibles en una zona protegida por matorrales. Se agachó. Eran anchas, profundas. Un vehículo pesado o un sedán grande.

Más adelante había una colilla aplastada.

La recogió con un pañuelo.

Marca extranjera.

No significaba nada y significaba demasiado.

Siguió hasta una vieja caseta de bombeo abandonada. La puerta estaba cerrada con cadena, pero una ventana lateral tenía el cristal roto. Iluminó dentro.

Un colchón.

Botellas.

Restos de comida.

Entró.

El suelo olía a humedad y orina. En una pared alguien había escrito nombres y fechas. En otra, números de teléfono. Silvestre recorrió la estancia despacio.

No parecía un lugar donde hubieran retenido a Rosalinda. Demasiado expuesto. Demasiado usado por mendigos y parejas.

Pero encontró un trozo de tela roja enganchado en una madera.

Se quedó inmóvil.

Lo comparó mentalmente con el hilo de la autopsia.

Lana roja era lana roja. Barcelona estaba llena.

Aun así, lo guardó.

Detrás de la caseta descubrió algo más: una marca reciente de pintura blanca sobre un muro. Dos líneas verticales y una horizontal, como la mitad de un símbolo borrado.

Recordó a Cazorla: una pegatina con dos torres.

Sacó una libreta e hizo un dibujo.

De regreso al coche encontró un perro junto a la cuneta. Flaco, con una pata trasera herida. El animal gruñó cuando Silvestre se acercó.

—Tranquilo.

El perro enseñó los dientes.

Silvestre se agachó a distancia.

Tenía un trozo de cuerda aún atado al cuello.

Durante varios minutos ninguno se movió.

Finalmente, Silvestre dejó un pedazo de bocadillo en el suelo y retrocedió. El perro tardó en acercarse. Cuando lo hizo, comió sin

apartar los ojos de él.

—Eso es —murmuró.

Pensó en Rosalinda alimentada durante semanas por alguien que acabaría matándola.

La comida no era bondad.

El cuidado no era inocencia.

Un coche apareció al final de la pista.

Silvestre apagó la linterna y se escondió detrás de un talud.

Los faros avanzaron despacio. Era un Seat 132 oscuro. Se detuvo cerca de la caseta.

Bajaron dos hombres.

Uno llevaba gabardina. El otro una gorra de obrero.

No hablaron. Entraron en la caseta durante menos de cinco minutos y salieron con una bolsa de basura grande. La metieron en el maletero.

Silvestre intentó ver la matrícula, pero el barro cubría parte.

Solo distinguió las dos últimas cifras: 47.

El coche se marchó.

Esperó diez minutos antes de salir.

Dentro de la caseta faltaba el colchón.

También el trozo de manta roja que había visto doblado en una esquina y que, estúpidamente, no había recogido porque quería fotografiarlo al día siguiente.

Silvestre sintió una mezcla de rabia y miedo.

Alguien había llegado demasiado pronto.

O él demasiado tarde.

El perro seguía junto a la cuneta. Cuando Silvestre volvió al coche, el animal lo siguió unos metros cojeando.

—No puedo llevarte.

El perro se detuvo.

Silvestre abrió la puerta, cerró, arrancó.

En el retrovisor vio al animal quedarse solo en mitad de la pista.

A los cien metros frenó.

Maldijo.

Volvió atrás.

El perro subió sin resistencia al asiento trasero.

Silvestre condujo hasta una clínica veterinaria de guardia y lo dejó allí sin dar su nombre.

A la mañana siguiente, cuando Ventura preguntó por qué tenía pelos de perro en la chaqueta, Silvestre le dijo que no era asunto suyo.

El joven no insistió.

Pero sonrió por primera vez desde que habían empezado a investigar a Rosalinda.

A la mañana siguiente volvió a la caseta con Ventura.

El colchón había desaparecido por completo. También las botellas y parte de la basura. Alguien había barrido incluso el suelo.

—Muy limpio para un lugar abandonado —dijo Ventura.

Silvestre señaló la zona donde había encontrado la tela.

—Aquí había una manta.

—¿La vio bien?

—Sí.

—¿Roja?

—Roja.

Ventura se agachó y examinó las tablas. Encontró una grapa oxidada con varias fibras enganchadas.

—No se llevaron todo.

Silvestre sonrió apenas.

—Nunca se lleva uno todo.

Guardaron la muestra.

En la parte trasera de la caseta descubrieron marcas de neumáticos frescas y una pisada de suela lisa, poco habitual entre los obreros de la zona.

—Zapato de vestir —dijo Ventura.

—O alguien que quiere parecer importante.

—¿Hay diferencia?

Silvestre lo miró.

—Cada día menos.

Antes de marcharse, el joven preguntó por el perro.

—¿Qué perro?

—El de los pelos en su chaqueta.

Silvestre siguió andando.

—Está en una clínica.

Ventura sonrió.

—Sabía que lo había recogido.

—No sabes nada.

—¿Cómo se llama?

—No tiene nombre.

—Entonces habrá que ponerle uno.

Silvestre se volvió.

—No vamos a quedárnoslo.

—He dicho ponerle nombre, no adoptarlo.

—Es lo mismo, si no tienes cuidado.

La frase le hizo pensar en Rosalinda.

Nombrar era empezar a reconocer una obligación.

Quizá por eso tanta gente había preferido hablar de «la chica del Besòs».

El perro permaneció tres días en la clínica antes de que llamaran a Silvestre.

—Si nadie lo reclama, irá a la perrera —dijo la veterinaria.

—No es mío.

—Ya.

—De verdad.

—Ha llamado dos veces para preguntar cómo está.

Silvestre miró el teléfono.

—Eso no lo hace mío.

—No. Pero lo pone en una zona administrativa interesante.

Colgó irritado.

Aquella tarde regresó a la marisma y se sorprendió buscando al animal entre los juncos, aunque sabía dónde estaba.

Se dio cuenta de que el lugar ya había acumulado demasiadas ausencias.

Marcos.

Rosalinda.

La manta.

El coche.

Incluso el perro.

El agua parecía quedarse con aquello que faltaba y devolver únicamente señales.

Silvestre odiaba los símbolos.

Sobre todo cuando funcionaban.

La investigación empezaba a llenarse de casualidades que parecían esperar a que alguien tuviera el valor de llamarlas otra cosa.

CAPÍTULO 11 — EL CONSTRUCTOR

El sótano del archivo municipal olía a cartón mojado.

Bru Brion tenía sesenta y un años y dedos amarillos de nicotina. Trabajaba rodeado de legajos apilados desde el suelo hasta el techo, como si hubiera decidido enterrarse voluntariamente bajo documentos que nadie quería leer.

—Terralta —repitió.

Silvestre asintió.

—Sociedad Anónima.

—Ya sé qué significa la ese y la a.

Brion lo miró por encima de unas gafas gruesas.

—No todo el mundo.

Ventura permanecía detrás, sosteniendo una libreta.

—Buscamos licencias de suelo, recalificaciones, titularidad de parcelas —dijo.

—¿Con orden judicial?

—Con paciencia —respondió Silvestre.

Brion soltó una risa breve.

—Eso aquí vale menos.

Se levantó y desapareció entre estanterías. Tardó casi diez minutos en regresar con una carpeta gris.

—Terralta compra terreno industrial desde el setenta y cuatro. Parte está en Barcelona, parte en Sant Adrià. Una maravilla para discutir competencias durante años.

Silvestre abrió la carpeta.

Socios, escrituras, sociedades interpuestas.

—¿Berrocal?

Brion señaló con la uña.

—No aparece donde usted quiere que aparezca. Aparecen sus hombres.

—¿Quién es?

El archivero lo miró como si la pregunta demostrara ignorancia.

—Néstor Berrocal Tous. Construcción. Obra pública. Vivienda protegida cuando convenía, residencial cuando convenía más. Carreteras, polígonos, contratos con ayuntamientos. De los que aprendieron pronto que un régimen puede cambiar sin que cambien los notarios.

—¿Política?

—Dinero.

—No es lo mismo.

—A veces es más estable.

Ventura levantó la cabeza.

—La parcela del hallazgo aparece aquí con otro titular.

Brion miró el folio.

—Ribera Urbana, S. L. Luego absorbida por Terralta.

—¿Cuándo?

—Diciembre del setenta y siete.

Silvestre notó una punzada.

Rosalinda había desaparecido en noviembre.

—¿Quién firmó la operación?

Brion pasó páginas.

Se detuvo.

—Esto falta.

—¿Qué?

—El anexo de representación.

—¿Arrancado?

—Retirado.

—¿Por quién?

—Aquí no dejamos firmas cuando alguien importante pide algo importante.

Silvestre lo miró.

—¿Y usted cómo lo sabe?

Brion sostuvo su mirada durante varios segundos.

—Porque yo era el que sacaba los papeles.

Ventura dejó de escribir.

Brion volvió a sentarse.

—No pongan esa cara. En este país todos hemos hecho algo para conservar el sueldo.

Silvestre cerró la carpeta.

—¿Quién pidió este anexo?

—No me acuerdo.

—Acaba de admitir que lo retiró.

—He admitido muchas cosas. No confunda memoria con confesión.

Silvestre se inclinó sobre la mesa.

—Una chica de quince años apareció muerta en esa parcela.

Brion parpadeó.

Solo una vez.

—Eso he leído.

—¿La conocía?

—No.

—¿Conocía a su madre?

—No.

—¿A Berrocal?

—Todo Barcelona conoce a Berrocal sin conocerlo.

Silvestre recogió la carpeta.

—Me llevo esto.

—No.

—Haré copia.

—Tampoco.

Ventura intervino:

—Podemos pedir mandamiento.

Brion sonrió.

—Y para cuando llegue, la carpeta será otra.

Silvestre lo miró.

Brion abrió un cajón. Sacó papel carbón y varias hojas.

—La copiadora del segundo piso está averiada —dijo—. Yo no he visto nada.

Mientras Ventura copiaba referencias, Silvestre reparó en una fotografía apoyada contra una caja.

Mostraba una cacería. Cinco hombres con escopetas. Un jabalí muerto.

Reconoció a uno.

No del todo.

La foto estaba vieja y doblada.

—¿Quiénes son?

Brion la giró boca abajo.

—Nadie.

Silvestre no insistió.

Todavía.

Antes de marcharse, Brion pidió a Ventura que subiera a buscar café. Cuando se quedaron solos, cerró el cajón donde había ocultado la fotografía.

—El muchacho tiene cara de creer que esto sirve para algo.

—Tiene veintidós años.

—Yo también los tuve.

—Cuesta imaginarlo.

Brion sonrió.

—A usted le costará más cuando llegue a mi edad.

Sacó otro legajo, esta vez de licencias municipales. Lo abrió por una página marcada con un hilo.

—Mire las fechas.

Silvestre leyó. Una solicitud de modificación de uso del suelo, presentada por una sociedad interpuesta, había sido rechazada en 1975. Seis meses después, con idéntico contenido y distinta firma, fue aprobada.

—¿Qué cambió?

—El concejal que la recibió.

—¿Comprado?

—No sé. Quizá convencido.

—¿Cuál es la diferencia?

Brion encendió un cigarrillo.

—La palabra que aparece en el expediente.

Silvestre siguió leyendo. Había informes técnicos contradictorios. Uno alertaba del riesgo de inundación. Otro lo minimizaba. Un tercero desaparecía de la numeración.

—Falta otra hoja.

—Aquí faltan muchas.

—¿Siempre de Berrocal?

—No. No sea ingenuo. Berrocal no inventó este país.

Silvestre cerró el legajo.

—Pero aprendió a usarlo.

—Eso sí.

Brion lo observó con atención.

—¿Sabe qué ocurre con los archivos, inspector? La gente cree que guardan el pasado. No. Guardan las decisiones de quienes tuvieron poder para decidir qué se guardaba.

Ventura regresó con tres cafés en vasos de plástico.

—La máquina se ha tragado dos monedas.

Brion aceptó uno.

—Considérelo un impuesto democrático.

Ventura sonrió.

Silvestre no.

Mientras bebían, reparó en una anotación marginal en el expediente de Terralta: **Reunión Z.M.B. / N.B.T. — 4-X-77.**

—¿Quién es Z.M.B.?

Brion miró la nota demasiado rápido.

—No sé.

Silvestre sí conocía unas iniciales.

Zenón Mercadal Bosch.

No dijo nada.

Todavía.

Brion les enseñó después un plano antiguo de la desembocadura. Antes de las futuras avenidas había talleres, naves, depósitos y terrenos inundables. Sobre algunos aparecían sellos de clausura, sobre otros solicitudes de derribo.

—Aquí —dijo—. Terralta empezó a comprar cuando aún nadie quería esto.

—¿Información privilegiada?

—Información. Lo de privilegiada depende de quién la tenga.

Silvestre siguió con el dedo una línea que llevaba hasta la parcela del hallazgo.

—¿Por qué iba Berrocal a querer precisamente estas tierras?

—Porque la ciudad crece hacia donde los pobres viven barato hasta que dejan de resultar útiles.

Ventura levantó la mirada.

—Eso suena político.

Brion sonrió.

—Todo plano urbanístico lo es. Solo que algunos llevan regla y escuadra para que no se note.

Silvestre pensó en el cuerpo de Rosalinda sobre aquella tierra. Una hija que no debía ser reconocida y una parcela que sí debía serlo.

La coincidencia era demasiado perfecta.

Y precisamente por eso desconfiaba de ella.

Brion accedió a enseñarles un registro de visitas que oficialmente no existía. Era una libreta donde los archiveros anotaban a mano quién pedía expedientes sensibles.

El nombre de Terralta aparecía seis veces en tres meses.

Dos solicitudes procedían del despacho de Nogués.

Una llevaba la firma de un funcionario de Gobernación.

La última, fechada cuatro días después de la desaparición de Rosalinda, no tenía nombre. Solo una anotación:

Por indicación de Z. Mercadal.

Ventura silbó.

—Eso sí es algo.

Brion cerró la libreta.

—No tanto.

—¿Cómo que no?

—Porque yo puedo decir que la anotación la hizo otro. Otro puede decir que nunca recibió la indicación. Mercadal puede decir que consultaba por una cuestión distinta.

Silvestre asintió.

—Pero estuvo aquí.

Brion negó.

—Eso tampoco dice.

Ventura se desesperó.

—Entonces los documentos no prueban nada.

Brion sonrió.

Bru Brion no parecía un hombre capaz de guardar secretos importantes. Esa era probablemente la razón por la que llevaba décadas haciéndolo.

Tenía la espalda encorvada, dedos amarillentos de nicotina y una colección de chalecos marrones que parecían todos el mismo. Su despacho en el archivo municipal estaba rodeado de cajas y planos enrollados.

—Terralta —repitió cuando Silvestre pronunció el nombre—. ¿Por qué pregunta por Terralta?

—Porque la parcela donde apareció Rosalinda pertenece a la empresa.

Brion dejó de ordenar papeles.

—Eso no es exactamente cierto.

—Explíquese.

—La titularidad es de una filial. Terralta participa. También hay suelo municipal, concesiones, una sociedad de servicios.

—¿Quién manda?

Brion sonrió.

—Esa pregunta no se responde mirando el Registro.

Sacó un plano catastral. Marcó varias parcelas con un lápiz rojo.

—Mire. Aquí está la desembocadura. Esto era terreno sin valor hace quince años. Fábricas, vertidos, barracas. Ahora hay proyectos.

—¿Qué proyectos?

—Vivienda, almacenes, servicios. Depende del día y de quién pregunte.

—¿Berrocal?

Brion enrolló el plano.

—Néstor Berrocal no construye edificios, inspector. Construye permisos.

Silvestre lo observó.

—Eso suena a frase ensayada.

—Llevo veinte años esperando a que alguien me pregunte.

—¿Y por qué no habló antes?

—Porque nadie preguntaba.

—Eso no es verdad.

—Entonces porque soy cobarde. Elija la versión que le haga perder menos tiempo.

Brion abrió otro cajón y sacó una carpeta.

Dentro había recortes de prensa, anuncios de promociones y fotografías de inauguraciones. Berrocal aparecía junto a concejales, delegados ministeriales, empresarios y mandos policiales.

Silvestre pasó las imágenes despacio.

En una de 1975 reconoció a Mercadal al fondo.

No estaban juntos. Podía ser casualidad.

Guardó la imagen en la memoria.

—¿Qué relación tiene Terralta con la policía?

—La misma que cualquier empresa grande: conoce a quien conviene conocer.

—Necesito nombres.

—Los nombres son precisamente lo peligroso.

—Rosalinda tenía quince años.

Brion levantó los ojos.

—No utilice a la niña conmigo.

—¿Por qué no?

—Porque funciona.

El archivero respiró hondo.

—Hace unos meses vino un abogado a pedir que localizáramos documentos antiguos de una finca. La misma zona de la marisma.

—¿Nombre?

—Oriol Castany.

—¿Para quién trabaja?

—Despacho Pujol, Castany y Asociados. Hacen mucho para Terralta.

—¿Qué documentos buscaba?

—Servidumbres, antiguos propietarios, expropiaciones.

—¿Algo relacionado con Vega?

Brion tardó demasiado.

Silvestre se inclinó.

—Bru.

—Había una anotación marginal en un expediente de beneficencia.

—¿Qué anotación?

—Una ayuda económica periódica a Feliciana Vega. Pagada por una fundación privada.

—¿Cuál?

—Fundación San Jerónimo.

—¿Y quién la financia?

Brion sonrió con cansancio.

—Adivine.

Terralta.

Silvestre sintió que varias piezas se acercaban sin tocarse aún.

—Quiero ese expediente.

—Ya no está.

—¿Dónde?

—Se retiró.

—¿Quién?

—Castany tenía autorización.

—¿De quién?

Brion señaló hacia arriba, no al techo sino a todo lo que existía por encima de ellos.

—De gente que firma.

Silvestre apretó la mandíbula.

—¿Conserva copia?

—Yo no hago copias de documentos oficiales.

—Claro.

Brion abrió lentamente un libro de registro.

Entre dos páginas había un papel carbón casi ilegible.

—Pero las máquinas de escribir son criaturas indiscretas.

Silvestre tomó la hoja.

Se distinguía un apellido: Vega.

Y una cifra mensual.

—¿Desde cuándo?

—Desde 1963.

Quince años.

La edad de Rosalinda.

Silvestre levantó la mirada.

Brion no dijo nada.

No hacía falta.

Silvestre siguió el rastro de la Fundación San Jerónimo esa misma tarde.

La sede ocupaba dos habitaciones dentro de un edificio de oficinas. Una secretaria le explicó que la fundación financiaba becas, ayudas a viudas y obras parroquiales.

—¿Quién la preside?

—Don Néstor Berrocal.

—¿Y quién decide las ayudas?

—Un patronato.

—Quiero las actas desde 1962.

La mujer palideció.

—Necesitará autorización.

—¿De quién?

—Del patronato.

Silvestre sonrió.

—Es decir, del hombre sobre el que pregunto.

La secretaria no contestó.

Pidió ver al administrador. El hombre, un contable llamado Lluís Abad, lo recibió después de una espera larga.

—Las ayudas son confidenciales.

—Una beneficiaria está relacionada con un homicidio.

—Entonces traiga una orden judicial.

—La traeré.

Ambos sabían que quizá no.

Abad se levantó para terminar la entrevista. Al hacerlo, una carpeta cayó de una estantería. Varias fichas se dispersaron.

Silvestre se agachó a ayudar.

Vio el nombre de Feliciana Vega en una de ellas.

El contable la recogió demasiado rápido.

—Curioso —dijo Silvestre.

—¿Qué?

—Que no recordara el nombre.

—No he dicho que no lo recordara.

—Tampoco ha dicho que sí.

Abad lo acompañó a la puerta.

—Inspector, hay asuntos familiares que no deberían convertirse en materia policial.

—Cuando aparece un cadáver, pierden ese privilegio.

En el ascensor, Silvestre comprendió que el dinero era otra clase de archivo.

Dejaba rastros.

Solo había que impedir que alguien tuviera tiempo de borrarlos.

Brion llevó a Silvestre a una cafetería fuera del Ayuntamiento antes de darle la copia del pago.

—Aquí al menos sé quién escucha —dijo.

—¿Quién?

—Todos. Pero pagando su propio café.

Se sentaron en una mesa junto a la puerta.

—¿Por qué guarda estas cosas? —preguntó Silvestre.

Brion giró la cucharilla.

—Porque durante años destruí otras.

Silvestre lo miró.

—¿Qué destruyó?

—Expedientes. Informes. Reclamaciones. Órdenes de arriba.

—¿Ilegales?

—Algunas. Otras perfectamente legales y perfectamente indecentes.

—¿Y ahora quiere compensarlo?

Brion sonrió con amargura.

—No crea en esas palabras grandes. Compensar. Redimir. Solo estoy viejo y me da pereza seguir obedeciendo.

Silvestre pensó que quizá era la explicación más honesta que había oído desde que empezó el caso.

—¿Berrocal sabe quién es usted?

—No.

—¿Mercadal?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque una vez vino a pedir un expediente.

—¿Cuál?

Brion lo miró.

—El de Feliciana Vega.

Silvestre dejó la taza.

—¿Cuándo?

—1976.

Mucho antes de la desaparición.

La implicación de Mercadal acababa de retroceder dos años.

La historia empresarial de Berrocal ocupaba más papel que muchas vidas.

Silvestre pasó una tarde entera en una hemeroteca revisando noticias. Inauguraciones, donaciones, contratos, fotografías con ministros, alcaldes y obispos. Berrocal aparecía siempre en el borde correcto de cada época.

En 1964 hablaba de desarrollo.

En 1972 de estabilidad.

En 1977 de modernización y democracia.

Las palabras cambiaban más deprisa que su traje.

Ventura se sentó a su lado con una carpeta.

—Mire esto.

Era un reportaje sobre viviendas sociales construidas por una empresa vinculada a Terralta. Los vecinos denunciaban humedades, grietas y falta de servicios.

—¿Qué tiene que ver?

—Berrocal decía que eran casos aislados.

—Todos los constructores dicen eso.

—Hay una foto.

Silvestre miró.

En la imagen, detrás de Berrocal, estaba Mercadal uniformado durante una visita oficial.

Año 1969.

—Se conocen desde hace más de lo que dijo.

Silvestre acercó la lupa.

—Eso parece.

—¿Por qué mentir sobre algo tan fácil de comprobar?

—Porque la gente no suele comprobar.

Siguieron revisando.

Encontraron una sociedad anterior, Berrocal Obras y Servicios, que había recibido contratos durante los sesenta. En su consejo aparecía el hermano de un alto cargo provincial y un abogado con el mismo apellido de Barnet.

No el juez.

Un tío.

Ventura empezó a trazar conexiones en una hoja.

—Para.

—¿Por qué?

—Porque puedes construir una conspiración con cualquier familia de Barcelona si tienes suficiente papel.

—Pero aquí hay conexiones reales.

—Sí. Y tenemos que distinguir relación de delito.

Ventura dejó el lápiz.

—A veces parece que quiere demostrar que no hay caso.

Silvestre lo miró.

—Quiero que, cuando diga que lo hay, no pueda desmontarse con dos preguntas.

El joven asintió.

Silvestre dobló la hoja de conexiones por la mitad. Las relaciones podían orientar una pesquisa; convertirlas en culpa antes de tiempo era otra forma de falsear un expediente.

—Mañana seguimos —dijo.

Ventura miró la carpeta de Terralta.

—¿Y hoy qué tenemos?

—Lo suficiente para no dejarla dormir.

CAPÍTULO 12 — UN CASO CERRADO ANTES DE ABRIRSE

El sello cayó sobre el papel con un golpe seco.

Mercadal empujó el oficio hacia Silvestre.

S —e acabó.

—¿Qué es esto?

—Conflicto de demarcación. El hallazgo se produjo en una zona limítrofe y la instrucción va a centralizarse fuera de esta comisaría mientras se determina competencia.

Silvestre leyó.

—Aquí pone que la Guardia Civil practicará diligencias complementarias.

—Eso pone.

—Estamos en Barcelona.

—Y a doscientos metros de un límite municipal que cambia según qué plano mires.

—No puedes convertir una cuneta en una frontera cada vez que te conviene.

Mercadal alzó una ceja.

—Desde cuándo te interesan tanto las competencias.

—Desde que alguien los usa para apartarme de un cadáver.

Mercadal se levantó.

—Baja la voz.

—No.

—Silvestre.

—No.

El comisario cerró la puerta.

—El cuerpo será entregado a la familia en cuanto autorice el juzgado.

—Remei no ha terminado.

—El juez considera suficiente la autopsia.

—Faltan dos páginas.

Por primera vez Mercadal no tuvo respuesta inmediata.

Silvestre lo vio.

Pequeño. Un vacío de menos de un segundo.

Pero estaba allí.

—¿Quién te ha dicho eso?

—No importa.

—Importa mucho.

—A mí me importa quién las quitó.

Mercadal regresó a la mesa.

—Estás cansado.

—No.

—Te obsesionas.

—Tampoco.

—Conoces el patrón. Chica joven, entorno desestructurado, posible prostitución, posible droga…

Silvestre dejó el oficio sobre la mesa.

—No había droga.

—Aún.

—¿Qué significa eso?

Mercadal se pasó una mano por el rostro.

—Significa que los informes se completan.

Silvestre sintió frío.

—¿Ya sabes lo que van a decir?

—Sé cómo terminan estas cosas.

—Yo también.

Silencio.

El fluorescente zumbaba.

Mercadal habló más bajo.

—Deja a la niña descansar.

Silvestre pensó en el cuerpo entre los juncos.

—No está descansando.

—No seas melodramático.

—La van a incinerar.

Mercadal no respondió.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana.

Silvestre sintió que algo se asentaba dentro de él. No rabia. Algo más frío.

—Quieren borrar hasta el cuerpo.

—La madre lo ha autorizado.

—La madre está sedada.

—Tiene abogado.

—Pagado por quién.

Mercadal recogió las gafas y empezó a limpiarlas.

Silvestre supo que la conversación había terminado.

—No hagas esto —dijo.

Mercadal levantó la mirada.

—¿Hacer qué?

—Convertirte en uno de ellos.

El comisario sonrió con una tristeza casi paternal.

—Muchacho, llevas veinte años sin darte cuenta de que nunca hubo un «ellos».

Silvestre salió con el oficio en la mano.

En el pasillo, Ventura esperaba.

—¿Qué pasa?

Silvestre rompió el papel por la mitad.

Luego otra vez.

—Que el caso está cerrado.

—¿Y nosotros?

Silvestre miró la papelera.

—Nosotros acabamos de empezar.

La orden llegó por escrito a las cuatro y veinte.

Traslado de diligencias. Competencia territorial. Coordinación con Guardia Civil. Fórmulas limpias para una decisión sucia.

Silvestre leyó el papel dos veces y fue al despacho de Mercadal.

—¿Quién ha pedido esto?

—Jefatura.

—¿Quién en Jefatura?

—No importa.

—A mí sí.

Mercadal levantó la vista de un expediente.

—Estás demasiado cerca.

—Llevo una semana.

—Precisamente.

Silvestre dejó sobre la mesa la copia de la ayuda de la Fundación San Jerónimo.

—Feliciana Vega recibió dinero vinculado a Terralta desde el año en que nació Rosalinda.

Mercadal no tocó el documento.

—¿Y?

—Y el cuerpo aparece en terrenos de una sociedad participada por Terralta. Y un abogado de Terralta intervino cuando desapareció. Y alguien está limpiando pruebas.

—Estás construyendo una historia.

—Estoy siguiendo hechos.

—Los hechos no siempre llevan donde quieres.

—No quiero que lleven a ningún sitio. Quiero ver adónde llevan.

Mercadal se levantó y cerró la puerta.

—Escúchame. Tienes cuarenta y siete años. Has sobrevivido a cosas que otros no. No tires eso por una muchacha que ya está muerta.

Silvestre sintió un frío inesperado.

—¿Eso es lo que piensas?

—Pienso que los muertos no necesitan que los acompañemos.

—Los vivos sí.

—Exacto. Tú estás vivo.

Durante un momento se miraron como dos hombres que ya conocían la conversación final y estaban ensayándola.

—¿Conoces a Berrocal? —preguntó Silvestre.

Mercadal se quedó quieto.

—Barcelona es pequeña para cierta gente.

—No te he preguntado eso.

—Sí, lo conozco.

—¿Desde cuándo?

—Años.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no tiene relevancia.

Silvestre recogió el documento.

—Empieza a tenerla.

—Para ti todo empieza a tener demasiada relevancia.

Mercadal volvió a abrir la puerta.

La conversación había terminado.

En su mesa, Ventura lo esperaba con una carpeta.

—He encontrado al hermano de Maribel.

—Ya no llevamos el caso.

El joven parpadeó.

—¿Qué?

Silvestre le enseñó la orden.

Ventura leyó.

—Esto es una mierda.

—Cuida la boca.

—¿Por qué? ¿También la trasladan por competencia territorial?

Silvestre estuvo a punto de sonreír.

—¿Qué dijo el hermano?

—Trabaja para una subcontrata de Terralta. Dice que vio a Rosalinda con un chófer de la empresa dos veces.

—Nombre.

—Eusebio Roca. El chófer.

—¿Dónde vive?

Ventura le dio una dirección.

Silvestre guardó el papel.

—Oficialmente, no hacemos nada.

—¿Y extraoficialmente?

Silvestre lo miró.

—Extraoficialmente tampoco has oído ese nombre.

—Entonces ¿para qué me manda buscar?

—Para que aprendas que una orden puede terminar un expediente. No necesariamente una pregunta.

Ventura bajó la voz.

—¿Va a seguir?

Silvestre observó la sala. Coll escribiendo. Noguera hablando por teléfono. Dos agentes riendo junto a la máquina de café. Mercadal detrás del cristal de su despacho.

—No lo sé.

Era verdad.

Aquella tarde tuvo que entregar parte de la documentación a dos guardias civiles. El sargento que firmó el recibo parecía incómodo.

—No crea que lo hemos pedido nosotros —dijo.

—No lo creo.

—Nos dan esto y luego nos dirán que falta personal.

—También lo creo.

—¿Hay algo importante que no esté aquí?

Silvestre pensó en las copias de Remei, en el papel carbón de Brion, en el nombre de Eusebio Roca.

—Todo lo oficial está ahí.

El sargento entendió la frase.

No insistió.

Al anochecer, Silvestre permaneció solo en la comisaría. Sacó la fotografía escolar de Rosalinda que había copiado de la ficha y la dejó sobre la mesa.

Quince años.

Tres meses desaparecida.

Una semana de investigación.

Eso era todo lo que el Estado estaba dispuesto a pagar por ella.

Guardó la fotografía en el bolsillo interior de la chaqueta.

Después apagó la luz de su mesa.

No se fue a casa.

Fue a buscar a Eusebio Roca.

Eusebio Roca vivía en un bloque de Badalona con balcones estrechos y ropa tendida. Silvestre llegó poco antes de las diez.

Nadie abrió.

Una vecina del segundo piso lo observaba desde la escalera.

—¿Busca a Eusebio?

—Sí.

—No está.

—¿Cuándo vuelve?

—Si vuelve.

Silvestre levantó la mirada.

—¿Se ha ido?

—Esta tarde. Dos maletas.

—¿Solo?

—Con un hombre.

—¿Lo conoce?

—No.

—¿Coche?

—Negro.

Otra vez.

La vecina añadió:

—Eusebio estaba asustado.

—¿Lo dijo?

—No hacía falta.

Silvestre bajó las escaleras lentamente.

La orden de retirar el caso había llegado a las cuatro y veinte.

Eusebio se marchó esa misma tarde.

Alguien había movido las piezas con una rapidez que la policía rara vez conseguía cuando quería encontrar a alguien.

Desde una cabina llamó a Ventura.

—Roca se ha ido.

—¿Adónde?

—No sé.

—¿Lo buscamos?

Silvestre miró la lluvia en el cristal.

—Sí.

—Pero ya no llevamos el caso.

—Precisamente.

Colgó.

Por primera vez entendió que desobedecer no iba a ser un gesto heroico.

Sería una rutina.

Pequeña, cansada, clandestina.

Como casi todas las resistencias que de verdad duran.

Antes de salir a buscar a Eusebio, Silvestre hizo una copia clandestina de la orden de traslado.

No sabía por qué.

Quizá porque había empezado a desconfiar incluso de los documentos que existían oficialmente.

En el margen escribió la hora exacta en que la recibió.

16:20.

Más tarde descubriría que Castany había realizado una llamada desde su despacho a las 15:47.

Treinta y tres minutos antes.

No tendría acceso al contenido.

Solo al registro.

Pero bastaba para introducir una pregunta nueva:

¿Quién sabía que el caso iba a retirarse antes de que se firmara la orden?

Silvestre colocó ambas horas una debajo de otra en su libreta.

15:47.

16:20.

Treinta y tres minutos podían contener una burocracia entera.

La mañana siguiente al traslado del caso, Silvestre encontró su cajón abierto.

No faltaba nada evidente.

Eso lo inquietó más.

La fotografía de Rosalinda seguía allí. La copia de la orden también. Pero alguien había movido el cenicero y colocado una carpeta al revés.

Ventura llegó mientras él revisaba.

—¿Qué pasa?

—Han estado aquí.

—¿Quién?

—Si lo supiera no estaría buscando.

El joven miró el cajón.

—¿Se han llevado algo?

—No sé.

—Entonces ¿cómo sabe que han entrado?

Silvestre señaló el cajón.

—Porque soy maniático.

Ventura sonrió.

—Por fin una cualidad útil.

Revisaron juntos. Descubrieron que faltaba una hoja aparentemente irrelevante: el parte inicial de Morales sobre el coche oscuro visto antes de que llegara la policía.

Silvestre sintió un escalofrío.

—Eso sí importa.

—Tenemos copia?

—No.

—Entonces se ha perdido.

Silvestre negó.

—No. Morales existe.

Fueron a buscarlo.

El agente estaba de patrulla. Cuando regresó, Silvestre le pidió que repitiera la declaración.

Morales palideció.

—Ya la hice.

—Ha desaparecido.

—¿Cómo?

—No lo sé.

El joven miró hacia el despacho de Mercadal.

—Inspector, quizá me equivoqué.

Silvestre comprendió que alguien ya había hablado con él.

—¿Te han dicho que te equivocaste?

—No.

—Entonces ¿por qué lo piensas ahora?

Morales bajó la voz.

—Porque no quiero problemas.

—Eso no cambia lo que viste.

—No sé lo que vi.

Silvestre sintió rabia, pero la contuvo.

—Está bien.

Ventura lo miró sorprendido.

—¿Está bien?

—Sí.

Silvestre volvió a su mesa y escribió de memoria la declaración de Morales: hora, descripción del coche, hombre con traje, dirección de salida.

Al final añadió: «El agente Morales manifestó posteriormente no estar seguro de su recuerdo.»

Ventura leyó.

—Eso debilita la pista.

—Es la verdad.

—Pero sabemos que lo presionaron.

—No lo sabemos.

—Lo creemos.

—Por eso no lo escribo como hecho.

Ventura se quedó callado.

Silvestre dobló la hoja y guardó dos copias.

—Una cosa más —dijo.

Sacó una hoja en blanco y trazó una línea vertical por el centro.

En la parte izquierda escribió: **HECHOS**.

En la derecha: **SUPOSICIONES**.

Ventura lo miró.

—Parece una tarea de colegio.

—Por eso puede que funcione.

Bajo **HECHOS**, Silvestre anotó: Rosalinda había desaparecido el 8 de noviembre. Su madre había denunciado la desaparición. El cuerpo apareció en una parcela vinculada a Terralta. Alguien arrancó dos páginas del informe forense. La muchacha había sido alimentada y medicada durante parte de su ausencia. Un coche oscuro estuvo

junto a la marisma antes de la llegada policial. Eusebio Roca, chófer relacionado con Terralta, abandonó su domicilio pocas horas después de que se ordenara el traslado de las diligencias.

Ventura señaló la última frase.

—Eso también puede ser casualidad.

—Es un hecho que se marchó. La relación con la orden es otra cosa.

Silvestre la escribió en la columna derecha.

ALGUIEN AVISÓ A EUSEBIO.

Añadió otra.

EL TRASLADO DEL CASO BUSCA INTERRUMPIR LA INVESTIGACIÓN.

Y una tercera.

BERROCAL SABE QUÉ OCURRIÓ DURANTE LA DESAPARICIÓN.

Ventura leyó ambas columnas.

—La de la derecha es la que importa.

—La de la derecha es la que puede hacernos mentir.

—¿Y si tenemos razón?

—Entonces seguirá siendo verdad mañana.

El joven apoyó las manos en la mesa.

—¿Siempre trabajaba así?

Silvestre pensó en los expedientes anteriores, en las declaraciones que había reducido hasta encajarlas en una versión útil, en los informes que aprendió a escribir de joven para que la incertidumbre pareciera una torpeza que debía corregirse.

—No.

—¿Y por qué ahora?

Silvestre dobló la hoja.

—Porque si alguien está fabricando una historia necesito saber qué parte no he fabricado yo.

A las ocho, Coll apagó una de las lámparas de la sala y empezó a guardar papeles. Había pasado veintisiete años detrás de aquel mostrador y podía reconocer una irregularidad por la manera en que un expediente llegaba demasiado deprisa o demasiado limpio.

—Os van a echar —dijo sin mirarlos.

—¿A los dos? —preguntó Ventura.

—A ti todavía pueden enseñarte. A este ya no.

Silvestre le mostró la orden de traslado.

—¿Has visto pasar otra copia?

Coll se puso las gafas.

—Esta mañana.

Silvestre se quedó quieto.

—¿A qué hora?

—Antes del café. Ocho y media, nueve menos cuarto.

—La orden está firmada a las cuatro de la tarde.

Coll volvió a mirar el papel.

—Entonces no vi esta.

—¿Qué viste?

El funcionario pensó.

—Una carpeta de remisión preparada. Etiqueta mecanografiada. Número de asunto. No la abrí.

Ventura se inclinó hacia delante.

—¿Con el nombre de Vega?

Coll lo miró con irritación.

—Muchacho, llevo media vida abriendo carpetas sin abrirlas. Sí. Ponía Vega Serrano.

Silvestre sintió que la habitación se estrechaba.

La decisión estaba preparada antes de la discusión con Mercadal. Antes de que él mostrara la relación con Terralta. Quizá antes de que cualquiera fingiera valorar una cuestión de competencias.

—¿Quién trajo la carpeta?

—Un ordenanza de Jefatura.

—¿Nombre?

—No lo sé.

—¿Lo reconocerías?

Coll lo miró por encima de las gafas.

—No conviertas mi memoria en una diligencia porque te convenga. He dicho que vi una carpeta. Eso es todo.

Silvestre asintió.

Otra corrección necesaria.

—Escríbelo.

Coll soltó una risa sin humor.

—Ni hablar.

—Entonces lo escribo yo y firmas que te lo he preguntado.

—Eso es todavía peor.

—Precisamente.

Coll lo observó durante varios segundos. Después sacó papel de una gaveta.

—Una frase. No una novela.

Mecanografió con dos dedos:

En la mañana del día de la fecha observé en dependencias de registro una carpeta preparada para remisión relativa al asunto Vega Serrano, sin que pueda precisar contenido,

procedencia concreta ni persona que ordenó su preparación.

La leyó.

—Esto no prueba nada.

—Ya.

—Puede significar que alguien preparó el traslado por la mañana y lo firmó por la tarde.

—Ya.

—Puede ser normal.

—También.

Coll firmó.

—Me irrita cuando aprendes.

Hicieron tres copias al carbón.

Silvestre metió una en el expediente que iba a abandonar la comisaría. Otra quedó con Coll. La tercera fue al sobre interior de su chaqueta.

Mercadal apareció en la puerta cuando Ventura ya se había marchado.

No entró.

—Sigues aquí.

—Sí.

—El caso ya no es tuyo.

Silvestre continuó ordenando la mesa.

—Nunca fue mío.

—Sabes lo que quiero decir.

—Sí.

Mercadal vio el papel dividido en dos columnas.

—¿Qué es eso?

Silvestre lo cubrió con una carpeta.

—Una forma de no confundirme.

—Te estás confundiendo bastante bien sin ayuda.

Silvestre levantó la vista. Durante años aquella voz había significado protección, experiencia, una salida cuando todo se torcía. Todavía conservaba ese efecto en alguna parte del cuerpo. Eso era lo incómodo.

—¿Conocías la orden esta mañana?

Mercadal no cambió de expresión.

—¿Qué orden?

—La de traslado.

—Te la he dado yo.

—No es lo que he preguntado.

Hubo una pausa.

—Vete a casa, Silvestre.

—¿La conocías?

Mercadal se apartó de la puerta.

—Mañana seguirás siendo policía. Procura no hacer esta noche nada que convierta eso en una pregunta.

Se marchó.

Silvestre permaneció sentado hasta que dejó de oír sus pasos.

Luego sacó de nuevo la hoja con las dos columnas.

En **HECHOS** añadió una sola frase:

MERCADAL NO RESPONDIÓ.

La contempló un instante y estuvo a punto de moverla a la derecha. No lo hizo.

Una ausencia de respuesta también podía describirse sin decidir por qué había ocurrido.

Guardó la hoja con las demás.

La verdad no necesitaba parecer más fuerte de lo que era.

Necesitaba sobrevivir completa, incluida su fragilidad.

ACTO II — EL ARCHIVO DE LOS SILENCIOS

Ventura esperó a que bajaran las escaleras antes de hablar.

—Ha roto un oficio oficial.

—Hay más copias.

—No era eso.

—Ya sé.

Salieron a la calle. Un vendedor de periódicos gritaba titulares sobre la reforma constitucional. Silvestre compró uno sin leerlo y lo dobló bajo el brazo.

—Si el caso pasa a otra unidad —dijo Ventura—, podríamos entregarles lo que tenemos.

Silvestre se detuvo.

—¿De verdad crees que esto es un problema de competencia?

Ventura no respondió.

—Mira la secuencia. Una niña desaparece. La denuncia se trata como fuga. La madre recibe a un abogado de Berrocal. Aparece el cuerpo en terreno de Terralta. Desaparecen páginas del informe. Y ahora, de pronto, todos descubren una línea municipal.

—Entonces hay que dejar constancia.

—¿Dónde?

—Por escrito.

—¿En qué archivo?

Ventura entendió la pregunta.

Silvestre le entregó el periódico.

—Guarda dentro una copia de todo lo que tengas y déjala fuera de comisaría.

—¿Dónde?

—Donde yo no sepa.

—Eso no parece muy reglamentario.

—Empiezo a preocuparme por tu obsesión con los reglamentos.

Ventura tomó el periódico.

—¿Y usted?

Silvestre miró hacia las ventanas de la comisaría.

—Yo voy a averiguar quién sabe que la van a incinerar antes de que ocurra.

Esa noche Silvestre pidió ver a Feliciana antes de que firmara ningún documento más. Nogués estaba en el piso.

—La señora necesita descanso.

—La señora necesita saber qué está firmando.

Feliciana apareció en el pasillo, descalza.

—Déjelo —dijo.

Silvestre la miró.

—¿Quiere incinerar a su hija?

Nogués intervino:

—Inspector…

—Le he preguntado a ella.

Feliciana se apoyó en la pared.

—No quiero verla así.

—No tiene que verla.

—Quiero que se acabe.

Silvestre comprendió entonces algo que lo avergonzó. Había imaginado que la autorización debía ser producto exclusivo de la presión, porque eso encajaba mejor en la investigación.

Pero Feliciana también podía querer realmente el fuego.

Podía querer dejar de esperar autopsias, preguntas y hombres llamando a su puerta.

—¿Está segura? —preguntó.

Feliciana lo miró.

—No estoy segura de nada desde noviembre.

Nogués extendió una mano hacia ella. La mujer no la tomó.

—Pero quiero enterrarla en mi cabeza como era antes. No como ustedes la han visto.

Silvestre bajó la voz.

—Lo entiendo.

No era verdad.

Pero por primera vez intentó hacerlo.

Silvestre pasó la noche previa a la incineración revisando todo lo que tenía. Extendió los papeles sobre el suelo del salón porque la mesa se quedó pequeña.

Rosalinda en el centro.

Alrededor: Terralta, Nogués, Feliciana, la pulsera ausente, el informe roto, la caseta, el coche, Berrocal.

Visto así parecía una investigación seria.

Visto de cerca seguía siendo un conjunto de sospechas.

A las dos de la madrugada escribió en una hoja:

¿Qué sabemos?

Debajo:

1. Rosalinda desapareció el 8 de noviembre.
2. La investigación inicial fue mínima.
3. Estuvo retenida durante semanas.
4. Fue alimentada y sedada.
5. Su cuerpo fue trasladado a la marisma.
6. Nogués actúa para la madre y para Berrocal.
7. Alguien preguntó por una pulsera que no apareció con el cadáver.
8. Alguien retiró páginas del informe.

Luego escribió:

¿Qué queremos creer?

No puso nada debajo.

La segunda lista era más difícil.

A las tres añadió:

Que Berrocal la mató.

Después:

Que Mercadal no sabe nada.

Se quedó mirando ambas frases.

La primera le producía rabia.

La segunda, miedo.

Al día siguiente, Ventura consiguió hablar con un agente de la Guardia Civil destinado en la zona limítrofe. Lo hizo fuera de servicio, en una cafetería.

—No nos han mandado ningún expediente completo —dijo el guardia —. Solo una comunicación de coordinación.

—¿Entonces quién investiga?

El hombre se encogió.

—Supongo que vosotros.

Ventura regresó con la información.

Silvestre sintió una rabia fría.

El caso no había sido realmente transferido.

Había sido suspendido entre administraciones para que todos pudieran decir que correspondía a otro.

—Eso es peor —dijo Ventura.

—No.

—¿No?

—Es más limpio.

La inacción podía fabricarse igual que una coartada: repartiendo responsabilidades hasta que no quedara nadie suficientemente responsable.

CAPÍTULO 13 — LA INCINERACIÓN

El horno respiraba.

Silvestre nunca había pensado que un horno pudiera respirar, pero aquel lo hacía. Aspiraba gas, expulsaba calor, volvía a cerrarse con un golpe metálico.

El crematorio estaba casi vacío.

Feliciana Vega lloraba en una sala contigua. O quizá era Lola. Las paredes devolvían los sonidos sin permitir saber de quién eran.

Silvestre había llegado sin invitación.

Remei estaba junto a una columna, abrigo negro, brazos cruzados.

—No deberías estar aquí —dijo.

—Tú tampoco.

—Por eso lo digo.

El ataúd era sencillo. Madera clara. Demasiado grande para Rosalinda.

Un empleado preguntó por última vez si la familia quería conservar algún objeto. Nogués, el abogado, respondió en nombre de Feliciana.

—No.

Silvestre se acercó.

—¿Y la llave?

Nogués lo miró.

—¿Qué llave?

—La que llevaba en el bolsillo.

—Pregunte al juzgado.

—¿La pulsera tampoco le interesa?

Nogués dejó de respirar un instante.

Solo uno.

—No sé de qué habla.

Silvestre sonrió sin alegría.

—Yo tampoco.

El abogado se apartó.

Remei esperó a que estuvieran solos.

—Eso ha sido torpe.

—Quería verle la cara.

—¿Y?

—La conoce.

Remei miró el horno.

—No basta.

—Nada basta.

—Todavía.

La puerta metálica se abrió.

El calor alcanzó el pasillo.

Silvestre pensó en pruebas, tejidos, huesos, todo lo que el fuego convertiría en una materia indistinguible. Pensó en Marcos, enterrado bajo tierra húmeda en Lleida. Pensó que al menos su madre había tenido un cuerpo al que odiar y abrazar.

Feliciana apareció sostenida por Lola.

Al ver a Silvestre, intentó detenerse.

—Usted.

—Señora Vega.

—Me dijo que la habían tenido encerrada.

—Sí.

La mujer buscó algo en su rostro.

—¿Sufrió?

Silvestre no respondió enseguida.

Remei se adelantó.

—No podemos saberlo con certeza.

Feliciana la miró.

—Usted sí sabe.

Remei bajó la vista.

La madre comprendió.

Emitió un sonido pequeño. No un llanto. Algo anterior.

Nogués apareció detrás.

—Feliciana, será mejor que descanse.

Silvestre dio un paso hacia él.

—Deje de medicarla.

—No soy médico.

—Entonces deje de hablar como si fuera dueño de su dolor.

Nogués endureció el gesto.

—Inspector, está usted fuera del caso.

—¿Quién se lo ha dicho?

El abogado calló.

Otra vez.

Demasiadas personas sabían demasiado deprisa.

El horno se cerró.

Silvestre oyó el golpe metálico.

Comprendió que aquello era lo que querían: no matar a Rosalinda, eso ya estaba hecho, sino reducirla a una historia que nadie pudiera tocar.

Ceniza.

Dos líneas.

Una madre sedada.

Después, Feliciana pidió ver las cenizas.

El empleado le explicó que debía esperar. Habló de procedimientos, urnas, plazos. La mujer escuchaba con la cabeza inclinada, como si aquellas palabras pertenecieran a otro idioma.

—¿Todo eso es ella? —preguntó señalando el horno.

Nadie supo responder.

Silvestre acompañó a Lola hasta un banco del pasillo. Feliciana seguía dentro con Nogués.

—¿Por qué lo deja estar con ella? —preguntó.

Lola lo miró con furia.

—¿Y usted por qué cree que podemos echarlo?

Silvestre aceptó el golpe.

—¿Les ha dado dinero otra vez?

—Pagó esto.

—¿El funeral?

—Todo.

—¿Feliciana lo sabe?

—Dice que no quiere deberle nada. Luego llega la factura del alquiler.

Silvestre se sentó.

—¿Rosalinda conocía a Berrocal desde hacía mucho?

Lola bajó la voz.

—Desde los doce, creo. Antes solo sabía que existía.

—¿Cómo reaccionó?

—Al principio estaba orgullosa. Decía que su padre tenía una casa grande. Después dejó de hablar de él.

—¿Por qué?

—Una vez volvió llorando. Había ido a una comida o algo así. Él la tuvo escondida en una habitación porque llegaron visitas.

Silvestre miró el suelo.

—¿Se lo contó a su madre?

—A mí. Feliciana no quería oír nada.

—¿Rosalinda estaba enfadada?

—Mucho. Era orgullosa.

Lola sonrió por primera vez.

—Le gustaba decir que algún día tendría tanto dinero que obligaría a los ricos a limpiar sus propias casas.

Silvestre guardó la frase.

Rosalinda empezaba a ocupar espacio más allá de su muerte: botas buenas, dibujos de ropa, orgullo, ira.

Eso era precisamente lo que el expediente no sabía contener.

Cuando todo terminó, Silvestre acompañó a Feliciana hasta la calle. Nogués se adelantó para buscar un taxi.

La mujer se detuvo bajo el alero.

—Inspector.

—Sí.

—¿Usted cree que la mató su padre?

La pregunta era demasiado directa para el lugar.

Silvestre miró la lluvia.

—No lo sé.

—Pero lo piensa.

—Pienso muchas cosas que no puedo demostrar.

Feliciana asintió.

—Yo también.

—¿Qué piensa usted?

La mujer apretó el bolso contra el pecho.

—Que Néstor nunca habría tocado a Rosalinda con sus propias manos.

—Eso no responde.

—Sí responde.

El taxi llegó.

Feliciana abrió la puerta y antes de entrar añadió:

—Él siempre pagaba para no tocar lo que ensuciaba.

Silvestre la vio alejarse.

No sabía si acababa de escuchar una acusación, una metáfora o el resumen de una vida entera.

La urna fue entregada a Feliciana tres días después. Silvestre no estuvo presente, pero Lola le contó que la madre la dejó sobre la mesa de la cocina junto a un azucarero y una radio pequeña.

—No tenía dónde ponerla —dijo.

Silvestre imaginó la escena.

Una vida reducida a un recipiente que competía por espacio con los objetos cotidianos.

—¿Qué hará con las cenizas?

—Dice que las llevará al pueblo de su madre.

—¿Rosalinda conocía ese lugar?

—No.

Silvestre casi preguntó por qué entonces.

Se contuvo.

Los muertos terminaban muchas veces en lugares que los vivos necesitaban, no en los que ellos habían elegido.

Rosalinda ya había perdido suficiente capacidad de elegir.

Aquella tarde Silvestre regresó al lugar del hallazgo. Llevaba en el bolsillo una de las hojas con los datos de Rosalinda.

Se arrodilló junto a los juncos.

El agua había subido. El zapato ya no estaba, por supuesto. Tampoco las marcas del cuerpo. La lluvia había rehecho el terreno en menos de una semana.

Pensó en el fuego del crematorio y en el agua del río.

Dos maneras distintas de borrar una forma.

Sacó la hoja del bolsillo.

Rosalinda Vega Serrano. Quince años.

No la tiró.

La dobló y volvió a guardarla.

Le pareció una superstición estúpida.

El crematorio tenía una sala de espera con sillas de plástico y una máquina de café averiada. Silvestre llegó antes que Feliciana. No sabía por qué había ido. Nadie se lo había pedido.

Quizá porque había aprendido que las instituciones eran especialmente eficaces cuando querían que una persona desapareciera dos veces.

Remei apareció diez minutos después.

—Pensé que no vendrías.

—Yo también.

—La autorización está firmada.

—¿Por la madre?

Remei apretó los labios.

—Por un representante legal. Dicen que la madre está de acuerdo.

—¿Está?

—Pregúntale.

Feliciana llegó acompañada por un hombre de traje gris. Silvestre lo reconoció por la descripción del expediente: Oriol Castany, abogado.

Se acercó.

—Señora Vega.

Feliciana parecía más pequeña que en su casa.

—Inspector.

Castany intervino.

—La señora no está en condiciones de hablar.

—No le he preguntado a usted.

—Soy su abogado.

—¿Desde cuándo?

El hombre sonrió.

—Eso no es asunto suyo.

—Empieza a serlo.

Feliciana tocó el brazo de Silvestre.

—Déjelo.

Él la miró.

—¿Quiere la incineración?

La mujer bajó los ojos.

—Me han dicho que es mejor.

—¿Quién?

—Todos.

—No le pregunto qué le han dicho. Le pregunto qué quiere usted.

Castany dio un paso.

—Inspector, basta.

Silvestre lo ignoró.

Feliciana tardó en contestar.

—Quiero que termine.

No era un sí.

Tampoco un no.

Era agotamiento.

Silvestre comprendió que también eso podía comprarse: no la voluntad, sino la cantidad de cansancio necesaria para que la voluntad dejara de importar.

La ceremonia duró poco. Un empleado leyó el nombre completo. Rosalinda Vega Martín. Quince años.

Silvestre no sabía el segundo apellido.

Martín.

Una vida entera podía esconderse en aquello que un expediente omitía.

Antes de que retiraran el ataúd, Feliciana se acercó. Apoyó la mano sobre la madera.

—Perdóname —dijo.

Silvestre miró a Castany.

El abogado evitó sus ojos.

Después, en el pasillo, Remei le entregó un sobre.

—¿Qué es?

—Cabello. Una muestra de sangre seca. Tejido de la ropa. Lo básico.

Silvestre se quedó helado.

—¿Lo has sacado oficialmente?

—Oficialmente hay muestras custodiadas.

—¿Y esto?

—Esto existe porque no confío en cuánto durará lo oficial.

—Podrían echarte.

—También podrían ascenderme. Las instituciones tienen sentido del humor.

Silvestre guardó el sobre.

—No sé qué hacer con ello.

—Por eso te lo doy. Para que tengas que decidir.

La puerta del horno se cerró.

No hubo llama visible. Solo un mecanismo industrial y un sonido metálico.

Feliciana empezó a llorar sin ruido.

Castany miró el reloj.

Silvestre vio el gesto y recordó el rectángulo claro de la muñeca de Rosalinda.

—Bonito reloj —dijo.

El abogado bajó la mano.

Era dorado.

No igual al descrito por Feliciana. Probablemente no.

Pero Castany entendió la mirada.

—No pretenda convertir cada objeto de esta ciudad en una pista.

—No hace falta. Algunos se convierten solos.

Castany se inclinó hacia él.

—Está jugando con gente que no conoce.

—Eso suena a amenaza.

—Suena a consejo.

—Los consejos suelen ser gratis.

—Este también.

El abogado se alejó.

Remei había escuchado.

—Ya no disimulan mucho.

—No necesitan.

Cuando entregaron las cenizas, Feliciana sostuvo la urna como si pesara más que su hija.

Silvestre salió al exterior y respiró aire frío.

Por primera vez deseó beber con una intensidad física. No por olvidar. Por borrar la sensación de que estaba asistiendo a una operación perfectamente legal cuyo resultado era destruir una prueba y llamar duelo al procedimiento.

Metió la mano en el bolsillo y tocó la bolsita de tierra que había recogido días antes junto al lugar donde apareció el cuerpo.

Una ridiculez.

Una superstición.

Una forma mínima de negarse.

Después de la ceremonia, Silvestre acompañó a Feliciana hasta un taxi.

Castany había desaparecido para atender una llamada. La mujer sostenía la urna sobre las rodillas.

—¿A dónde quiere que la lleven?

—A casa.

—¿Tiene a alguien con usted?

—Siempre preguntan eso después.

Silvestre no entendió.

—¿Después de qué?

—Después de que ya no puedan hacer nada.

El taxi llegó.

Antes de subir, Feliciana lo miró.

—¿Usted tiene hijos?

—No.

—Mejor.

La respuesta lo sorprendió.

—¿Por qué?

—Porque si los tuviera tendría que aprender que uno no puede protegerlos. Y usted parece de los que se rompen cuando una cosa no obedece.

Silvestre permaneció inmóvil.

Feliciana subió.

La urna quedó visible tras el cristal mientras el coche se alejaba.

Remei apareció a su lado.

—Te ha calado rápido.

—No sé de qué hablas.

—Claro.

Silvestre miró el crematorio.

—¿Cuánto tardan en destruir una muestra?

—Oficialmente, depende del tipo.

—No he preguntado oficialmente.

Remei entendió.

—Muy poco si alguien quiere.

—Entonces guarda lo que tengas fuera.

—Ya lo he hecho.

—¿Dónde?

—Si te lo digo, dejará de estar fuera.

Silvestre asintió.

Cada vez había más secretos entre quienes intentaban descubrir la verdad.

La paradoja no se le escapó.

Remei consiguió retrasar el horno veinte minutos.

No mucho.

Lo suficiente para tomar una última serie de fotografías y comprobar que el inventario de efectos personales estaba completo.

No lo estaba.

Faltaba el reloj.

También una pequeña medalla que aparecía descrita en el informe de ingreso del cadáver.

—¿Quién retiró los efectos? —preguntó Silvestre.

El empleado consultó una hoja.

—Representante familiar.

—Nombre.

—Oriol Castany.

Silvestre sintió que la sangre le subía a la cara.

—¿Con qué autorización?

El hombre señaló una firma.

Barnet.

Remei lo miró.

—No hagas nada aquí.

—Se ha llevado el reloj.

—Lo sé.

—Era una prueba.

—Lo sé.

Silvestre apretó los puños.

—Todo el mundo sabe.

Remei bajó la voz.

—Entonces consigue que alguien lo escriba.

No pudo.

El empleado se negó a firmar una declaración adicional.

La hoja del inventario desapareció dos días después.

Remei conservó una fotografía.

Otra copia fuera del cauce.

Esa noche, después de la incineración, Silvestre fue hasta el piso de Feliciana con una bolsa de comida.

No sabía qué llevar a una mujer cuya hija acababa de convertirse en cenizas.

Compró pan, leche, caldo y naranjas.

Feliciana abrió y miró la bolsa.

—¿Esto es de la policía?

—No.

—Entonces pase.

La urna estaba sobre la mesa del comedor.

Silvestre evitó mirarla al principio.

—No sé qué se hace con esto —dijo Feliciana.

—Yo tampoco.

—Todos me preguntan dónde voy a esparcirlas.

—No tiene que decidir ahora.

—¿Y cuándo?

Silvestre no respondió.

Feliciana tomó una naranja y empezó a pelarla con los dedos.

—A Rosalinda no le gustaban.

—¿No?

—Decía que dejaban olor en las manos.

Silvestre sonrió apenas.

—En el expediente no pone eso.

Feliciana levantó la vista.

—En el expediente no pone casi nada de ella.

Durante la siguiente hora le contó cosas.

Rosalinda dormía con calcetines incluso en verano.

Odiaba las lentejas.

Había aprendido a montar en bicicleta tarde y fingió que sabía para que no se rieran de ella.

Una vez robó un pintalabios y regresó a la tienda a devolverlo porque no soportó la culpa.

Quería un abrigo rojo que nunca pudieron comprar.

Silvestre escuchó.

No preguntó por Berrocal.

No preguntó por la carta.

No tomó notas.

Cuando se levantó para marcharse, Feliciana lo miró.

—Hoy no ha hecho de policía.

—No.

—Le queda mejor.

Silvestre casi respondió que no sabía hacer otra cosa.

Se contuvo.

Quizá estaba empezando a aprender.

Antes de salir, Feliciana le entregó una fotografía escolar.

—No para el expediente —dijo.

Silvestre la guardó en el bolsillo interior, separada de la libreta. Por primera vez desde el hallazgo, Rosalinda ocupó un lugar que no pertenecía a la policía.

CAPÍTULO 14 — ENTONCES: LA PLACA

Madrid, 1954

La placa pesaba menos de lo que Silvestre esperaba.

La sostuvo en la palma durante la ceremonia y sintió una decepción casi infantil. Había imaginado algo sólido, definitivo, un objeto capaz de separar el bien del mal por el simple hecho de llevarlo encima. Era, en cambio, una pieza de metal con un número, unos bordes demasiado nuevos y una superficie en la que se reflejaba la luz del despacho.

El instructor habló de deber, disciplina y servicio. Detrás de él, una bandera ocupaba media pared. Los hombres que esperaban su turno procuraban mantener la espalda recta. Silvestre tenía veintitrés años y llevaba seis convencido de que una vida ordenada podía corregir una muerte desordenada.

Pensó en Marcos.

Pensó en Visitación y en el reloj detenido.

Pensó que, a partir de aquel día, quizá las cosas tendrían una explicación antes de ocurrir.

Después de la ceremonia, varios compañeros fueron a beber. En el tercer vaso, un hombre de Salamanca le pidió que enseñara la chapa.

—Mírala —dijo—. Parece que te hayan nombrado ministro.

Silvestre sonrió y la dejó sobre la mesa.

—Es para que no se me olvide quién soy.

El otro levantó la copa.

—Eso no lo hace una chapa.

Silvestre guardó la placa.

Tardaría veinticuatro años en comprenderlo.

Su primer destino no tuvo nada de solemne. Un despacho estrecho, un superior que fumaba sin parar y una pila de denuncias que olían a humedad. Había una máquina de escribir con la letra ese torcida y un perchero donde todos colgaban los abrigos mojados. El trabajo consistía, en buena parte, en poner palabras oficiales a hechos que habían ocurrido sin pedir permiso.

Un veterano llamado Molina le enseñó a redactar partes.

—Nunca escribas lo que pasó —le dijo el segundo día—. Escribe lo que puedas sostener mañana.

Silvestre se rio.

Molina no.

—Son cosas distintas.

La frase le pareció una forma de cinismo profesional. Años después entendería que era algo peor: una gramática.

La primera vez que vio cómo funcionaba fue con un hombre acusado de robar carbón. Tenía dos hijos y una chaqueta demasiado fina para enero. El propietario del almacén exigía que lo procesaran. Molina esperó a que el dueño se marchara y dejó al detenido en libertad con una advertencia.

—¿Eso se pone en el informe? —preguntó Silvestre.

—No hubo detenido.

—Pero lo hubo.

Molina lo miró con paciencia.

—Aprende la diferencia entre lo que pasa y lo que conviene que haya pasado.

Silvestre creyó que aquello era compasión.

La misma tarde comprendió que la herramienta no tenía moral propia. Un superior interrogó a un muchacho durante horas. Cuando Silvestre entró, el detenido tenía sangre en la comisura de los labios.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha caído.

El muchacho levantó los ojos.

Silvestre supo que era mentira.

En el parte escribió: «El detenido presenta lesiones previas de origen desconocido».

La firmó con la misma mano con que, por la mañana, había limpiado la placa.

Al salir del turno se quedó un momento en la puerta. Podía haberse marchado. No había juramentos que impidieran cruzar una acera y no volver.

Regresó al día siguiente.

Con el tiempo comprendería que aquella había sido su verdadera iniciación. No el juramento. No la ceremonia. No la primera detención.

Volver.

La institución no necesitaba que uno aprobara todo lo que hacía. Le bastaba con que regresara.

Dos años después llevó la placa a Lleida. Celestino no quiso tocarla.

—Es solo metal —dijo.

—Significa algo.

—Todo significa algo hasta que lo usa una persona.

Visitación estaba en la cocina. Miró la chapa y luego a su hijo.

—¿Ahora puedes encontrar a los muertos?

Silvestre sintió la pregunta como una bofetada.

—No.

—Entonces no sé para qué sirve.

Alèxia, con diecinueve años, intervino desde la puerta.

—Mamá, basta.

Fue la primera vez que defendió a su hermano desde el accidente. Silvestre nunca se lo agradeció.

Hay gestos pequeños que una familia puede tardar décadas en reconocer.

La placa empezó a abrir puertas. También empezó a cerrar conversaciones. Cuando Silvestre entraba en una casa, la gente cambiaba de postura. En un bar, el dueño dejaba de hablar de política. En un interrogatorio, una frase suya podía convertirse en la versión oficial de una noche entera.

Al principio aquello le incomodaba.

Luego se acostumbró.

La costumbre fue el verdadero aprendizaje.

En 1962 acompañó a un superior a la vivienda de un empresario acusado de estraperlo. Les sirvieron coñac antes de hablar del asunto. Había alfombras gruesas y una criada que entraba sin hacer ruido. El expediente terminó reducido a una infracción administrativa.

—Hay gente útil —le explicó el superior al salir.

—¿Útil para quién?

—Para todos.

Silvestre empezó a entender que «todos» era una palabra que nunca incluía a todos.

En las casas pobres se daban órdenes.

En las ricas se pedían favores.

La diferencia no aparecía en los reglamentos.

En 1968, durante una manifestación universitaria, una piedra le golpeó el pecho y abolló ligeramente el borde inferior de la placa. La conservó así. Durante años enseñó aquella marca como una anécdota de servicio.

Nunca contaba lo que ocurrió después.

Entraron en una facultad. Sacaron estudiantes a golpes. Silvestre rompió la boca a un muchacho que estaba sentado en el suelo.

La piedra había dolido.

El golpe que dio después también.

Cada vez que pasaba el dedo por la abolladura, recordaba la piedra.

Rara vez recordaba al estudiante.

La memoria también sabía redactar informes favorables.

Hubo una noche en que estuvo a punto de devolver la placa. Un estudiante de diecinueve años había sido detenido por repartir octavillas. Un superior ordenó que lo «ablandaran». Silvestre salió del cuarto antes de que empezaran.

No intervino.

En el baño dejó la chapa sobre el lavabo y la contempló bajo el fluorescente. Podía marcharse. Volver a Lleida. Buscar otro trabajo. Convertirse en alguien que no supiera qué ocurría detrás de determinadas puertas.

Pensó en el sueldo. En Visitación. En la pequeña hipoteca que acababa de firmar. En la vergüenza de explicar por qué abandonaba.

Guardó la placa.

A la mañana siguiente supo que el estudiante había pasado la noche en el hospital.

Silvestre siguió trabajando.

Muchos años después entendería que las grandes renuncias morales rara vez suceden en grandes escenas.

La mayoría tienen el tamaño de un objeto que uno vuelve a guardarse en el bolsillo.

Cuando comenzaron a hablar de reforma y de nuevos tiempos, la chapa no cambió de forma. Tampoco cambiaron de golpe los despachos, los archivadores ni las manos que escribían los informes. Algunas palabras desaparecieron. Otras se sustituyeron. Los hombres aprendieron términos nuevos con una rapidez que a Silvestre le pareció obscena.

En 1976 sacó la vieja placa de un cajón. Estaba rayada. La abolladura de 1968 seguía allí.

Alèxia la vio durante una visita.

—¿Todavía guardas eso?

—Es mía.

—Eso es lo que me preocupa.

Silvestre cerró el cajón.

—No entiendes.

—Claro que entiendo. Es lo único que te ha permitido creer que eras otra cosa.

—¿Otra cosa que qué?

Alèxia lo miró durante demasiado tiempo.

—Que el hermano que soltó una mano.

Silvestre no respondió.

La placa permaneció en el cajón.

Hubo además una ocasión en que la placa le sirvió para algo que todavía podía llamar bueno sin demasiadas reservas.

Fue en 1972. Una mujer acudió a denunciar que el encargado de la fábrica donde trabajaba retenía parte del salario de varias empleadas y amenazaba con despedirlas si protestaban. El asunto no interesaba a nadie. «Problema laboral», dijeron. Silvestre insistió, buscó

nóminas, interrogó al encargado y consiguió que devolvieran el dinero.

La mujer regresó semanas después con una bolsa de rosquillas.

—Para usted.

—No puedo aceptar regalos.

—No es un regalo. Es comida.

Silvestre terminó llevándose la bolsa.

Aquella noche comió dos rosquillas en la cocina de su piso y dejó la placa sobre la mesa. Durante unos minutos creyó haber encontrado la respuesta que buscaba desde los veintitrés años: el metal servía si la mano que lo llevaba decidía para qué.

La idea era cierta.

Y precisamente por eso resultaba insuficiente.

Porque al día siguiente volvió a una comisaría donde otras manos utilizaban el mismo metal para cosas distintas. Y él siguió aceptando que ambas realidades pudieran convivir mientras pudiera señalar las veces en que había ayudado a alguien.

Mucho después entendería que las buenas acciones también pueden convertirse en coartadas si se usan para no mirar el resto.

En febrero de 1978 seguía allí, junto a una fotografía de Marcos y una navaja oxidada que había pertenecido a Celestino. Tres objetos que no servían para nada y, sin embargo, pesaban más que muchas cosas útiles.

Mercadal entró en su vida antes de convertirse en jefe.

Fue en 1969, después de una carga frente a la universidad. Silvestre había discutido con un superior porque un detenido apenas podía mantenerse en pie y querían hacerlo firmar una declaración. La discusión no fue heroica. Silvestre no liberó al muchacho ni denunció a nadie. Se limitó a decir que, si firmaba en aquel estado, el papel no serviría para un juez.

A la mañana siguiente lo llamaron a un despacho.

Mercadal estaba allí.

Entonces tenía el cabello casi negro y una manera de escuchar que hacía creer al otro que todavía podía corregir la frase que acababa de pronunciar.

—Dicen que das problemas.

—Depende de quién lo diga.

—Mala respuesta.

Silvestre esperó.

Mercadal abrió el parte de la noche anterior.

—Has escrito «estado físico incompatible con declaración fiable».

—Era verdad.

—No te he preguntado eso.

—Entonces no sé qué me pregunta.

Mercadal sonrió por primera vez.

—Si quieres conservar el empleo.

Silvestre miró la puerta.

—Sí.

—Bien. Ya tenemos algo en común.

Mercadal no lo sancionó. Hizo que repitieran la declaración dos días después y consiguió que el expediente siguiera adelante sin mencionar quién había dejado al detenido en aquel estado. Silvestre interpretó la maniobra como una victoria pequeña: el muchacho pudo hablar sin que lo sostuvieran entre dos hombres; el caso no dependió de una firma obtenida a golpes.

Años después entendería la otra mitad.

Mercadal no había corregido el sistema.

Lo había hecho presentable.

La relación creció en esa zona ambigua. Mercadal recomendó a Silvestre para destinos mejores, evitó dos sanciones, lo llamó a su casa una Navidad en que sabía que estaba solo. Nunca le pidió lealtad de forma explícita. No hacía falta.

—Hay hombres que necesitan que les ordenen las cosas —le dijo una noche—. Y hay otros que solo necesitan recordar quién les abrió la puerta.

Silvestre creyó que hablaban de ascensos.

En 1978 comprendería que hablaban de obediencia.

Por eso dolería tanto descubrir la fotografía de la cacería. No porque Mercadal resultara corrupto. La corrupción era una palabra cómoda, casi administrativa. Dolería porque durante años Silvestre había confundido la habilidad del otro para administrar daños con una forma de bondad.

Mercadal sabía cuándo detener un golpe.

También sabía cuándo dejar que ocurriera detrás de una puerta cerrada.

Silvestre aprendió de él ambas cosas, aunque solo quisiera recordar la primera.

Cuando apareció Rosalinda, Silvestre volvió a llevar la vieja chapa consigo algunas noches, aunque la credencial de servicio era otra. No se la enseñaba a nadie. La tocaba dentro del bolsillo como quien comprueba una cicatriz.

Ya no le recordaba quién era.

Le recordaba cuántas veces había decidido seguir siendo el mismo.

CAPÍTULO 15 — EL SÓTANO DE BRION

El moho había dibujado un mapa en la pared.

Brion cerró la puerta del sótano con llave y se metió el llavero en el bolsillo.

—No han venido —dijo.

—¿Quiénes?

—Los que ustedes creen que no saben nada.

Ventura encendió una linterna.

—Habla como un cura borracho.

Brion lo miró.

—Y usted como un policía joven. Se cura peor.

Silvestre señaló las cajas.

—¿Qué tienes?

El archivero apartó dos carpetas de proyectos urbanísticos. Detrás había una caja de cartón marcada con una fecha: **1962-1977. VARIOS**.

—Esto no figura en inventario.

—¿Por qué?

—Porque lo que figura en inventario existe. Y algunas cosas aquí sobreviven precisamente porque oficialmente no existen.

Sacó un legajo atado con cinta.

VEGA SERRANO, ROSALINDA.

Silvestre sintió que el aire cambiaba.

—¿De dónde ha salido?

—De donde salen todos los hijos que nadie quiere: de una mesa que no debía conservar nada.

Abrió el legajo.

Había una solicitud de ayuda familiar, una certificación parroquial, recibos de pagos mensuales y una declaración manuscrita de Feliciana de 1963. Rosalinda tenía meses.

Silvestre leyó.

Reconoce haber recibido de don N. B. T. la cantidad convenida en concepto de manutención de la menor…

Ventura se inclinó.

—N. B. T.

Brion sacó otro documento.

Una transferencia antigua, emitida desde una cuenta empresarial.

BERROCAL CONSTRUCCIONES.

Silvestre siguió leyendo.

Había un informe de un abogado. Un acuerdo extrajudicial. Una frase subrayada:

La filiación no será objeto de reclamación pública.

—Rosalinda era hija suya —dijo Ventura.

Silvestre no respondió.

Brion fumaba sin encender el cigarrillo.

—¿Cómo llegó esto aquí?

—Un despacho jurídico cerró hace años. Parte del archivo terminó en dependencias municipales por un pleito de suelo. Nadie revisó todo.

—¿Y usted sí?

—Yo reviso lo que nadie quiere revisar.

Silvestre levantó el documento.

—¿Por qué enseñármelo?

Brion miró hacia la puerta.

—Porque hace dos días vino un hombre preguntando por esta caja.

—¿Quién?

—No dio nombre.

—Descríbelo.

—Cincuenta y tantos. Grande. Abrigo claro. Manos de cazador.

Silvestre recordó la fotografía boca abajo.

—¿Lo conocías?

Brion se encogió.

—He visto demasiadas caras.

Ventura examinó los recibos.

—Los pagos se interrumpen en agosto del setenta y siete.

Rosalinda desapareció en noviembre.

Silvestre sintió la estructura formándose sin querer aceptarla.

Una hija ilegítima.

Dinero durante catorce años.

Pagos que cesan.

Una desaparición.

Un cadáver sobre una parcela de la empresa del padre.

—Necesito copias.

Brion negó.

—Necesita algo mejor.

Sacó una cámara fotográfica pequeña del cajón.

—Dos carretes. Fotografíen lo esencial. Los papeles se quedan.

—¿Y si desaparecen?

—Entonces sabremos que alguien los buscaba de verdad.

Silvestre miró al archivero.

—¿Qué ganas tú?

Brion encendió por fin el cigarrillo.

—Dormir peor por una razón distinta.

Fotografiaron durante casi una hora.

Ventura sostenía los documentos bajo una lámpara mientras Silvestre anotaba el orden de cada página. Encontraron pagos trimestrales, recibos médicos y una carta del despacho de Nogués de 1971 que hablaba de «mantener la situación de hecho sin reconocimiento formal».

—Siete años antes de que ella pudiera decidir nada —dijo Ventura.

—Las decisiones sobre los pobres suelen tomarse antes de que lleguen a la habitación.

Brion fingió no escuchar.

Entre los papeles había una lista de gastos escolares. Uniforme. Libros. Matrícula. En una columna aparecía una nota a mano: **N.B. insiste en que curse secretariado.**

Silvestre se quedó mirando.

—Planeaba su vida.

—Desde lejos —dijo Brion.

—Eso no es planear. Es administrar.

Ventura encontró una fotografía de una niña pequeña junto a Feliciana. Al dorso, una fecha de 1964 y una anotación: **Entregado a N.B.**

—Guardaba fotos de ella.

Silvestre no supo qué hacer con ese dato. Le habría resultado más sencillo imaginar a Berrocal como un hombre indiferente. La existencia de un afecto oculto complicaba el desprecio.

—Los monstruos también guardan fotografías —dijo Brion.

—No he dicho que sea un monstruo.

—Mejor. Los monstruos son una comodidad moral.

Silvestre levantó la vista.

Brion sostuvo su mirada.

—Si resulta que un hombre quiere a una hija y aun así la sacrifica, tendrá usted un problema mayor.

—¿Sabe algo?

—Sé cómo funciona la gente que tiene demasiado que perder.

—Eso no responde.

—Precisamente.

Antes de irse, Silvestre volvió a mirar la fotografía de la cacería. Brion la había guardado, pero el borde sobresalía del cajón.

—¿Conoce a Mercadal?

El archivero tardó.

—Conozco a muchos policías.

—No he preguntado eso.

—Entonces la respuesta es sí.

—¿De qué?

—De antes.

—¿Antes de qué?

Brion sonrió sin alegría.

—En este país siempre hay un antes distinto según quién pregunta.

Entre las fotografías de los documentos apareció también un recibo escolar de 1976. En el margen, con tinta azul, alguien había escrito: **R. pide ver al padre. Se desaconseja.**

Silvestre señaló la nota.

—¿Quién escribía esto?

Brion ajustó las gafas.

—El despacho de Nogués llevaba una ficha paralela.

—¿Una ficha sobre una niña?

—Sobre un problema patrimonial.

Ventura soltó una blasfemia.

Brion no se inmutó.

—No les digo cómo deberían haberla visto. Les digo cómo la veían.

Silvestre pasó la página.

Había gastos de dentista, libros, ropa, transporte. Todo anotado con precisión.

—Pagaba —dijo Ventura.

—Sí.

—Entonces le importaba.

Silvestre lo miró.

—No confundas pagar con querer.

Brion intervino:

—Ni querer con hacer el bien.

Los tres se quedaron callados.

La frase complicaba el caso de una manera que Silvestre empezaba a reconocer como verdadera. Si Berrocal había sentido algún afecto por Rosalinda, la tragedia no se hacía menor.

Se hacía más humana.

Y por eso, más difícil de soportar.

Entre los recibos encontraron una factura de una clínica privada fechada en 1963, poco después del nacimiento de Rosalinda. El concepto era impreciso. Berrocal había pagado.

—Podría haber querido hacerse cargo —dijo Ventura.

Silvestre lo miró.

—Quizá.

—Siempre piensa lo peor.

—No. Intento no pensar solo una cosa.

Brion intervino:

—El señor Berrocal fue a ver a la niña cuando nació.

Silvestre se volvió.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo trabajaba entonces en otra oficina. Nogués no llevaba el asunto todavía. Había otro abogado. Recuerdo el escándalo.

—¿Qué escándalo?

—La esposa de Berrocal se enteró.

—¿Y?

—Nada. Eso fue lo extraordinario. No hubo divorcio. No hubo denuncia. No hubo noticia. Solo dinero moviéndose de un sitio a otro hasta que el problema desapareció del mundo visible.

—Rosalinda no desapareció.

Brion lo miró.

El sótano del archivo municipal no figuraba en ningún plano que se entregara a las visitas.

Brion abrió una puerta metálica al final de un corredor y encendió una hilera de bombillas desnudas. El aire olía a cartón mojado y yeso viejo.

—Aquí guardamos lo que nadie consulta —dijo.

—¿Y por qué no lo tiran?

—Porque incluso los gobiernos tienen supersticiones.

Ventura bajó detrás de Silvestre. Llevaba una libreta y una expresión que mezclaba entusiasmo con incomodidad. Brion los condujo entre estanterías cargadas de cajas. En algunas, las etiquetas se habían despegado. En otras todavía se leían nombres de distritos, obras, beneficencia, expropiaciones.

—Buscamos a Feliciana Vega —dijo Silvestre.

—No exactamente.

Brion extrajo una caja marcada con una fecha de 1962 a 1966.

—Buscamos a quienes quisieron que Feliciana Vega pareciera no existir.

Dentro había expedientes de ayudas, informes sociales, solicitudes de vivienda. Brion fue pasando carpetas hasta encontrar una con el borde roto.

VEGA MARTÍN, FELICIANA.

Silvestre sintió una aceleración absurda del pulso.

El expediente empezaba antes del nacimiento de Rosalinda. Feliciana había trabajado como empleada doméstica en una casa de la zona alta. Había abandonado el servicio en 1962. Un informe posterior la situaba embarazada y sin recursos.

—Aquí —dijo Ventura.

Un formulario incluía la referencia a «aportación privada complementaria».

Brion señaló un sello casi borrado: Fundación San Jerónimo.

—Ya conocemos eso —dijo Silvestre.

—Siga.

Tres páginas después había una carta mecanografiada. No tenía firma, solo iniciales.

«Se ruega discreción absoluta respecto del origen de los fondos y de cualquier circunstancia personal relativa al progenitor.»

Ventura levantó la vista.

—Eso es bastante claro.

—No —dijo Silvestre—. Es bastante sugerente.

—¿Qué más necesita?

—Un nombre.

Brion sacó del fondo una hoja más pequeña, doblada en cuatro.

Era una ficha de control de pagos. En la parte inferior, a lápiz, alguien había escrito: «N.B.T.»

Silvestre pensó en Néstor Berrocal Tous.

No dijo nada.

Ventura sí.

—Joder.

Brion lo miró.

—Ese vocabulario no mejora las pruebas.

—Pero las acompaña bien.

Silvestre siguió leyendo. Los pagos habían continuado de forma regular durante quince años. Aumentaban cada cierto tiempo. En 1976 se duplicaban.

—¿Por qué suben aquí?

Brion se ajustó las gafas.

—Ese año la niña tenía trece.

—¿Y?

—No lo sé. Pero mire la anotación.

«Educación complementaria. Preparación futura.»

Ventura frunció el ceño.

—¿Preparación para qué?

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

Encontraron después una solicitud de plaza en una academia privada de secretariado que nunca llegó a formalizarse. El pago inicial procedía de la misma fundación.

Silvestre recordó a Maribel: alguien iba a sacar a Rosalinda del barrio.

No era una fantasía adolescente.

Alguien había empezado a construirle una salida.

—Quizá Berrocal quería reconocerla —dijo Ventura.

—Quizá.

—Eso cambia las cosas.

—No sabemos qué cambia.

Brion cerró la carpeta.

—Hay más.

Los condujo hasta otra estantería. Sacó un libro de entrada y salida de documentación. En diciembre de 1977, pocas semanas después de la desaparición, el expediente de Feliciana había sido solicitado por el despacho de Castany.

—¿Devuelto?

—Sí.

—¿Completo?

Brion sonrió.

—Las cosas nunca vuelven completas.

Comparó el índice antiguo con el contenido actual. Faltaban tres documentos.

Uno era un certificado de nacimiento complementario.

Otro, una declaración notarial.

El tercero figuraba simplemente como «correspondencia privada».

Silvestre apoyó la mano sobre la mesa.

—¿Puede saber quién autorizó la salida?

Brion pasó varias páginas.

—Aquí.

Una firma.

No la reconoció.

—Rogelio Barnet —dijo Brion.

El juez.

Ventura soltó el aire.

La red empezaba a adquirir forma. No como una conspiración perfecta, sino como una cadena de hombres que se facilitaban el trabajo.

Silvestre entendió que aquello era más peligroso.

Las conspiraciones podían romperse encontrando al jefe.

Las costumbres no.

Antes de irse, Brion les mostró una caja aparte.

—Esto no debería existir.

Dentro había fotografías de obras, reuniones y comidas de empresarios. En una, Berrocal aparecía junto a un grupo de hombres frente a una finca rural. Silvestre reconoció a Mercadal.

Esta vez no estaba al fondo.

Estaba a su lado.

Ambos sostenían escopetas de caza.

Ventura miró a Silvestre.

—¿La cogemos?

Brion retiró la fotografía.

—No.

—¿Por qué?

—Porque si desaparece sabrán exactamente qué encontraron.

Silvestre asintió.

—Haremos una copia.

Brion apagó una de las luces.

—No aquí.

—¿Entonces dónde?

El archivero lo miró.

—Inspector, llevo años guardando papeles de hombres que creen que el poder consiste en decidir qué existe. Permítame al menos conservar algún truco.

Brion no quiso que se fueran todavía.

—Falta una cosa.

Los llevó hasta el extremo del sótano, donde una tubería goteaba sobre un cubo oxidado. De una balda sacó un libro de contabilidad encuadernado en tela negra.

—Esto no pertenece al Ayuntamiento.

—¿Entonces?

—Llegó por error dentro de una caja de Terralta hace años. Nadie lo reclamó.

Silvestre pasó páginas. Gastos de representación, comidas, desplazamientos, regalos. Cifras pequeñas comparadas con las operaciones de la empresa.

Ventura señaló varias entradas repetidas: «Z.M.»

—Mercadal.

—Puede ser —dijo Silvestre.

—¿Otra vez puede ser?

—Hasta que sepamos qué significa.

Brion buscó una fecha de octubre de 1977.

«Z.M. — asunto V. — 15.000».

Silvestre sintió una presión en el pecho.

—Asunto V.

—También podría ser Valencia —dijo Brion.

—O Vega.

—O cualquier cosa.

Ventura lo miró.

—Pero usted no cree que sea cualquier cosa.

Silvestre cerró el libro.

No.

El problema era que cada nueva pieza reducía el espacio disponible para la casualidad.

—¿Podemos llevárnoslo?

Brion abrazó el volumen contra el pecho.

—Ni hablar.

—Es una prueba.

—Es lo único que tengo que demuestra que no estoy imaginando todo esto. Si se lo llevan y desaparece, me quedo con mi palabra. Mi palabra cotiza muy bajo.

Silvestre entendió.

—Copiamos las páginas.

Brion asintió.

Durante una hora, Ventura transcribió fechas y cantidades. Silvestre comprobó cada cifra.

Al terminar, el joven tenía los dedos manchados de tinta.

—Nunca pensé que investigar un asesinato consistiera en copiar contabilidad.

Brion apagó la luz del pasillo.

—Los muertos importantes suelen dejar balas. Los poderosos dejan facturas.

Antes de cerrar la caja, Brion sacó una fotografía que no figuraba en ningún inventario.

Rosalinda aparecía de perfil frente a la entrada del Ayuntamiento. Era de 1977. A su lado estaba Castany.

—¿De dónde sale?

—Un fotógrafo municipal hizo una serie durante una recepción empresarial. Esta quedó descartada.

Silvestre la observó.

La muchacha no parecía retenida. Parecía enfadada.

—¿Qué hacía aquí?

Brion señaló el reverso. Había una fecha y una anotación: «Delegación Terralta».

Ventura frunció el ceño.

—¿La trajeron como parte de la empresa?

—O llegó con ellos —dijo Brion.

Silvestre recordó el proyecto de estudios, las promesas de trabajo. Quizá Berrocal había intentado incorporarla discretamente a una vida paralela antes de que la muchacha exigiera reconocimiento.

Eso complicaba aún más la historia.

No había un secuestro desde el principio.

Había una relación que se había deteriorado.

Y esa clase de verdad era más difícil de contar porque obligaba a aceptar que Rosalinda había elegido acercarse al hombre que más tarde contribuiría a destruirla.

Brion tardó todavía unos minutos en encender la segunda hilera de fluorescentes. La luz reveló estanterías que llegaban casi hasta el techo, cajas con años escritos a lápiz, carpetas atadas con cordel y varios armarios metálicos sin cerradura.

—¿Cuánto de esto debería estar aquí? —preguntó Ventura.

—Depende de a quién pregunte.

—Le pregunto a usted.

Brion se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo.

—Entonces casi nada.

Explicó que el sótano había empezado como depósito provisional durante una mudanza administrativa. Luego llegaron expedientes urbanísticos que nadie reclamaba, licencias duplicadas, copias de convenios, informes de expropiación. Los documentos incómodos tenían una manera extraña de terminar allí: no desaparecían del todo, pero dejaban de estar donde alguien sensato los buscaría.

—¿Quién decidió guardarlos? —preguntó Silvestre.

Brion sonrió sin alegría.

—Nadie. Esa es la belleza de una administración. Cuando una decisión resulta vergonzosa, casi siempre puede presentarse como una suma de pequeñas negligencias.

Sacó una caja fechada en 1969. Dentro había planos de una promoción de viviendas, informes sanitarios y cartas de vecinos por filtraciones de aguas fecales.

—Esto debía destruirse hace cinco años.

—¿Por qué no lo hizo?

—Porque soy cobarde de una manera complicada.

Ventura frunció el ceño.

—No entiendo.

—Obedecía cuando me miraban y guardaba una copia cuando no. Así podía decirme que no era como ellos.

Silvestre pasó un dedo por el borde de la caja.

—¿Y lo era?

Brion se encogió de hombros.

—Supongo que depende del día.

Les mostró un libro de registro paralelo. No era oficial. Allí anotaba qué expedientes habían sido retirados, por quién y cuándo, incluso si la orden llegaba de palabra. No tenía todos los años. Había periodos vacíos. Pero Terralta aparecía una y otra vez.

1971: retirada de un informe geológico.

1973: sustitución de planos de servidumbre.

1975: consulta extraordinaria de parcelas del Besòs.

1977: acceso del despacho de Castany a expedientes de filiación vinculados a una «menor protegida».

El aire se le quedó a mitad de camino.

—¿Protegida por quién?

—No lo pone.

—¿Quién pidió el expediente?

Brion señaló unas iniciales.

A. N.

Álvaro Nogués.

Ventura silbó muy bajo.

—¿Por qué no nos enseñó esto antes?

Brion volvió a ponerse las gafas.

—Porque antes ustedes eran dos policías haciendo preguntas. Ahora parecen dos hombres a los que también quieren borrar.

—No es una respuesta.

—Es la única que tengo.

Silvestre sintió irritación. Después reconoció algo de sí mismo en aquella defensa tardía.

—¿Cuántas veces tuvo oportunidad de hablar?

Brion lo miró.

—Las mismas que usted, probablemente.

La frase dio en el sitio correcto.

El archivero señaló las cajas.

—No se equivoque, inspector. Guardar papeles no me convierte en valiente. Durante años pensé que conservar una prueba era casi lo mismo que utilizarla. No lo es. Los documentos también pueden ser una forma de esconderse.

Ventura abrió el libro paralelo.

—Entonces deje de esconderse.

Brion pareció ofendido por la facilidad con que el joven lo dijo.

—A su edad todo parece posible.

—A la suya todavía está hablando.

El anciano lo miró y luego soltó una risa breve.

—Eso ha sido cruel.

—Me lo enseñan rápido.

Brion arrancó del libro una hoja de papel cebolla y la colocó sobre la mesa.

—No se llevan el original. Copian esto y me lo devuelven.

—¿Por qué?

—Porque si mañana vienen a buscarlo quiero poder decir, al menos una vez, que no llegué tarde.

—Haz dos copias —dijo Silvestre.

Brion negó.

—Tres. Una para ustedes, una para mí y una para un sitio que no voy a decirles.

Ventura sonrió.

—Empieza a parecer valentía.

—No me insultes, muchacho. Solo estoy aprendiendo tarde.

CAPÍTULO 16 — LA CASA DEL CONSTRUCTOR

El césped olía a tierra fría.

La casa de Néstor Berrocal en Sant Cugat estaba rodeada por un muro de piedra y cipreses. No era ostentosa a primera vista. Precisamente por eso parecía más cara.

Silvestre llamó al timbre.

Un hombre de unos sesenta años abrió la verja lateral. Guardés, jardinero o ambas cosas.

—¿Qué desea?

Silvestre mostró la placa.

—Hablar con el señor Berrocal.

El hombre ni la miró.

—Está de viaje.

—¿Dónde?

—No sabría decirle.

—¿Cuándo vuelve?

—Tampoco.

Silvestre observó la casa. Persianas abiertas. Humo en una chimenea. Un Mercedes oscuro aparcado bajo un cobertizo.

—Parece que alguien vive aquí.

—La casa no viaja con el señor.

—Qué alivio.

El guardés no sonrió.

—¿Puedo preguntar de qué se trata?

—Puede.

Silvestre esperó.

—¿Y?

—Ya ha preguntado.

El hombre cerró un poco más la verja.

—Buen día.

Silvestre dio dos pasos atrás.

Entonces vio el columpio.

Estaba en un extremo del jardín, oxidado, una sola tabla suspendida de cadenas. Demasiado pequeño para la casa. Demasiado viejo para ser decorativo.

—¿Tiene hijos el señor Berrocal?

El guardés se tensó.

—Eso no es asunto mío.

—¿Ese columpio de quién era?

—De nadie.

Silvestre miró la tabla. En un lateral alguien había pintado una flor azul, casi borrada.

—Las cosas de nadie son las que más duran.

El guardés cerró la verja.

Silvestre regresó al coche.

Antes de arrancar vio movimiento detrás de una cortina del piso superior.

Una silueta masculina.

No supo si era Berrocal.

Tampoco necesitaba saberlo todavía.

Sobre el asiento del acompañante dejó una fotografía de Rosalinda que había sacado del expediente.

Quince años.

La cicatriz.

El lunar.

Durante el camino de regreso pensó en el columpio.

En las cosas construidas para un niño que luego nadie admite haber esperado.

Silvestre no regresó directamente a Barcelona. Paró en una gasolinera cercana y preguntó por la casa.

El empleado, un hombre con mono azul, reconoció el apellido.

—Claro. Los Berrocal.

—¿Ve muchos coches entrar?

—Yo vendo gasolina, no cuento visitas.

Silvestre dejó unas monedas para un café de máquina.

—¿Ha visto alguna vez a una chica joven? Quince años, pelo oscuro.

El hombre miró la fotografía de Rosalinda.

—Puede.

—Necesito algo mejor.

—Entonces vaya a una iglesia.

Silvestre esperó.

El empleado volvió a mirar la foto.

—Venía alguna vez en un coche con chófer. Hace años.

—¿Últimamente?

—El otoño pasado, creo. La vi en la puerta discutiendo con alguien.

—¿Quién?

—Un tipo de traje. No el dueño.

—¿Nogués?

Silvestre mostró la tarjeta del abogado.

—Puede ser.

—¿Qué ocurrió?

—Ella se fue andando carretera abajo. Lloraba o estaba furiosa. Con los jóvenes cuesta distinguirlo.

—¿Fecha?

—Ni idea.

—Piense.

El empleado miró hacia el calendario de la pared.

—Antes de Todos los Santos. Hacía buen tiempo todavía.

Finales de octubre.

Pocos días antes de que alguien solicitara seguimiento policial sobre Rosalinda.

Silvestre guardó la fotografía.

—Si recuerda algo, llame.

—¿A comisaría?

Silvestre dudó.

Escribió el teléfono de su casa.

—A este número.

De vuelta al coche, observó la carretera por la que Rosalinda habría caminado sola, enfadada, después de salir de la casa de su padre.

Por primera vez tuvo una imagen de ella en movimiento.

No un cuerpo.

Una muchacha alejándose por voluntad propia de un lugar donde querían que siguiera siendo invisible.

Dos días después, el empleado de la gasolinera llamó al número de Silvestre.

—He recordado algo.

—Diga.

—La chica volvió otra vez. A principios de noviembre.

Silvestre se incorporó.

—¿Está seguro?

—Sí. Porque ese día nos falló el surtidor y había cola.

—¿Sola?

—No. Con el abogado. El del traje.

—¿Nogués?

—Ese.

—¿Discutían?

—Ella sí. Él hablaba bajo.

—¿Hacia dónde fueron?

—Barcelona.

—¿En qué coche?

El hombre describió un Peugeot oscuro.

Silvestre recordó el vehículo que lo había vigilado junto a la marisma.

—¿Matrícula?

—No.

—¿Algo más?

El empleado dudó.

—La muchacha tenía una maleta.

Silvestre sintió un escalofrío.

—¿Grande?

—De esas antiguas, de cartón. Azul.

La maleta con el diario.

Si el recuerdo era correcto, Rosalinda no había sido secuestrada de improviso en la calle. Había subido a un coche con equipaje.

Tal vez engañada.

Tal vez convencida de que iba a algún lugar temporal.

Tal vez creyendo todavía que su padre iba a cumplir una promesa.

La peor trampa no siempre era la fuerza.

A veces era la esperanza.

La fotografía de Rosalinda quedó durante días sobre el asiento del acompañante del coche de Silvestre. Cada vez que subía, la veía.

Una mañana decidió guardarla.

No quería convertirla en talismán.

Ventura lo notó.

—¿Dónde está la foto?

—En el expediente.

—Pensaba que la llevaba para recordar por quién hacemos esto.

—Ese es el problema.

—¿Cuál?

—Que no lo hacemos por ella si la usamos para sentirnos mejores.

Ventura frunció el ceño.

—A veces no entiendo nada de lo que dice.

—Eso te ayudará a ascender.

El joven sonrió.

Silvestre no.

Había empezado a desconfiar incluso de sus mejores motivos. Era incómodo.

También era, quizá, la primera forma de honestidad que practicaba desde hacía años.

Silvestre pidió después información sobre los hijos legítimos de Berrocal. Dos varones y una mujer, todos adultos. Ninguno vivía ya en la casa de Sant Cugat.

No los interrogó.

Todavía no.

Le preocupaba convertir la investigación en una invasión sin saber qué buscaba. Además, comprendía que Rosalinda podía haber sido invisible para ellos tanto como para el resto del mundo.

Esa invisibilidad era parte del daño.

No necesitaba demostrar que toda la familia conspiraba.

Bastaba con un sistema en el que una adolescente podía existir durante quince años en recibos y fotografías sin tener derecho a ocupar una silla en la mesa.

En Sant Cugat, antes de marcharse, Silvestre rodeó la propiedad por la carretera secundaria. Desde allí se veía la parte trasera de la casa: una piscina vacía, una caseta de herramientas, dos cipreses y una tapia demasiado alta.

Un hombre podaba un seto en la finca vecina.

—¿Trabaja para Berrocal? —preguntó Silvestre.

El hombre dejó las tijeras.

—A veces.

—Policía.

No enseñó la placa. El hombre tampoco la pidió.

—Busco a una chica que pudo venir por aquí en otoño.

—Vienen muchas.

—Quince años. Morena. Del Besòs.

El jardinero miró hacia la casa.

—No sé nada.

—No le he preguntado si sabe algo. Le he preguntado si la vio.

El hombre tardó en responder.

—Había una muchacha.

Silvestre sintió que el frío cambiaba de lugar dentro del cuerpo.

—¿Cuándo?

—No sé. Antes de Navidad. Tal vez octubre.

—¿Sola?

—Una vez con el abogado. Otra con una señora mayor.

—¿Entró en la casa?

—No la vi entrar.

—Pero la vio salir.

El jardinero apretó los labios.

—La vi llorar junto a la verja.

—¿Por qué?

—Si supiera eso no estaría podando setos.

Silvestre anotó la frase.

—¿La volvió a ver?

—No.

—¿Y el columpio?

El hombre lo miró sorprendido.

—¿Qué columpio?

—El del jardín.

—Lleva años ahí. Era de la hija del señor Berrocal.

Silvestre se quedó quieto.

—¿Tiene una hija?

—Legítima. Vive fuera.

Legítima.

La palabra cayó entre ellos con una precisión desagradable.

Silvestre volvió a mirar la finca. Dos niñas separadas por un adjetivo. Una había tenido un columpio. La otra, quizá, una asignación escondida en un expediente.

—¿Cómo se llama usted?

El jardinero negó.

—Eso no se lo voy a decir.

—Podría obligarle.

—Y yo podría olvidar lo que acabo de contarle.

Silvestre guardó la libreta.

—Entonces no me lo diga.

El hombre reanudó la poda.

—Inspector.

Silvestre se volvió.

—La chica no parecía tener miedo de la casa.

—¿De qué tenía miedo?

El jardinero cortó una rama demasiado gruesa. Cayó al suelo.

—De que no la dejaran entrar.

De camino a Barcelona, Silvestre comprendió que había imaginado a Rosalinda buscando escapar de Berrocal.

Tal vez durante un tiempo había ocurrido lo contrario.

Tal vez lo había buscado.

Una víctima también podía desear acercarse a aquello que acabaría destruyéndola.

Eso no la hacía culpable.

La casa de Sant Cugat tenía un silencio caro.

No se oían vecinos, fábricas ni autobuses. Solo pájaros y el chasquido regular de un aspersor sobre el césped. Silvestre pensó en el piso de Feliciana, donde cada descarga del vecino atravesaba la pared.

La verja se abrió después de que mostrara la placa.

Un guardés de unos sesenta años lo condujo hasta una entrada lateral. No lo hicieron pasar al salón principal.

—El señor Berrocal está fuera —dijo.

—¿Dónde?

—No me corresponde decirlo.

—¿Cuándo vuelve?

—Tampoco.

Silvestre observó el vestíbulo. Mármol, un espejo enorme, cuadros de caza. Sobre una consola había una fotografía familiar: Berrocal más joven, una mujer rubia, dos niños vestidos de domingo.

Ninguna Rosalinda.

—¿Cuánto lleva trabajando aquí?

—Dieciocho años.

—Entonces conoció a Feliciana Vega.

El hombre no cambió de expresión. Solo tardó una fracción de segundo demasiado larga.

—No me suena.

—Trabajó para la familia.

—Ha trabajado mucha gente.

—¿Y Rosalinda?

—No sé quién es.

Silvestre sacó la fotografía escolar.

El guardés la miró.

Sus ojos reconocieron antes que su boca.

—No.

—¿No qué?

—No la conozco.

—Ha contestado antes de que preguntara.

El hombre devolvió la fotografía.

—Inspector, tengo trabajo.

Silvestre salió al jardín en lugar de dirigirse a la puerta.

—No puede ir por ahí.

—Ya voy.

Vio el columpio oxidado bajo un árbol. Solo uno de los asientos permanecía entero. Cerca había una caseta de herramientas y un cobertizo.

—¿Los hijos del señor Berrocal?

—Eran pequeños.

—¿Venían otras niñas?

El guardés se tensó.

—No sé qué está insinuando.

—Nada. Pregunto.

—Pues no.

Silvestre se acercó al columpio. En la madera del travesaño había iniciales grabadas: M.B., J.B. y, más abajo, casi borrada, una R.

Podía significar cualquier cosa.

La tocó con el dedo.

—¿Quién es R?

—No lo sé.

—Lleva dieciocho años aquí.

—Y no memorizo lo que rayan los niños.

Una mujer apareció en la puerta trasera. Tendría cincuenta años, uniforme de servicio, cabello gris recogido.

Al ver a Silvestre se quedó quieta.

—Carmen, vuelve dentro —ordenó el guardés.

Silvestre levantó una mano.

—Un momento.

La mujer no se movió.

—¿Conoce a Rosalinda Vega?

El rostro de Carmen se quebró de una forma mínima.

—No.

—¿Y a Feliciana?

El guardés dio un paso.

—Se acabó.

Carmen habló antes de desaparecer.

—Pregunte por el cuarto azul.

Luego entró.

Silvestre miró al guardés.

—¿Qué es el cuarto azul?

—No hay ningún cuarto azul.

—Acaban de decirme que pregunte.

—Carmen está mayor.

—Tiene mejor memoria que usted.

El hombre abrió la puerta de la verja.

—Márchese.

Silvestre obedeció. No tenía orden de registro y ya había forzado demasiado.

Desde la calle rodeó la finca a pie. En la parte posterior, entre árboles, se veía una construcción pequeña separada de la casa principal. Persianas cerradas. Paredes pintadas de un azul desvaído.

El cuarto azul.

Apuntó la ubicación.

Cuando regresaba al coche oyó una voz.

—Inspector.

Carmen estaba junto a una puerta de servicio en la tapia. Miraba hacia la casa.

—Solo un minuto.

Silvestre se acercó.

—¿Rosalinda estuvo ahí?

La mujer asintió.

—De pequeña. Algunas tardes.

—¿Con Berrocal?

—Con la señora no.

—¿La familia sabía quién era?

—No sé lo que sabían.

—¿Y más recientemente?

Carmen apretó las manos.

—El verano pasado vino dos veces.

—¿Sola?

—La traía Eusebio.

El chófer.

—¿Entraba en la casa?

—No. En el pabellón azul.

—¿Quién estaba con ella?

Carmen miró hacia atrás.

—El señor.

—¿Qué ocurría allí?

—Hablaban.

—¿Está segura?

La mujer lo miró con dureza.

—Si pregunta si la tocaba, no lo sé. Si pregunta si era su padre, lo sabía desde que la niña tenía cinco años.

Silvestre sintió que el aire se espesaba.

—¿Rosalinda lo sabía?

—Desde hacía poco.

—¿Quién se lo dijo?

—Él.

—¿Por qué?

—Porque quería arreglar las cosas.

Carmen sonrió amargamente.

—Los ricos siempre creen que arreglar significa pagar.

Una puerta se cerró dentro de la finca.

Carmen retrocedió.

—No vuelva a buscarme.

—Necesitaré que declare.

—Entonces no ha entendido nada.

Desapareció.

Silvestre permaneció junto al muro.

Rosalinda no había perseguido a un desconocido que prometía salvarla.

Había encontrado a su padre.

Eso la hacía menos ingenua y mucho más peligrosa para alguien.

Silvestre volvió a Sant Cugat una segunda vez sin identificarse.

Aparcó lejos y esperó frente a una cafetería desde la que se veía la carretera de acceso. Quería comprobar una cosa sencilla: quién entraba y quién salía.

En dos horas vio el Mercedes de Berrocal, una furgoneta de reparto, el Seat conducido por Eusebio y un coche oficial que reconoció por las placas reservadas.

No distinguió al ocupante.

Anotó la hora.

Al día siguiente pidió discretamente el registro de movimientos. El vehículo pertenecía a la Jefatura Superior.

Mercadal podía utilizar coches así.

También otros veinte mandos.

Silvestre guardó el dato.

Esa misma tarde llamó por teléfono a Carmen desde una cabina. Había conseguido el número a través de una antigua ficha laboral.

—No vuelva a llamarme —dijo ella en cuanto oyó su voz.

—Solo una pregunta.

—Eso dicen siempre.

—¿Mercadal estuvo alguna vez en la casa?

Silencio.

—Carmen.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Varias veces.

—¿Después de que Rosalinda empezara a ir?

—Sí.

—¿La vio?

—Una vez coincidieron.

Silvestre apretó el auricular.

—¿Hablaron?

—No lo sé.

—¿Rosalinda salió después con él?

—No.

—¿Con Castany?

—Inspector, basta.

—Una última cosa. El cuarto azul. ¿Había manta roja?

Carmen tardó tanto que la respuesta llegó antes de las palabras.

—Sí.

—¿De lana?

—Sí.

La línea quedó muda.

Silvestre apoyó la frente en el cristal de la cabina.

El hilo rojo ya no era solo un hilo.

Todavía no era una prueba.

Pero empezaba a señalar una habitación.

La conversación con Carmen le dejó otra pregunta: ¿qué había ocurrido dentro del pabellón azul durante el verano?

Silvestre localizó al jardinero que había trabajado allí hasta septiembre. Se llamaba Tomás Llorens y vivía en Rubí.

—La chica venía —admitió—. No sé quién era.

—¿Entraba sola?

—Eusebio la traía.

—¿Berrocal?

—A veces.

—¿Discutían?

Tomás miró sus manos.

—Una vez la oí gritar.

—¿Qué dijo?

—«No soy una puta a la que se paga para que calle.»

Silvestre sintió un escalofrío.

—¿Y Berrocal?

—No oí respuesta.

—¿Cuándo?

—Septiembre. Cerca de las fiestas.

—¿Por qué dejó el trabajo?

Tomás lo miró.

—Me lo dejaron a mí.

—¿Quién?

—El señor Castany. Dijo que necesitaban menos personal.

Silvestre anotó.

Otra persona retirada del escenario antes de que la situación empeorara.

—¿Declarará?

Tomás negó.

—Tengo otro empleo ahora.

Silvestre no insistió.

La verdad seguía acumulándose en testimonios que nadie quería firmar.

Silvestre consiguió volver al pabellón azul una última vez gracias a una casualidad que no podía utilizar oficialmente.

Carmen lo llamó desde una cabina.

—La familia se va el fin de semana. Si quiere ver algo, es ahora.

—¿Está segura?

—No. Por eso llame rápido antes de que cambie de idea.

Llegó al anochecer. Carmen abrió una puerta lateral y lo condujo por el jardín sin luces.

—Cinco minutos.

El pabellón olía a cerrado. Tenía una pequeña sala, un dormitorio y un baño. Nada parecía siniestro. Precisamente eso inquietó a Silvestre.

En el dormitorio había una cama individual, una cómoda y un armario. La manta roja ya no estaba.

—¿Dónde está?

—La retiraron en diciembre.

—¿Quién?

—Eusebio.

Silvestre abrió la cómoda. Vacía.

Carmen señaló una pared.

—Ella escribía ahí.

A contraluz se veían pequeñas hendiduras bajo una capa reciente de pintura.

Silvestre acercó la linterna lateralmente.

Letras.

No podía leer todas.

Una frase aparecía parcialmente:

«NO SOY…»

Más abajo:

«MAMÁ…»

La pared había sido pintada para cubrirlas.

—¿Cuándo?

—Después de que desapareció.

—¿Quién lo ordenó?

Carmen negó.

—Vino Castany con dos hombres.

Silvestre sintió que el pulso aumentaba.

Sacó una hoja fina y un lápiz. Intentó frotar suavemente sobre algunas marcas para obtener relieve. El resultado era pobre, pero conservaba trazos.

—¿Rosalinda durmió aquí después de desaparecer?

Carmen cerró los ojos.

—Una noche.

Silvestre se volvió.

—¿Una noche?

—La trajeron tarde. Yo ya me iba. La vi por la ventana.

—¿Fecha?

—El día después de que su madre fuera a denunciar otra vez. No recuerdo exacto.

—¿Estaba atada?

—No.

—¿Parecía ir voluntariamente?

Carmen lo miró con furia.

—Una persona puede caminar sin ser libre, inspector.

La frase lo golpeó.

—¿Quién estaba con ella?

—Eusebio. Castany. Y el señor Berrocal llegó después.

—¿La vio?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Media hora quizá.

—¿Qué pasó?

—Discutieron.

—¿Oyó algo?

Carmen dudó.

—Ella gritó que iría a la policía.

Silvestre sintió un frío profundo.

—¿Antes o después de haber ido?

—No lo sé.

Podía haber sido antes de la visita a Mercadal.

La cronología encajaba.

—¿Berrocal la tocó?

—No que yo viera.

—¿La amenazó?

—No.

—Entonces ¿qué hizo?

Carmen lo miró.

—Se fue.

Silvestre entendió la respuesta.

No había hecho nada.

Había dejado a su hija en manos de otros para que resolvieran el problema.

—¿Declarará esto?

Carmen negó.

—Mi marido está enfermo. Vivo de este trabajo.

—Podría protegerla.

La mujer soltó una risa triste.

—¿Como protegieron a Rosalinda cuando fue a su comisaría?

Silvestre no respondió.

Carmen abrió la puerta.

—Se acabó el tiempo.

Antes de marcharse, Silvestre miró una última vez la pared pintada.

La capa nueva era demasiado blanca. En la parte baja, junto al rodapié, asomaba una media luna del color anterior.

No necesitaba saber todavía qué había ocurrido allí. Le bastó comprender que alguien había tenido prisa por cambiar el aspecto de la habitación.

CAPÍTULO 17 — ENTONCES: ALÈXIA

Lleida, otoño de 1977

La casa olía a membrillo cocido y polvo.

Alèxia había dejado la puerta abierta para que Silvestre entrara sin llamar. La encontró en la cocina, corrigiendo exámenes con un lápiz rojo. Tenía cuarenta años y la costumbre de fruncir los labios cuando algo estaba mal escrito.

—Llegas tarde.

—El tren.

—Siempre hay algo que llega tarde cuando vienes tú.

Silvestre dejó la maleta.

No se abrazaron.

En la pared seguía el reloj.

Seis y veinte.

Visitación había muerto dos años antes. Alèxia no lo había puesto en marcha.

—Pensé que lo habrías tirado.

—No es mío.

—La casa sí.

—La casa tampoco.

La cena transcurrió entre frases pequeñas: el instituto, el precio del aceite, una huelga, las elecciones de junio, el hijo de Alèxia, que estudiaba en su habitación. Cosas que servían para bordear lo único importante.

Silvestre bebió vino.

Alèxia lo vio.

—Pensaba que lo habías dejado.

—Es una copa.

—Siempre empieza siendo una.

Él dejó el vaso.

—No he venido a que me vigiles.

—¿A qué has venido?

No tenía respuesta.

Había recibido una carta una semana antes: **Hay cosas de mamá que deberías recoger.** Nada más.

Después de cenar subieron al dormitorio de Visitación. La cama estaba hecha. Sobre una silla había una caja con fotografías, recibos, una medalla, un rosario y dos camisas de Silvestre que su madre había conservado desde que él se marchó.

Debajo encontraron un sobre.

Marcos.

Alèxia no quiso abrirlo.

Silvestre sí.

Dentro había dibujos del niño, una nota de la escuela y una fotografía junto al Segre. Silvestre aparecía detrás, diecisiete años, una mano apoyada sobre el hombro de su hermano.

Alèxia señaló la foto.

—Ese es el único Marcos que tú recuerdas.

—¿Cuál?

—El que está a punto de morir.

Silvestre levantó la vista.

—No empieces.

—No he empezado nada. Lo empezasteis todos hace treinta años.

Alèxia tomó la fotografía. Para ella Marcos no era solo el niño del río. Era el hermano que le escondía caramelos, el que se metía debajo de la mesa para asustarla, el que una vez le dibujó bigotes mientras dormía. Ella tenía seis años cuando murió, pero aún recordaba su risa mejor que su entierro.

—Mamá me lo contó —dijo.

Silvestre sintió que el dormitorio se hacía más pequeño.

—¿Qué?

—Lo de la mano.

—Fue un accidente.

—No me refiero a que se ahogara. Me refiero a que lo soltaste.

Silvestre no respiró.

—Mamá estaba rota.

—Sí. Y tú estabas vivo.

—Me estaba ahogando.

—Él también.

Silvestre levantó la voz.

—¡Lo sé!

La casa devolvió el eco.

En la habitación del fondo, el hijo de Alèxia dejó de mover una silla.

Ella bajó la voz.

—Eso es lo único que quería oírte decir.

—¿Para qué? ¿Para condenarme mejor?

—Llevas treinta años haciendo ese trabajo tú solo.

Silvestre cogió la fotografía.

—Tú también me culpabas.

Alèxia tardó en responder.

—Sí.

La palabra dolió menos que una evasiva.

—¿Todavía?

—A veces.

—Gracias.

—No has venido a buscar sinceridad. Has venido a que alguien te condene de una manera conocida.

Silvestre dio un paso hacia la puerta.

—No sabes cómo fue.

—Tú tampoco. Ya no. Lo has recordado tantas veces que no sabes qué parte ocurrió y cuál necesitaste inventar.

Silvestre se volvió.

—Lo solté.

—Sí.

—¿Y qué quieres que haga con eso?

—Nada.

—Eso no sirve.

—No todo tiene que servir.

La frase lo enfureció porque parecía cierta.

Abrió un armario buscando una botella. No había ninguna.

Alèxia lo observó.

—Llevas cuatro años sin beber.

—No busco alcohol.

—Mientes fatal.

Silvestre cerró la puerta de golpe.

—No tienes derecho.

—¿A esconder una botella? Sí.

—A juzgarme.

—Llevas treinta años juzgándote y ahora resulta que los demás no podemos ni opinar.

Silvestre cogió el abrigo.

Alèxia lo siguió hasta la escalera.

—Mamá se arrepintió.

Él se detuvo.

—¿De qué?

—De haberte dicho que habías elegido vivir.

Silvestre no se giró.

—Nunca me lo dijo.

—A mí sí. Mucho después. Dijo que te había convertido en culpable porque no soportaba que el río no pudiera serlo.

—¿Por qué no me lo contó?

Alèxia tardó.

—Porque era cobarde.

Silvestre se volvió por fin.

—¿Y tú por qué no me lo contaste?

—Por lo mismo.

Ninguno añadió nada.

Silvestre salió.

No llegó a la estación.

Entró en un bar cerca del puente. Pidió coñac. Luego otro. Después dejó de contar.

Llevaba cuatro años sin beber.

A la mañana siguiente despertó en un banco de la estación con la boca seca, la camisa manchada y la fotografía de Marcos en el bolsillo.

Alèxia lo encontró antes de que llegara el tren.

—Hueles a coñac.

—Ya.

—No quería que bebieras.

—No bebí por ti.

—Nunca he dicho eso.

Se sentó a su lado.

Durante unos minutos miraron las vías.

—Mamá dejó otra cosa para ti —dijo ella.

Sacó un sobre del bolso.

Silvestre reconoció la letra de Visitación.

—No lo quiero.

—Pues tíralo tú.

No lo tiró.

Lo guardó durante meses sin abrirlo. Después apareció Rosalinda en la marisma y el pasado volvió a tener una manera nueva de exigir espacio.

La carta de su madre tenía cinco líneas.

No sé si te culpé porque eras culpable o porque estabas vivo. A veces una madre confunde esas dos cosas. No sé pedir perdón. Tampoco sé si debo.

Silvestre la leyó tres veces.

No sintió alivio.

Sintió rabia porque Visitación había muerto sin dejarle la posibilidad de responder. Luego sintió algo peor: la sospecha de que había esperado esas palabras para seguir organizando su vida alrededor de ellas.

Alèxia lo llamó unos días después.

—¿La has leído?

—Sí.

—¿Y?

—Nada.

—Bien.

—¿Bien?

—Temía que la usaras como absolución.

Silvestre apretó el auricular.

—No sabes lo que uso para qué.

—Eso sí lo sé. Usas todo para volver a Marcos.

Él no contestó.

—No lo conviertas en el centro de todo —añadió Alèxia—. Ni siquiera él habría querido eso.

Silvestre colgó con ganas de odiarla.

No pudo.

Años atrás, cuando vaciaron la casa después de la muerte de Visitación, habían discutido por el reloj detenido. Silvestre quería tirarlo. Alèxia no.

—Lleva treinta años marcando la misma hora.

—Por eso.

—Eso no es una razón.

—Para mamá sí.

—Mamá ya no está.

Alèxia lo miró.

—Tú tampoco estabas casi nunca y, sin embargo, aquí siguen tus camisas.

Los dos se rieron por sorpresa.

Fue un instante breve. Dos hermanos vaciando una casa, no dos supervivientes administrando un muerto.

En 1977, mientras esperaba el tren con resaca, Silvestre recordó aquella risa.

Alèxia le devolvió la fotografía de Marcos.

—La perdiste anoche.

Silvestre la guardó.

—Sí.

—No —dijo ella—. Esta vez no.

Llegó el tren.

Antes de subir, Silvestre miró a su hermana.

—¿Me perdonas?

Alèxia sostuvo su mirada.

—No sé exactamente qué tendría que perdonarte yo.

—Lo sabes.

—No. Sé lo que pasó. No es lo mismo.

El tren silbó.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Seguimos siendo hermanos. Parece bastante trabajo.

Silvestre subió sin abrazarla.

Durante el trayecto a Barcelona pensó que quizá la tregua era una forma más adulta del amor: no borrar la herida, no convertirla en tribunal.

Alèxia había pagado un precio distinto por la muerte de Marcos.

Silvestre solo empezó a verlo cuando encontró, entre las cosas de Visitación, una carpeta con recibos del hospital, recetas, notas de médicos y horarios escritos por su hermana durante los últimos años de la madre. Había turnos, cambios de clase, nombres de vecinos que podían quedarse una tarde, cantidades prestadas, llamadas que Silvestre nunca recibió porque Alèxia decidió que «no hacía falta molestarlo».

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó por teléfono.

Al otro lado hubo un silencio breve.

—Porque cuando te llamaba por mamá, venías con cara de detenido.

—Eso no es respuesta.

—Sí lo es. Convertías cada visita en un juicio sobre Marcos. Y ella también. Yo necesitaba que alguien comprara las medicinas.

Silvestre miró los recibos extendidos sobre la mesa de su piso.

—Podía haber ayudado.

—Podías.

—¿Y no me dejaste?

—No conviertas esto en otra culpa. No tengo sitio para una más.

La frase lo dejó sin defensa.

Alèxia no había pasado la vida aguardando que él regresara. Había estudiado, se había casado, había criado a un hijo, había dado clase a generaciones de adolescentes, había cuidado a Visitación y había aprendido a pronunciar el nombre de Marcos sin que se detuviera el mundo.

Silvestre, en cambio, seguía hablando de la familia como si todo hubiera quedado congelado en 1948.

—¿Eras feliz? —preguntó.

Su hermana soltó una risa corta.

—Qué pregunta más policial.

—No sé hacerla mejor.

—A ratos. Como casi todo el mundo.

—Nunca te pregunté.

—No.

Silvestre cerró los ojos.

—Lo siento.

—Eso sí puedes sentirlo. Pero no vengas a repararme. No estoy rota para que tengas trabajo.

Cuando colgaron, Silvestre guardó los recibos en la carpeta de Visitación. Durante años se había considerado el gran culpable de la familia. La idea tenía algo de soberbia: convertía a los demás en satélites de su herida.

Alèxia no era la hermana de un culpable.

Era Alèxia.

Aquella corrección, tan sencilla, sería importante meses después, cuando la necesitara en Barcelona no como testigo de su pasado, sino como una mujer capaz de decidir qué hacer con la verdad de Rosalinda.

Meses después, cuando apareció Rosalinda, aquella conversación regresó con una precisión incómoda.

No lo conviertas en el centro de todo.

Alèxia volvió a llamarlo a finales de enero de 1978, dos semanas antes de que apareciera el cuerpo de Rosalinda.

—He puesto en marcha el reloj —dijo.

Silvestre tardó en entender.

—¿Qué reloj?

—El de mamá.

—¿Por qué?

—Porque estaba harta de que una avería decidiera a qué hora murió una familia.

Silvestre se sentó junto al teléfono.

—Mamá quería que siguiera parado.

—Mamá está muerta.

La frase no fue cruel. Solo factual.

—¿Y funciona?

—Adelanta cuatro minutos al día.

—Entonces sigue roto.

—Sí. Pero ahora se mueve.

Silvestre imaginó el péndulo oscilando en aquella casa. El sonido debió de resultar insoportable las primeras horas.

—No sé si me gusta.

—No te he llamado para pedir permiso.

—Ya.

—Te he llamado porque pensé que querrías saberlo.

Permanecieron en silencio.

—Alèxia.

—Qué.

—Gracias.

Ella no preguntó por qué.

Cuando colgaron, Silvestre permaneció unos minutos escuchando el tono muerto. Dos semanas más tarde, frente al cadáver de una adolescente en la marisma, recordaría aquel reloj moviéndose mal pero moviéndose.

El tiempo no reparaba nada.

Solo impedía que la herida pudiera fingir que seguía ocurriendo en el mismo segundo.

La niña muerta no podía convertirse en otra manera de hablar de Marcos.

Tendría que aprender a mirarla sin verse a sí mismo.

CAPÍTULO 18 — LA RECAÍDA

El papel de la pared se despegaba junto al lavabo.

Silvestre abrió los ojos y tardó varios segundos en reconocer la habitación. Hostal. Una bombilla desnuda. Cortinas color mostaza. El ruido de camiones en una carretera cercana.

Le dolía la lengua.

El sabor lo explicó todo antes que la memoria.

Alcohol.

Se incorporó demasiado deprisa y vomitó en el suelo.

La placa no estaba en el bolsillo interior.

Tampoco la cartera.

El pánico le despejó la cabeza.

Buscó debajo de la cama. En la chaqueta. En el baño. Nada.

No recordaba haber salido de Sant Cugat la tarde anterior. Recordaba el columpio. El guardés. Después una gasolinera. Una copa.

Quizá dos.

Llamaron a la puerta.

Silvestre se quedó quieto.

—Abre.

Remei.

La puerta estaba sin llave.

Entró con una bolsa de papel y su cartera en la mano.

—La placa también está —dijo antes de que preguntara.

Silvestre se sentó en la cama.

—¿Cómo me has encontrado?

—Llamaste a mi casa a las tres y doce.

—No lo recuerdo.

—Eso ya lo sé.

Dejó la cartera y la placa sobre la mesa.

—El dueño las guardó. Dice que intentaste pagarle dos veces y luego acusaste a una lámpara de seguirte.

Silvestre se tapó la cara.

Remei abrió la bolsa. Pan, agua, dos manzanas.

—Come.

—No puedo.

—Entonces bebe agua.

—No puedo.

—Eso sí puedes.

Silvestre tomó la botella.

—He recaído.

—Sí.

—Cuatro años.

—Lo sé.

—Pensaba que…

Remei esperó.

—¿Qué?

—Que ya no lo necesitaba.

—No lo necesitabas. Lo elegiste.

Silvestre la miró.

—Gracias.

—No estoy aquí para consolarte.

—También gracias por eso.

Remei se sentó frente a él.

—¿Qué pasó ayer?

Silvestre le habló de la casa de Berrocal. Del columpio. Del guardés.

No le habló de Alèxia ni de 1948.

Remei lo supo de todos modos.

—Esto no es solo la niña.

—No.

—¿Qué es?

Silvestre miró la placa sobre la mesa.

—Todo.

—Eso no significa nada.

—Significa que llevo media vida diciendo que algunas cosas eran inevitables porque admitir que yo había participado en ellas era peor.

Remei no apartó la mirada.

—¿Y ahora quieres que Rosalinda te absuelva?

La pregunta dolió porque era precisa.

—Está muerta.

—Exacto.

—No busco absolución.

—Entonces no uses su cadáver para castigarte.

Silvestre cerró los ojos.

—No sé hacer otra cosa.

Remei se levantó.

—Aprende.

En la puerta se detuvo.

—Hay algo más. La cinta que me diste de la obra coincide visualmente con el adhesivo de las fotografías, pero no puedo certificar nada sin laboratorio y sin cadena de custodia.

—Lo sé.

—Y alguien ha preguntado por mí en el instituto.

Silvestre levantó la cabeza.

—¿Quién?

—Dos hombres. Dijeron que eran de Gobernación.

—¿Nombres?

—No.

—Remei…

—No me protejas. Me irrita.

Se marchó.

Silvestre se quedó solo.

Sobre la mesa, la placa parecía más sucia que la noche anterior.

La cogió.

Pesaba exactamente lo mismo.

Él no.

Cuando Remei se marchó, Silvestre se duchó con agua demasiado caliente. Se frotó hasta que la piel se volvió roja. No podía quitarse el olor del alcohol aunque sabía que era imaginación.

Bajó al bar del hostal.

El camarero dejó una copa delante de otro hombre. Silvestre la miró.

No sintió deseo en el sentido sencillo. Sintió reconocimiento.

Como si la copa fuera una puerta que conocía de memoria.

Pidió café.

—¿Algo más?

—No.

El camarero se alejó.

Silvestre bebió despacio y anotó en una servilleta lo que recordaba de la noche anterior: gasolinera, bar, carretera de Ribes, una llamada a Remei, una discusión con un desconocido. Hizo el ejercicio porque le habían enseñado en la clínica que la vergüenza crece mejor en los huecos de memoria.

Al final escribió una sola frase:

No fue Rosalinda quien me hizo beber.

La dobló y la guardó.

Era importante.

Si convertía a la niña en la causa de su recaída, también la convertiría en responsable de salvarlo.

Y Rosalinda no le debía ninguna salvación.

De regreso a Barcelona, Silvestre visitó al médico que había tratado su alcoholismo. No tenía cita.

El hombre lo recibió entre dos pacientes.

—¿Has bebido?

—Sí.

—¿Cuánto?

—No sé.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Quieres beber ahora?

Silvestre pensó antes de responder.

—Quiero no sentir lo que siento ahora.

El médico asintió.

—Eso no era lo que he preguntado.

—Entonces no.

—Bien.

—No parece mucho.

—No lo es.

El hombre escribió una dirección en un papel.

—Hay un grupo que se reúne los jueves.

Silvestre miró el papel.

—No soy de grupos.

—Esa frase la dicen todos los que necesitan uno.

Silvestre guardó la dirección. Nunca asistió.

Pero llevó el papel en la cartera durante años.

No como prueba de que podía pedir ayuda.

Como prueba de que una vez se la ofrecieron y él eligió no hacerlo.

Durante la semana siguiente no volvió a beber, pero empezó a contar los bares en el camino a casa. Once si tomaba la ruta corta. Siete si cruzaba por una avenida más grande.

Escogió la de siete.

Una noche Ventura quiso invitarlo a una cerveza.

—No bebo.

—Ah.

El joven no hizo preguntas.

Silvestre agradeció la ausencia de curiosidad.

—Puedes beber tú.

—No hace falta.

—No necesito que dejes de hacerlo por mí.

—Tampoco necesito beber para demostrar que soy independiente.

Silvestre lo miró.

—Qué insoportable eres.

—Aprendo del mejor.

Compraron dos cafés para llevar y caminaron hasta la estación.

Era una escena insignificante.

Por eso Silvestre la recordaría años después: una noche en la que el alcohol estuvo disponible y nadie convirtió su abstinencia en una tragedia.

Silvestre empezó a anotar los días sin beber otra vez. No como antes, cuando celebraba cada semana como una victoria. Esta vez solo ponía una raya en un calendario.

Una.

Dos.

Tres.

No quería convertir la abstinencia en otra historia heroica.

El quinto día recibió la llamada de Lola sobre la maleta de Rosalinda.

Cerró el calendario y fue al Besòs.

Durante el trayecto comprendió que estaba deseando encontrar algo decisivo.

Ese deseo lo inquietó.

Una prueba importante podía acercarlos a la verdad.

También podía alimentar su necesidad de que todo tuviera una forma que justificara el daño ya causado.

Entró en el piso de Feliciana decidido a leer antes de interpretar.

La primera copa no tuvo sabor.

Eso fue lo que más tarde le pareció injusto.

Cuatro años sin beber y el regreso no tuvo música, ni alivio, ni siquiera placer. Solo un coñac servido en un vaso sucio de un bar de carretera. Silvestre lo sostuvo varios minutos antes de llevárselo a la boca.

Había discutido con Alèxia.

Había pensado en Marcos.

Había pensado en Rosalinda.

Pero ninguna de esas cosas era la causa. Las causas eran una manera elegante de repartir responsabilidades.

Bebió porque quiso.

La segunda copa sí tuvo sabor.

La tercera borró la diferencia.

Después vinieron fragmentos.

Un hombre hablando de fútbol.

Una máquina tragaperras.

Su propia voz demasiado alta.

Una mujer que le preguntó si estaba bien.

Una pelea que quizá no ocurrió.

Cuando despertó en el hostal, tenía la boca seca, un corte en la ceja y ninguna memoria de cómo había llegado.

Buscó la placa.

No estaba.

Buscó la cartera.

Tampoco.

El pánico fue instantáneo.

Revisó el suelo, el baño, debajo de la cama. Encontró un zapato que no era suyo y una ficha de teléfono.

Bajó a recepción.

El hombre del mostrador lo miró sin sorpresa.

—Ha dormido bien.

—¿Cómo llegué?

—Taxi.

—¿Solo?

—No.

Silvestre sintió el estómago hundirse.

—¿Con quién?

—Una señora.

—¿Qué señora?

—No sé. Morena. Cuarenta años.

Remei.

Llamó desde una cabina. Ella tardó en contestar.

—¿Dónde estás?

—Hostal Ribes.

—Ya lo sé.

—¿Tú me trajiste?

—Sí.

—No tengo la placa.

—La tengo yo.

Silvestre apoyó la frente contra el cristal de la cabina.

—¿Y la cartera?

—También.

—¿Por qué?

—Porque intentaste pagar cinco veces la misma ronda y después quisiste detener al camarero.

Silvestre cerró los ojos.

—Joder.

—Eso dijiste muchas veces.

Remei llegó una hora después. No lo abrazó ni lo insultó. Le dio la cartera y guardó la placa.

—Eso no.

—Dámela.

—Cuando estés sobrio de verdad.

—Estoy sobrio.

—Estás sin alcohol. No es lo mismo.

Subieron al coche.

Durante varios kilómetros no hablaron.

—¿Qué hice? —preguntó Silvestre.

—¿Quieres la versión útil o la completa?

—Completa.

—Llamaste a Mercadal a las dos de la mañana.

Silvestre se volvió.

—¿Qué le dije?

—No lo sé. Cuando llegué ya habías colgado.

—¿Por qué te llamaron a ti?

—Porque llevabas mi número en la cartera con la palabra «forense» al lado. Muy romántico.

—No bromees.

—No estoy bromeando.

Silvestre se hundió en el asiento.

—También dijiste el nombre de Berrocal varias veces.

—¿A quién?

—A todo el bar.

Aquello era peor.

—Tengo que volver.

—No.

—Puede que haya hablado con alguien.

—Hablaste con todos y con nadie. Eras un borracho. Por una vez, quizá eso te proteja.

Silvestre miró sus manos.

—Cuatro años.

—Sí.

—Cuatro años tirados.

Remei frenó en un semáforo.

—No digas estupideces.

—He vuelto a beber.

—Una noche no borra cuatro años.

—¿Y si vuelvo esta noche?

Remei lo miró.

—Entonces será otra decisión.

Silvestre apartó la vista.

—No quiero que me cuides.

—Perfecto. Porque no pienso hacerlo.

—Entonces ¿qué haces aquí?

—Evitar que conduzcas.

El semáforo cambió.

Al llegar a Barcelona, Remei estacionó frente al piso de Silvestre. Antes de devolverle la placa, la sostuvo un momento.

—Esto te hace daño.

—No es la placa.

—Ya lo sé.

—Dámela.

Remei se la entregó.

Silvestre la guardó.

El metal parecía más pesado que el día anterior.

Subió a su piso. En el rellano encontró un sobre sin sello bajo la puerta.

Dentro había una fotografía de Rosalinda saliendo de la casa de Sant Cugat.

En el reverso, una fecha: 17 de agosto de 1977.

Y una frase mecanografiada:

«Hay verdades que empeoran a los muertos.»

Silvestre se sentó en el suelo.

La resaca desapareció durante unos segundos.

Alguien sabía exactamente qué estaba investigando.

Y sabía dónde vivía.

Los días siguientes fueron peores que la noche de la recaída.

El cuerpo pedía una segunda copa con una insistencia casi administrativa. No había dramatismo. Solo pequeñas negociaciones.

Una después de comer.

Una para dormir.

Una porque ya había roto los cuatro años.

Silvestre aprendió que la adicción hablaba con su propia voz.

Pasó tres tardes entrando en bares para pedir café. Se sentaba de espaldas a las botellas.

Anselmo no preguntó cuando lo vio temblar.

Le dejó una taza y un vaso de agua.

—¿Cuánto hace? —preguntó al final.

—Cinco días.

—¿Desde que bebió o desde que no bebe?

Silvestre lo miró.

—Desde que no bebo.

—Entonces cuente eso.

—No funciona así.

—Todo funciona como uno decide contarlo.

Silvestre pensó en expedientes manipulados.

—Precisamente por eso no me fío.

Anselmo encogió los hombros.

—Pues cuente las horas y deje la filosofía para cuando se le pase el temblor.

Silvestre casi se rió.

Aquella noche durmió sin beber.

A la mañana siguiente marcó una raya en un calendario.

No la llamó victoria.

Solo día.

Silvestre regresó al bar donde había bebido para pagar lo que debía.

El camarero lo reconoció.

—Vaya noche.

—Eso me han dicho.

—Rompió un vaso.

—Lo pago.

—También llamó fascista a un señor que era del sindicato.

Silvestre cerró los ojos.

—Eso no sé cómo pagarlo.

El camarero sonrió.

—Con vergüenza, supongo.

Silvestre dejó dinero sobre la barra.

—¿Hablé con alguien de una chica?

—Sí.

—¿Quién?

—Con un tipo que estaba solo.

—¿Lo conoce?

—No.

—¿Qué le dije?

—Algo de Berrocal. El hombre le preguntó mucho.

Silvestre sintió frío.

—Descripción.

El camarero pensó.

—Cincuenta. Pelo corto. Traje. Una cicatriz aquí.

Se tocó la barbilla.

Silvestre anotó.

La recaída no solo había sido una derrota íntima.

Podía haber entregado información.

Aquello hizo que el deseo de beber regresara con más fuerza.

La lógica de la adicción tenía sentido del humor.

Remei llevó a Silvestre a una reunión de Alcohólicos Anónimos sin pedirle permiso.

—No voy a entrar.

—Entonces me haces perder gasolina.

—No necesito esto.

—Acabas de beber después de cuatro años.

—Una noche.

—Exacto. Una noche. Entra antes de que decidas convertirla en dos.

La reunión se celebraba en un local parroquial. Había doce personas sentadas en círculo.

Silvestre odió cada segundo de los primeros diez minutos.

No quería decir su nombre.

No quería escuchar historias.

No quería descubrir semejanzas.

Cuando le tocó hablar, dijo:

—Silvestre. Y no sé por qué estoy aquí.

Un hombre mayor respondió:

—Eso nos ahorra tiempo. Casi todos sabemos por qué.

Nadie rió demasiado.

Silvestre permaneció hasta el final.

Escuchó a un mecánico contar que había vuelto a beber después de nueve años porque murió su mujer. A una mujer joven explicar que bebía a escondidas dentro del baño. A un jubilado decir que llevaba dos días.

Nadie hablaba de redención.

Hablaban de hoy.

Eso le gustó.

Al salir, Remei esperaba en el coche.

—¿Y?

—No preguntes.

—Perfecto.

Silvestre miró el local.

—Volveré.

Remei arrancó sin comentar nada.

Durante los meses siguientes acudió de forma irregular. Nunca contó el caso de Rosalinda con nombres. Hablaba del trabajo, de culpa, de la necesidad de no usar el alcohol para borrar una noche que debía recordar.

Una vez, el hombre mayor le dijo:

—Usted bebe para olvidar y luego se castiga por haber olvidado. Negocio redondo.

Silvestre se quedó pensando.

La sobriedad empezó a parecerle menos una promesa y más una práctica.

Eso la hacía posible.

No siempre lo conseguiría.

CAPÍTULO 19 — LA CARTA

El doble fondo de la maleta cedió con un crujido seco.

Feliciana Vega se llevó una mano a la boca.

Y —o no sabía que estaba ahí.

Silvestre no supo si creerla. Aquella vez daba igual.

La maleta era de cartón endurecido, forrada de una tela azul que se había despegado en las esquinas. Según Feliciana había pertenecido a su madre y Rosalinda la usaba cuando dormía en casa de una amiga. Lola había llamado a la comisaría esa mañana para decir que la mujer llevaba dos días sin tomar las pastillas del frasco sin etiqueta y quería enseñarles «unas cosas de la niña».

Silvestre acudió con Ventura.

No avisó a Mercadal.

Tampoco a nadie del juzgado.

Aquello convertía cada objeto en una futura discusión sobre custodia, pero confiar en el cauce oficial se había vuelto otra forma de perder pruebas.

Ventura introdujo con cuidado la punta de una navaja bajo la lámina interior. Debajo apareció un hueco de apenas dos dedos de profundidad.

Había una libreta pequeña, tres sobres, una fotografía doblada y una pulsera de plata.

Feliciana dejó escapar un sonido que no llegó a ser palabra.

Silvestre miró la pulsera.

—No la toque.

La mujer retiró la mano.

La pieza era fina, con una placa ovalada. Por dentro estaban grabadas dos iniciales y una fecha.

R. V. — 3-V-63.

El nacimiento de Rosalinda.

Silvestre recordó la marca clara en la muñeca del cadáver.

—¿La reconoce?

Feliciana asintió.

—Se la dio él.

—¿Berrocal?

La mujer cerró los ojos.

Era la primera vez que admitía el nombre sin obligarlo a arrancárselo.

—Rosalinda la llevaba siempre. Hasta el verano.

—¿Por qué dejó de llevarla?

—Se enfadó con él. Dijo que no quería volver a ponerse nada que hubiera comprado.

Ventura colocó la pulsera sobre un pañuelo limpio.

—¿Cómo ha llegado a la maleta?

Feliciana tardó demasiado.

—Nogués me la trajo.

Silvestre la miró.

—¿Cuándo?

—Dos días antes de que encontraran a Rosalinda.

La habitación pareció encogerse.

—Repítalo.

—Vino el doce de febrero. Me dio dinero y la pulsera. Dijo que la niña no iba a volver pronto y que era mejor que yo empezara a pensar en otra cosa.

Ventura dejó de escribir.

—¿Dijo que estaba muerta?

—No.

—¿Dijo dónde estaba?

—No.

—¿Y usted no fue a la policía?

Feliciana soltó una risa sin humor.

—Ya había ido.

Ninguno de los dos respondió.

Silvestre abrió la libreta.

No era un diario en sentido estricto. Las fechas aparecían cuando Rosalinda se acordaba. Había dibujos de vestidos, sumas, frases copiadas de canciones, cuentas domésticas, nombres con flechas y palabras tachadas con tanta fuerza que el papel se había roto.

En la primera página, una lista:

París. Roma. Lisboa. Sevilla. Un sitio donde nieve de verdad.

Debajo:

No quiero morirme sin haber visto algo que no sea esto.

Silvestre pasó página.

Mamá dice que deje de preguntar.

Más adelante:

El señor mayor dice que me parezco a él en los ojos. Yo no le veo parecido. Él tiene ojos de no tener miedo.

Otra entrada:

Me ha dicho que no puedo ir por allí cuando hay gente. Que todavía no. Que si tengo paciencia cambiará todo.

Feliciana lloraba en silencio.

—¿Cuándo supo ella quién era su padre? —preguntó Silvestre.

—Lo sospechó desde pequeña. Yo se lo dije de verdad el verano pasado.

—¿Por qué entonces?

—Porque encontró papeles. Y porque estaba harta de mentirle.

—¿Lo buscó ella?

Feliciana asintió.

—No fue él quien apareció. Fue Rosa.

Aquello importaba.

Rosalinda no había sido una niña pasivamente descubierta por un hombre poderoso. Había rastreado su propio origen y había exigido un lugar en una historia de la que la habían borrado.

Ventura siguió leyendo.

—Aquí habla de un jardín.

Silvestre tomó la libreta.

Hay un columpio viejo. Dice que era de sus hijos. Me dejó sentarme pero luego dijo que si venía alguien entrara rápido.

El columpio de Sant Cugat.

La casa.

Otra página mostraba una lista de cantidades de dinero y, al margen, una frase repetida tres veces:

NO SERÉ LA HIJA DE NADIE.

—¿Quería que Berrocal la reconociera? —preguntó Ventura.

Feliciana negó primero y después se corrigió.

—Quería que dejara de esconderla. No sé si es lo mismo.

Silvestre siguió pasando hojas.

Rosalinda hablaba de una academia de secretariado que no quería hacer, de una tienda de ropa donde prefería trabajar, de Pepa copiándole un dibujo, de unas botas que estaba pagando a plazos y de un profesor al que llamaba «el buitre» porque miraba las piernas de las alumnas.

Había vida.

Eso le pareció más importante que cualquier pista.

Durante semanas habían reducido a Rosalinda a un cuerpo, una fecha y una filiación. La libreta se resistía. Era contradictoria, vulgar a veces, divertida en otras, cruel con su madre y tierna dos páginas después.

Una muchacha.

No un símbolo.

Ventura señaló una entrada escrita con letra inclinada.

Álvaro dice que me conviene aceptar el dinero y callarme. Le he dicho que el dinero también hace ruido cuando cae al suelo.

—Nogués —dijo.

—Sí.

Otra:

Juli dice que no soy mala, solo complicada. Le he dicho que complicado es esconder a una persona y luego enfadarse porque sigue existiendo.

Ventura levantó la vista.

—¿Quién es Juli?

Feliciana negó.

Buscaron el nombre en todas las páginas. Aparecía tres veces.

Juli me trae comida.

Juli tiene una cicatriz en la mano.

Juli dice que pronto me iré. No le creo.

Silvestre tuvo que apoyar una mano en la mesa.

Aquello ya no era solo una amenaza previa a la desaparición.

Era cautiverio escrito desde dentro.

—Necesito llevarme la libreta.

Feliciana la agarró antes de que pudiera hacerlo.

—No.

—Es una prueba.

—También era de mi hija.

—Haré que conste.

—Eso dicen todos.

Silvestre no insistió.

—La copiamos aquí.

Ventura lo miró.

—¿Entera?

—Entera.

Trabajaron durante horas en la mesa de la cocina. Ventura transcribía. Silvestre leía despacio. Feliciana corregía nombres y palabras. Cada vez que alguno proponía omitir una frase porque no parecía relevante, Feliciana decía que no.

—Si la copiamos, la copiamos como era.

Así quedaron también las faltas de ortografía, los insultos, las listas de ropa y una página entera dedicada a decidir si Lisboa sonaba mejor que París.

En uno de los sobres había una carta sin sello.

Silvestre la abrió con permiso de Feliciana.

No tenía destinatario escrito.

Usted dijo que cuando cumpliera quince ya no tendría que esconderme. No quiero dinero. Quiero que me diga delante de alguien que soy su hija. Si no lo hace, iré yo. Tengo papeles de mamá. Y la foto. No me importa que se enfade.

Más abajo, una frase subrayada:

No soy una vergüenza.

Feliciana se sentó.

—Le dije que no la mandara.

—¿La mandó?

—Esa no. Hizo otra.

—¿La vio?

—Solo el sobre.

—¿A quién iba dirigida?

—A él.

En el segundo sobre encontraron fragmentos de un documento roto. Rosalinda los había pegado con cinta por el borde, quizá después de arrepentirse de destruirlos.

Solo podían leerse partes:

…renuncia expresa…

…cualquier acción de filiación…

…compensación única…

…obligación de confidencialidad…

No había firma.

—Querían comprarle una renuncia —dijo Ventura.

Silvestre señaló el papel.

—Querían que pareciera voluntaria.

Feliciana apretó los labios.

—Ella lo rompió delante de mí.

—¿Cuándo?

—Octubre.

—¿Después siguió viendo a Berrocal?

—Sí.

—¿Por qué?

La mujer lo miró con una mezcla de rabia y cansancio.

—Porque tenía quince años. Porque quería odiarlo y quería que la quisiera al mismo tiempo. ¿Le parece raro?

Silvestre pensó en Visitación. En Celestino. En Mercadal.

—No.

La tercera carta estaba dirigida a un periodista llamado **T. R.**

No tenía sello tampoco. Solo unas notas sobre «los papeles de la fundación» y «el hombre que dice que es mi padre».

—Tomàs Reverter —dijo Ventura.

Silvestre reconoció el apellido. Colaboraba con un semanario y frecuentaba el bar Soler.

Fueron a buscarlo esa misma tarde.

Reverter vivía en un piso pequeño del Clot, rodeado de periódicos apilados y libros en el suelo. Abrió en camiseta, con un cigarrillo pegado al labio.

—No hablo con policía.

—Rosalinda Vega.

El cigarrillo bajó.

—Pasen.

No necesitó que le enseñaran la fotografía.

—Vino dos veces.

—¿Cuándo?

—Finales de octubre. Luego el cuatro de noviembre, creo.

—¿Qué quería?

—Que publicara que Berrocal era su padre.

—¿Le creyó?

Reverter se sentó.

—La primera vez pensé que era una adolescente enfadada. La segunda trajo recibos de una fundación y una carta que parecía escrita por alguien del entorno de Berrocal.

—¿Los conserva?

—Se los llevó.

—¿Por qué no publicó?

El periodista apagó el cigarrillo.

—Mi director llamó a Berrocal para contrastar.

Silvestre cerró los ojos.

—¿Y?

—A la mañana siguiente me dijeron que no había historia.

—¿Quién más llamó?

Reverter dudó.

—Un policía.

Ventura dejó de moverse.

—Nombre.

—Mercadal.

El silencio cambió de temperatura.

—¿Qué quería? —preguntó Silvestre.

—Saber exactamente qué había contado la chica y qué documentos tenía.

—¿Le dijo que estuviera en peligro?

Reverter negó.

—Dijo que era un asunto familiar y que convenía no alimentar una extorsión.

La palabra se quedó en la habitación.

Extorsión.

Una muchacha que exigía que su padre reconociera que existía convertida en extorsionadora.

Otra vez el lenguaje haciendo el trabajo sucio.

Antes de marcharse, Reverter abrió un cajón.

—Hay algo más.

Sacó una hoja de notas. En una esquina había un dibujo torpe hecho por Rosalinda durante una de las entrevistas: tres rectángulos, una línea ondulada, una cruz y lo que parecía una vía de tren.

—Lo dibujó mientras hablábamos. Le pregunté qué era y dijo que un sitio donde había estado una vez.

Silvestre pidió copiarlo.

Reverter aceptó.

Ventura comparó el dibujo con un mapa de la zona industrial al día siguiente. La línea ondulada podía ser el Besòs. La vía coincidía con un ramal de mercancías. La cruz quedaba cerca de una nave perteneciente a una filial de Terralta.

Fueron al lugar con Remei.

La nave parecía abandonada desde hacía años, pero la cerradura era nueva.

Entraron por una puerta lateral cuyo cristal estaba roto.

Dentro olía a humedad, aceite y polvo reciente.

—Alguien ha estado aquí —dijo Remei.

Había latas de conserva sin óxido, colillas, una bombilla conectada con cable nuevo y un colchón sobre un somier de campaña.

Silvestre se acercó a la pared.

Detrás de un armario encontró marcas de lápiz.

Rayas verticales.

Grupos de cinco.

Contó cincuenta y tres.

Volvió a contar.

Ventura no dijo nada.

Rosalinda había desaparecido durante noventa y ocho días.

—No sabemos quién hizo estas marcas —dijo Remei.

—No.

—Ni cuándo.

—No.

—Ni si estuvo aquí.

Silvestre miró el colchón.

—No.

La prudencia era necesaria.

También podía convertirse en refugio.

En una esquina encontraron una horquilla de pelo y un trozo de hilo rojo atrapado en una astilla. Remei los guardó por separado.

—Esto sí puede compararse con sus cosas —dijo.

Silvestre pensó en el informe forense, en el material encontrado bajo una uña, en todo lo que ya había desaparecido.

—Haz tres copias de cualquier resultado.

Remei lo miró.

—Ya pensaba hacerlo.

El diario obligó a Silvestre a corregir otra cosa.

Hasta entonces conocía a Rosalinda casi exclusivamente por lo que le habían hecho. Desaparecida. Retenida. Golpeada. Quemada después de muerta. Una sucesión de verbos pasivos.

Las páginas que sobrevivían eran distintas.

Rosalinda escribía mal cuando tenía prisa y dibujaba estrellas de cinco puntas en los márgenes. Detestaba las naranjas porque su madre le obligaba a comerlas cuando estaba enferma. Quería trabajar en una agencia de viajes «aunque sea contestando teléfonos» y aprender francés lo suficiente para poder fingir que había nacido en otro sitio. Había copiado la letra de una canción de la radio y después la había tachado con tanta fuerza que el papel estaba a punto de romperse.

En una página aparecía Teresa.

T. dice que soy idiota por creerle. Puede que tenga razón. Pero si un padre existe tiene que servir para algo más que para mandar dinero cuando le da miedo que hables.

En otra:

Mamá dice que deje las cosas quietas. Las cosas quietas también se pudren.

Silvestre cerró el cuaderno.

—Tiene quince años —dijo Ventura.

—Sí.

—A veces se me olvida.

A Silvestre también.

Habían convertido la inteligencia de Rosalinda en una pista y su rabia en una prueba. Incluso la carta a Berrocal podía leerse de otra forma: no como la maniobra temeraria de una adolescente, sino como el intento torpe y feroz de obligar a un adulto a reconocer una deuda que no era económica.

Entre dos páginas encontraron un billete de autobús usado y una tira de fotomatón. En tres imágenes Rosalinda aparecía seria. En la cuarta sacaba la lengua.

Feliciana reconoció el abrigo.

—Ese día fue al centro —dijo—. Me dijo que iba con Teresa.

—¿Fue con ella?

—No sé.

Silvestre encontró a Teresa dos días después en una mercería donde trabajaba por las tardes. Tenía dieciséis años y el gesto de quien llevaba meses esperando una pregunta que nadie había formulado.

—Rosa no quería irse de casa —dijo antes de que él terminara de presentarse—. Todo el mundo dice eso. Es mentira.

—¿Qué quería?

—Que él la viera.

—¿Berrocal?

Teresa asintió.

—Decía que, si conseguía sentarse delante de él, no podría seguir fingiendo.

—¿Lo consiguió?

—Una vez.

Silvestre dejó el bolígrafo inmóvil.

—¿Dónde?

—En una cafetería cerca de la plaza de Cataluña. Yo la esperé fuera.

—¿Cuándo?

Teresa buscó la fecha en una libreta de encargos de la mercería. Finales de septiembre.

—Salió llorando —continuó—. Pero no como cuando estás triste. Como cuando estás cabreada.

—¿Qué dijo?

—Que el viejo le había ofrecido estudiar fuera.

—¿Dónde?

—Francia. O Suiza. No sé. Rosa dijo que no pensaba dejar que la empaquetaran.

La expresión quedó escrita en la libreta de Silvestre.

Empaquetar.

Otra palabra que un adulto habría usado de manera más elegante.

Teresa abrió un cajón y sacó una llave pequeña atada a un hilo azul.

—Me la dio la semana antes de desaparecer.

—¿De qué es?

—No lo sé. Dijo que, si le pasaba algo, buscara «donde guardan las maquetas».

Silvestre y Ventura se miraron.

—¿Por qué no lo contaste?

La muchacha lo miró con una mezcla de miedo y desprecio.

—¿A quién?

La pregunta no necesitaba respuesta.

La llave no abrió nada en la nave del río. Tampoco en el archivo de Brion. Durante semanas fue un objeto sin cerradura.

Pero cambió la investigación por una razón más profunda: demostraba que Rosalinda no se había limitado a esperar.

Había previsto el peligro.

Había dejado cosas en manos de otros.

Había intentado construir un camino de regreso.

Antes de irse, Ventura encontró detrás de una tubería una hoja doblada varias veces. La humedad había borrado casi todo.

Solo podían leerse seis palabras:

…me tienen… río… si dicen… fui… mienten.

Silvestre sintió un frío que no venía de la nave.

No era una confesión.

Para un juez aquellas seis palabras quizá no alcanzaran a ser una prueba. Para Silvestre eran otra cosa: la voz de Rosalinda abriéndose paso a través de todo lo que otros habían escrito encima.

Feliciana reconoció la letra esa noche.

No lloró.

Se limitó a poner la mano sobre la copia.

—Esta vez no la pierdan.

Silvestre no prometió nada.

Aquello fue lo único honrado que pudo ofrecerle.

CAPÍTULO 20 — ENTONCES: LA MANO QUE SUELTA

Segre, 1948

El agua estaba más fría de lo que Silvestre había permitido recordar.

Durante treinta años reconstruyó la escena de una manera que le permitiera sobrevivir: la corriente, un pie que perdía apoyo, los dedos de Marcos resbalando inevitablemente. Una tragedia sin decisión. Un accidente puro.

No había sido así.

Marcos tenía nueve años. Silvestre, diecisiete.

Habían salido de casa después de discutir por una peonza. Marcos le había robado un trozo de pan y Silvestre había prometido no decírselo a su madre. Antes de llegar al río, el pequeño había estado hablando de un perro que quería tener.

Luego todo se volvió agua.

El borde de la orilla cedió bajo Marcos. La corriente lo arrancó hacia una zona más profunda. Silvestre se tiró al suelo y consiguió sujetarlo por la muñeca.

—No me sueltes.

El niño tenía los ojos abiertos.

Silvestre se deslizó hacia el agua. El barro cedía bajo sus rodillas. Durante un instante sintió que ambos iban a caer.

Y pensó una frase.

Si lo suelto, podré salir.

No fue un razonamiento largo. Tampoco un reflejo sin conciencia.

Fue miedo convertido en elección.

Aflojó los dedos.

Solo un poco.

Lo suficiente.

La muñeca de Marcos se escapó de su mano y el agua se lo llevó.

Silvestre se lanzó detrás. Entró hasta el pecho, tragó agua, se agarró a una raíz y volvió a gritar. Un agricultor que pasaba cerca dejó una bicicleta tirada y corrió hacia ellos.

—¿Dónde está el niño?

Silvestre señaló el río.

No pudo decir **mi hermano**.

Durante casi dos horas caminaron corriente abajo. Llegaron hombres de la curtiduría. Trajeron cuerdas. Alguien llevó mantas. Celestino apareció con la cara gris.

—¿Qué pasó?

La verdad estaba preparada detrás de los dientes.

Lo solté.

Silvestre dijo:

—Resbaló.

Su padre asintió.

Ese fue el primer informe falso de su vida, aunque todavía no supiera usar una máquina de escribir.

Una frase breve para sobrevivir al día siguiente.

Resbaló.

Marcos apareció atrapado entre ramas. Silvestre no vio primero el cuerpo. Vio un zapato infantil sobre la grava.

Uno solo.

El otro se lo había llevado el río.

Cuando décadas después contempló el zapato de Rosalinda flotando en el Besòs, no recordó únicamente la mano.

Recordó aquel zapato.

La memoria no tenía obligación de ser original.

Repetía objetos porque no sabía hacer otra cosa.

Visitación llegó antes de que retiraran el cuerpo. Alguien intentó detenerla.

—Soy su madre.

La frase abrió un pasillo.

Silvestre se quedó detrás de Celestino. Miró las manos de Marcos. Las uñas estaban rotas. Había intentado agarrarse a piedras, ramas, cualquier cosa.

Durante años soñó más con aquellas manos que con el rostro de su hermano.

Las manos no acusaban.

Solo demostraban que Marcos había querido vivir.

Eso era peor.

En el pueblo circularon varias versiones. Que el niño había caído solo. Que Silvestre se había lanzado a salvarlo. Que ambos fueron arrastrados y el mayor sobrevivió de milagro.

La última versión lo convirtió en valiente.

Fue la que más odió.

Un maestro le dio una palmada en el hombro.

—Hiciste lo que pudiste.

Silvestre no lo corrigió.

Una vecina dijo que Dios lo había conservado para algo.

Tampoco la corrigió.

Aprendió entonces que una mentira no necesita ser inventada por quien se beneficia de ella. A veces basta con quedarse callado mientras los demás construyen una historia más soportable.

Cuando años después vio informes policiales hacer lo mismo, no le resultaron ajenos.

Solo estaban mejor mecanografiados.

Durante décadas su recuerdo cambió de forma. Primero fue accidente. Después cobardía. Más tarde asesinato. Cada palabra le permitía castigarse de una manera distinta.

En 1978, al leer el diario de Rosalinda, empezó a entender algo que le produjo vergüenza: había convertido a Marcos en un personaje secundario de la historia de su propia culpa.

Sabía cómo había muerto.

Casi había olvidado cómo había vivido.

Una tarde regresó al Segre.

No lo había planeado. Había salido de Barcelona después de interrogar a Castany y condujo hasta Lleida sin decidirlo del todo. Aparcó lejos y caminó hasta una curva del río que creyó reconocer.

El lugar había cambiado. Árboles más altos. Un sendero nuevo. La orilla reforzada en algunos tramos. El agua seguía pasando sin conservar ninguna obligación con él.

Silvestre se arrodilló.

Durante treinta años había imaginado que volver sería una especie de juicio.

No ocurrió nada.

Nadie lo esperaba.

No había señal.

El río no conservaba la escena.

Solo él.

Metió una mano en el agua. La corriente estaba fría.

Intentó recordar qué había ocurrido aquella mañana antes del accidente.

La peonza.

El pan robado.

El perro que Marcos quería.

Una canción absurda que repetía porque molestaba a Alèxia.

Detalles.

Vida.

Silvestre comprendió que durante treinta años había conservado únicamente la muerte.

Alèxia tenía razón.

No debía hacer lo mismo con Rosalinda.

Dos años después de la muerte de Marcos, Celestino llevó a Silvestre al taller de la curtiduría un domingo. No había obreros. Solo cubas vacías, pieles colgadas y un olor a cal que se pegaba al paladar.

—Ayúdame con esto —dijo.

Pasaron la mañana moviendo cajas que podían haber movido entre semana con otros hombres. Silvestre entendió que su padre necesitaba una excusa para tenerlo allí.

Al mediodía comieron pan y queso sentados junto a una ventana.

Celestino no mencionó el río.

—Tu madre cree que vas a marcharte.

—Puede.

—¿Adónde?

—Barcelona. Madrid. No sé.

—Eso no es un sitio.

Silvestre mordió el pan.

—Quiero entrar en la policía.

Su padre dejó de comer.

—¿Por qué?

Silvestre había preparado respuestas: sueldo fijo, carrera, seguridad. No dijo ninguna.

—Quiero que las cosas tengan un orden.

Celestino miró las cubas.

—Las pieles también tienen un orden. Primero una cosa, luego otra. Y aun así algunas se estropean.

—No es lo mismo.

—Claro que no.

El padre dobló el papel del queso.

—Si te haces policía para que no vuelva a pasar nada malo, vas a terminar odiando a todo el mundo.

Silvestre sintió que la frase escondía otra.

—No lo hago por Marcos.

Celestino lo miró.

—No he dicho su nombre.

Silvestre se levantó.

—Tengo que volver.

—Siéntate.

No obedeció.

Celestino tampoco insistió.

Antes de salir del taller dijo:

—Una cosa más.

Silvestre se volvió.

—Tu hermano murió una vez. No hace falta que lo mates todos los días para demostrar que lo recuerdas.

Silvestre abandonó el edificio furioso.

Durante años atribuyó la frase a la crueldad de un hombre que no entendía.

En 1978 empezó a escucharla de otra manera.

Había elegido una profesión que prometía ordenar el mundo y después se había quedado dentro incluso cuando descubrió que el orden podía ser otra forma de ocultar el daño.

No todo venía de Marcos.

Pero Marcos había sido la primera excusa.

Remei fue la primera persona a la que contó la verdad sin reducirla a una palabra.

Estaban en una cafetería casi vacía. Afuera llovía. Silvestre llevaba varios minutos mirando sus propias manos.

—Yo lo solté —dijo.

Remei no preguntó de quién hablaba.

—¿Qué quieres que te diga?

—Nada.

—Entonces ¿por qué me lo cuentas?

Silvestre miró el café.

—Porque estoy cansado de recordarlo solo.

Remei asintió.

No dijo que era un niño.

No dijo que cualquiera habría hecho lo mismo.

No lo absolvió.

Silvestre se lo agradeció más que cualquier consuelo.

—Una cosa —dijo ella—. Que lo hayas soltado no significa que quisieras matarlo.

—Murió porque lo solté.

—Eso tampoco significa que toda tu vida tenga que convertirse en una repetición de ese segundo.

Silvestre levantó la vista.

—No sabes cómo funciona.

—Sí. Haces de cada persona que no puedes salvar otra versión de tu hermano. Y entonces dejas de verla.

La frase permaneció días enteros en su cabeza.

Rosalinda no era Marcos.

Ventura no era Marcos.

Él ya no tenía diecisiete años.

Parecían verdades sencillas.

Le había costado media vida llegar a ellas.

Con el tiempo, la palabra **elección** dejó de significar lo mismo. No había elegido que Marcos muriera. Había elegido no arriesgarse a caer con él. La diferencia no lo absolvía, pero devolvía proporción al recuerdo.

La culpa podía deformar tanto como la inocencia.

En sueños, a veces, no soltaba a Marcos.

Conseguía sacarlo. Los dos quedaban tumbados junto al río, respirando. Marcos se reía. Después, en el sueño, crecían, envejecían, discutían por cosas normales. Silvestre veía a su hermano con treinta, cuarenta, cincuenta años, aunque no sabía qué rostro darle.

Era el sueño más cruel porque no contenía monstruos.

Solo una vida posible.

Una madrugada de 1978 despertó con la mano cerrada alrededor de la sábana.

Tardó varios segundos en abrirla.

Comprendió entonces que había pasado treinta años intentando corregir un gesto ocurrido detrás de él.

No podía.

La única elección disponible estaba siempre delante.

Esa misma mañana fue a buscar a Alèxia antes de regresar a Barcelona. La encontró entrando en el instituto con una carpeta bajo el brazo.

—Tengo clase.

—Solo un minuto.

Alèxia miró el reloj.

—Cincuenta segundos.

Silvestre sacó la fotografía de Marcos.

—Quiero que me cuentes algo de él que yo no recuerde.

Su hermana frunció el ceño.

—¿Ahora?

—Sí.

Alèxia pensó.

—Le daban miedo las gallinas.

Silvestre parpadeó.

—Eso es mentira.

—Una vez una le saltó encima en casa de la tía Carme y se puso a llorar.

Silvestre empezó a sonreír.

—No me acuerdo.

—Porque estabas riéndote demasiado.

—¿Otra cosa?

—Cantaba fatal.

—Eso sí.

—Y te copiaba la forma de andar.

Silvestre bajó la vista a la fotografía.

—No sabía eso.

—Claro que no. Los hermanos pequeños hacen muchas cosas cuando el mayor no mira.

Un grupo de alumnos pasó junto a ellos. Dos saludaron a Alèxia. Ella respondió por sus nombres.

—Tengo que entrar.

—Gracias.

—No conviertas esto en un ritual.

—Intentaré no hacerlo.

Alèxia le tocó el brazo antes de marcharse.

—Marcos también se reía, Silvestre.

Él permaneció en la acera mientras sonaba el timbre del instituto.

Durante el viaje a Barcelona intentó recordar aquella risa.

Al principio no pudo.

Luego apareció.

No junto al río.

En una cocina. Marcos con leche en el labio. Una tontería que ninguno habría sabido explicar treinta años después.

Silvestre lloró sin apartar las manos del volante.

El llanto no lo redimía. Le devolvía algo más modesto: una habitación de la infancia que la culpa había ocupado durante

demasiado tiempo.

Al levantarse, guardó la carta de Visitación en un cajón y dejó la fotografía de Marcos sobre la mesa.

No quería olvidarlo.

Quería recordar algo más que su muerte.

CAPÍTULO 21 — EL JUEZ

La colonia del juez Rogelio Barnet llegaba antes que él.

Silvestre esperó en el pasillo del juzgado con Ventura detrás. Barnet apareció a las once y veinte, traje gris, corbata color vino, cabello engominado. Saludó a dos abogados y pasó de largo.

—Señoría.

El juez se detuvo.

—Amat.

Lo conocía.

Silvestre no recordaba haber sido presentado.

—Necesito cinco minutos.

—No lleva usted el caso.

—Precisamente.

Barnet suspiró.

—Entre.

El despacho tenía un crucifijo, una fotografía del rey y un montón de expedientes perfectamente alineados. Nada fuera de sitio.

Silvestre dejó sobre la mesa una copia fotográfica de la carta de Rosalinda.

Barnet no la tocó.

—¿Qué es?

—Una menor muerta acusando implícitamente a su padre de haberla ocultado durante años. El padre es Néstor Berrocal.

—Eso es una interpretación.

—Hay documentos de manutención.

—¿Obtenidos cómo?

—¿Importa?

—Muchísimo.

—A ella la tuvieron retenida.

—Según un informe incompleto.

Silvestre notó el golpe.

—¿Cómo sabe que está incompleto?

Barnet lo miró.

—Porque soy el juez instructor.

—Las páginas desaparecieron antes de llegar al juzgado.

—Inspector, está jugando con afirmaciones graves.

—Una niña está muerta.

—Y usted está fuera del asunto.

—¿Por qué autoriza la incineración tan rápido?

Barnet se levantó.

—La familia lo solicitó.

—Un abogado pagado por Berrocal lo solicitó.

—¿Puede demostrar eso?

Silvestre calló.

Barnet recogió la copia de la carta con dos dedos.

—Esto no prueba un homicidio.

—Prueba que mintieron.

—Mentir no siempre es delito.

—Depende de quién mienta.

El juez endureció la voz.

—Tenga cuidado.

—Eso me dicen mucho últimamente.

Barnet caminó hasta la puerta.

—Le daré un consejo que no me ha pedido. Las instituciones funcionan porque cada persona acepta los límites de su competencia.

Silvestre se puso en pie.

—No. Funcionan porque todos sabemos dónde están las puertas que no debemos abrir.

Barnet abrió.

Ventura esperaba fuera.

Antes de salir, Silvestre vio una fotografía en una repisa: una comida de caza. Barnet en el centro. A su lado, un hombre alto de cabello blanco.

No reconoció a Berrocal porque todavía no lo había visto en persona.

Pero reconoció el escenario de la fotografía del archivo de Brion.

Los mismos pinos.

El mismo jabalí.

Al salir del despacho, Ventura quiso regresar.

—Ha admitido demasiado.

—No ha admitido nada.

—Sabía lo de las páginas.

—Es juez instructor. Puede decir que lo sabía por el expediente.

—Pero la fotografía.

—Tener amigos no es delito.

Ventura golpeó la pared con el puño.

—Siempre hay una explicación.

—Sí.

—Entonces ¿cómo se demuestra algo?

Silvestre lo miró.

—Esa es la parte del trabajo que la academia no pone en los carteles.

Bajaron las escaleras. En el vestíbulo había abogados, familiares, empleados, un hombre esposado entre dos policías. Todo funcionaba con normalidad.

Silvestre pensó que las instituciones rara vez parecían corruptas por fuera. La corrupción verdaderamente útil no rompe el mecanismo. Lo engrasa.

En la calle, Ventura señaló el edificio.

—¿Y si el juez destruye la carta?

—No tiene el original.

—¿Dónde está?

—No lo sabes.

—No.

—Perfecto.

Habían hecho ya tres copias. Una la tenía Remei. Otra Silvestre. La tercera, después de una discusión, había quedado en manos de Ventura, que prometió no decir dónde la escondería.

—¿Por qué confía en mí? —preguntó el joven.

Silvestre encendió un cigarrillo.

—No confío.

Ventura lo miró molesto.

—Entonces…

—Confío en que, si nos vigilan a todos, tendrán que trabajar más.

El muchacho sonrió.

—Eso sí suena a policía.

Silvestre miró hacia las ventanas del juzgado.

—Ojalá.

Esa tarde recibieron una llamada desde el juzgado. Barnet requería formalmente que cualquier material relacionado con Rosalinda fuese entregado a la instrucción.

Ventura leyó el oficio dos veces.

—Quiere el diario.

—Quiere saber qué tenemos.

—Es una orden judicial.

Silvestre lo miró.

—Sí.

—¿Qué hacemos?

La pregunta pesó más de lo que habría debido. Desobedecer a un superior era una cosa. Retener material ante un juez era otra.

Silvestre escogió una solución que despreciaba por su propia astucia: entregaron copias certificadas de varias páginas relevantes y declararon que el original permanecía en poder de la familia.

Era cierto.

No dijeron que Feliciana había permitido a Alèxia guardar temporalmente el cuaderno fuera de Barcelona.

—Estamos aprendiendo a hablar como ellos —dijo Ventura al salir.

Silvestre guardó el resguardo.

—Ese es el riesgo.

—¿Y si no hay otra manera?

—Entonces hay que recordar que sigue siendo una mentira.

No bastaba con estar del lado correcto.

Las herramientas seguían dejando marcas.

Barnet citó a Feliciana una semana después. Silvestre no pudo entrar a la declaración, pero esperó en el pasillo.

La mujer salió casi una hora más tarde acompañada por Nogués.

—¿Qué le ha preguntado?

Nogués se interpuso.

—No tiene derecho a interrogarla aquí.

Feliciana apartó al abogado.

—Me preguntó si Rosalinda robaba.

Silvestre frunció el ceño.

—¿Robaba?

—Dice que pudo chantajear a su padre.

Nogués intentó intervenir de nuevo.

Silvestre lo ignoró.

—¿Y usted qué dijo?

Feliciana temblaba.

—Que mi hija quería un apellido, no dinero.

—Bien.

La mujer lo miró con furia.

—No me diga bien. No soy una niña a la que se premia por contestar.

Silvestre bajó la cabeza.

—Tiene razón.

Feliciana se marchó.

Nogués se quedó.

—Está empeorándolo todo.

—Para quién.

El abogado lo miró.

—Para ella.

Silvestre pensó en las amenazas sin sujeto, en todas las frases que no necesitaban completar la amenaza para cumplir su función.

—Esa frase empieza a cansarme.

—La verdad suele cansar antes que la mentira.

—No. La mentira bien pagada tiene mucha resistencia.

Silvestre consiguió consultar el registro de diligencias del juzgado. Descubrió que Barnet había recibido una nota de un abogado del despacho de Nogués el mismo día en que apareció el cuerpo, antes de que la identidad se hiciera pública.

El asunto figuraba como «familia Vega».

—¿Cómo sabían? —preguntó Ventura.

—Eso quiero saber.

La explicación posible era sencilla: Nogués ya conocía la muerte.

La explicación inocente también existía: alguien de la policía o el hospital podía haber avisado extraoficialmente a la madre y al abogado.

—Siempre hay una salida —dijo Ventura.

—Sí.

—¿No le desespera?

Silvestre cerró el registro.

—Me desesperaría más un caso en el que todo encajara demasiado pronto.

—¿Por qué?

El despacho del juez Rogelio Barnet tenía dos ventanas altas y una biblioteca que parecía elegida para impresionar a personas que no leían.

Barnet recibió a Silvestre sin levantarse.

—Inspector Amat. Creía que ya no llevaba el asunto Vega.

—No oficialmente.

—Entonces esta visita es irregular.

—Muchas cosas del caso lo son.

El juez sonrió con paciencia profesional.

—Siéntese.

Silvestre permaneció de pie.

Sacó la copia de la carta.

—Rosalinda Vega era hija de Néstor Berrocal.

Barnet no miró el papel.

—Eso es una afirmación seria.

—Hay pagos desde su nacimiento, testimonios y correspondencia.

—¿Reconocimiento legal?

—No.

—Entonces tiene una hipótesis de filiación.

—Tengo también que su despacho autorizó la retirada de documentos del expediente social de Feliciana Vega.

Por primera vez, Barnet cambió de expresión.

—Mi despacho autoriza cientos de consultas.

—Tres documentos no volvieron.

—Eso es responsabilidad del archivo.

—Uno era una declaración notarial.

—¿La ha visto?

—No.

—Entonces no sabe qué decía.

—Usted sí.

Barnet apoyó las manos sobre la mesa.

—Tenga cuidado.

—¿Con qué?

—Con convertir sospechas en acusaciones.

—Es curioso. Todo el mundo me recomienda cuidado desde que apareció una niña muerta.

—Tal vez debería escuchar.

Silvestre dejó la carta sobre la mesa.

—Léala.

—No corresponde.

—Léala.

Barnet no la tocó.

—Inspector, existe una razón por la que los procedimientos tienen límites. La verdad obtenida fuera de ellos puede ser inútil.

—También hay procedimientos diseñados para que la verdad llegue tarde.

—Eso es una opinión.

—No. Es experiencia.

Barnet se levantó.

—Su expediente personal no es precisamente impecable, Amat.

La amenaza era limpia.

—¿Ha estado leyéndolo?

—Conozco a la gente que viene a mi despacho a acusarme.

—No lo he acusado todavía.

—Lo está deseando.

Silvestre sonrió sin humor.

—¿Conoce a Berrocal?

Barnet caminó hasta la ventana.

—Conozco a muchos empresarios.

—¿Es amigo suyo?

—La palabra amigo tiene poca utilidad jurídica.

—Y mucha social.

El juez se volvió.

—¿Qué quiere exactamente?

—Que reabra diligencias. Que impida destruir las muestras. Que cite a Berrocal.

—¿Con qué indicios de homicidio contra él?

—Todavía no digo que la matara.

—Entonces ¿qué insinúa?

—Que alguien la retuvo. Que alguien la mató. Que Berrocal la conocía, la financiaba y ocultó su parentesco. Eso merece una pregunta bajo acta.

Barnet negó lentamente.

—Merece prudencia.

—Otra vez esa palabra.

—Porque usted parece haberla olvidado.

Silvestre miró una fotografía enmarcada sobre una mesa lateral. Barnet aparecía en una cacería. No distinguía a todos los hombres, pero reconoció el paisaje de la foto encontrada por Brion.

—¿Dónde fue eso?

Barnet siguió su mirada.

—Toledo.

—¿Con Berrocal?

El juez cogió el marco y lo puso boca abajo.

Ese gesto valió más que muchas respuestas.

—Márchese.

—¿Va a reabrir?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no tiene pruebas suficientes.

—¿Y si las consigo?

Barnet lo miró con una expresión casi triste.

—Entonces veremos si siguen siendo pruebas cuando lleguen aquí.

Silvestre salió.

En el pasillo, una secretaria evitó mirarlo.

Junto al ascensor había dos hombres de paisano. Uno era el mismo que había visto en el Anatómico.

El del Peugeot negro.

Esta vez se miraron de frente.

El hombre sonrió.

Silvestre comprendió que ya no lo seguían para saber qué descubría.

Lo seguían para que él supiera que podían hacerlo.

Antes de salir del juzgado, Silvestre pidió hablar con la secretaria que había evitado mirarlo.

Se llamaba Pilar Gómez.

—No tengo nada que decir —dijo en voz baja.

—No le he preguntado nada todavía.

—Precisamente.

Silvestre esperó.

Pilar miró hacia la puerta del despacho de Barnet.

—El expediente Vega llegó aquí en noviembre.

—¿Antes de que apareciera el cuerpo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Una consulta privada.

—¿De quién?

—Castany.

Silvestre sintió una punzada.

—¿Qué pidió?

—Confirmar que no hubiera procedimiento abierto por desaparición que pudiera interferir en un asunto de familia.

—¿Y Barnet qué hizo?

—Llamó a Mercadal.

—¿Lo oyó?

Pilar asintió.

—Dijo: «Que esto no crezca».

Silvestre miró el pasillo vacío.

—¿Declararía?

La mujer casi se echó a reír.

—No.

—¿Por qué me lo cuenta entonces?

—Porque quiero dormir esta noche.

—Mañana tendrá el mismo problema.

—Mañana ya veremos.

Silvestre no insistió.

Había aprendido que exigir heroísmo a los testigos era otra forma de utilizar a los débiles para limpiar la conciencia propia.

Anotó la conversación de memoria en cuanto salió del edificio.

Barnet envió una nota formal a la comisaría dos días después.

Advertía de que Silvestre estaba realizando diligencias fuera de competencia y podía incurrir en responsabilidad disciplinaria.

Mercadal dejó la nota sobre su mesa.

—Te lo advertí.

—¿Vas a abrirme expediente?

—Todavía no.

—Qué generoso.

—No confundas generosidad con margen.

Silvestre leyó otra vez la firma de Barnet.

—¿Por qué me das margen?

Mercadal lo miró.

—Porque espero que entres en razón.

—¿Y si no?

—Entonces tendré que decidir si eres mi amigo o mi subordinado.

Silvestre dobló la nota.

—Llevas años decidiéndolo según conviene.

Mercadal no respondió.

La amenaza disciplinaria quedó sin ejecutar.

Ese retraso sería otra de las cosas que Silvestre interpretaría durante mucho tiempo como afecto.

Después entendería que Mercadal también estaba ganando tiempo para los otros.

Al salir del despacho del juez, una funcionaria los alcanzó en la escalera. Tendría cincuenta años y llevaba un manojo de llaves colgado de la cintura.

—Inspector.

Silvestre se volvió.

La mujer miró hacia arriba antes de hablar.

—No me ha visto.

—Todavía no.

Le entregó una ficha de cartulina doblada.

Era el registro interno de movimientos del sumario. Varias entradas tenían una rúbrica ilegible. Una línea, fechada el día anterior a la incineración, consignaba la retirada temporal de dos piezas por «consulta superior».

—¿Qué piezas? —preguntó Silvestre.

—No lo sé.

—¿Quién firmó?

La funcionaria señaló la rúbrica.

—Parece Barnet.

Ventura miró la ficha.

—¿Por qué nos da esto?

La mujer apretó los labios.

—Mi hija tiene catorce años.

No añadió nada más.

Silvestre entendió la respuesta y, al mismo tiempo, se negó a aceptarla como suficiente.

—¿Ha visto algo irregular en el expediente?

—Todos los expedientes tienen irregularidades.

—No le he preguntado eso.

La mujer lo miró cansada.

—Llegó una orden para acelerar el destino del cuerpo antes de que entrara la petición de la familia. Eso no suele pasar.

—¿De dónde vino?

—No constaba.

—¿Quién la trajo?

—Un ujier del despacho del juez.

—Nombre.

La funcionaria negó.

—Hasta aquí.

Ventura dio un paso.

—Una niña está muerta.

—Y yo tengo una hija viva.

La escalera quedó en silencio.

Silvestre tocó el brazo del joven.

—Basta.

La mujer se marchó.

Ventura esperó a que desapareciera.

—¿Eso es todo?

—Es lo que ha decidido dar.

—Podría dar más.

—Sí.

—Entonces está protegiéndose.

Silvestre guardó la ficha.

—También nosotros.

—Yo no.

Silvestre lo miró.

—Todavía.

La palabra molestó al joven.

Mientras bajaban, Silvestre pensó que el encubrimiento no se sostenía solo con hombres como Barnet. Necesitaba docenas de personas que vieran una anomalía, sintieran miedo y entregaran únicamente la parte de verdad que podían soportar.

La mayoría no eran monstruos.

Esa era la dificultad.

Silvestre solicitó oficialmente acceso a la documentación retirada del archivo.

Barnet denegó la petición por escrito.

Motivo: «falta de relación procesal suficiente».

La frase enfureció a Ventura.

—¿Cómo puede decir que no hay relación?

—Puede porque firma debajo.

—¿Y ya está?

—No.

Presentaron una nueva solicitud, esta vez limitada al registro de salida y devolución. Barnet tardó tres días y volvió a denegar.

Silvestre presentó una tercera a través de otro conducto administrativo.

Mercadal se enteró.

—Estás haciendo el ridículo.

—Puede.

—Te van a sancionar.

—Puede.

—¿Y qué consigues?

Silvestre levantó las tres denegaciones.

—Esto.

—¿Papeles diciendo que no?

—Tres papeles distintos diciendo que no quieren que vea algo.

Mercadal lo miró.

—Eso no prueba lo que crees.

—No. Pero prueba que pregunté.

La diferencia parecía mínima.

Para Silvestre empezaba a ser esencial.

Durante años había participado en un sistema donde muchas cosas no existían porque nadie dejaba constancia de haberlas pedido.

Ahora cada negativa tendría fecha, firma y número de registro.

Era poca cosa frente a una muerte. Pero durante años el sistema había dependido precisamente de que ciertas negativas no dejaran rastro.

Silvestre guardó los tres papeles. Aquella vez, al menos, el silencio tendría número de entrada.

CAPÍTULO 22 — LA RADIO DEL BAR SOLER, OTRA VEZ

El bar olía a serrín húmedo y vino derramado.

Anselmo Guardiola reconoció a Silvestre en cuanto entró.

—Hoy no se ha muerto nadie importante.

Silvestre se sentó en el mismo taburete de 1975.

—Café.

—Eso sí que es una tragedia.

—Sin coñac.

Anselmo lo miró un segundo más de la cuenta y sirvió.

En la radio hablaban de negociaciones constitucionales. Palabras nuevas sobre muebles viejos.

—¿Te acuerdas del veinte de noviembre? —preguntó Silvestre.

—Me acuerdo de demasiados veinte de noviembre.

—El del setenta y cinco.

—Había poca gente.

—Mercadal vino.

Anselmo dejó el trapo.

—También venía antes.

—¿Con quién?

—Con policías.

—¿Con Berrocal?

El tabernero no cambió la cara, pero el trapo dejó de moverse.

—No conozco a ese señor.

—No te he preguntado si lo conoces.

Anselmo se inclinó hacia él.

—Silvestre, llevo treinta años detrás de esta barra. He servido vino a falangistas, curas, comunistas, policías, ladrones y hombres que eran las cinco cosas según el día. He aprendido una sola regla: la memoria es un lujo que algunos no podemos permitirnos.

—Una niña ha muerto.

—Siempre muere alguien.

—Quince años.

Anselmo miró hacia la radio.

—Aquí nunca ha pasado nada, inspector.

Silvestre esperó.

El hombre terminó:

—Ese es nuestro problema.

Silvestre bebió el café.

Amargo.

—¿Mercadal conocía a Berrocal?

Anselmo recogió un vaso.

—Pregunte por las cacerías de Montseny.

—¿Cuándo?

—Desde antes de que usted dejara de beber.

—Eso son muchos años.

—Exacto.

Silvestre dejó unas monedas.

Al salir, Anselmo lo llamó.

—Inspector.

Se volvió.

—No vuelva aquí con preguntas.

—¿Por qué?

—Porque quiero seguir diciendo que nunca ha pasado nada.

Silvestre no se fue de inmediato. Esperó a que el bar quedara vacío.

Anselmo bajó el volumen de la radio.

—Una vez —dijo— vinieron Mercadal y Berrocal juntos.

Silvestre no se movió.

—¿Cuándo?

—Hace años. Quizá el setenta y dos. Quizá antes.

—¿De qué hablaron?

—No escuchaba conversaciones.

—Claro.

—Pero recuerdo que Mercadal salió enfadado. Berrocal pagó y dejó un billete demasiado grande.

—¿Qué pasó después?

Anselmo limpió la barra.

—Al día siguiente dos hombres de Gobernación vinieron a preguntar por un camarero que trabajaba aquí. Paco.

—¿Por qué?

—Había oído algo. O eso pensaban.

—¿Qué le ocurrió?

—Se fue a Marsella.

—¿Por miedo?

—Por prudencia.

Silvestre observó las botellas alineadas.

—¿Tienes su dirección?

—No.

—¿Nombre completo?

Anselmo negó.

—No me haga arrepentirme de hablar.

—Ya lo estás.

El tabernero lo miró.

—No sabe lo que es tener un negocio pequeño y que los hombres grandes aprendan tu nombre.

Silvestre pensó en Feliciana, en las fotografías que todavía no habían llegado, en la manera en que la gente aprendía a vivir sin formular ciertas preguntas.

—No —dijo—. No lo sé.

Anselmo pareció sorprenderse por la respuesta.

—Eso ya es algo.

Silvestre se levantó.

—Si recuerdas el apellido de Paco...

—No lo recordaré.

—Entiendo.

—No, inspector. Está empezando a entender. No es lo mismo.

Afuera, la radio de una tienda hablaba de democracia.

Silvestre caminó hacia la comisaría pensando en todas las personas que habían tenido que aprender a callar para llegar vivas hasta esa palabra.

Anselmo encontró finalmente el apellido del antiguo camarero en una libreta de proveedores: Francisco Ruiz Ocaña.

—No tengo dirección —dijo—. Solo un teléfono francés de hace años.

Silvestre llamó desde una cabina internacional. Nadie contestó la primera vez. La segunda, una mujer respondió en francés. Después de varios intentos entendió el nombre.

—Paco ya no vive aquí.

—¿Sabe dónde está?

—No.

—¿Puede darle un mensaje si llama?

La mujer aceptó a regañadientes.

Silvestre dejó un número.

Paco nunca llamó.

Durante años se preguntaría qué había oído aquel camarero y si realmente tenía alguna relación con Berrocal o Mercadal. La investigación quedó llena de puertas así: entreabiertas, imposibles de atravesar.

La verdad no era un rompecabezas en el que todas las piezas estuvieran disponibles.

A veces faltaban porque alguien las había quemado.

A veces porque una persona había decidido que vivir en Marsella era más importante que ayudar a un inspector de Barcelona.

Silvestre no podía reprochárselo.

La última vez que visitó el bar Soler antes del clímax, Silvestre encontró a Anselmo cerrando temprano.

—¿Problemas?

—Una inspección.

—¿De qué?

—De todo lo que puedan inspeccionar.

Silvestre entendió.

—Por mí.

—No se dé tanta importancia.

—Anselmo.

El tabernero dejó las llaves sobre la barra.

—Vinieron dos. Preguntaron si usted frecuentaba el local, con quién hablaba, cuánto bebía.

—¿Qué dijiste?

—Que desde que dejó el coñac es un cliente pésimo.

Silvestre sonrió.

—Lo siento.

—No me sirve.

—Lo sé.

Anselmo lo miró.

—Entonces haga que esto termine.

Silvestre negó.

—No puedo prometer eso.

—Al menos ya no promete tonterías.

El tabernero cerró la persiana.

Silvestre se quedó fuera, escuchando el metal bajar.

Otra puerta que su investigación había obligado a alguien a cerrar.

Anselmo le dio, antes de cerrar, una caja de cerillas antigua del bar.

—¿Para qué quiero esto?

—No sé. Siempre se lleva papeles. Hoy llévese algo que no sirva.

Silvestre la guardó.

En la tapa había un dibujo del local cuando abrió en 1959. La fachada parecía más limpia. Los árboles, más pequeños.

—¿Por qué la conservas?

—Porque una vez creí que este sitio iba a cambiarme la vida.

—¿La cambió?

Anselmo pensó.

—Sí. Solo que no de la manera que imaginaba.

Silvestre sonrió.

—Eso parece una amenaza.

—Es una biografía.

La misma palabra que Remei usaría después para describir la frase de Berrocal.

Silvestre empezó a pensar que una vida quizá no era más que la distancia entre lo que uno creía que significaban las cosas y lo que terminaban significando.

Antes de irse, Silvestre ayudó a Anselmo a bajar dos cajas al sótano. Había botellas vacías, periódicos viejos y una silla rota que el tabernero aseguraba que repararía algún día.

—Todo el mundo guarda cosas que no va a arreglar —dijo Silvestre.

—Tú más que nadie.

Anselmo encendió la bombilla. Del techo colgaba un cable negro.

—Mira.

Apartó unas cajas. En la pared había fotografías del bar desde finales de los cincuenta: equipos de fútbol, bautizos, cenas de trabajadores, una pareja besándose en Nochevieja. En una imagen de 1969, Silvestre reconoció a Mercadal junto a dos hombres jóvenes.

—¿Quiénes son?

Anselmo se acercó.

—Ese de ahí trabajaba para el Ayuntamiento. El otro no sé.

Silvestre sacó la fotografía del marco.

En el reverso alguien había escrito tres apellidos y una fecha. Uno de los nombres le resultó conocido: el padre del notario que había certificado una de las primeras operaciones de Terralta.

—¿Puedo llevármela?

Anselmo negó.

—No.

—Es importante.

—Por eso.

Silvestre lo miró.

—Puedo hacer una copia.

—Eso sí.

—¿Por qué guardas todo esto?

Anselmo se sentó en la silla rota, que crujió bajo su peso.

—Porque un bar oye más historia que un ministerio y no tiene archivo.

—Esto parece un archivo.

—No. Un archivo se supone que sabe lo que guarda. Yo solo fui incapaz de tirar cosas.

Silvestre volvió a contemplar las fotografías. Gente sin importancia pública había quedado fijada en fiestas pequeñas mientras los hombres que tomaban decisiones aparecían al fondo, desenfocados, como si pertenecieran por accidente a la imagen.

Quizá así funcionaba también el poder: rara vez ocupaba el centro de la fotografía.

—Mercadal venía mucho —dijo Anselmo—. Antes.

—¿Con Berrocal?

—Una vez lo vi. No aquí dentro. En un coche, esperando.

—¿Cuándo?

—Hace años. No sabría decirte.

—Inténtalo.

Anselmo pensó.

—Antes de que tú dejaras de traer a Mercedes. Después de que empezaras a beber coñac solo.

Silvestre hizo una mueca.

—Gran sistema de datación.

—Los calendarios sirven para la gente que no conoce a sus clientes.

Silvestre guardó la fecha aproximada en la cabeza.

Al subir de nuevo al bar comprendió que su propia biografía también estaba archivada en lugares que nunca había considerado: en la memoria de un camarero, en una cuenta sin pagar, en la esquina de una fotografía ajena.

No era posible desaparecer del todo.

Anselmo Guardiola había envejecido sin cambiar de postura.

Seguía secando vasos con el mismo paño gris y escuchando conversaciones sin parecer interesado. Cuando Silvestre entró, señaló la cafetera.

—¿Lo de siempre?

—Lo de siempre.

—Eso suele ser el principio de los problemas.

Silvestre se sentó al fondo.

El bar estaba casi vacío. En la radio hablaban de debates constitucionales. Palabras nuevas: consenso, autonomía, derechos.

Anselmo dejó el café.

—¿Qué busca?

—¿Por qué cree que busco algo?

—Porque cuando viene a beber café mira la taza. Hoy mira la puerta.

Silvestre sacó la fotografía de Eusebio Roca.

—¿Lo conoce?

Anselmo la miró apenas.

—Sí.

—¿De qué?

—Viene algunas noches.

—¿Solo?

—A veces.

—¿Con quién?

Anselmo siguió secando el vaso.

—No me gusta recordar clientes.

Silvestre dejó una fotografía de Berrocal.

El paño se detuvo.

—Ese no viene.

—¿Pero lo conoce?

—Todo Barcelona conoce a quien sale en los periódicos.

—Eusebio trabaja para él.

—Mucha gente trabaja para mucha gente.

Silvestre bebió.

—Anselmo, una niña está muerta.

—Siempre hay alguien muerto cuando usted empieza una frase así.

—Rosalinda Vega.

El tabernero suspiró.

—La conocía de verla.

—¿Venía aquí?

—Dos o tres veces.

—¿Con Eusebio?

—Una.

—¿Cuándo?

—Octubre, quizá noviembre.

—Antes de desaparecer.

—Supongo.

Silvestre se inclinó.

—¿Qué pasó?

—Discutieron.

—¿Sobre qué?

—No escucho.

Silvestre lo miró.

Anselmo sonrió.

—Escucho. No recuerdo.

—Inténtelo.

El hombre dejó el vaso.

—Ella quería que la llevara a un sitio. Él decía que no podía. Mencionaron una casa y a «la señora».

—¿La esposa de Berrocal?

—No dijeron nombre.

—¿Algo más?

—La chica estaba enfadada. Dijo que si no la dejaban entrar por la puerta, entraría por el periódico.

Silvestre sintió un golpe de intuición.

—¿Periodista?

—Eso pensé.

—¿Con quién habló?

—No lo sé.

—¿Conocía a alguno?

Anselmo miró hacia la radio.

—Aquí venía un redactor del Noticiero. Se llamaba Tomàs Reverter.

—¿Sigue viniendo?

—No desde diciembre.

—¿Por qué?

—Pregúntele.

—¿Dónde está?

Anselmo escribió una dirección en una servilleta.

—Poble-sec.

Silvestre guardó el papel.

—¿Por qué no contó esto cuando desapareció?

El tabernero lo miró con cansancio.

—Porque nadie me preguntó.

La frase se parecía demasiado a la de Brion.

—¿Y si hubieran preguntado?

Anselmo tardó.

—No sé si habría hablado.

—¿Por qué lo hace ahora?

—Porque ya está muerta.

—Eso no es una razón.

—Es la única razón que nos vuelve valientes a muchos. Cuando ya no podemos salvar a nadie.

Silvestre terminó el café.

En la radio, un político hablaba de reconciliación.

Anselmo bajó el volumen.

—Mi hermano estuvo en la cárcel en el 69 —dijo de pronto—. Nunca hablamos de eso cuando salió. Ni él ni yo. Pensábamos que callar era una manera de dejarlo atrás.

—¿Funcionó?

—Murió el año pasado. En el entierro me di cuenta de que no sabía qué le habían hecho.

Silvestre no dijo nada.

—Así que ahora, cuando oigo esa palabra, reconciliación, me pregunto si primero no habría que recordar con quién.

El tabernero volvió a subir la radio.

Silvestre guardó la servilleta.

La investigación se estaba llenando de hombres que habían tardado años en decidirse a hablar.

Quizá el silencio no era ausencia de información.

Quizá era información esperando una circunstancia moral adecuada.

Reverter apareció en el bar Soler una semana después.

Anselmo lo vio entrar y puso un vaso de vino sin preguntar.

Silvestre estaba en una mesa del fondo.

El periodista se sentó frente a él.

—He encontrado algo.

Sacó una hoja doblada.

Era una copia de sus notas de la primera conversación con Rosalinda.

—Pensé que las había perdido.

Silvestre leyó.

Rosalinda había dicho: «Si me pasa algo, no será porque me escapé».

Más abajo: «El policía viejo sabe quién soy».

—¿Policía viejo?

—Así lo dijo.

—¿Mercadal?

—Supongo.

Había otra frase.

«La casa azul no es la casa grande.»

Silvestre levantó los ojos.

El pabellón de Sant Cugat.

—¿Por qué no me dio esto antes?

Reverter bebió.

—Porque no lo encontré antes.

—¿Seguro?

El periodista sostuvo la mirada.

—No.

Silvestre esperó.

—Lo tenía escondido. Me dio miedo.

—Gracias por decirlo.

—No me agradezca nada. He tardado tres meses.

Anselmo dejó otro café sobre la mesa.

—Todos llegan tarde a algo —dijo.

Silvestre miró la hoja.

La cuestión era qué se hacía después de llegar.

Anselmo guardó la copia de las notas de Reverter debajo del mostrador.

—No quiero saber por qué —dijo.

—Ya sabe demasiado.

—Saber y admitir son deportes distintos.

Silvestre bebió café.

—¿Alguna vez se ha cansado de callar?

Anselmo lo miró.

—Todos los días.

—¿Y por qué sigue?

—Porque también me canso de hablar.

La respuesta parecía una broma, pero no lo era.

—Mi hermano murió sin contarme qué le hicieron —continuó—. Yo pensaba que respetaba su silencio. Ahora no sé si lo ayudé a mantenerlo.

Silvestre observó la radio.

—¿Hay diferencia?

—Seguro. El problema es saberla a tiempo.

Anselmo guardó la taza.

—Llévese una cosa de aquí, inspector. La gente no calla solo porque tenga miedo. A veces calla porque no encuentra a quién contarle sin que la historia deje de pertenecerle.

Silvestre pensó en Feliciana.

En Remei.

En él mismo.

Quizá investigar también consistía en aprender a escuchar sin apropiarse.

Solo había que saber dónde mirar.

CAPÍTULO 23 — EL INFORME DE VILANOVA

La máquina de escribir golpeaba como una lluvia seca.

Remei trabajaba en su despacho con la puerta cerrada. Había quitado el teléfono del gancho.

Silvestre leyó las primeras páginas de pie.

No era un informe forense oficial. Era algo más peligroso: una relación de irregularidades con fechas, firmas, copias, fotografías y observaciones personales.

Cadáver de menor identificado como Rosalinda Vega Serrano.

Indicios compatibles con retención prolongada.

Desaparición de páginas 4 y 5 del informe preliminar.

Llamada no identificada preguntando por un objeto —pulsera— antes de su incorporación a inventario.

Presiones para acelerar entrega e incineración.

Silvestre levantó la vista.

—Si firmas esto te suspenden.

—Probablemente.

—Pueden acusarte de quebrantar secreto.

—También.

—¿Por qué?

Remei dejó de escribir.

—Porque si no lo hago, dentro de un año empezaré a recordar las cosas de otra manera.

—No tienes por qué cargar con esto.

—No me hables de cargar.

Silvestre calló.

Remei se levantó y abrió un armario. Sacó una carpeta más pequeña.

—He hecho tres copias. Una para ti, una para mí y una tercera que no te diré dónde está.

—Mejor.

—No. Mejor habría sido que no hiciera falta.

Le entregó una copia.

Silvestre vio la firma al final.

Dra. Remei Vilanova Prat.

—Ya está firmado.

—Desde anoche.

—Remei…

—No.

—Quiero decir…

—Ya sé lo que quieres decir. Y no.

Silvestre guardó la carpeta.

—Gracias.

—Tampoco.

Se quedaron en silencio.

A través de la ventana se veía una franja de cielo gris.

—Mi padre murió creyendo que yo había arruinado la familia —dijo Remei de pronto—. Por estudiar medicina. Por juntarme con rojos. Por no casarme. Durante años pensé que algún día le demostraría que todo había servido para algo.

Silvestre la miró.

—¿Y?

—Murió antes.

—Lo siento.

—Yo no. Eso es lo que más me pesa.

Remei volvió a sentarse.

—Todos tenemos una habitación donde no dejamos entrar a nadie, Silvestre. La diferencia es que tú has convertido la tuya en una comisaría.

Remei le mostró también las notas que no pensaba incluir en el informe. Eran observaciones más personales, imposibles de defender ante un tribunal pero difíciles de ignorar.

La madre presenta signos de sedación continuada no explicados por prescripción conocida.

El abogado de la familia pregunta de manera reiterada por plazos de entrega del cuerpo.

Un funcionario no identificado accede al depósito fuera de horario.

—¿Esto último cómo lo sabes?

—El celador lo vio.

—¿Declarará?

Remei negó.

—Tiene tres hijos.

Silvestre apoyó la carpeta.

—Siempre hay tres hijos.

—O una hipoteca. O un padre enfermo. O veinte años para la jubilación.

—¿Y tú qué tienes?

—Mal carácter.

Silvestre sonrió apenas.

Remei encendió un cigarrillo junto a la ventana.

—No te equivoques conmigo. También tengo miedo.

—No lo parece.

—Eso no es valentía. Es entrenamiento.

Le contó entonces una detención de 1969. No había sido militante importante. Repartía octavillas con estudiantes. Pasó dos noches en dependencias policiales. No quiso entrar en detalles.

—Mercadal estaba allí —dijo.

Silvestre levantó la vista.

—¿Te interrogó?

—No. Pero lo vi.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Porque trabajabas con él.

—También trabajabas conmigo.

—Precisamente.

La frase abrió una distancia inesperada.

—¿No confiabas en mí?

Remei lo miró.

—Confiaba en algunas partes de ti.

Silvestre aceptó la respuesta.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que las partes que no me gustan están despiertas.

—Eso no suena mejor.

—No pretendía que sonara mejor.

Apagó el cigarrillo.

—Firma aquí como receptor de una copia.

Silvestre tomó la pluma.

—¿No habíamos decidido que esto no existía?

—No. Hemos decidido que exista demasiado.

Firmó.

El nombre quedó sobre el papel: **Silvestre Amat Ferragut**.

Por primera vez en muchos años, firmar algo le pareció un acto más peligroso que golpear a alguien.

Remei recibió la primera advertencia formal tres días después de firmar el informe. Un superior la llamó a su despacho y le preguntó por qué conservaba copias de documentación preliminar.

—Porque desaparece —respondió.

No fue una respuesta prudente.

La enviaron a casa por el resto del día.

Silvestre la encontró en una cafetería frente al instituto, removiendo un café que no bebía.

—Podías haber mentido.

—Podía.

—¿Por qué no lo hiciste?

Remei lo miró.

—Porque estaba cansada de ver cómo todos somos valientes en privado y prudentes cuando alguien toma nota.

—Te pueden echar.

—Lo sé.

—No quiero que esto te cueste el trabajo.

—Otra vez tú decidiendo qué costes son aceptables para los demás.

Silvestre se calló.

Remei suavizó apenas la voz.

—No soy Rosalinda. No soy Marcos. No necesito que me salves.

La frase fue dura.

Necesaria.

Silvestre miró el café.

—No sé hacer esto sin intentar salvar a alguien.

—Pues empieza por no llamar salvación a controlar lo que hacen.

Remei bebió por fin.

—Puedes acompañarme. Eso sí.

Silvestre levantó la mirada.

—¿Adónde?

—A casa. Tengo hambre.

Caminaron juntos.

No se tocaron.

Aquella era la forma más honesta de intimidad que podían permitirse.

Remei entregó finalmente una copia de su informe a un antiguo profesor de medicina legal. No le pidió que actuara. Solo que la guardara.

—¿Crees que vendrán a buscarla? —preguntó él.

—No sé.

—Entonces por qué yo.

Remei sonrió.

—Porque tiene ochenta años y ya no le pueden arruinar la carrera.

El anciano no se rio.

—Siempre pueden arruinar algo.

Guardó el sobre dentro de un libro.

—¿La chica tenía familia?

—Una madre.

—No me refiero a eso. ¿Tenía gente que la recordara?

Remei pensó en Silvestre, Ventura, Feliciana, Pepa.

—Cada vez más.

El profesor asintió.

—Entonces no está del todo perdida.

Remei salió molesta con la frase. Sonaba demasiado cercana a un consuelo.

No quería consuelos.

Quería hechos.

Pero mientras caminaba hacia el metro comprendió que incluso ella necesitaba creer que recordar podía tener alguna utilidad.

El superior de Remei le ofreció una salida discreta: retirar el informe paralelo, destruir las copias internas y aceptar una amonestación verbal.

—No habrá expediente —le dijo.

—¿Y el contenido?

—Quedará en el informe oficial.

—Faltan páginas.

—Eso no es asunto suyo.

Remei sonrió.

—Soy la forense que firmó el examen de un cadáver. Es exactamente asunto mío.

—No convierta esto en política.

—No lo he hecho yo.

La conversación terminó.

Al salir, Remei comprendió que acababa de elegir una sanción que todavía no conocía por defender un documento que probablemente nunca produciría una condena.

No se sintió valiente.

Se sintió estúpida.

Remei redactó el informe en su casa porque ya no confiaba en las máquinas del Instituto.

Usó una Olivetti verde que había pertenecido a su padre. Cada tecla dejaba una impresión ligeramente distinta. La «a» aparecía siempre un poco más alta, como si quisiera separarse del resto de la palabra.

Silvestre llegó a las nueve. Ventura no fue invitado.

—Cuanta menos gente sepa dónde está, mejor —dijo Remei.

—Ya lo sabe demasiada.

—Saber que existe no es saber qué contiene.

Sobre la mesa había doce folios mecanografiados y varias fotografías. Remei había reconstruido la autopsia completa: lesiones, tiempos probables, signos de retención, restos bajo las uñas, análisis serológicos, muestras conservadas.

—Esto contradice el informe oficial —dijo Silvestre.

—Lo completa.

—No seas diplomática.

—No estoy siendo diplomática. Estoy intentando que, si algún día llega a un juez decente, pueda leerse sin que lo descarten como manifiesto.

Silvestre repasó el texto.

—Aquí dices que la mantuvieron en un lugar con higiene regular.

—Sí.

—¿Puedes precisar cuánto tiempo?

—No. Semanas, probablemente.

—¿Atada?

—En periodos. Las marcas no indican inmovilización continua.

—Eso significa que confiaba en quien la tenía.

Remei se quitó las gafas.

—No significa nada sobre confianza. Una persona puede obedecer por miedo sin necesidad de estar atada.

Silvestre pensó en demasiados interrogatorios.

—El hilo rojo —dijo—. Encontré tela parecida en una caseta de la marisma.

—¿La trajiste?

—Un trozo. El resto desapareció.

Remei lo miró.

—¿Desapareció?

—Dos hombres se llevaron un colchón y una manta la misma noche.

—¿Y no me lo habías contado?

—No quería meterte más.

Remei soltó una risa seca.

—Silvestre, estoy escribiendo un informe clandestino sobre una autopsia manipulada. Creo que ya hemos pasado la fase de protegerme.

Sacó una lupa y comparó las fibras. No podía hacer un análisis concluyente en casa, pero el color y grosor coincidían a simple vista.

—Puede ser la misma tela —dijo—. O cualquier manta roja barata.

—Eso sigue siendo algo.

—No. Sigue siendo una pregunta.

Silvestre dejó la fibra.

—Todo contigo es una pregunta.

—Y todo contigo acaba queriendo ser una respuesta demasiado pronto.

La discusión terminó cuando alguien llamó al portal.

Remei se quedó inmóvil.

No esperaban a nadie.

Silvestre apagó la lámpara de la mesa.

Volvieron a llamar.

—¿Quién es? —preguntó Remei desde la puerta.

—Correo.

A las diez de la noche.

Silvestre se colocó junto al marco.

Remei no abrió.

—Déjelo abajo.

—Necesito firma.

Silvestre negó con la cabeza.

Después de unos segundos, los pasos se alejaron.

Esperaron.

Cinco minutos después, Silvestre bajó por la escalera. No había nadie. En el buzón encontró un sobre sin remitente.

Dentro había una copia de una fotografía tomada esa misma tarde: Remei entrando en su edificio.

En el reverso, una sola palabra.

«Prudencia.»

Remei la observó durante mucho tiempo.

—Qué obsesión tienen con esa palabra.

—Mañana no vayas a trabajar.

—No.

—Remei.

—Si no voy, habrán decidido también eso.

—Podrían hacerte daño.

—Ya pueden. La diferencia es si además voy a facilitarles el horario.

Silvestre se enfadó.

—No tienes que demostrar nada.

—Tú tampoco y aquí estás.

—Es mi caso.

—No. Es un cadáver que pasó por mi mesa. Eso lo convierte también en mío.

La frase lo dejó sin argumentos.

Remei volvió a sentarse y metió el informe en tres sobres distintos.

—Una copia para ti. Otra para mí. La tercera fuera de Barcelona.

—¿Dónde?

—No te lo diré.

—¿No confías en mí?

—Confío lo suficiente para no obligarte a mentir si te preguntan.

Firmó cada copia con tinta azul.

Silvestre observó su nombre al pie.

—Esto puede acabar contigo.

—No exageres. Hay formas más lentas de acabar con una carrera. Traslados, expedientes, guardias imposibles. Son muy creativos.

—¿Por qué hacerlo entonces?

Remei colocó los folios en los sobres.

—Porque llevo toda la vida viendo cómo los hombres convierten el miedo en una explicación. Quiero probar otra cosa.

—¿Valor?

—No. Documento.

Le entregó una copia.

—El valor se olvida. El papel, a veces, no.

Silvestre guardó el sobre bajo la camisa.

Al salir, miró a ambos lados de la calle. No vio coches detenidos ni hombres esperando.

Eso lo inquietó más.

La amenaza había cumplido su función sin necesidad de quedarse.

Al día siguiente, Remei entregó la versión oficial de su informe complementario.

No incluyó todo.

Incluyó lo suficiente.

El jefe de servicio la llamó media hora después.

—¿Qué pretendes?

—Firmar lo que vi.

—Ya existe un informe.

—Incompleto.

—No te corresponde decidir eso.

Remei lo miró.

—Precisamente me corresponde.

El hombre cerró la puerta.

—Hay llamadas de Jefatura.

—Qué sorpresa.

—No te pongas insolente.

—No estoy siendo insolente. Estoy cansada.

—Tienes antecedentes de militancia.

Remei sonrió.

—Hace quince años. Qué memoria tan selectiva tiene la administración.

—Esto puede convertirse en un expediente disciplinario.

—Entonces por fin habrá un expediente que no desaparezca.

El jefe golpeó la mesa.

—¡Remei!

Ella recogió su copia.

—Si quieren corregirlo, que lo hagan por escrito.

Nadie lo hizo.

En lugar de eso le cambiaron dos guardias, le retiraron una autopsia importante y empezaron a pedirle justificación por cada retraso de diez minutos.

Cuando se lo contó a Silvestre, él quiso intervenir.

—No.

—Puedo hablar con…

—¿Con quién? ¿Mercadal?

Silvestre se calló.

—Esto es mío —dijo Remei—. No conviertas cada consecuencia en otra cosa que tengas que cargar.

—Te están castigando por ayudarme.

—Me están castigando por firmar mi nombre.

—Es lo mismo.

—No. Y necesito que no lo sea.

Silvestre entendió.

Remei no quería ser una extensión de su historia.

Rosalinda tampoco debía serlo.

Aquella noche añadió una nota a sus propios papeles: «No confundir responsabilidad con apropiación del dolor ajeno».

La subrayó una vez. No para el sumario. Para él.

La tercera copia del informe viajó a Girona dentro de un libro de anatomía.

Remei se la envió a una antigua compañera de facultad sin explicación. Solo una nota: «Guárdalo. Si te llamo y digo que lo tires, no me hagas caso.»

Silvestre leyó la frase.

—Eso es muy dramático.

—Tú escondes papeles en bares.

—Tienes razón.

Remei cerró el paquete.

—¿Sabes qué me preocupa?

—Muchas cosas.

—Que empecemos a disfrutar de sentirnos perseguidos.

Silvestre la miró.

—No disfruto.

—Bien. Porque esa sensación puede volver a uno estúpido. Todo parece importante. Cada coche es seguimiento. Cada llamada, amenaza.

—Algunos lo son.

—Sí. Y por eso hay que distinguir.

Remei le entregó una lista de hechos comprobados y otra de inferencias.

—No las mezcles.

Silvestre guardó ambas.

Fue una de las disciplinas más útiles del caso.

Y una de las más difíciles.

La presión sobre Remei aumentó de una forma tan burocrática que casi resultaba elegante.

Le pidieron rehacer horarios de tres meses.

Le cuestionaron gastos de material.

Revisaron certificados antiguos.

Un superior la llamó para preguntarle por una ausencia de cuatro horas ocurrida en 1973.

—Estaba en un entierro —dijo.

—No consta permiso.

—Mi padre no tuvo la cortesía de morir en horario administrativo.

El hombre no sonrió.

Silvestre empezó a acompañarla algunas noches hasta casa.

—No necesito escolta.

—Lo sé.

—Entonces deja de hacerlo.

—No.

—Eres agotador.

—También lo sé.

Una noche encontraron la puerta de su piso entornada.

Remei se quedó inmóvil.

—La cerré.

Silvestre entró primero.

No había nadie.

Los cajones estaban abiertos, pero nada parecía robado. La radio seguía. El dinero de un sobre, también.

Faltaba una sola cosa.

La copia del informe que Remei guardaba en un libro.

—Sabían dónde buscar —dijo Silvestre.

Remei recorrió el piso sin tocar nada.

—O registraron todo hasta encontrarla.

—La copia de Girona sigue.

—Sí.

—La de Alèxia también.

—Sí.

La presión no había empezado aquella noche.

Dos días antes, el director del instituto forense la había llamado a su despacho. Era un hombre correcto, de voz baja, que llevaba toda la conversación colocando y recolocando una pluma sobre el secante.

—Remei, nadie discute tu competencia.

—Cuando una frase empieza así, siempre discuten otra cosa.

El director suspiró.

—Has elaborado un documento fuera del circuito.

—Porque dentro faltaban páginas.

—No sabemos cómo desaparecieron.

—Precisamente.

—Y no es tu función investigar eso.

Remei miró la pluma.

—Mi función es describir un cuerpo.

—Exacto.

—Y describí un cuerpo que había estado alimentado durante semanas, que presentaba marcas compatibles con sujeción y que no encajaba con la historia que llegó al expediente.

El director se quitó las gafas.

—Hay una manera de hacer las cosas.

—La hubo. Alguien arrancó dos páginas.

—Baja la voz.

Remei no la bajó.

—¿Por qué?

El hombre miró hacia la puerta.

—Porque tengo cuarenta personas trabajando aquí y no pienso convertir este lugar en un campo de batalla por una investigación que ni siquiera es nuestra.

—Ya está dentro.

—No.

—Una autopsia manipulada está dentro.

El director se levantó.

—No he dicho manipulada.

—Yo sí.

Durante unos segundos no fueron jefa y subordinada ni médico y administrador. Fueron dos personas midiendo cuánto miedo estaban dispuestas a reconocer.

—Retira el informe paralelo —dijo él—. Conserva tus notas si quieres. Pero no lo firmes.

—Ya está firmado.

El director cerró los ojos.

—Entonces di que era una versión preliminar.

—No lo era.

—Remei, piensa en tu carrera.

Ella recogió el bolso.

—Eso estoy haciendo.

Al salir sintió náuseas. No por valentía. Por miedo. Quería conservar el trabajo. Quería seguir haciendo autopsias, pagar el alquiler, cuidar de su madre y no convertirse en una causa para nadie.

Precisamente por eso guardó otra copia del informe en casa de una antigua compañera de facultad a la que no veía desde hacía años.

—No quiero saber qué es —dijo la mujer.

—Mejor.

—¿Y si vienen?

—Diles que no sabes nada.

—Será verdad.

Remei salió con una culpa nueva: también ella estaba repartiendo el peligro entre personas que no lo habían pedido.

Cuando más tarde le dijo a Silvestre que no era una mártir, sabía exactamente de qué hablaba.

Remei se sentó.

Por primera vez parecía asustada de verdad.

Silvestre se acercó.

—Puedes retirarte.

Ella levantó los ojos.

—¿De qué?

—Del informe. Decir que fue un borrador, que interpretaste mal.

—¿Y tú?

—Yo sigo.

Remei negó lentamente.

—Eso es exactamente lo que no entiendes.

—¿Qué?

—Que no eres el protagonista de la conciencia de los demás.

Silvestre recibió la frase en silencio.

—Yo firmé ese informe antes de que tú decidieras qué ibas a hacer con él. Lo firmé porque era verdad. Si lo retiro para que tú puedas sentir que me has salvado, seguiré dejando que todo gire alrededor de ti.

—No quiero eso.

—Ya lo sé. Lo haces sin querer. Como casi todo lo importante.

Remei se levantó y comenzó a cerrar cajones.

—Ayúdame.

Silvestre obedeció.

Ordenaron el piso durante una hora.

No llamaron a la policía.

Ambos supieron que hacerlo generaría un parte, una investigación y quizá una advertencia a las mismas personas que buscaban el informe.

La decisión incomodó a Silvestre.

—Estamos haciendo lo mismo que ellos —dijo.

—No.

—Ocultamos un delito.

—No lo ocultamos. Lo registramos por nuestra cuenta porque no confiamos en el canal.

—Eso es lo que cualquiera diría.

Remei lo miró.

—Bien. Conserva esa incomodidad. Nos hará falta.

Silvestre escribió fecha, hora y estado del piso. Remei firmó debajo. Hicieron dos copias.

El documento carecía de valor oficial, pero fijaba algo que ambos necesitaban: qué habían encontrado y qué habían hecho después. Si iban a denunciar las manipulaciones ajenas, no podían permitirse una versión cómoda de las propias.

CAPÍTULO 24 — ENTONCES: LA REDADA, DESPUÉS

Barcelona, 1974

El hombre respiraba mal.

Joaquín Aranda estaba sentado en el suelo del calabozo, espalda contra la pared, camisa abierta. Tenía un ojo cerrado y sangre seca bajo la nariz.

Silvestre lo miró desde la puerta.

—Levántate.

Aranda no respondió.

—Te he dicho que te levantes.

El detenido abrió el ojo sano.

—¿Para qué?

—Te va a ver el médico.

—Ahora.

—Sí.

—Qué detalle.

Silvestre entró. Se agachó.

—¿Te duele el pecho?

Aranda sonrió.

—A usted, ¿no?

—No bromees.

—No bromeo.

El médico no llegó a tiempo.

Aranda murió de madrugada.

El informe habló de insuficiencia cardiaca aguda durante la detención. No mencionó los golpes en las costillas. El parte de arresto dejó constancia de «resistencia violenta».

Silvestre había golpeado al hombre tres veces.

Otros lo golpearon después.

Nunca supo cuál fue el golpe que importó.

Durante semanas esperó una investigación.

No hubo ninguna.

Mercadal lo llamó a su despacho.

—Olvídalo.

—Ha muerto.

—Precisamente.

—Yo le pegué.

—Todos le pegaron.

—Eso no cambia nada.

Mercadal lo miró con una mezcla de impaciencia y afecto.

—Cambia todo. Porque significa que nadie puede señalar a uno sin señalarse a sí mismo.

Silvestre comprendió entonces una de las reglas fundamentales del sistema.

La culpa compartida no se divide.

Se protege.

El entierro de Aranda no apareció en ningún periódico importante. Una hoja vecinal reprodujo una fotografía borrosa y habló de «muerte bajo custodia». La edición fue retirada de varios bares esa misma tarde.

Silvestre guardó un ejemplar.

Durante meses evitó pasar por la calle donde vivía la familia. Un día, por casualidad o por una forma de castigo que no quiso reconocer, terminó allí.

Vio a una mujer tender ropa en un balcón. Dos niños jugaban en la acera.

No sabía si eran los hijos de Aranda.

No preguntó.

Años después se convencería de que aquello había sido respeto.

En 1978 ya sabía que fue cobardía.

El pasado no cambiaba.

Cambiaba la palabra con la que uno se permitía recordarlo.

En 1976, dos años después de la muerte de Aranda, Silvestre vio a su viuda en una parada de autobús.

La reconoció por una fotografía del expediente.

Ella no lo reconoció a él.

Durante unos segundos pensó en acercarse. Decir su nombre. Pedir perdón. Confesar que había golpeado a su marido.

No lo hizo.

Con el tiempo se dijo que habría sido cruel cargarla con una verdad que no podía reparar nada.

En 1978 ya no estaba seguro.

Tal vez no había querido protegerla.

Tal vez solo había querido evitar ver qué cara ponía una mujer cuando descubría que uno de los hombres responsables de la muerte de su marido llevaba veinte años durmiendo con normalidad.

La culpa siempre sabía disfrazarse de consideración.

A finales de 1974, Mercadal llevó a Silvestre a una oficina vacía.

—Hay una investigación interna —dijo.

Silvestre sintió alivio.

—Por Aranda.

—No exactamente. Por filtraciones a prensa.

El alivio se convirtió en otra cosa.

—Un hombre ha muerto.

—Y quieren saber quién habló.

—¿Eso es todo?

Mercadal se acercó.

—Escúchame bien. Si preguntan, el detenido llegó alterado, se resistió y se desplomó horas después. No viste nada fuera de procedimiento.

—Sí vi.

—No.

—Yo le pegué.

—Cumpliendo una reducción.

—Tres veces.

—No recuerdas cuántas.

Silvestre comprendió el mecanismo mientras ocurría. No le pedían mentir de golpe. Le ofrecían palabras menos precisas.

Reducción.

Alterado.

Procedimiento.

—¿Y si digo la verdad?

Mercadal lo miró con cansancio.

—¿Cuál de ellas?

A la mañana siguiente Silvestre declaró.

Usó las palabras de Mercadal.

En 1977, cuando se habló públicamente de reformas policiales, Silvestre buscó el expediente de Aranda.

Quería saber si algo había cambiado.

La carpeta seguía allí.

El parte que él había firmado seguía diciendo «resistencia».

El informe médico seguía hablando de fallo cardiaco.

Su declaración seguía usando las palabras de Mercadal.

Ninguna reforma podía modificar una hoja que nadie cuestionaba.

Silvestre tuvo el impulso de añadir una nota.

No lo hizo.

Cerró la carpeta y la devolvió.

Un año después, con Rosalinda, empezaría a comprender que su verdadera culpa no era solo lo que había escrito en 1974.

Era haber tenido cuatro años para corregirlo y no haberlo hecho.

En la primavera de 1975, Silvestre recibió una carta sin remitente. Dentro había una copia de la hoja vecinal sobre la muerte de Aranda y una frase escrita a máquina:

USTED SABE CÓMO ENTRÓ. PREGÚNTESE CÓMO SALIÓ.

La guardó durante semanas en el cajón del escritorio.

No investigó quién la había enviado.

Cada mañana abría el cajón, veía el sobre y lo cerraba.

Un día Mercadal entró sin llamar.

—¿Qué escondes ahí?

Silvestre cerró demasiado deprisa.

—Nada.

Mercadal sonrió.

—Entonces es algo.

Silvestre le enseñó la carta.

El comisario la leyó.

—Basura.

—Puede saber algo.

—Sabe que te sientes culpable. Eso es suficiente para hacerte bailar.

—¿Y si tiene razón?

Mercadal rompió la hoja por la mitad.

Silvestre se levantó.

—¿Qué haces?

Mercadal volvió a romperla.

—Ayudarte.

Los cuatro trozos cayeron sobre la mesa.

—No te lo he pedido.

—Nunca se pide la ayuda que hace falta.

Después de que se marchara, Silvestre pegó los pedazos con cinta adhesiva.

La cicatriz atravesó la palabra **sabe**.

Conservó aquella hoja hasta 1977. Luego, una noche de borrachera, la quemó en el fregadero.

En 1978 intentaría recordar el tipo de letra, la posición de los márgenes, cualquier detalle que permitiera averiguar de dónde había

salido.

No pudo.

Había destruido una prueba porque todavía no sabía que lo era.

Eso también formaba parte de su responsabilidad: no todas las pérdidas habían sido ordenadas desde arriba.

Algunas las había ejecutado él con sus propias manos.

Por eso, cuando vio las páginas arrancadas del informe de Rosalinda, no pudo permitirse una indignación limpia.

Conocía el gesto.

Cambiar el papel para cambiar lo ocurrido.

Lo había visto.

Lo había firmado.

Después de la muerte de Joaquín Aranda hubo una investigación interna que duró cuatro días.

Silvestre fue citado el segundo.

Un inspector de Jefatura le preguntó si había visto golpes durante el interrogatorio.

—No recuerdo ninguno relevante.

La frase salió con facilidad.

—¿El detenido se quejó de dolor?

—No que yo recuerde.

—¿Presentaba lesiones al ingresar en el calabozo?

Silvestre pensó en la sangre de la nariz.

—No significativas.

El inspector anotó.

—Puede retirarse.

Eso fue todo.

A la salida, Mercadal lo esperaba en un pasillo. Todavía no era su jefe directo, pero ya tenía influencia suficiente para aparecer donde hacía falta.

—Has hecho lo correcto.

Silvestre sintió alivio.

Ese alivio fue una de las cosas que más tarde odiaría de sí mismo.

—No estoy seguro.

—Lo estarás.

—Murió.

—Tenía una cardiopatía.

—Lo golpeamos.

Mercadal bajó la voz.

—Escúchame. Si empiezas a cargar con cada cosa que pasa en una comisaría, no durarás un año.

—Quizá no debería durar.

—No seas idiota.

Mercadal lo sujetó por el hombro.

—Tú puedes ser de los buenos.

Silvestre creyó que aquello significaba no volver a golpear a un detenido.

Tardó años en entender que también podía significar aprender a quedarse.

La viuda de Aranda presentó una denuncia. Se archivó. Un abogado intentó mover el caso. Recibió una sanción gubernativa por otra cuestión. La asociación de vecinos dejó de mencionar el nombre durante un tiempo.

La olla de lentejas continuó apareciendo en la memoria de Silvestre.

A veces, al entrar en una vivienda durante un registro, miraba primero la cocina.

Nunca explicó a nadie por qué.

En 1978, cuando Ventura le contó que su padre había desaparecido en un calabozo, Silvestre pensó por primera vez que quizá había habido otros agentes como él alrededor de aquel hombre: hombres que no lo mataron, que incluso pudieron desaprobar lo ocurrido, y que después firmaron.

La culpa no necesitaba manos ensangrentadas.

A veces bastaba una firma legible.

Meses después de la muerte de Aranda, Silvestre vio a su viuda en un mercado.

Ella lo reconoció.

Él lo supo por la forma en que dejó de hablar con la frutera.

Durante unos segundos pensó en acercarse.

No lo hizo.

La mujer tenía ahora a los dos hijos con ella. El mayor, el que lo había mirado en comisaría, llevaba una bolsa de patatas.

Silvestre pasó de largo.

Aquella noche escribió una carta.

«Estuve allí.»

La rompió.

Escribió otra.

«Siento lo ocurrido.»

La rompió también.

Una tercera empezó con «No fue exactamente…» y ni siquiera terminó la frase.

Comprendió que buscaba una formulación capaz de decir la verdad sin quedar completamente dentro de ella.

No existía.

Nunca envió nada.

Años después, cuando Feliciana le dijo que no pronunciara «lo siento» como si bastara, recordó aquellas cartas destruidas.

Había pasado media vida confundiendo arrepentimiento con reparación.

En 1975, la viuda de Aranda volvió a cruzarse con Silvestre.

Esta vez ella se acercó.

—Usted estaba allí.

No era una pregunta.

Silvestre asintió.

—Sí.

—¿Lo golpeó?

El mercado siguió alrededor: voces, bolsas, monedas.

Silvestre podía haber mentido.

—Sí.

La mujer cerró los ojos.

—¿Lo mató?

—No lo sé.

—Eso no sirve.

—Es la verdad.

Ella lo abofeteó.

Silvestre no se defendió.

—No vuelva a acercarse a mis hijos.

—Nunca lo he hecho.

—Mejor.

Se marchó.

Silvestre permaneció entre los puestos con la mejilla ardiendo.

Había imaginado muchas veces una confesión.

No había imaginado lo inútil que podía resultar para quien necesitaba una respuesta más simple.

La muerte de Aranda cambió a Silvestre de una manera casi invisible.

Dejó de pegar primero.

Eso era todo.

Seguía entrando en redadas. Seguía firmando informes. Seguía obedeciendo órdenes que consideraba injustas. Pero empezó a colocarse un paso atrás cuando otros levantaban la mano.

Durante años interpretó esa retirada mínima como prueba de que había mejorado.

No siempre lo era.

A veces significaba simplemente que había aprendido a dejar que otro hiciera lo que él no quería hacer.

En 1976, durante un interrogatorio, vio a un agente golpear a un detenido contra la pared.

Silvestre dijo:

—Basta.

El agente paró.

Nadie discutió.

El detenido lo miró.

No con gratitud.

Con desprecio.

Silvestre entendió por qué.

Había detenido el cuarto golpe.

Los tres primeros ya habían ocurrido.

Y él seguía allí.

Aquel episodio dejó otra consecuencia que Silvestre no vio hasta mucho después.

Muntané, el inspector que había dirigido el interrogatorio de Aranda, siguió ascendiendo. Lo trasladaron a otra unidad y años más tarde apareció en una fotografía institucional durante una entrega de condecoraciones. Silvestre vio la imagen en un periódico y sintió una furia inmediata.

La dobló para no tener que mirar la cara del hombre.

Después se dio cuenta de que él también había ascendido.

La comparación lo obligó a desplegar de nuevo el periódico.

Muntané sonreía en primera fila. Silvestre no estaba en la fotografía, pero podía haberlo estado en otra. Había recibido felicitaciones, mejoras de destino, informes favorables. La institución no había distinguido entre el hombre que golpeó más y el que golpeó menos. Tampoco entre quien empezó a arrepentirse y quien no lo hizo.

Tal vez porque el arrepentimiento privado no figuraba en el expediente.

Tal vez porque, mientras no cambiara la conducta pública, tampoco debía figurar.

En 1978, esa idea lo perseguiría al pensar en Mercadal. No bastaba con que un hombre se creyera diferente por dentro.

Las víctimas solo podían conocer lo que había hecho.

La diferencia entre mejorar y absolverse podía caber en tres golpes.

Lo había hecho.

CAPÍTULO 25 — LA PRESIÓN

El ascensor olía a goma quemada.

Silvestre lo notó antes de abrir la puerta de su piso. Era un olor ajeno al edificio, donde siempre dominaban la col hervida, la humedad y el detergente barato. Subió los cuatro pisos con la sensación de que alguien había pasado por allí hacía poco.

La cerradura no estaba forzada.

Eso fue lo primero que le preocupó.

Entró sin encender la luz. La calle proyectaba una claridad amarillenta a través de las persianas. Dejó las llaves en silencio, metió la mano bajo la chaqueta y tocó la culata de la pistola.

—No hace falta —dijo una voz.

Dos hombres estaban sentados en su salón.

Uno en el sofá. Otro junto a la ventana.

No llevaban uniforme. Abrigos oscuros, zapatos mojados, cabello corto. El del sofá tenía una cicatriz blanca en el mentón.

—Bonita casa —dijo.

Silvestre encendió la lámpara.

—Levántense.

—Solo venimos a hablar.

—Entonces aprendan a llamar.

El hombre de la ventana cerró ligeramente una cortina.

—Inspector Amat, nadie quiere problemas.

—Ya los tienen.

—No nosotros.

Silvestre no sacó el arma. Sabía que eso era exactamente lo que querían: una reacción que pudiera convertirse después en un informe disciplinario, en una acusación, en un accidente.

—¿Quién los manda?

El de la cicatriz sonrió.

—Qué importancia tiene.

—Toda.

—Está confundiendo la importancia de las cosas.

Se levantó despacio. No era policía de comisaría. Silvestre lo supo por la manera de moverse: demasiado seguro de que nadie lo iba a detener.

Sobre la mesa había una carpeta que no estaba cuando Silvestre salió por la mañana.

—Eso es suyo —dijo el hombre.

Silvestre la abrió.

La primera fotografía mostraba a Alèxia saliendo del instituto de Lleida.

La segunda, a Jordi, su sobrino, dieciséis años, cruzando una calle con una mochila.

La tercera, la fachada de la casa familiar.

No había texto.

No hacía falta.

Silvestre cerró la carpeta.

—Si tocan a cualquiera de ellos…

—Nadie ha hablado de tocar.

—Acaban de hacerlo.

El hombre del mentón negó con paciencia.

—No. Le estamos recordando que todos tenemos una vida fuera del trabajo.

—¿Y usted?

—¿Yo qué?

—¿Tiene vida fuera del trabajo?

La sonrisa se estrechó.

Silvestre dio un paso hacia él.

—Porque si vuelvo a verlos, empezaré por averiguarlo.

El segundo hombre se separó de la ventana.

—Eso es una amenaza.

—No. Es una explicación.

Hubo unos segundos en los que nadie se movió.

El de la cicatriz miró la placa en el cinturón de Silvestre.

—Todavía cree que eso le protege.

—No.

—Entonces es más listo de lo que dicen.

Los dos salieron.

Silvestre cerró y pasó el pestillo.

Se quedó inmóvil en el salón.

Podía oír su propia respiración.

En la mesa, la fotografía de Jordi parecía una prueba policial. El muchacho estaba riendo con otro alumno. No sabía que alguien lo

había seguido. No sabía que su tío llevaba una investigación clandestina que podía convertirlo en moneda de cambio.

Silvestre telefoneó a Alèxia.

Tardó en contestar.

—¿Sí?

—Soy yo.

Silencio.

—Ya veo.

—Necesito que Jordi no vaya solo unos días.

—¿Qué has hecho?

—Nada.

—Silvestre.

—No he hecho nada.

—Entonces, ¿por qué me llamas a esta hora para decirme que vigile a mi hijo?

Silvestre miró las fotografías.

—Porque alguien quiere que deje un asunto.

—¿Qué asunto?

—No por teléfono.

Alèxia tardó en responder.

—¿Tiene que ver contigo o con la policía?

Silvestre pensó en la redada de 1974, en Muntané, en Mercadal, en el informe de Remei.

—Ya no sé distinguirlo.

—Eso sí me lo creo.

—Por favor.

La palabra salió tan baja que casi no la oyó él mismo.

Alèxia la oyó.

—Mañana no irá al instituto.

—Gracias.

—No te doy las gracias a ti.

Colgó.

Silvestre permaneció con el auricular en la mano.

Luego llamó a Ventura.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—No vengas aquí.

—¿Qué pasa?

—Han entrado.

Silencio.

—¿Quién?

—No sé.

—Voy.

—He dicho que no.

—Y yo no soy su hijo.

Silvestre cerró los ojos.

—Precisamente.

Ventura no respondió.

—Mañana revisa los archivos de personal. Quiero saber quién estuvo destinado en Información y quién trabajó con Mercadal antes del setenta y seis. Sin dejar rastro.

—Eso es imposible.

—Hazlo mal, entonces. Pero hazlo.

Colgó.

Abrió la carpeta de nuevo.

En el fondo había una cuarta fotografía.

Remei saliendo del instituto forense.

Silvestre sintió una furia limpia.

La guardó en el bolsillo.

Aquella noche no durmió.

A las cuatro de la mañana se sentó junto a la ventana con un vaso de agua y observó la calle vacía. En el edificio de enfrente, una mujer colgaba ropa antes del amanecer. Un taxi pasó. Un perro ladró dos veces.

Durante veinte años había creído que el miedo era algo que la policía administraba a otros.

Ahora comprendía lo contrario.

El miedo era la verdadera cadena de mando.

Al amanecer bajó a la calle y recorrió dos manzanas antes de detenerse. No vio el Peugeot oscuro. Tampoco a los hombres del piso.

Entró en una cabina telefónica y llamó a Remei.

—No vayas sola al trabajo.

—Buenos días para ti también.

—Han entrado en mi casa.

Silencio.

—¿Qué se han llevado?

—Nada.

—Entonces querían que lo supieras.

—Sí.

Le habló de las fotografías.

Remei tardó en responder.

—No voy a esconderme.

—No te lo estoy pidiendo.

—Suena parecido.

—Estoy intentando que sigas viva.

—No conviertas eso en una orden.

Silvestre apoyó la sien contra el cristal de la cabina.

—No sé hacerlo de otra manera.

—Pues aprende.

La misma palabra que le había dicho en el hostal.

Antes de colgar, Remei añadió:

—He entregado una copia del informe a una persona fuera de Barcelona.

—¿Quién?

—No.

—Bien.

—¿Ves? También aprendes.

Silvestre colgó.

Luego tomó un tren a Lleida sin avisar. No llegó hasta la casa. Se quedó en una cafetería frente al instituto de Alèxia y observó la salida durante media hora.

Vio a su hermana rodeada de alumnos. Vio a Jordi con la mochila al hombro. No detectó a nadie vigilando, pero sabía que eso no significaba nada.

Podía cruzar la calle.

Podía contarles todo.

No lo hizo.

Regresó a Barcelona con una culpa nueva: la de haber llevado su trabajo hasta la puerta de quienes no habían elegido participar.

En el tren, un niño dormía con la cabeza apoyada en el hombro de su padre.

Silvestre cambió de asiento.

La noche siguiente alguien siguió a Silvestre desde la comisaría.

No lo vio al principio. Lo sintió. Un coche que mantenía siempre la misma distancia, que se detenía cuando él se detenía, que no adelantaba aunque la calle estuviera libre.

Silvestre giró por tres calles sin sentido.

El coche siguió.

Entró en un bar y esperó junto a la ventana. El vehículo pasó de largo. Peugeot oscuro.

No distinguió la matrícula.

Pidió un café.

El camarero señaló una botella.

—¿Algo más fuerte?

Silvestre miró el coñac.

Durante unos segundos el cuerpo recordó antes que él: calor en la garganta, silencio detrás de los ojos, la sensación de que el mundo podía apagarse durante una hora.

—No.

El camarero se encogió de hombros.

Silvestre sostuvo la taza con ambas manos.

Era absurdo que resistirse a un coche que lo seguía resultara más fácil que resistirse a una botella inmóvil.

Cuando salió, el Peugeot había desaparecido.

En casa revisó cerraduras, ventanas, armarios. Nada alterado.

Sobre la mesa dejó la fotografía de Remei junto a la de Jordi.

Dos personas que no habían elegido su culpa.

Comprendió entonces por qué las amenazas funcionaban mejor cuando no prometían violencia concreta. La imaginación hacía el resto gratis.

Al día siguiente, Silvestre pidió a un cerrajero que cambiara la cerradura del piso. El hombre trabajó durante una hora sin hacer preguntas hasta que encontró pequeñas marcas en el bombín antiguo.

—La abrieron con herramienta.

—¿Puede saber cuál?

—No.

—¿Profesional?

El cerrajero se encogió.

—Lo bastante para no romper nada.

Silvestre pagó en efectivo.

—Ponga una más difícil.

—Todas se abren.

—Una que tarde más.

El hombre sonrió.

—Eso sí existe.

Cuando terminó, Silvestre comprendió que acababa de aplicar a una puerta la misma lógica que intentaba aplicar al caso: no impedir lo inevitable, sino obligar al otro a dejar más rastro.

Esa noche preparó tres sobres con copias diferentes. Uno contenía el informe de Remei. Otro, las fotografías del archivo. El tercero, solo una lista de nombres y fechas.

No confió a nadie el conjunto completo.

La desconfianza empezó a parecerse demasiado a la prudencia.

Los dos hombres esperaban dentro del piso.

Silvestre lo supo antes de encender la luz porque olió el tabaco.

No fumaba en casa desde hacía años.

Cerró la puerta detrás de sí.

—Podrían haber llamado.

Una lámpara se encendió.

El hombre del Peugeot negro estaba sentado en su sillón. El otro, más joven, junto a la ventana.

—Inspector Amat.

—Ya sabe mi nombre. Yo no sé el suyo.

—No hace falta.

Silvestre dejó las llaves sobre una mesa.

—Entonces tampoco hace falta que hablemos.

El hombre sonrió.

—Solo queremos evitar malentendidos.

—Entrar en mi casa ayuda mucho.

Sobre la mesa había una carpeta. Silvestre la abrió.

Fotografías de Alèxia saliendo del instituto. De su sobrino esperando un autobús. De Remei entrando en el Anatómico. De Ventura comprando un periódico.

Sintió una ira tan limpia que casi resultó agradable.

—¿Qué quieren?

—Nada.

—Han allanado mi casa para nada.

—La puerta estaba abierta.

—No.

—Entonces debería cambiar la cerradura.

Silvestre miró las fotografías.

—Si les pasa algo…

—No amenace.

—No es amenaza.

—¿Qué es?

—Una explicación de lo que vendrá después.

El hombre del sillón se inclinó.

—Eso es precisamente lo que queremos evitar. Usted está investigando un asunto que ya no le corresponde. Está involucrando a personas que no tienen nada que ver. Puede perjudicar carreras. Familias.

—Rosalinda tenía familia.

—Y su madre ha aceptado cerrar el asunto.

—Su madre está medicada y representada por un abogado que trabaja para la empresa del padre de la muerta.

Por primera vez, el hombre perdió la sonrisa.

—Mide mal sus palabras.

—Las mido muy bien.

—No sabe con quién está hablando.

—Ese parece ser el orgullo de todos ustedes.

El joven de la ventana dio un paso.

Silvestre no se movió.

—¿Policía? —preguntó.

Ninguno respondió.

—Guardia Civil no. Demasiado buenos zapatos. Seguridad privada quizá. O antiguos compañeros que descubrieron que fuera se paga mejor.

El hombre del sillón se levantó.

—Déjelo, Amat.

—¿El qué?

—La niña.

La palabra le produjo una náusea súbita.

—Tiene nombre.

—Todos tenemos.

—Rosalinda Vega.

—Buenas noches.

Los dos se dirigieron a la puerta.

Silvestre agarró al joven del brazo.

—¿Quién paga?

El hombre se soltó.

—No haga eso.

—¿Berrocal?

El mayor se volvió.

—Usted cree que esto funciona como una película. Un hombre malo que ordena y otros obedecen. Es más sencillo. Hay intereses que coinciden.

—¿El de quién?

—El de que las cosas sigan funcionando.

Se marcharon.

Silvestre esperó hasta oír el ascensor.

Después cerró con llave y se sentó frente a las fotografías.

Su sobrino tenía diecisiete años.

En una imagen aparecía riendo con una chica. En otra compraba una revista.

La banalidad de las fotos era lo más amenazante. No mostraban peligro. Mostraban acceso.

Llamó a Alèxia.

—¿Qué pasa? —preguntó ella al oír su voz.

—Nada.

—No me llames a estas horas para decir nada.

Silvestre miró la fotografía.

—Quiero que durante unos días estés atenta.

—¿A qué?

—A gente que no conozcas. Coches.

—Silvestre.

—Hazme caso.

Hubo silencio.

—¿Tiene que ver con la niña?

—Sí.

—¿Estás en peligro?

—No lo sé.

—Entonces yo tampoco sé si hacerte caso.

—Por favor.

Alèxia respiró hondo.

—Eso sí es nuevo.

—¿Qué?

—Que pidas algo sin dar una orden.

Silvestre cerró los ojos.

—¿Lo harás?

—Sí.

Después llamó a Remei. No contestó.

Llamó otra vez.

Nada.

A la tercera, respondió somnolienta.

—¿Qué ocurre?

Silvestre tardó un segundo demasiado largo.

—Nada.

—Vete al diablo.

Colgó.

Silvestre casi sonrió.

Después llamó a Ventura.

—Mañana no vengas conmigo.

—¿Adónde?

—A ninguna parte.

—Entonces será fácil.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Silvestre miró las fotos del joven.

—Te están siguiendo.

Silencio.

—¿Quién?

—No sé.

—¿Por el caso?

—Sí.

Ventura tardó.

—Entonces estamos cerca.

Silvestre sintió ganas de gritarle.

—No es un juego.

—Nunca dije que lo fuera.

—Tienes veintidós años.

—Mi padre tenía treinta y cuatro cuando desapareció. La edad no lo protegió.

Silvestre apretó el teléfono.

—No quiero que te pase nada.

—Eso tampoco es una orden.

No.

Era algo peor.

Era afecto.

Y por primera vez Silvestre comprendió por qué el miedo siempre encontraba una puerta.

Silvestre cambió la cerradura al día siguiente.

El cerrajero encontró marcas junto al marco.

—Han usado una ganzúa buena —dijo.

—¿Se nota?

—A mí sí.

—¿Puede demostrarlo?

El hombre se rió.

—Demostrar es otra tarifa.

Silvestre pagó en efectivo.

Después recorrió el piso como si fuera de otra persona. Buscó micrófonos sin saber exactamente qué aspecto tenían. Revisó cajones, lámparas, enchufes. No encontró nada.

La sensación de invasión permaneció.

Quemó varios borradores y trasladó otros papeles a casa de Remei, que se enfadó.

—No conviertas mi piso en tu archivo.

—Es temporal.

—Todo lo temporal acaba viviendo aquí.

—Solo unos días.

Remei sostuvo una carpeta.

—¿Qué contiene?

—Copias de Terralta.

—¿Y si registran mi casa?

Silvestre comprendió que no había pensado en ello.

—Me las llevo.

—No. Ahora que ya las has traído, repartir es mejor.

Dividieron el contenido.

Una parte quedó con Remei.

Otra fue a Alèxia.

Una tercera con Anselmo.

La cuarta, en una consigna de estación bajo un nombre falso.

Silvestre empezó a vivir como los hombres a los que había perseguido años atrás.

Códigos.

Copias.

Puntos muertos.

La ironía no le gustaba.

Ventura sí la señaló.

—¿Se da cuenta de que está aplicando técnicas de clandestinidad?

—Cállate.

—Solo digo que quizá aprendió algo útil del enemigo.

—No uses esa palabra.

—¿Enemigo?

—Sí.

—¿Por qué?

Silvestre pensó en Aranda.

—Porque fue la palabra que nos permitió hacer demasiadas cosas.

La mañana después de la visita, Silvestre recibió una llamada sin voz.

Solo respiración.

Colgó.

Volvieron a llamar una hora después.

Esta vez una voz masculina dijo:

—Lleida es bonita en invierno.

Y colgó.

Silvestre condujo hasta el instituto de Alèxia sin avisar.

La esperó a la salida.

—Te dije que estuvieras atenta.

—Y yo te dije que no me dieras órdenes.

—Han llamado mencionando Lleida.

Alèxia dejó de discutir.

—¿Crees que harán algo?

—No lo sé.

—Entonces dime qué hago.

Silvestre miró a su alrededor. Padres, alumnos, profesores.

—Nada distinto. Solo no estés sola unos días.

—No voy a esconderme.

—No te lo pido.

Alèxia lo observó.

—Estás asustado.

—Sí.

Era una palabra que rara vez pronunciaba.

Ella asintió.

—Bien. Ahora podemos hablar como personas.

Alèxia se negó a dejar de dar clase.

Silvestre pasó dos mañanas estacionado cerca del instituto, observando coches.

Al tercer día ella salió y golpeó el cristal de su ventana.

—Esto es ridículo.

—Sube.

—No.

—Alèxia.

—Llevas dos días haciendo de policía sin placa delante de mi trabajo.

Silvestre salió del coche.

—Estoy intentando protegerte.

—No. Estás intentando controlar lo que te da miedo.

La frase lo paralizó.

Alèxia cruzó los brazos.

—¿Ves a alguien siguiéndome?

—No.

—¿Ha pasado algo?

—No.

—Entonces vuelve a Barcelona.

—Podrían esperar a que me vaya.

—Y podrían no hacer nada. No puedes vivir dentro de todos los futuros posibles.

Silvestre miró la calle.

—Es fácil decirlo.

—No. Es necesario decirlo.

Un grupo de alumnos salió del edificio. Algunos saludaron a Alèxia.

—Tengo una vida —continuó ella—. No permitas que esos hombres me la quiten antes de tocarme.

Silvestre entendió.

La amenaza estaba funcionando precisamente porque ya reorganizaba sus días.

—Te llamaré esta noche.

—Eso sí.

—Y si ves algo…

—Te llamo.

—Promételo.

Alèxia suspiró.

—Lo prometo.

Silvestre regresó a Barcelona.

Durante el trayecto se sintió culpable por dejarla.

Después comprendió que proteger a alguien también podía significar respetar su derecho a decidir cuánto miedo estaba dispuesto a soportar.

La prudencia dejaba de ser virtud cuando servía para elegir por los demás.

CAPÍTULO 26 — EL NOMBRE DEL JEFE

El polvo de los archivos sabía a yeso.

Ventura llevaba tres horas revisando expedientes de gastos cuando encontró la fotografía.

No estaba donde debía.

Eso fue lo que la hizo importante.

Apareció dentro de un sobre de representación del verano de 1976. Cinco hombres posaban junto a un jabalí. Escopetas abiertas. Copas en las manos. Sonrisas de quienes no necesitan preguntar quién ha pagado el almuerzo.

En el reverso había una fecha y un lugar:

Montseny, 17-VII-76.

Ventura reconoció a Mercadal de inmediato.

Más joven, sin gafas, una mano apoyada en el hombro del hombre que estaba a su lado.

Néstor Berrocal.

También estaban el juez Barnet, Bru Brion y un cuarto hombre al que Ventura tardó más en identificar: Josep Castany, abogado y administrador de varias sociedades vinculadas a Terralta.

—Mierda —susurró.

Hizo una copia fotográfica y devolvió el original al sobre exactamente como lo había encontrado.

Media hora después apareció algo peor.

Un parte interno fechado el 27 de octubre de 1977.

R. VEGA SERRANO. SEGUIMIENTO PREVENTIVO SOLICITADO POR TERCERO.

No figuraba el nombre del tercero.

Sí el destinatario.

Z. MERCADAL BOSCH.

Doce días antes de la desaparición.

Ventura leyó la hoja tres veces.

Luego la copió a mano y, después, con papel carbón.

Al salir del archivo se encontró con Noguera.

—¿Qué haces aquí abajo?

—Inventario.

—Desde cuándo haces inventarios.

—Desde que alguien me manda.

Noguera lo observó.

—Ten cuidado con Amat.

Ventura guardó la cara.

—¿Por qué?

—Se mete donde no debe.

—Eso dice él de todo el mundo.

—No es una broma.

Ventura vio miedo, no complicidad.

—¿Qué sabe?

—Nada.

—Entonces no me advierta.

Noguera apartó la mirada.

—Haz lo que quieras.

Ventura esperó a que se marchara.

Encontró a Silvestre en un café cerca de la plaza de las Glòries. La lluvia golpeaba el cristal con la paciencia de algo que no tenía intención de terminar.

Dejó la fotografía sobre la mesa.

Silvestre la miró.

Mercadal.

Barnet.

Berrocal.

Castany.

Brion.

Todos en el mismo encuadre.

—¿Dónde?

—Montseny. Julio del setenta y seis.

Silvestre giró la copia.

—¿Brion también?

—Sí.

—Hijo de puta.

No quedó claro de quién hablaba.

Ventura sacó la copia del parte de seguimiento.

Silvestre la leyó despacio.

—Octubre.

—Antes de que desapareciera.

—Sí.

—Mercadal sabía quién era Rosalinda.

Silvestre no respondió.

—Y sabía que alguien quería vigilarla.

—Sí.

—Entonces estaba dentro desde el principio.

Silvestre levantó la mirada.

—No sabemos dentro de qué.

Ventura apoyó las manos sobre la mesa.

—¿Todavía va a defenderlo?

—No estoy defendiéndolo.

—Lo parece.

—Estoy intentando no convertir una fotografía en una condena porque me convenga.

—¿Le conviene que sea inocente?

La pregunta fue demasiado precisa.

Silvestre guardó silencio.

Llevaba más de veinte años trabajando con Mercadal. Aquel hombre lo había protegido durante investigaciones internas, había frenado sanciones, había encontrado destinos cuando otros querían apartarlo. Cada prueba contra él necesitaba atravesar algo más que un criterio profesional.

Tenía que atravesar gratitud.

—Mañana hablaré con él —dijo.

—Voy con usted.

—No.

—Siempre no.

—Necesito que alguien quede fuera.

Ventura entendió.

—¿Por si le pasa algo?

Silvestre miró la lluvia.

—Por si me pasa lo de siempre.

—¿Qué es lo de siempre?

—Que termine obedeciendo.

Ventura guardó la fotografía en un sobre distinto al del parte.

—Hice dos copias.

—Haz tres.

—Ya las hice.

Silvestre lo miró.

—Aprendes deprisa.

—No sé si es bueno.

—No lo es.

Antes de regresar a la comisaría, Ventura pasó por casa de su madre.

Carmen Ferrer vivía en Badalona, en un tercero sin ascensor. Lo recibió con croquetas y una acusación inmediata de estar demasiado delgado.

—Mamá, ¿te suena Zenón Mercadal?

La mujer dejó el plato.

—¿Por qué?

—Trabajo.

—No me mientas.

Ventura sacó la fotografía, cubriendo con la mano parte del encuadre.

Carmen miró el rostro de Mercadal.

El color se le fue de la cara.

—Ese hombre estaba allí.

—¿Dónde?

—Cuando fui a preguntar por tu padre.

Ventura sintió que la habitación se quedaba sin aire.

Su padre había desaparecido en 1971 después de ser detenido durante una protesta laboral. Durante años la familia recibió respuestas contradictorias: traslado, puesta en libertad, fuga, error de registro. Nunca hubo un cuerpo.

—¿Estás segura?

Carmen se enfadó.

—He olvidado muchas cosas para poder seguir viviendo. Esa cara no.

—¿Te habló?

—No. Estaba en un pasillo. Otro me dijo que me fuera a casa.

Ventura guardó la fotografía.

—No hagas ninguna tontería —dijo ella.

—No.

—Tu padre también decía que no.

—Papá no era policía.

—No. Era un hombre que creyó que tener razón lo protegía.

Ventura no respondió.

Al salir comprendió por qué Silvestre le había advertido que no convirtiera a Rosalinda en su padre.

Ya lo había hecho.

Esa noche fue él quien buscó a Silvestre.

Lo encontró en la comisaría, solo, revisando una relación de llamadas internas.

—Mi madre conocía a Mercadal.

Silvestre levantó la vista.

Ventura se lo contó.

No obtuvo la reacción que esperaba.

—No uses esto todavía.

—¿Por qué?

—Porque ahora quieres que Mercadal sea culpable de todo.

—¿Y usted no?

Silvestre tardó.

—Quiero que no lo sea.

La sinceridad desarmó al joven.

—Eso es peor.

—Sí.

Ventura se sentó.

—Entonces estamos jodidos.

Silvestre dejó la lista sobre la mesa.

—Por eso escribimos lo que sabemos y aparte lo que queremos que sea verdad.

Le tendió una hoja.

Ventura escribió:

Quiero que Mercadal sepa qué le pasó a mi padre.

Silvestre cogió otra.

Escribió:

Quiero que Mercadal no haya entregado a Rosalinda.

Los dos leyeron sus propias frases.

No las rompieron.

Llegar a aquella lista de llamadas había costado más de lo que Ventura admitió al principio.

Durante tres noches se quedó después del turno copiando a mano números de registro y hojas de comunicaciones. No podía llevarse los libros sin dejar un hueco visible. Trabajaba bajo una lámpara de mesa, escuchando los pasos del ordenanza en el pasillo.

En la segunda noche encontró una anomalía: varias llamadas del despacho de Mercadal no figuraban en el libro principal, pero sí en las facturas internas de la centralita. Alguien había arrancado una hoja y vuelto a numerar las siguientes con tinta parecida.

Ventura no era experto en archivos. Era bueno, en cambio, viendo cuándo alguien se había esforzado demasiado para que una cosa pareciera normal.

Copió fechas, horas y destinos.

Castany aparecía tres veces.

Una llamada a un número de Terralta coincidía con el día en que Rosalinda había acudido a la comisaría.

Otra se hizo desde el despacho de Mercadal a las 23:17 del día anterior al hallazgo del cuerpo.

Ventura dejó de escribir.

En el edificio solo se oía el zumbido de los fluorescentes.

Pensó en su padre.

Durante años había imaginado que una desaparición dejaba un agujero visible. Un expediente ausente, una fotografía arrancada, una celda con un número. Ahora entendía que podía dejar algo mucho peor: una superficie reparada con paciencia.

El ordenanza apareció en la puerta.

—¿Qué haces todavía aquí?

Ventura cerró el cuaderno.

—Partes atrasados.

—A tu edad yo tenía mejores cosas que hacer por la noche.

—Seguro.

El hombre miró los libros de centralita.

—Eso no son partes.

Ventura esperó.

El ordenanza tenía sesenta años y llevaba más tiempo en el edificio que la mayoría de los policías.

—Si vas a copiar algo —dijo al fin—, no uses siempre el mismo cuaderno.

Se marchó.

Ventura se quedó inmóvil.

A la mañana siguiente encontró sobre su mesa dos hojas de papel carbón y una llave pequeña sin etiqueta.

No preguntó de dónde habían salido.

La llave abría un armario de comunicaciones antiguas.

Allí encontró el registro completo.

Cuando se lo contó a Silvestre, este quiso saber quién lo había ayudado.

—No sé su nombre.

—Trabajas con él todos los días.

—He dicho que no sé su nombre.

Silvestre entendió.

El encubrimiento era coral.

La resistencia, a veces, también.

Ventura hizo una segunda copia de las llamadas y no se la entregó a Silvestre.

La llevó a casa de su madre.

Carmen Ferrer vivía en un piso pequeño de Sant Andreu. Al ver los papeles sobre la mesa, dejó de limpiar judías.

—¿Qué es esto?

—Por si me pasa algo.

La mujer no tocó las hojas.

—No vuelvas a decir esa frase en mi casa.

—Mamá.

—Tu padre la dijo.

Ventura bajó la mirada.

—No sabía eso.

—Porque tenías quince años y yo ya tenía bastante con uno desaparecido.

Carmen se sentó.

—¿Tiene que ver con él?

—No directamente.

—Entonces déjalo.

Ventura pensó en Rosalinda.

—No puedo.

Su madre lo miró durante un largo rato.

—Eso también lo dijo tu padre.

No hubo heroísmo en la escena. Carmen no bendijo la investigación ni le pidió que continuara. Guardó las copias dentro de una bolsa de harina vacía y la colocó detrás de unas latas.

—Si vienes a buscarlas, te las doy. Si viene otro, no existen.

—Gracias.

—No me des las gracias. Me estás haciendo cómplice de algo que no quiero.

Ventura asintió.

La frase se le quedó clavada.

Hasta entonces había pensado en los cómplices como personas que elegían el mal. Empezaba a comprender que muchas complicidades nacían de una relación, de un miedo o de una petición que alguien no podía rechazar sin perder a quien amaba.

El sistema conocía esa debilidad.

También quienes intentaban combatirlo podían aprovecharse de ella.

Silvestre abrió después una carpeta con su apellido.

La había encontrado esa misma tarde en una balda del despacho de Mercadal mientras el jefe estaba reunido. No la había tocado entonces. Había esperado a que Ventura regresara.

—¿Es suyo? —preguntó el joven.

—Debería estar en Jefatura.

Dentro había sanciones antiguas, informes de servicio y varias notas que nunca llegaron al expediente oficial.

Faltaba una cosa.

La investigación interna por la muerte de Joaquín Aranda en 1974.

—¿Dónde está? —preguntó Ventura.

—No lo sé.

—Mercadal lo sacó.

—Puede.

—Otra vez.

Silvestre lo miró.

—¿Qué?

—Reduce todo hasta que parezca pequeño.

Silvestre sintió irritación.

—Es mi trabajo.

—No. Su trabajo era investigar. Esto es miedo a creerlo.

La frase quedó entre ambos.

Silvestre cerró la carpeta.

En una hoja suelta encontró una anotación de 1974: **AMAT. CONSERVAR. ÚTIL.**

Nada más.

Se quedó mirándola demasiado tiempo.

—¿Qué significa? —preguntó Ventura.

—No sé.

—¿De quién es la letra?

Silvestre sí lo sabía.

—Mercadal.

La palabra «útil» le produjo una sensación peor que «protegido».

Durante años había interpretado cada favor como afecto, camaradería o deuda entre policías. Ahora aparecía otra posibilidad: Mercadal no había evitado que la institución expulsara a Silvestre por compasión.

Quizá había preservado una pieza.

Ventura sacó entonces la lista de llamadas de la semana en que Rosalinda acudió a comisaría.

—Hay tres comunicaciones desde el despacho de Mercadal al bufete de Castany.

Silvestre leyó las horas.

Una coincidía casi exactamente con la visita de la muchacha.

—Esto sí es algo —dijo Ventura.

—Prueba que llamó.

—Y que lo hizo cuando Rosalinda estaba aquí.

—Sí.

—¿Suficiente?

Silvestre apoyó los codos sobre la mesa.

—Suficiente para preguntarle.

—¿Y si miente?

—Entonces escuchamos cómo miente.

Ventura guardó una copia de todo en el interior de su chaqueta.

—Tengo otra fuera.

—¿Dónde?

—No se lo voy a decir.

Silvestre lo miró.

—Bien.

—¿No se enfada?

—Mucho.

—No lo parece.

—Eso también se aprende.

Antes de separarse, Ventura preguntó:

—¿Se arrepiente de ser policía?

Silvestre pensó en la carpeta con su apellido, en la palabra **ÚTIL**, en la fotografía de caza, en Rosalinda sentada quizá en una silla de aquella misma comisaría esperando que alguien hiciera su trabajo.

—No todos los días.

—¿Hoy?

Silvestre guardó el parte de seguimiento.

—Hoy me arrepiento de haber tardado tanto en hacerme la pregunta.

Al pasar frente al despacho de Mercadal, vio la luz encendida.

El jefe hablaba por teléfono.

Se reía.

Silvestre no entró.

Aún no.

Primero quería saber si la gratitud podía sobrevivir a una pregunta formulada con todas las pruebas encima de la mesa.

ACTO III — FOSA COMÚN

CAPÍTULO 27 — LA CONFRONTACIÓN

El reloj del despacho marcaba las nueve y siete.

Silvestre entró sin llamar.

Mercadal levantó la vista de unos papeles.

—Buenos días.

Silvestre dejó sobre la mesa la fotografía de la cacería, el parte de seguimiento de Rosalinda y la relación de llamadas al despacho de Castany.

Mercadal miró los tres documentos.

No fingió sorpresa.

Eso fue peor.

—¿Dónde los has conseguido?

—¿La conocías antes de que desapareciera?

Mercadal se quitó las gafas.

—Cierra la puerta.

Silvestre no se movió.

—Ciérrala tú.

El comisario se levantó y lo hizo.

Durante unos segundos ninguno habló.

El fluorescente zumbaba sobre sus cabezas. Afuera, una máquina de escribir golpeaba con un ritmo irregular. La comisaría seguía funcionando con la obscena normalidad de los lugares donde una verdad importante solo ocupa un despacho.

—¿Conocías a Rosalinda Vega? —repitió Silvestre.

—Sabía quién era.

—¿Desde cuándo?

—Desde que Néstor me pidió discreción.

La palabra cayó con una suavidad insoportable.

—¿Discreción?

—Una hija no reconocida. Una muchacha que amenazaba con presentarse en su casa, en actos, en la empresa. Quería evitar un escándalo.

—Tenía quince años.

—Lo sé.

—Mandaste seguirla.

Mercadal miró el parte.

—Pedí comprobar con quién se relacionaba.

—¿Por qué?

—Berrocal decía que alguien podía estar utilizándola para chantajearlo.

—¿Y le creíste?

—Le creí lo suficiente para mirar.

Silvestre apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Doce días después desapareció.

—Sí.

—¿Qué hiciste?

Mercadal tardó.

—Nada útil.

—No te he preguntado si fue útil.

—La denuncia llegó como fuga voluntaria. La madre no sabía con quién se había ido. Había antecedentes de ausencias cortas. Y Néstor insistía en que la chica estaba intentando presionarlo.

—Tú sabías quién era su padre.

—Sí.

—Y lo ocultaste en el expediente.

—Sí.

La sinceridad de Mercadal tenía algo de defensa. Cada admisión parcial parecía destinada a impedir la pregunta siguiente.

Silvestre señaló la relación de llamadas.

—Rosalinda vino aquí.

Mercadal no respondió.

—Estuvo en esta comisaría y tú llamaste a Castany tres veces.

El jefe se sentó.

—Una vez.

Silvestre sintió que el suelo se inclinaba.

—La viste.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Finales de octubre. Llegó sola. Preguntó por un inspector.

—¿Por mí?

—Por cualquiera que quisiera escucharla.

La frase dolió más de lo que Silvestre esperaba.

—¿Qué contó?

Mercadal se frotó la frente.

—Que Berrocal era su padre. Que quería reconocerla en privado y negarla en público. Que le habían ofrecido dinero. Que tenía papeles. Estaba enfadada y asustada.

—¿Pidió protección?

Mercadal levantó la vista.

—Sí.

Silvestre permaneció inmóvil.

—¿Y qué hiciste?

—Llamé a Castany.

—¿Por qué?

—Porque era el abogado de Berrocal y pensé que aquello podía resolverse como un asunto familiar.

—La entregaste.

—No.

—La entregaste.

—Mandé que la llevaran con su madre.

—No volvió a su casa.

—Lo supe después.

Silvestre rodeó la mesa.

—¿Quién vino a recogerla?

Mercadal apretó los labios.

—Castany.

—¿Solo?

—Con un chófer.

—¿Eusebio Roca?

Una pausa mínima.

—No recuerdo el nombre.

Silvestre agarró a Mercadal por la solapa.

El comisario no se defendió.

—Era una niña.

—Sí.

—Pidió ayuda.

—Sí.

—Y llamaste al hombre del que pedía protección.

—Llamé a un abogado.

Silvestre apretó más.

—Eso es lo que te dices.

Mercadal lo miró de frente.

—Suéltame.

Silvestre no lo hizo.

—¿Sabías dónde la tenían?

—No.

—¿Fuiste a verla después?

Mercadal desvió la mirada.

Silvestre sintió una descarga.

—Fuiste.

—Una vez.

—¿Dónde?

—Una nave cerca del río.

—¿Cuándo?

—Febrero.

—¿Antes de que apareciera el cuerpo?

—Sí.

Silvestre lo soltó.

Mercadal se arregló la chaqueta.

—Fui porque Castany me llamó. La situación se había descontrolado. Rosalinda llevaba demasiado tiempo retenida. Dije que tenían que devolverla a casa.

—¿Retenida?

—Usa la palabra que quieras.

—Secuestrada.

Mercadal cerró los ojos.

—Sí.

La admisión quedó suspendida.

—¿Estaba viva?

—Sí.

—¿La viste?

—Sí.

—¿Hablaste con ella?

—No.

—¿Por qué no la sacaste tú mismo?

Mercadal golpeó la mesa con la palma.

—Porque pensé que la sacarían al día siguiente. Porque Castany me aseguró que la llevarían con su madre. Porque Néstor estaba dispuesto a pagar para que se fuera a Francia con documentación y porque, en aquel momento, me pareció una solución menos peligrosa que detener a media docena de hombres con amigos en Gobernación y un juez sentado a su mesa.

—¿Menos peligrosa para quién?

Mercadal abrió la boca.

No contestó.

Silvestre sintió que aquella era la única pregunta que importaba.

—Dos días después Nogués le llevó la pulsera a Feliciana —dijo—. Luego apareció el cuerpo.

—Lo sé.

—¿Quién te avisó?

—Castany.

—¿Antes o después del hallazgo?

Mercadal calló.

—Antes —dijo Silvestre.

—Horas antes.

—Y no hiciste nada.

—No sabía que estaba muerta.

—Sabías suficiente.

Mercadal levantó la voz.

—¡Tú también has sabido suficiente muchas veces!

El nombre de Joaquín Aranda no hizo falta.

Silvestre se quedó quieto.

Mercadal señaló la puerta.

—No vengas aquí a inventarte una frontera moral. Estuviste en la redada del setenta y cuatro. Golpeaste a un detenido. Firmaste el parte. Yo hice desaparecer una investigación interna que podía haberte expulsado del cuerpo.

—Lo sé.

—No. Ahora lo sabes porque te conviene saberlo. Durante cuatro años te pareció protección.

Silvestre sacó del bolsillo la copia de la nota encontrada en su expediente.

AMAT. CONSERVAR. ÚTIL.

La dejó sobre la mesa.

Mercadal la miró.

—¿Qué significa?

—Lo que dice.

—¿Me protegiste porque era útil?

Mercadal se sentó de nuevo.

—Te protegí porque eras bueno y porque estabas roto. Los hombres rotos entienden rápido cómo funciona una institución. No necesitan que se les explique demasiado el precio de pertenecer.

Silvestre sintió náusea.

—Hablas como Berrocal.

—No. Berrocal cree que el dinero lo absuelve. Yo nunca he creído estar absuelto.

—Eso no te hace mejor.

—Nunca he dicho que lo haga.

El comisario tomó la fotografía de la cacería.

—¿Sabes qué ves aquí?

—Cinco hombres protegiéndose.

—Ves un país entero aprendiendo a cambiar de traje sin cambiar de agenda. Jueces, policías, constructores, funcionarios. Algunos votarán distinto. Otros se llamarán demócratas. Todos seguirán necesitando favores.

—¿Y eso justifica a Rosalinda?

—No.

—Entonces deja de explicarlo como si lo hiciera.

Mercadal dejó la fotografía.

—Tú quieres una razón que convierta esto en un crimen cometido por monstruos. No la hay.

—No necesito monstruos.

—Sí. Los necesitas para no parecerte a ellos.

Silvestre miró sus manos.

—Me parezco.

Mercadal no esperaba la respuesta.

—Por eso estoy aquí —continuó Silvestre—. No para demostrar que soy distinto. Para dejar de ayudarte a fingir que no lo somos.

Sacó la placa.

La sostuvo entre dos dedos.

—¿Qué haces?

Silvestre la miró.

—Todavía no lo sé.

—Si sales por esa puerta, puedo impedir que vuelvas.

—Puede que esa sea la idea.

—¿Y qué crees que ocurrirá? ¿Que un periódico publicará tus papeles? ¿Que Barnet detendrá a Berrocal? ¿Que una comisión va a limpiar veinte años porque tú tengas una crisis de conciencia?

—No.

—Entonces ¿para qué?

Silvestre guardó la placa otra vez.

—Para no ayudarte más.

Mercadal lo llamó antes de que abriera.

—Silvestre.

Se volvió.

El jefe parecía de pronto más viejo que sus cincuenta y ocho años.

—Yo te salvé muchas veces.

—Ese fue el problema.

Salió.

No abandonó el edificio de inmediato.

Se sentó en un banco del vestíbulo y encendió un cigarrillo a pesar del cartel que lo prohibía. Le temblaban las manos.

Ventura apareció unos minutos después.

—Le dije que no viniera.

—No he entrado.

—Es casi lo mismo.

Se sentó a su lado.

Silvestre le contó lo esencial: Rosalinda había acudido a la comisaría, Mercadal había llamado a Castany y más tarde había visto a la muchacha retenida en una nave.

Ventura cerró los ojos.

—Entonces la pudo sacar.

—Sí.

—Y no lo hizo.

—No.

—¿Por qué?

Silvestre miró el humo.

—Porque hacer lo correcto tenía demasiadas consecuencias para demasiada gente.

—Eso no es una razón.

—Precisamente.

Ventura guardó silencio.

Después preguntó:

—¿Le habló de Aranda?

Silvestre lo miró.

—¿Has leído todo mi expediente?

—Lo que encontré.

La ira llegó primero.

Luego cansancio.

—¿Sabes qué hice?

—Sé lo que firmó.

—Lo golpeé.

Ventura no dijo nada.

—Una vez. Muntané más. Aranda murió después. No sé qué golpe lo mató. Firmé que no podía relacionarlo con la muerte.

—¿Por qué me lo cuenta ahora?

—Porque Mercadal tiene razón en una cosa. Yo formo parte de esto.

Ventura miró hacia la escalera.

—Mi padre desapareció en una comisaría.

—Lo sé.

—A veces he pensado que usted podía ser uno de los hombres que estaban allí.

Silvestre recibió la frase sin moverse.

—Podría haberlo sido.

El joven lo miró.

Silvestre continuó:

—No voy a pedirte que confíes en mí.

—Bien.

—Pero tampoco quiero que uses a Rosalinda para ajustar cuentas con Mercadal.

Ventura apretó la mandíbula.

—Y usted no la use para perdonarse.

Silvestre asintió.

—Eso también.

Salieron juntos.

En la puerta, Ventura miró hacia una ventana del primer piso.

Mercadal estaba allí.

No parecía enfadado.

Parecía asustado.

Antes de abandonar la comisaría, Silvestre pasó por la sala donde había trabajado durante años.

Nadie lo detuvo. Dos agentes redactaban partes. Una máquina de escribir golpeaba con regularidad. Noguera discutía por teléfono con alguien sobre un vehículo mal estacionado. En una esquina, un hombre esposado esperaba a que llegara un familiar.

La normalidad resultaba ofensiva.

Silvestre había imaginado que, después de escuchar a Mercadal admitir que vio a Rosalinda retenida y no la liberó, el edificio tendría que mostrar alguna grieta. Nada había cambiado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Noguera.

—No.

El agente dejó el teléfono.

—¿Ha pasado algo con el jefe?

Silvestre miró el despacho cerrado.

—Pregúntaselo.

—Te lo pregunto a ti.

Durante un instante estuvo a punto de contárselo todo.

No lo hizo.

—Una chica vino aquí pidiendo ayuda y la devolvimos a la gente de la que tenía miedo.

Noguera frunció el ceño.

—¿Rosalinda?

Silvestre se sorprendió.

—¿Lo sabías?

—Oí algo. Pensé que era una pelea familiar.

—Eso pensó todo el mundo porque era la versión más cómoda.

Noguera bajó la voz.

—Yo no estaba de guardia.

—No te estoy acusando.

—Parece que sí.

Silvestre miró las mesas.

—Quizá porque llevo una hora acusándome a mí mismo.

Noguera se apartó.

—No sé qué quieres que haga.

—Nada todavía.

—Entonces no me cuentes cosas que después tendré que decidir si sé.

La frase era honesta de una manera desagradable.

Silvestre asintió.

—Tienes razón.

Salió al pasillo.

A sus espaldas la máquina de escribir siguió golpeando.

Una institución podía continuar funcionando mientras dentro de ella una verdad cambiaba de dueño.

En casa, antes de que sonara el teléfono, Silvestre redactó de memoria la conversación con Mercadal.

No intentó escribir un informe oficial. Sabía que cualquier documento presentado por el cauce normal volvería a la mesa del

propio comisario. Utilizó hojas sin membrete y numeró cada párrafo.

1. Mercadal reconoce que R. Vega acudió a la comisaría solicitando protección.

2. Reconoce llamada posterior a Castany.

3. Reconoce haber visto a R. Vega retenida en una nave próxima al río.

Al llegar al tercer punto dejó el lápiz.

La palabra **reconoce** le pareció engañosa. Mercadal no había confesado ante testigos. Había hablado con un hombre al que llevaba décadas llamando amigo. Un juez podía reducir todo aquello a una conversación imposible de probar.

Escribió debajo:

Sin testigos. Sin grabación. Mi palabra contra la suya.

Luego añadió algo que ningún parte policial habría aceptado:

Le creí.

Hizo cuatro copias a mano. Una para Remei. Otra para Alèxia. La tercera la guardó en una consigna de estación. La cuarta quedó dentro de un sobre dirigido a Ventura.

Mientras copiaba comprendió la ironía: había pasado media vida confiando en que el papel podía transformar una versión en verdad oficial. Ahora necesitaba papel precisamente porque la verdad oficial podía ser destruida.

Salió a la calle para entregar la copia de Remei.

La encontró todavía trabajando. Leyó las hojas de pie, junto a una mesa de autopsias vacía.

—¿Dijo literalmente que la vio?

—Sí.

—¿Viva?

—Sí.

—¿Después de la desaparición?

—Sí.

Remei apoyó las hojas.

—Entonces sabía que estaba secuestrada.

Silvestre asintió.

—Y no hizo nada.

—Hizo algo. Ayudó a que siguiera donde estaba.

Remei lo miró.

—¿Vas a denunciarlo?

—¿A quién?

La pregunta quedó suspendida.

—A quien corresponda.

Silvestre casi sonrió.

—Eso es lo que llevo intentando averiguar desde febrero.

Esa noche llamó a Silvestre desde una cabina.

—No vuelvas a hablar con Berrocal —dijo.

—¿Me estás ordenando algo?

—Intento mantenerte vivo.

Silvestre apoyó la espalda en la pared.

—Eso mismo dijiste de Rosalinda.

Silencio.

—No compares.

—¿Por qué?

—Porque tú puedes elegir.

Silvestre miró la calle mojada.

—Ella también eligió. Eligió pedir ayuda.

Mercadal respiró al otro lado.

—Néstor no la mató.

—Hablas como si supieras quién lo hizo.

—No lo sé.

—¿Eusebio?

—No sé.

—¿Castany?

—No sé.

—Entonces deja de decirme quién no fue.

Mercadal tardó antes de responder.

—Hay cosas que, una vez dichas, ya no se pueden administrar.

Silvestre cerró los ojos.

—Ese es exactamente tu problema.

Colgó.

Por primera vez en veinticuatro años, la placa no le pareció un símbolo de pertenencia.

Le pareció una prueba.

CAPÍTULO 28 — ENTONCES: LA MADRE

Lleida, 1948

El olor de las velas se mezclaba con el de la lana mojada.

Marcos estaba dentro del ataúd con las manos cruzadas sobre el pecho. Le habían peinado el cabello hacia un lado y cerrado la boca con una delicadeza que a Silvestre le pareció una impostura. Su hermano nunca dormía así. Dormía con una rodilla fuera de la manta, respirando por la boca, como si incluso quieto estuviera a punto de salir corriendo.

Ahora no correría más.

Silvestre llevaba horas sin llorar.

Habían entrado vecinos, hombres de la curtiduría, dos maestras, el párroco y familiares que él apenas reconocía. Todos decían cosas parecidas. Qué desgracia. Qué buen chico. Dios sabrá por qué. Celestino recibía cada frase con una inclinación de cabeza y luego ofrecía café, como si la casa pudiera seguir funcionando gracias a una sucesión correcta de tazas.

Visitación no se había sentado.

Permanecía junto al ataúd con el vestido negro pegado al cuerpo y los ojos secos. Alèxia, demasiado pequeña para comprender por qué nadie le permitía acercarse a Marcos, dormía en una silla de la cocina con la cabeza apoyada contra una chaqueta doblada.

Cuando la última vecina salió al rellano y Celestino acompañó al cura hasta la puerta, Visitación llamó a Silvestre con un gesto.

No lo abrazó.

Le tomó la muñeca.

—Mírame.

Él obedeció.

Tenía diecisiete años y desde la tarde del río esperaba una pregunta que nadie había formulado. Cómo ocurrió. Por qué no gritaste antes. Por qué tú saliste. En su cabeza había ensayado respuestas para todas.

Visitación no preguntó.

—Tú lo dejaste ir.

Silvestre sintió que algo cedía dentro del pecho.

—Mamá…

—Él confiaba en ti.

—Me estaba ahogando.

La mano de Visitación se cerró sobre su muñeca.

—Y él también.

Silvestre empezó a llorar entonces. No por Marcos. O no solo por Marcos. Lloró porque aquellas palabras convertían el segundo más confuso de su vida en una decisión nítida, y una decisión podía condenarse.

—No quería morir.

Visitación lo soltó.

—Él tampoco.

Celestino apareció en la puerta.

—Visitación.

Ella no se volvió.

—Yo lo sé —dijo.

Tres palabras.

Durante años Silvestre recordaría el tono mejor que la frase. No había rabia. La rabia habría permitido discutir. Había una certeza sin espacio para defensa.

Celestino lo agarró del hombro y lo llevó a la cocina.

—Siéntate.

Silvestre se negó.

—He dicho que te sientes.

Obedeció.

Su padre puso delante de él una taza de café y no añadió azúcar. Sabía que Silvestre lo tomaba dulce. Aquel descuido le pareció más grave que todo lo demás.

—Mamá cree que lo maté.

Celestino permaneció de pie.

—Tu madre acaba de enterrar a un hijo.

—No lo ha enterrado todavía.

El padre miró hacia el pasillo.

—Para ella sí.

—¿Y tú?

Celestino tardó demasiado.

—Yo no estaba allí.

Silvestre levantó la vista.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo.

Años después comprendería que aquella frase fue una de las pocas veces que su padre se negó a fingir una certeza para aliviar a alguien.

En aquel momento la odió.

El entierro fue al día siguiente.

Llovió.

La tierra del cementerio se pegaba a los zapatos y los hombres se pasaban los paraguas de una mano a otra para poder estrechar la de Celestino. Visitación no miró a Silvestre durante la ceremonia. Alèxia preguntó dos veces cuándo volvía Marcos a casa. Una tía terminó llevándosela lejos de la fosa.

Silvestre observó cómo bajaban el ataúd.

Por primera vez pensó que quizá una persona podía morir dos veces: una en el agua y otra cuando los demás aceptaban que no iba a volver.

Esa noche durmió vestido.

Soñó con la mano.

En el sueño no la soltaba. Ese era el castigo. Marcos seguía colgado de él mientras la corriente tiraba de los dos, y Silvestre comprendía que iban a morir juntos. Despertó antes del agua.

Durante semanas, Visitación apenas le dirigió la palabra.

No necesitaba hacerlo.

La casa había desarrollado un idioma propio. La silla de Marcos permanecía en su sitio. Su plato seguía en el aparador. Nadie tocaba la chaqueta que colgaba detrás de la puerta. En la mesa, cada ruido tenía una medida distinta porque faltaba uno de los cuerpos que acostumbraban a producirlos.

Alèxia empezó a dormir con la puerta cerrada.

Celestino dejó de proponer paseos los domingos.

Silvestre evitaba pasar junto al Segre incluso cuando eso suponía dar un rodeo de veinte minutos.

Un mes después volvió solo.

No lo había planeado.

Salió de la curtiduría al anochecer y caminó hasta el puente. El río llevaba menos agua. Las piedras de la orilla estaban cubiertas de un barro claro que no se parecía al de aquel día.

Se quedó detrás de la barandilla.

No encontró nada.

Ni una marca.

Ni una rama rota.

Ni el lugar exacto donde Marcos había desaparecido.

Aquello lo enfureció.

El río había seguido.

Silvestre esperaba, sin haberlo sabido, que el paisaje conservara una herida visible. Una zona prohibida. Una cicatriz en la superficie. Pero el agua se movía con la misma indiferencia que antes de conocerlos.

Cogió una piedra y la arrojó.

Después otra.

A la tercera oyó pasos.

Visitación estaba detrás de él.

No supo cuánto tiempo llevaba allí.

—Vámonos —dijo ella.

Silvestre no se movió.

—¿Vienes a ver dónde lo maté?

La cara de su madre cambió.

Muy poco.

—No digas eso.

—Lo dijiste tú.

—Dije otra cosa.

—Es lo mismo.

Visitación miró el agua.

—No. Todavía no sabes cuánto pueden pesar las palabras cuando uno las dice el día equivocado.

Silvestre quiso preguntarle si retiraba lo del velatorio.

No lo hizo.

Ella tampoco se disculpó.

Caminaron a casa separados por dos pasos.

Fue la primera tregua, aunque ninguno la reconoció.

Los años no arreglaron aquello. Le cambiaron la forma.

Visitación regresó poco a poco a las tareas de la casa. Compró carbón, discutió con el tendero, cosió dobladillos, riñó a Alèxia por llegar tarde. Había tardes en que reía con una vecina y Silvestre sentía una indignación absurda: ¿cómo podía reír si Marcos seguía muerto?

Después se sorprendía a sí mismo riendo en la curtiduría y se odiaba por la misma razón.

La pena, descubrió sin querer, no era una habitación en la que uno permanecía encerrado. Era una humedad. Aparecía en paredes distintas aunque el resto de la casa siguiera utilizándose.

Visitación convirtió a Marcos en una presencia doméstica.

«A Marcos le gustaba más así.»

«Marcos habría ayudado.»

«Tu hermano no habría contestado de esa manera.»

Al principio Silvestre callaba.

Luego empezó a marcharse de la mesa.

Una noche, dos años después, golpeó la puerta al salir y el cristal se rompió.

Celestino lo obligó a repararlo antes de acostarse.

—Ella hace que siga aquí —dijo Silvestre mientras recogía los trozos.

Su padre sostenía la lámpara.

—Está aquí.

—Está muerto.

—Una cosa no impide la otra.

Silvestre dejó de recoger.

—Eso no significa nada.

—Ya aprenderás que casi todo lo importante significa varias cosas a la vez.

Celestino apagó la lámpara cuando terminaron.

Silvestre no olvidó la frase.

Tampoco la comprendió entonces.

Alèxia fue quien primero se atrevió a discutir el modo en que Marcos ocupaba la casa.

Tenía once años cuando Visitación la encontró usando uno de sus lápices escolares, guardado todavía en un cajón.

—Déjalo donde estaba.

—Es un lápiz.

—Era de tu hermano.

Alèxia sostuvo el objeto.

—Por eso no va a necesitarlo.

Visitación levantó la mano.

Silvestre estaba en el pasillo.

Podía haber intervenido.

No lo hizo.

La bofetada sonó más fuerte de lo que era.

Alèxia no lloró. Dejó el lápiz en la mesa y miró a su madre con una expresión que Silvestre recordaría treinta años después en la

marisma, cuando aquella misma niña convertida en mujer le ordenara que dejara de golpear a otro hombre.

—No vuelvas a tocarme —dijo Alèxia.

Visitación bajó la mano.

Silvestre siguió en el pasillo.

A veces la culpa no nacía de grandes decisiones. A veces era permanecer quieto a tres metros de distancia.

Aquella noche Alèxia entró en su cuarto.

—Tú también le tienes miedo.

Silvestre estaba leyendo.

—No digas tonterías.

—Entonces ¿por qué no hiciste nada?

No encontró respuesta.

Alèxia se marchó.

Durante años él pensaría que su hermana lo culpaba sobre todo por Marcos.

Tardó mucho en entender que también lo juzgaba por todas las veces posteriores en que eligió el silencio.

Cuando anunció que quería entrar en la policía, Visitación dejó caer una cuchara dentro del fregadero.

—¿Para qué?

Silvestre había preparado una respuesta: orden, seguridad, un sueldo estable.

Dijo otra.

—Para que las cosas tengan consecuencias.

Su madre se volvió.

—¿Qué cosas?

Él no contestó.

Visitación entendió de todas formas.

—No conviertas a tu hermano en un oficio.

Silvestre salió de la cocina.

La frase lo acompañó durante décadas porque, en cierto modo, hizo exactamente eso.

Buscó reglas, expedientes, culpables, artículos, firmas. Un mundo donde cada hecho pudiera encajarse en una casilla y cada casilla tuviera un nombre. La policía le ofrecía la promesa de una claridad que el Segre le había negado.

Tardó años en descubrir que las instituciones también podían fabricar niebla.

La última conversación verdaderamente larga que tuvo con Visitación ocurrió mucho después, cuando ella empezó a enfermar y él regresó a Lleida para acompañarla unos días.

No hablaron del río.

Eso fue lo importante.

Ella pidió que abriera la ventana. Entró aire frío y el ruido de un tranvía lejano.

—Vas a enfriarte —dijo Silvestre.

—A estas alturas ya no voy a estropearme mucho más.

Él sonrió.

Visitación lo vio.

—Todavía sabes.

—¿Qué?

—Reírte.

La observación lo incomodó más de lo que habría querido.

—Claro.

—No mucho.

Silvestre acomodó la manta sobre sus piernas.

Por primera vez estuvo a punto de preguntarle si lo había perdonado y comprendió, antes de abrir la boca, que la pregunta obligaría a una mujer enferma a hacer algo por él.

Calló.

Visitación debió de advertir el movimiento.

—Tu hermano no vive en el río —dijo.

Silvestre levantó la cabeza.

—Ya lo sé.

Ella negó despacio.

—Eso dices mucho.

No explicó más.

En 1978, frente al agua negra del Besòs, aquellas palabras regresarían con otra forma.

Rosalinda tampoco estaba en la marisma.

Estaba en la habitación donde la retuvieron. En el papel arrancado de un informe. En una madre a la que administraron sedantes. En un policía que decidió que un asunto familiar podía esperar. En una niña que escribió su nombre sobre madera porque alguien intentaba convertirla en ausencia.

Silvestre había pasado media vida confundiendo el lugar de una muerte con el lugar donde debía buscarse la culpa.

El agua solo había estado allí.

Los demás habían hecho el resto.

CAPÍTULO 29 — LA HERMANA

La lluvia golpeaba el tejado de la estación de Lleida.

Alèxia esperaba en el andén con un abrigo marrón. No saludó cuando Silvestre bajó del tren.

—Jordi está con una amiga —dijo.

—Bien.

—No, no está bien.

Caminaron hasta la casa sin hablar.

El Segre aparecía y desaparecía entre edificios. Silvestre evitó mirarlo hasta que fue imposible.

En la cocina, Alèxia dejó las fotografías sobre la mesa.

Él se las había enseñado nada más llegar.

—¿Quiénes son?

—No lo sé.

—¿Policías?

—Probablemente.

—¿Y los mandan por una niña muerta?

—Por lo que sabemos de ella.

Alèxia se sentó.

—Cuéntamelo todo.

Silvestre lo hizo.

Rosalinda. Berrocal. Mercadal. El informe. La carta. La pulsera. La red de favores. Remei. Ventura.

No omitió Muntané.

Cuando terminó, había oscurecido.

Alèxia no dijo nada durante mucho rato.

—Mamá tenía razón —dijo al fin.

Silvestre sintió que regresaba al dormitorio de 1977.

—¿Sobre qué?

—Sobre que siempre te ibas.

—Estoy aquí.

—Ahora.

—Sí.

—Treinta años tarde.

Silvestre asintió.

—Sí.

Alèxia lo miró sorprendida.

—No vas a defenderte.

—No.

—¿Por qué?

—Porque estoy cansado.

Se levantó y caminó hasta el reloj detenido.

—Yo solté a Marcos.

Alèxia cerró los ojos.

—Ya lo sé.

—No. Sabes lo que te dijo mamá. Yo te estoy diciendo lo que pasó.

Silvestre respiró hondo.

—Pensé que si lo soltaba podría salir. Lo pensé. No fue solo un reflejo.

Alèxia se tapó la boca.

—Tenías diecisiete años.

—Él nueve.

—Eras un niño.

—No.

—Sí.

—No necesito que me perdones.

Alèxia abrió los ojos.

—No te estoy perdonando.

Silvestre asintió.

—Bien.

—Y tampoco voy a decirte que no fue culpa tuya.

—Bien.

—Pero mamá te castigó toda su vida porque necesitaba que la muerte de Marcos tuviera una causa que pudiera mirar a la cara.

Silvestre miró el reloj.

—Yo se lo permití.

—Porque también lo necesitabas.

La cocina quedó en silencio.

Alèxia se levantó y abrió un armario. Sacó una botella de vino.

Silvestre la miró.

Ella volvió a guardarla.

—Perdona.

—No pasa nada.

Preparó café.

—¿Qué quieres hacer con los papeles?

—No lo sé.

—¿Publicarlos?

—No creo que lleguen a publicarse.

—¿Entonces?

Silvestre acarició con el pulgar una grieta de la mesa.

—Que existan fuera de sus manos.

Alèxia pensó.

—Tengo compañeros en sindicatos, asociaciones de vecinos, gente que guarda copias de documentos. No periodistas. Gente corriente.

—Podrían meterte en problemas.

—Ya me han hecho fotos.

—Por mí.

—No todo gira alrededor de ti, Silvestre.

La frase habría sido cruel un año antes.

Ahora sonó casi cariñosa.

Alèxia se sentó frente a él.

—Haré copias del informe de Remei y de la carta. Las guardaré en sitios distintos.

—No quiero que Jordi...

—Jordi es mi hijo. Yo decido.

Silvestre bajó la mirada.

—De acuerdo.

Alèxia extendió la mano sobre la mesa.

No llegó a tocar la de él.

Quedó a pocos centímetros.

Era suficiente.

No hubo perdón.

Hubo algo más pequeño y, por eso mismo, más verdadero.

Una tregua.

Aquella noche durmió en su antiguo dormitorio. La casa crujía con los mismos sonidos de la infancia. A las tres se despertó y bajó a la cocina.

Alèxia estaba allí, corrigiendo exámenes.

—¿No duermes?

—Los profesores tampoco somos personas por la noche.

Silvestre se sentó frente a ella.

—¿Qué enseñas mañana?

—Historia.

—Mala idea.

—Por qué.

—Siempre acaba alcanzando a alguien.

Alèxia dejó el bolígrafo.

—Mis alumnos creen que la historia es una lista de fechas que ya no puede hacerles daño.

—A veces es mejor.

—No.

Silvestre la miró.

—Hablas como Remei.

—Entonces me cae bien.

Por primera vez en muchos años hablaron de Marcos sin discutir. Alèxia recordó cómo escondía caramelos bajo la cama. Silvestre contó una vez que había roto una ventana y culpado al gato. Rieron muy poco, pero rieron.

Aquello dolió de una manera distinta.

Durante décadas Marcos había sido solo un muerto. Devolverle travesuras, manías y defectos significaba devolverle una vida que la culpa había borrado.

—No quiero que Rosalinda termine como él —dijo Silvestre.

—¿Muerta?

—Solo muerta.

Alèxia entendió.

—Entonces aprende cosas de ella que no estén en el informe.

Silvestre pensó en las botas buenas, en los vestidos dibujados, en la frase sobre obligar a los ricos a limpiar sus casas.

—Estoy empezando.

Antes de volver a dormir, Alèxia abrió un cajón y sacó una pequeña llave.

—Es del reloj.

Silvestre la miró.

—¿Vas a ponerlo en marcha?

—No lo sé.

—Mamá no quería.

—Mamá está muerta.

La frase fue sencilla.

Brutal.

Alèxia dejó la llave sobre la mesa.

—Algún día habrá que decidir qué cosas conservamos por amor y cuáles por miedo.

Alèxia empezó a hacer copias al día siguiente. Usó la multicopista del instituto después de clase, con ayuda de un compañero sindicalista que no hizo preguntas.

—¿Cuántas? —preguntó él.

—Quince.

—Eso es mucho papel.

—Es poca verdad.

Guardó los juegos en sobres sin remitente. Uno fue a una asociación vecinal del Besòs. Otro a un abogado laboralista. Otro a una profesora universitaria. Dos quedaron en Lleida. Uno viajó a Francia con un amigo.

No esperaban una publicación inmediata.

Querían dispersión.

Silvestre observó los sobres alineados sobre la mesa de la cocina.

—Esto parece una conspiración.

—Tú eres policía. Todo te parece conspiración.

—Fui policía.

Alèxia levantó la vista.

—Todavía no.

La palabra lo incomodó.

Todavía.

No sabía que acababa de describir el tiempo exacto que le quedaba dentro de la institución.

Alèxia guardó una copia del diario en el instituto dentro de un atlas viejo. Otra quedó en casa de una compañera. Cuando Silvestre se enteró, protestó.

—Estás metiendo a más gente.

—Estoy repartiendo riesgo.

—No sabes quién puede hablar.

—Tú tampoco.

—Yo llevo años trabajando con informantes.

—Y mira qué bien ha salido todo.

Silvestre no tuvo respuesta.

Alèxia cerró el atlas.

—No puedes pedir que la verdad sobreviva y al mismo tiempo querer controlar todas las manos que la tocan.

—Puedo intentarlo.

—Eso es exactamente lo que hace Berrocal.

La comparación fue injusta.

Por eso funcionó.

Silvestre se apartó.

—No soy él.

—No. Pero tampoco eres inmune a parecerte a la gente que odias cuando crees que tu motivo es mejor.

Silvestre miró a su hermana.

Durante años la había considerado cruel porque no lo perdonaba.

Empezaba a sospechar que la verdadera función de Alèxia en su vida no era perdonarlo ni condenarlo.

Alèxia abrió la puerta y supo que algo había ocurrido antes de que Silvestre hablara.

—Entra.

No preguntó por qué había conducido hasta Lleida de noche.

Su sobrino dormía. La casa olía a sopa recalentada y libros. Silvestre dejó la chaqueta sobre una silla.

—Mercadal la vio —dijo.

—¿A quién?

—A Rosalinda. Antes de desaparecer.

Alèxia se sentó.

Silvestre contó todo. La visita a comisaría. Castany. Berrocal. Nogués. Incluso la recaída.

No seleccionó una versión favorable.

Cuando terminó, Alèxia preguntó:

—¿Qué quieres de mí?

—No lo sé.

—Has venido hasta aquí por algo.

Silvestre miró sus manos.

—Quiero que guardes una copia del informe de Remei.

—¿Por qué yo?

—Porque no confío en nadie.

Alèxia sonrió sin humor.

—Eso sí que es confianza fraternal.

—Confío en ti para esto.

—¿Y para lo demás?

Silvestre levantó la vista.

—No sé cómo.

La respuesta sorprendió a ambos.

Alèxia tomó el sobre.

—¿Qué hago si te pasa algo?

—Nada.

—No pienso aceptar eso.

—No publiques. No vayas a periodistas. Solo guárdalo.

—¿Para qué?

—Para que exista.

Alèxia acarició el borde del sobre.

—Te has pasado la vida queriendo que las cosas existan en papeles.

—Porque la memoria cambia.

—Los papeles también desaparecen.

—Por eso hay copias.

Ella lo miró.

—¿Esto es por Rosalinda o por Marcos?

Silvestre se levantó y caminó hasta la ventana.

—No lo sé.

—Deberías.

—No puedo separarlos siempre.

—Pues inténtalo. Rosalinda no murió para darte una segunda oportunidad.

Silvestre apretó los dientes.

—Ventura me dijo algo parecido.

—Entonces me cae bien.

—Es insolente.

—También tú a los veintidós.

—No me conocías a los veintidós.

—Vivía contigo.

Silvestre casi sonrió.

Alèxia se levantó y fue a un armario. Sacó una caja de madera.

Dentro había fotografías, cartas y un recorte amarillento.

La noticia de la muerte de Marcos.

—Esto era de papá.

Silvestre lo reconoció.

—Lo encontraste.

—Después de que muriera.

—¿Por qué no me lo diste?

—Porque todo lo convertías en una reliquia de culpa.

Silvestre tomó el recorte.

El papel se rompía en los pliegues.

—Mamá se arrepintió —dijo Alèxia.

—Ya me lo dijiste.

—No de culparte. De haberte dejado solo con eso.

Silvestre la miró.

—¿Te lo dijo así?

—No exactamente.

—Entonces no inventes.

Alèxia sonrió con tristeza.

—Mira quién habla.

Se sentaron.

Por primera vez en muchos años hablaron de Marcos sin discutir sobre quién tenía derecho a sufrir más.

Alèxia recordó que cantaba mal. Que escondía pan bajo la cama. Que odiaba los guisantes. Detalles inútiles.

Silvestre descubrió que apenas recordaba esas cosas.

Había conservado la muerte y perdido al hermano.

—Eso le puede pasar también a Rosalinda —dijo Alèxia.

—¿Qué?

—Que la conviertas en cómo murió y olvides cómo vivió.

Silvestre pensó en la lista de ciudades, en los veinte duros que debía a Maribel, en la frase de la pared.

Aquí no me quedaré.

—Tienes razón.

Alèxia levantó una ceja.

—Repítelo. Quiero asegurarme de que lo he oído.

Esta vez sí sonrió.

Duró poco.

Pero fue la primera vez que ambos compartieron algo que no era culpa desde la muerte de Marcos.

Antes de dormir, Alèxia sacó una botella de vino de un armario.

Silvestre la miró.

—No voy a beber.

—No te la ofrecía.

—Entonces ¿por qué la sacas?

—Porque yo sí quiero una copa y estoy cansada de que tu problema convierta cada botella en un personaje.

Silvestre se quedó callado.

Alèxia sirvió solo para ella.

—¿Te molesta?

—Sí.

—Bien.

—¿Bien?

—Necesitas aprender que el mundo no se reorganiza alrededor de tu abstinencia.

Silvestre observó el vino.

—No sabes lo difícil que es.

—No. Y tú no sabes lo difícil que fue crecer en una casa donde todo giraba alrededor de Marcos y después alrededor de tu culpa.

Él levantó la mirada.

—¿También eso te lo hice?

—No todo lo que duele tiene un culpable único.

Silvestre sonrió con tristeza.

—Esa frase serviría para el caso.

—No conviertas esto en trabajo.

Bebió un sorbo.

—Quiero ayudarte con Rosalinda. Pero no para salvarte.

—Lo sé.

—¿Seguro?

Silvestre tardó.

—Empiezo.

Alèxia asintió.

Era lo más cerca que habían estado de una reconciliación.

Y precisamente porque ninguno la llamó así, pudo durar.

Alèxia aceptó guardar las copias en el instituto.

No en casa.

—Si vienen a buscar, empezarán por aquí —dijo.

Las metió dentro de una caja de exámenes antiguos en el departamento de Historia.

—Nadie abre esto voluntariamente.

Silvestre miró las pilas de papeles.

—¿Y si los tiran?

—Los profesores nunca tiramos exámenes. Tenemos una enfermedad.

Él sonrió.

—Gracias.

Alèxia se quedó quieta.

—Has dicho gracias dos veces en una noche.

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde.

La ligereza duró apenas un instante, pero Silvestre la recordó después como una de las pocas noches de aquellos meses en que el caso no ocupó todo el espacio entre ellos.

Aquella noche Alèxia leyó el informe de Remei completo.

No era médico ni policía. Algunas expresiones le resultaban opacas, pero entendía las fechas, las correcciones a mano y las ausencias. En el margen de una copia escribió preguntas con lápiz, como si corrigiera un examen.

¿Quién recibió el original?

¿Quién autorizó la incineración?

¿Por qué la madre firma después de que la decisión ya esté tomada?

Silvestre la observó desde la puerta.

—Pareces profesora incluso cuando intentas derribar una comisaría.

—Alguien tiene que ordenar tu letra.

—No va a publicarse.

Alèxia dejó el lápiz.

—¿Por qué?

—Porque no tenemos una acusación que un periódico pueda sostener sin que lo destrocen en un juzgado.

—No he dicho periódico.

—Entonces ¿qué?

Alèxia sacó tres sobres.

Uno iba dirigido a un abogado laboralista de Lleida. Otro a una asociación vecinal de Barcelona. El tercero, a una profesora que conocía en una organización de derechos humanos.

—Copias —dijo—. Nada más.

Silvestre negó.

—Las pones en peligro.

—No he escrito nombres que no estén en los documentos.

—No entiendes cómo funciona esto.

Alèxia lo miró con una paciencia que le recordó a Visitación y que lo irritó por el mismo motivo.

—Ese argumento te ha servido demasiados años.

—Es verdad.

—Puede. Pero también es cómodo. Siempre eres tú quien sabe cuánto riesgo pueden asumir los demás.

Silvestre se acercó a la mesa.

—Rosalinda está muerta.

—Precisamente.

—No quiero más gente herida.

—Yo tampoco. Pero no confundas proteger con decidir.

La frase lo obligó a callar.

Alèxia cerró los sobres sin pedir permiso.

—No espero que nadie detenga a Berrocal por esto. Quiero que, si desaparece una copia, exista otra en un sitio que no controles tú, ni

Mercadal, ni Barnet.

Silvestre miró los sobres.

—Eso mismo hizo Brion durante años.

—Entonces por una vez aprendamos algo del cobarde adecuado.

A la mañana siguiente, antes del cementerio, enviaron dos. El tercero lo guardó Alèxia.

No cambiarían el resultado judicial.

Pero meses después, cuando el caso se archivara, una de aquellas copias permitiría a la asociación vecinal reconstruir las fechas y escribir el nombre de Rosalinda en un folleto.

No era justicia.

Era evitar una segunda desaparición.

A la mañana siguiente, Alèxia llevó a Silvestre al cementerio.

No habían visitado juntos la tumba de Marcos desde niños.

La lápida había sido sustituida años atrás. El nombre seguía pareciéndole demasiado breve.

MARCOS AMAT FERRAGUT.

1939–1948.

Silvestre se quedó quieto.

—No tienes que decir nada —dijo Alèxia.

—He venido hablando toda la vida.

—No con él.

Silvestre miró la piedra.

Durante años había imaginado pedir perdón a Marcos. Ahora la idea le parecía injusta. Un niño muerto no debía cargar además con la tarea de absolverlo.

—Tuve miedo —dijo.

Alèxia permaneció a su lado.

—Y lo solté.

El viento movió hojas secas sobre la grava.

—Eso es todo.

No hubo respuesta.

No debía haberla.

Silvestre sintió una tristeza enorme y, debajo, algo distinto. No alivio. Una especie de precisión.

Había dicho los hechos sin convertirlos en sentencia.

Alèxia le tomó del brazo.

—Vamos.

—Un momento.

Se agachó y limpió con la mano una mancha de polvo de la lápida.

—No voy a venir más a pedirte nada —murmuró.

Alèxia fingió no oír.

Cuando regresaron a casa, Silvestre guardó la copia del informe de Remei junto a la carta de Visitación.

Dos documentos sobre culpas distintas.

Ninguno resolvía nada.

Pero los dos le cerraban una salida que conocía demasiado bien: recordar solo aquello que le permitía seguir contándose la misma historia.

CAPÍTULO 30 — BERROCAL

El despacho olía a cera, cuero nuevo y humo de puro.

Néstor Berrocal recibió a Silvestre dos días después de su regreso de Lleida.

La llamada llegó a las ocho y media. Una secretaria dio una dirección en la avenida Diagonal y una hora. No preguntó si podía acudir. La invitación tenía la forma de una citación y la cortesía de quien nunca había necesitado distinguir entre ambas cosas.

La oficina ocupaba una planta alta.

Desde las ventanas Barcelona parecía ordenada: árboles alineados, coches limpios, fachadas sin ropa tendida, hombres de traje cruzando calles donde el barro no entraba en los zapatos. En una esquina del despacho había una maqueta de Terralta. Bloques blancos, jardines minúsculos, figuras de plástico junto a un canal pintado de azul.

Berrocal esperaba de pie.

Sesenta y cuatro años. Cabello blanco peinado hacia atrás. Traje gris. Manos cuidadas.

—Inspector Amat.

—Señor Berrocal.

—Ya no lleva oficialmente el caso.

—Todo el mundo parece saberlo.

—Barcelona habla.

—Sobre algunas cosas más que otras.

Berrocal señaló una silla.

Silvestre no se sentó.

El constructor sirvió agua en dos vasos.

—Me han dicho que lleva semanas preguntando por mi familia.

—Por Rosalinda Vega.

Berrocal dejó la botella.

—Eso también era mi familia.

Silvestre sintió la primera oleada de rabia.

—No según ningún documento que ella pudiera usar.

—Los documentos sirven precisamente para ordenar lo que la vida desordena.

—¿Era su hija?

—Sí.

La respuesta llegó tan limpia que Silvestre tardó un segundo en reaccionar.

—¿Por qué no la reconoció?

—Porque tenía una esposa, hijos, socios y una empresa que no iba a sobrevivir intacta a un escándalo de esa clase en 1963.

—Rosalinda sí sobrevivió quince años sin apellido.

—No le faltó nada.

—Le faltó un padre que pudiera pronunciar su nombre en público.

Berrocal lo miró con una paciencia que parecía aprendida en consejos de administración.

—Usted ha venido a juzgarme.

—No soy juez. Usted ya tiene uno amigo.

Por primera vez la expresión cambió.

Muy poco.

—Barnet y yo nos conocemos.

—También Mercadal.

—También.

Silvestre sacó la fotografía de la cacería y la dejó sobre la mesa.

Berrocal apenas la miró.

—¿Eso es una prueba de qué?

—De que la mitad de los hombres que han tocado este caso cenaban juntos antes de que existiera.

—En Barcelona mucha gente se conoce.

—Sobre todo la gente que decide qué le ocurre a la que no conoce a nadie.

Berrocal cogió el vaso.

—Rosalinda quería un lugar en mi vida que yo no podía darle.

—Era su hija.

—Biológicamente.

—¿Qué otra forma conoce?

—Muchas. Supongo que usted también.

Silvestre pensó en Marcos. En Ventura. En la paternidad que nunca tuvo y en la forma en que había convertido a muertos ajenos en sustitutos de una culpa propia.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Octubre.

—Miente.

—No.

—Estuvo retenida por personas de su entorno durante meses.

Berrocal bebió agua.

—Eso dice usted.

—Lo dice su diario.

Hubo una pausa.

Pequeña.

Suficiente.

—¿Diario? —preguntó Berrocal.

Silvestre no respondió.

El constructor entendió el error y dejó el vaso.

—Las adolescentes escriben muchas fantasías.

—No ha preguntado qué contiene.

—No me interesa.

—Le interesa demasiado.

Berrocal caminó hasta la ventana.

—Rosalinda era inteligente y estaba enfadada. Una combinación peligrosa a esa edad.

—¿Peligrosa para quién?

—Para ella misma.

—Mandó vigilarla.

—Pedí a Mercadal que comprobara con quién se relacionaba.

—¿Por qué?

—Había gente animándola a convertir una cuestión privada en un arma.

—Un periodista.

Berrocal no respondió.

—Tomàs Reverter —continuó Silvestre—. Rosalinda acudió a él. Su director llamó a su oficina. Después llamó Mercadal.

—No controlo las llamadas de todo el mundo.

—No. Solo consigue que coincidan.

Berrocal se volvió.

—¿Qué quiere de mí, inspector?

—Saber quién la retuvo.

—No lo sé.

—Nogués estaba allí.

—Álvaro trabajaba para mí en asuntos legales.

—Castany también.

—Josep trabajaba para varias sociedades.

—Eusebio Roca conducía para Terralta.

—Entre otras personas.

—Mercadal vio a Rosalinda viva en una nave cerca del río días antes de que apareciera muerta.

El silencio duró más esta vez.

Berrocal se acercó a la maqueta.

—Zenón habla demasiado cuando se siente culpable.

Silvestre sintió un golpe bajo el esternón.

—Entonces lo sabía.

—Sé que intentó arreglar una situación que se había ido de las manos.

—¿Qué situación?

—Una muchacha incapaz de comprender las consecuencias de lo que estaba haciendo.

—Quería que usted reconociera que era su padre.

—Quería aparecer en mi casa, delante de mi mujer y mis hijos. Quería ir a la prensa. Amenazaba con arrastrar a su madre con ella.

—Eso no justifica encerrarla.

—No he dicho que la encerrara.

—He dicho que estaba encerrada. No quién giró la llave.

Berrocal desvió la mirada hacia la ciudad.

Silvestre comprendió que había encontrado la forma exacta de su poder. Berrocal no necesitaba ordenar cada acto. Bastaba con formular un problema ante personas acostumbradas a solucionarle problemas.

—¿Dio la orden? —preguntó.

—No.

—¿Pidió que la apartaran?

—Pedí que dejaran de convertir una situación familiar en un espectáculo.

—¿Y alguien entendió que debía desaparecer?

—No lo sé.

—Eso le permite dormir.

Berrocal lo miró.

—Duermo poco.

—No por ella.

Algo se endureció en su cara.

—No sabe nada de lo que sentía por mi hija.

—Entonces dígamelo.

Berrocal abrió un cajón y sacó una fotografía.

La dejó sobre la mesa.

Rosalinda tendría seis años. Estaba en una playa, con un cubo de plástico y el cabello pegado a la frente.

—Feliciana me enviaba fotos.

—¿Las guardó?

—Todas.

—¿Y eso qué demuestra?

Berrocal apretó la mandíbula.

—Que no soy lo que usted necesita que sea.

Silvestre entendió.

—Un monstruo.

—Exacto.

—Nunca he pensado que lo fuera.

Berrocal pareció desconcertado.

—¿No?

—Los monstruos facilitan demasiado las cosas. Usted quiso a Rosalinda de una manera que no amenazara nada de lo que ya tenía. Le compró ropa, estudios, silencios. La quiso mientras siguiera siendo invisible.

—No puede saber eso.

—Tengo una libreta escrita por ella.

Berrocal recogió la fotografía.

—No sabe nada de paternidad.

La frase encontró un lugar blando.

Silvestre lo supo.

—No —dijo—. Pero sé algo de sobrevivir cuando otro no.

Berrocal no entendió.

Por una vez, Silvestre agradeció que así fuera.

Se acercó a la maqueta.

—¿Dónde está la marisma?

—Se transformará.

—¿Dónde apareció Rosalinda?

Berrocal señaló un punto casi sin mirar.

—Por ahí.

Silvestre no se movió.

—No le he dicho cuál de sus proyectos.

Una fracción de segundo.

Nada más.

—Ha hablado tanto de la parcela que era evidente.

—No con usted.

Berrocal sonrió con esfuerzo.

—Es bueno.

—No.

—No se menosprecie.

—¿Por qué apareció allí?

—No lo sé.

—La retuvieron en instalaciones vinculadas a sus empresas. La trasladaron con vehículos de Terralta. Su abogado conocía su paradero. Su chófer aparece en sus notas. Y termina en una parcela que su compañía necesitaba limpiar para construir.

—Eso no prueba que yo ordenara matarla.

—No.

—Ni siquiera prueba que la mataran por la parcela.

—No.

Berrocal pareció recuperar algo de seguridad.

Silvestre continuó:

—Prueba algo peor.

—¿Qué?

—Que hubo tanta gente protegiendo sus intereses que quizá nadie necesitó recibir una orden completa.

El constructor lo observó.

—Esa clase de frase queda muy bien en un periódico.

—Rosalinda intentó uno.

—Y mire dónde la llevó.

Silvestre se quedó inmóvil.

Berrocal comprendió lo que acababa de decir.

No retrocedió.

—¿Eso es una amenaza? —preguntó Silvestre.

—Es una descripción.

—De cómo funciona su mundo.

—De cómo funciona cualquier mundo en el que hay algo que perder.

Silvestre señaló la maqueta.

—¿Cuánto valía la parcela?

Berrocal no respondió.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—¿Más que una hija?

El constructor cerró los ojos un instante.

Cuando volvió a abrirlos parecía cansado.

—La niña no valía lo que vale esa parcela.

La frase fue dicha sin crueldad visible.

Por eso resultó peor.

Silvestre tardó en hablar.

—¿Eso pensó usted?

—Le estoy explicando cómo piensan los hombres que toman decisiones. Una promoción implica cientos de empleos, créditos, compromisos políticos, familias enteras. Una persona puede convertirse en un obstáculo para cosas mayores que ella.

—Una persona.

—No simplifique.

—Era su hija.

Berrocal levantó la voz por primera vez.

—¡Precisamente por eso intenté que saliera de Barcelona!

Silvestre sintió que algo acababa de moverse.

—¿Francia?

Berrocal guardó silencio.

—Habían preparado documentación.

—No sé de qué habla.

—Claro que lo sabe.

—No tiene pruebas.

—No suficientes.

Aquella precisión le devolvió al empresario parte de la calma.

—Entonces sabe dónde está.

—Sé dónde está qué.

—La diferencia entre lo que cree y lo que puede demostrar.

Silvestre pensó en Remei, en Feliciana, en cada hoja desaparecida.

—Sí.

—Aprenda a vivir con ella.

—Eso llevo haciendo demasiado tiempo.

Berrocal volvió a la mesa.

—Rosalinda iba a salir. Castany tenía instrucciones de resolverlo. Yo no pedí que le hicieran daño.

—¿La vio durante el cautiverio?

—No.

—¿Sabía que estaba retenida?

Berrocal respiró hondo.

—Sabía que la estaban manteniendo apartada mientras se preparaba una solución.

—Secuestrada.

—Use la palabra que necesite.

—¿Y cuando murió?

—Me avisaron después.

—¿Quién?

—No recuerdo.

Silvestre soltó una risa breve.

—Recuerda fotografías de hace doce años y olvida quién le dijo que su hija había muerto.

Berrocal se quedó quieto.

—No fui yo quien la mató.

—No he dicho que lo fuera.

—Lo piensa.

—Pienso que está intentando decidir qué distancia exacta necesita entre su voluntad y un cadáver para poder llamarse inocente.

Berrocal apretó las manos.

—Salga de mi despacho.

Silvestre no se movió.

—¿Quién estaba con ella la última noche?

—Fuera.

—¿Eusebio?

—Fuera.

—¿Castany?

Berrocal avanzó un paso.

—He dicho que salga.

Silvestre recogió la fotografía de la cacería.

—¿Ve? Eso sí puede ordenarlo directamente.

Llegó a la puerta.

—Inspector.

Se volvió.

—Su hermano se llamaba Marcos, ¿verdad?

El aire desapareció del despacho.

Berrocal dejó de parecer un empresario durante unos segundos. No se volvió humilde ni culpable. Pareció simplemente un hombre al que alguien había tocado una habitación cerrada.

—Usted no sabe nada de mi familia —dijo.

—Sé que tuvo una hija a la que no reconoció.

—Sabe una palabra escrita en un registro.

—Y pagos. Y cartas. Y gente que la vio venir aquí.

Berrocal caminó hasta la ventana.

—¿Quiere saber cómo empezó? Su madre trabajaba en casa de mis padres. Yo tenía treinta y tantos años. Estaba casado. Mi mujer acababa de perder un embarazo.

Silvestre no dijo nada.

—No busco compasión —añadió Berrocal.

—Menos mal.

El constructor apretó la mandíbula.

—Feliciana nunca me pidió que abandonara a mi mujer. Pidió dinero. Después pidió un colegio. Luego un médico. Yo pagué.

—Y decidió que eso era ser padre.

—Decidí hacerme cargo de lo que podía sin destruir a otras personas.

—Rosalinda era una de esas personas.

—No simplifique.

—Usted lleva toda la conversación simplificando su vida a cantidades.

Berrocal se volvió.

—¿Cree que el mundo funciona con sentimientos? Las casas se construyen con dinero. Los hospitales, con dinero. Las escuelas. Las carreteras. Todo lo que permite a la gente vivir.

—También los silencios, por lo visto.

—A veces un silencio evita diez desgracias.

—Y a veces deja una muchacha en una nave.

Berrocal miró hacia la puerta, como si por primera vez calculara la posibilidad de llamar a alguien.

—Rosalinda empezó a exigir reconocimiento público cuando todo estaba cambiando. Periódicos nuevos, partidos, gente creyendo que cualquier verdad tenía derecho automático a ocupar una portada. No entendía el daño.

—Tenía quince años.

—Precisamente.

—No. Eso no significa lo que usted cree.

Berrocal respiró con dificultad.

—Yo quería sacarla de aquí. Un colegio en Francia. Dinero. Otro apellido si lo necesitaba.

—Ella quería el suyo.

—Era una niña.

—Era su hija.

El silencio duró varios segundos.

—No podía reconocerla —dijo Berrocal al fin.

—Podía.

—No sin consecuencias.

Silvestre se acercó un paso.

—Eso es lo único que lleva toda la mañana diciéndome. Que cada vez que tuvo que elegir entre las consecuencias para usted y las consecuencias para ella, eligió las suyas.

Berrocal no respondió.

En una estantería había una fotografía familiar. Un muchacho joven, una mujer elegante, Berrocal más delgado. Silvestre la miró.

—¿Su hijo?

—Sí.

—¿Qué edad tiene?

—Veintisiete.

—¿Sabe que tenía una hermana?

Berrocal bajó la vista por primera vez.

La ausencia de respuesta fue distinta a las anteriores.

—No —dijo Silvestre—. Tampoco lo sabe.

—Eso no es asunto suyo.

—No. Era asunto de Rosalinda.

Berrocal cerró los ojos un instante.

—Salga.

Silvestre no se movió todavía.

—Cuando ella fue a verlo en septiembre, ¿qué le dijo?

—Ya se lo he explicado.

—No. Me ha explicado lo que quería hacer con ella. ¿Qué le dijo ella?

Berrocal abrió los ojos.

Durante un momento pareció buscar una versión conveniente.

—Dijo que no quería mi dinero.

—¿Algo más?

—Dijo que quería que yo tuviera que pronunciar su nombre delante de mi familia.

Silvestre sintió que la muchacha entraba en el despacho de una forma nueva.

—¿Y lo hizo?

Berrocal miró la fotografía.

—No.

Una sola sílaba.

Quizá la primera respuesta del día que no llevaba contabilidad dentro.

—No vuelva a pronunciar ese nombre.

—No pretendía ofender.

—Entonces no lo use.

—Usted usa a mi hija contra mí.

Silvestre lo miró.

—Su hija está muerta y todavía cree que puede decidir quién tiene derecho a decir su nombre.

Berrocal sostuvo la mirada.

—No sabe lo que siente un padre.

—Tiene razón.

Silvestre abrió la puerta.

—Usted tampoco parece saberlo.

En la calle permaneció varios minutos bajo la marquesina del edificio.

El tráfico de la Diagonal seguía con normalidad. Una pareja discutía junto a un taxi. Dos ejecutivos reían al salir de una cafetería. Un repartidor descargaba cajas.

Nadie sabía que, unos pisos más arriba, un padre acababa de explicar la vida de su hija con la lógica de un balance.

O quizá ese era el error.

Quizá aquellas frases no necesitaban despachos secretos.

Entró en una cafetería y pidió agua.

Sacó la libreta.

Escribió de memoria, separando lo que Berrocal había dicho de lo que él quería haber oído.

«La niña no valía lo que vale esa parcela.»

«Sabía que la estaban manteniendo apartada.»

«Rosalinda iba a salir.»

«No fui yo quien la mató.»

Al terminar llamó a Remei desde una cabina.

—Lo he visto.

—¿Y?

—Admite la paternidad.

—Eso ya lo sabíamos.

—Admite que conocía la retención.

Silencio.

—Eso es distinto.

—No suficiente.

—Nunca es suficiente contigo.

Silvestre apoyó la frente en el cristal.

—Porque con ellos tampoco lo será.

—¿Le crees cuando dice que no la mató?

Silvestre miró el tráfico.

—Creo que para él la diferencia entre matar y permitir que alguien muera es muy importante.

—¿Y para ti?

Pensó en Marcos.

En Joaquín Aranda.

En Rosalinda.

—Cada vez menos.

CAPÍTULO 31 — ENTONCES: ROSALINDA

Barcelona, noviembre de 1977

La habitación olía a colonia de hombre, humedad y persianas cerradas.

Rosalinda Vega había contado treinta y dos baldosas desde la cama hasta la puerta. Las primeras noches contó también las del baño, las rayas del radiador, las veces que un camión pesado hacía vibrar los vasos sobre la mesa.

Luego dejó de hacerlo.

Tenía quince años y estaba enfadada.

Eso era importante.

No estaba asustada todo el tiempo. No lloraba todo el tiempo. No pensaba en su madre todo el tiempo. A veces pensaba en Pepa y en los veinte duros que le debía. A veces dibujaba vestidos en el margen de un periódico viejo. A veces imaginaba la cara que pondría Néstor Berrocal cuando ella apareciera en la puerta principal de su casa y dijera delante de todos la palabra que él solo permitía en habitaciones cerradas.

Padre.

Cuando estaba sola nunca pensaba «papá».

Papá era una palabra de doce años, escrita detrás de una fotografía después de la primera tarde en que la llevaron a Sant Cugat. Néstor

le había dado chocolate, una pulsera y cincuenta pesetas. Le dijo que se parecía a una tía suya y que más adelante todo sería más fácil.

Rosalinda volvió al Besòs creyendo que tenía un secreto magnífico.

Tres años después había comprendido que el secreto era ella.

La puerta se abrió.

Entró Álvaro Nogués.

Llevaba un maletín y una bolsa de comida.

—Quiero irme —dijo Rosalinda.

—Ya lo sé.

—Mi madre habrá llamado a la policía.

Nogués dejó la bolsa sobre la mesa.

—Come.

—Que te jodan.

El abogado cerró los ojos un instante.

—No me hagas difícil ayudarte.

Rosalinda se rio.

—Me tenéis encerrada.

—Es temporal.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que se calmen las cosas.

—¿Qué cosas?

—Las que tú has provocado.

Rosalinda se puso en pie.

—Solo quiero que diga que soy su hija.

—Lo eres.

—Delante de alguien.

—Eso es distinto.

—Claro. Porque si nadie lo ve, no cuesta nada.

Nogués la miró con una paciencia que la enfurecía más que los gritos.

—A tu edad todo parece absoluto.

—A la tuya todo parece comprable.

El golpe llegó rápido.

No muy fuerte.

Lo suficiente.

Rosalinda se llevó una mano a la mejilla. Nogués pareció sorprendido de sí mismo.

—No vuelvas a hablarme así.

—Cobarde.

Él salió y cerró con llave.

Rosalinda esperó hasta dejar de oír sus pasos. Después fue al baño y vomitó.

No por el dolor.

Por la certeza de que ningún adulto que entraba allí pensaba que estuviera haciendo algo monstruoso.

Eso era peor.

Meses antes, en verano, Néstor la había recibido en el pabellón azul de la finca. Nunca en la casa principal.

La primera vez llevaba una camisa blanca sin corbata. Le ofreció limonada y habló como si negociara un contrato.

—Tu madre debió contártelo antes.

—Mi madre no me debía nada.

Berrocal levantó una ceja.

Rosalinda disfrutó de haberlo incomodado.

—No he venido a pedirle que quiera a nadie —dijo—. Quiero saber qué piensa hacer.

—Puedo ayudarte a estudiar.

—Quiero saber si va a decir que soy su hija.

—Eso es más complicado.

—Siempre dicen «complicado» cuando quieren decir que no.

Néstor sonrió.

—Eres lista.

—También dicen eso cuando una niña molesta.

No sabía de dónde salía el valor. Tal vez del miedo. Se parecían mucho cuando uno todavía no había aprendido a distinguirlos.

Durante semanas volvió a la finca. Eusebio, un chófer de Terralta, la recogía en un Seat oscuro y la dejaba dos calles antes de su casa. Nunca frente al portal.

Néstor le regaló un reloj dorado. Le pagó una matrícula en una academia. Habló de un trabajo, de un piso pequeño para ella y Feliciana, de un futuro en el que no tendrían que contar cada moneda.

Rosalinda empezó a creerle.

Eso fue lo que volvió insoportable lo demás.

En septiembre pidió conocer a sus hermanos.

No.

En octubre quiso entrar en la casa principal.

No.

Preguntó si podría usar el apellido.

Más adelante.

Preguntó cuándo sería más adelante.

No recibió respuesta.

Una tarde Nogués la citó en una cafetería del centro. Dejó sobre la mesa un documento y un sobre.

—Esto os permitirá empezar de otra manera.

Rosalinda leyó despacio.

No entendía todo el lenguaje, pero comprendió lo suficiente: renuncia, filiación, compensación, confidencialidad.

—¿Quiere que firme que no soy su hija?

—Nadie dice eso.

—Lo dice con palabras caras.

—Es una solución razonable.

—¿Para quién?

Nogués empujó el sobre.

—Hay dinero.

Rosalinda lo abrió. Contó los billetes.

El abogado sonrió creyendo que había ganado.

Ella dejó la mitad sobre la mesa.

—Esto es por lo que nos debe desde que nací. Lo otro se lo guarda.

—No funciona así.

—Pues aprenda.

Rompió el documento en cuatro pedazos y se marchó.

Más tarde recogió los fragmentos del suelo. No sabía por qué. Los pegó dentro de un libro escolar.

Quizá ya entonces entendía que los adultos podían negar hasta las conversaciones que acababan de tener.

Fue a ver a un periodista.

Tomàs Reverter la escuchó durante casi una hora. Al principio miraba el reloj. Después dejó de mirarlo. Rosalinda le enseñó recibos

de una fundación, una carta antigua y la fotografía donde había escrito **Papá**.

—Tengo que contrastarlo —dijo él.

—Contrástelo.

—¿Sabes lo que puede pasar?

—Sí.

No lo sabía.

Dos días después Reverter le dijo que no publicarían nada.

—¿Ha llamado él?

—Mi jefe ha hablado con su empresa.

—Entonces sí.

Reverter se quitó las gafas.

—Rosalinda, quizá convenga esperar.

Ella recogió los papeles.

—Todo el mundo quiere que espere hasta que deje de importar.

Esa misma semana fue a la comisaría.

Había oído en el barrio el apellido Amat. Un inspector que hacía preguntas cuando otros daban por terminadas las cosas. No sabía si era verdad. Las reputaciones se construían con restos.

Preguntó por él.

Un agente le dijo que esperara.

Después apareció un hombre mayor, ancho de hombros, con gafas y una forma cansada de mirarla.

—Soy el comisario Mercadal. ¿Qué quieres?

Rosalinda contó lo suficiente para asustarlo y no tanto como para sentirse desnuda.

Dijo Berrocal.

Dijo padre.

Dijo dinero.

Dijo periodista.

Dijo miedo.

—Quiero hablar con un inspector —repitió.

Mercadal la llevó a un despacho.

—Quédate aquí.

Rosalinda lo vio hablar por teléfono a través del cristal.

Media hora después llegó Josep Castany.

Ella lo conocía de Sant Cugat.

Entonces comprendió.

—No quiero ir con él.

Mercadal frunció el ceño.

—Es abogado de tu familia.

—No es mi familia.

—Te llevará con tu madre.

—Puedo ir sola.

—No compliques esto.

La palabra otra vez.

Complicar.

Como si su existencia fuera una avería.

Rosalinda miró la puerta del pasillo.

Podría haber corrido.

No lo hizo.

Durante años, si hubiera tenido años, quizá se habría culpado por eso. Aquella tarde simplemente creyó a un policía que le dijo que la

llevarían a casa.

Subió al coche de Castany.

No volvió.

El primer lugar era un piso sin ruidos de vecinos. Las persianas permanecían bajadas. Una mujer llamada Teresa llevaba comida dos veces al día. Eusebio aparecía a veces. Nogués más.

No la ataban siempre.

Solo cuando gritaba, golpeaba la puerta o intentaba salir.

La ausencia de violencia constante la confundió durante los primeros días. Había imaginado que un secuestro tendría hombres con pistolas y amenazas claras. Allí todo se llamaba de otra manera.

Protección.

Tiempo.

Acuerdo.

Calma.

—¿Cuándo me voy? —preguntaba.

—Pronto.

Pronto podía durar semanas.

Teresa casi nunca hablaba. Rosalinda descubrió al tercer día que tenía hijos.

—¿Y si les hicieran esto?

La mujer dejó la bandeja y salió.

Al día siguiente trajo una manzana.

No era libertad.

Pero era culpa.

Rosalinda empezó a usarla.

Le contaba cosas pequeñas. Que odiaba los guisantes. Que quería ver Lisboa. Que Feliciana cantaba mal mientras fregaba escaleras. No

buscaba compasión al principio.

Después sí.

Uno usa lo que tiene.

A la semana Teresa dejó la puerta abierta más tiempo de lo habitual.

Rosalinda alcanzó el pasillo.

Eusebio apareció al fondo.

—Vuelve dentro.

—Quiero irme.

—No puedo.

—Claro que puedes.

—No depende de mí.

—Todo el mundo dice eso.

—Hazme caso. Cuanto menos compliques las cosas, antes termina.

Rosalinda se rio.

—¿Cómo termina?

Eusebio no respondió.

Fue entonces cuando empezó a tener miedo de verdad.

No porque aquel hombre pareciera dispuesto a matarla.

Porque parecía no saber qué iba a ocurrir.

Nogués llevó un día una revista y un paquete de cigarrillos.

—Tu madre sabe que estás bien.

—¿Le habéis dicho dónde estoy?

—No necesita saberlo.

—Entonces no sabe que estoy bien.

—Rosalinda…

—Quiero ver a mi padre.

—No es posible.

—Entonces no hay acuerdo.

—Eres muy joven para entender lo que puedes perder.

Rosalinda encendió un cigarrillo aunque fumaba poco. Le temblaban los dedos.

—Eso es lo único en lo que tengo experiencia.

A partir de entonces escribió.

En el cuaderno de la maleta. En hojas arrancadas. En la parte interior de una tabla con la punta de un clip.

ROSALINDA VEGA ESTUVO AQUÍ.

No sabía quién lo leería.

Le bastaba con que existiera.

Un hombre joven empezó a llevarle comida en diciembre. Se llamaba Juli. Lo supo porque Nogués pronunció el nombre desde el pasillo.

Juli tenía una cicatriz de quemadura en una mano.

—¿Qué te pasó?

—Fábrica.

—¿Y ahora secuestras niñas?

—No digas eso.

—Abre la puerta.

El hombre miró hacia el pasillo.

—No puedo.

—Entonces es eso.

Juli no era amable. Tampoco era cruel. Aquello lo volvía más irritante. Parecía convencido de que su falta de entusiasmo lo colocaba fuera del crimen.

Una noche le llevó una revista francesa.

Rosalinda recortó un abrigo y lo pegó a la pared con una pasta de pan y agua.

—Te meterás en problemas —dijo él.

—Ya estoy en problemas.

—Peores.

—¿Hay niveles?

Juli sonrió por primera vez.

A finales de enero le susurró:

—Van a sacarte de aquí.

—¿A casa?

—No sé.

—¿A Francia?

El hombre la miró sorprendido.

Rosalinda entendió que había acertado.

—¿Tienen papeles?

Juli no respondió.

—¿Mi padre sabe esto?

—No sé.

—Tú nunca sabes nada.

El hombre apretó los labios.

—Ten cuidado con Nogués.

Rosalinda soltó una carcajada.

—Gran consejo después de dos meses.

Fue la última conversación larga que tuvieron.

Durante el cautiverio hubo días que no parecieron importantes.

Eso fue lo que Rosalinda se negó a perder.

No quería que aquellos hombres poseyeran también cada minuto.

Hubo mañanas en que durmió hasta tarde. Tardes en que dibujó un escaparate para una tienda que llamaría **VEGA**. Una vez discutió con Teresa sobre si París era más bonito que Lisboa aunque ninguna de las dos había estado en ninguna ciudad. Otra tarde se rio sola leyendo un anuncio absurdo del periódico.

Tenía quince años incluso allí.

Especialmente allí.

En febrero la trasladaron.

Le vendaron los ojos.

Rosalinda decidió contar.

Una curva larga a la derecha. Dos detenciones. Adoquines durante un tramo. Después una carretera más lisa. Olor a gasoil. Más tarde sirenas de fábrica.

Cuando le quitaron la venda estaba en una nave.

Reconoció el río antes de verlo.

Amoníaco.

Aceite.

Agua sucia.

Había un colchón, una mesa metálica y una manta oscura. Una ventana tapiada dejaba pasar una línea de luz.

Rosalinda empezó a marcar los días detrás de un armario.

Encontró un lápiz corto.

Escribió una nota:

Me tienen cerca del río. Oigo fábricas. Si dicen que me fui porque quise, mienten.

La dobló y buscó dónde esconderla.

Una tubería separada de la pared le pareció mejor que el zapato. Ya había aprendido que podían cambiarle la ropa.

Otro día arrancó un hilo del forro de la manta y se lo guardó bajo una uña.

No sabía para qué.

Quizá necesitaba dejar algo de sí misma en cada sitio.

Una tarde oyó voces en el pasillo.

Mercadal.

Reconoció el tono antes que la cara.

Se acercó a la puerta.

—Esto se ha acabado —decía el policía.

—No decide usted —respondió alguien.

Castany.

—La chica vuelve con la madre.

—No puede volver así.

—Me da igual cómo vuelva.

Rosalinda golpeó la puerta.

—¡Estoy aquí!

Silencio.

—¡Mercadal!

Pasos.

La puerta se abrió unos centímetros.

El comisario apareció.

Rosalinda vio algo en su cara que la enfureció más que el miedo.

Vergüenza.

—Sáqueme de aquí.

—Mañana estarás en casa.

—Ahora.

—Rosalinda…

—Ahora.

Mercadal miró hacia atrás.

—Mañana.

La puerta volvió a cerrarse.

Rosalinda se quedó inmóvil.

No gritó.

Había comprendido algo definitivo: un hombre podía saber que aquello estaba mal, sentir vergüenza y marcharse de todos modos.

La conciencia no abría puertas.

Esa noche rompió la fotografía donde había escrito **Papá**.

No porque dejara de querer que Néstor la reconociera.

Porque ya no quería pedirle permiso para existir.

La última tarde hubo movimiento en el pasillo.

Cajas. Papeles. Un cubo donde quemaban documentos. Nogués hablando por teléfono con una urgencia nueva.

Rosalinda guardó la libreta en la maleta. Escondió páginas en varios lugares. Una detrás del zócalo. Otra dentro de un manual de mantenimiento. Otra bajo la tela interior de la maleta.

Cuando Nogués entró llevaba la pulsera de plata.

—Toma.

Rosalinda no la cogió.

—No la quiero.

—Es tuya.

—Era el precio de hacer como que me quería.

—No seas dramática.

—No seas cobarde.

Nogués dejó la pulsera sobre la mesa.

—Tu madre necesita dinero.

—Mi madre necesita que vuelva.

—Volverás cuando se pueda.

Rosalinda lo miró.

—¿Cuándo se puede una hija?

El abogado cerró los ojos.

Durante un instante pareció cansado de sí mismo.

—No entiendes cómo funciona el mundo.

Rosalinda miró la puerta cerrada.

—Lo estoy aprendiendo.

La sacaron al anochecer.

No le vendaron los ojos esta vez.

Eso le dio más miedo.

Eusebio conducía. Castany iba delante. Detrás, junto a ella, un hombre al que no conocía llevaba las manos metidas en los bolsillos de un abrigo oscuro.

Nogués no subió.

Rosalinda miró por la ventanilla.

La nave quedó atrás.

—¿Vamos a casa? —preguntó.

Nadie respondió.

—¿Vamos a Francia?

Eusebio apretó el volante.

Castany dijo:

—Cállate un rato.

Rosalinda sintió que el miedo se volvía nítido.

No iba a permitir que fuera lo último que tuviera.

—Mi madre sabe quiénes sois.

Silencio.

—El periodista también.

Castany se volvió.

—No sabes cuándo parar.

—Vosotros no sabéis cuándo una persona es una persona.

El hombre del abrigo la agarró del brazo.

Rosalinda le clavó las uñas.

—Quieta.

—Suéltame.

El coche frenó.

La puerta se abrió.

Afuera olía al Besòs.

Agua negra.

Plástico.

Frío.

Rosalinda golpeó primero.

El codo alcanzó a alguien en la boca. Corrió dos pasos. Resbaló en el barro. Una mano le agarró el pelo. Otra el jersey.

Mordió.

Oyó un insulto.

Hubo un golpe en la nuca.

La noche se llenó de luz blanca.

Cayó de rodillas.

Voces.

—¿Qué has hecho?

—Se ha movido.

—Joder.

—Está respirando.

Rosalinda quiso decir que sí.

No pudo.

La levantaron.

No supo quién.

No supo cuántos.

Durante un instante recuperó la conciencia junto al agua. La superficie era oscura y llevaba reflejos amarillos de una fábrica.

Pensó en Feliciana cantando mal mientras fregaba.

En Pepa.

En las botas nuevas que había dejado en casa.

En Lisboa, que seguramente no se parecía en nada a las fotografías.

En el nombre que había escrito en una tabla.

ROSALINDA VEGA ESTUVO AQUÍ.

Una mano la sostuvo por debajo de los brazos.

Otra voz dijo algo que no entendió.

Sintió frío.

Después, agua.

No vio la cara de quien la soltó.

Eso sería lo único que nadie podría convertir después en una certeza cómoda.

El hilo oscuro permaneció bajo una de sus uñas.

Pequeño.

Inútil para salvarla.

Suficiente para demostrar que incluso al final había intentado dejar una señal.

CAPÍTULO 32 — LA MAQUETA

El sótano estaba abierto.

Eso fue lo primero que preocupó a Silvestre.

Brion nunca dejaba la puerta sin llave.

Bajó acompañado por Ventura. Las luces estaban encendidas. Varias cajas habían sido abiertas y el suelo estaba cubierto de papeles.

—Bru.

No hubo respuesta.

Encontraron al archivero sentado detrás de una estantería, con sangre seca en la sien. Respiraba.

Ventura se agachó.

—Está vivo.

Brion abrió los ojos.

—Llegan tarde.

—¿Quién ha sido?

—Dos hombres.

—¿Los reconoce?

—No.

Silvestre miró el desastre.

—¿Qué buscaban?

Brion señaló hacia una mesa volcada.

—La maqueta.

—¿Qué maqueta?

El archivero sonrió pese al dolor.

—La que no encontraron.

Detrás de un panel de madera había un pequeño hueco. Ventura ayudó a sacar una caja de casi un metro de largo.

Dentro estaba el proyecto Terralta de la desembocadura.

Más detallado que el del despacho de Berrocal.

Calles, bloques, zonas de servicio, canalizaciones. Cada parcela llevaba un número.

Silvestre localizó el punto donde apareció Rosalinda.

S-14: estación provisional de bombeo / servicios.

—Aquí había una construcción —dijo.

Brion asintió.

—Una nave de mantenimiento. Derribada a finales de febrero.

Silvestre se quedó quieto.

—Después del hallazgo.

—Sí.

—¿Quién ordenó derribarla?

Brion buscó entre papeles caídos. Sacó una copia arrugada.

—Orden de obra urgente. Firmada el dieciséis de febrero.

Dos días después de que apareciera Rosalinda.

—¿Qué había allí?

—Oficialmente, herramientas.

—¿Y de verdad?

Brion lo miró.

—No lo sé.

—Mientes.

—No esta vez.

Ventura señaló la maqueta.

—La nave estaba a menos de doscientos metros del sitio donde apareció.

Silvestre recordó el capítulo que aún no conocía: Rosalinda oliendo el río desde una nave. No podía saberlo.

Pero podía imaginar una retención cerca.

—¿Por qué guardaste esto?

Brion cerró los ojos.

—Porque alguien tenía que guardar algo.

Silvestre se volvió hacia él.

—Estabas en la cacería con Mercadal y Berrocal.

Brion abrió los ojos.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque un hombre puede cansarse de servir a alguien sin convertirse por eso en valiente.

—¿Qué hacías con ellos?

—Papeles. Siempre papeles. Recalificaciones, expedientes, terrenos que cambiaban de valor cuando una firma caía en el sitio correcto.

—¿Sabías lo de Rosalinda?

—Sabía que existía una hija.

—¿Sabías que desapareció?

—Después.

—¿Y callaste?

Brion sonrió con amargura.

—Inspector, llevo cuarenta años archivando el silencio de otros. ¿De verdad esperaba que el mío fuera distinto?

Silvestre ayudó a Ventura a levantarlo.

—Vamos a un hospital.

—No.

—Te han abierto la cabeza.

—He tenido jefes peores.

—No discutas.

Brion agarró a Silvestre del brazo.

—Hay otra cosa.

—¿Qué?

—La nave tenía un depósito de agua industrial. Un pozo de decantación. Se rellenó con escombros cuando la derribaron.

Silvestre miró la maqueta.

—¿Por qué importa?

Brion tragó saliva.

—Porque no creo que Rosalinda fuera la primera cosa que enterraron allí.

La ambulancia se llevó a Brion. Antes de subir, el archivero agarró a Silvestre por la manga.

—Busque la orden de derribo.

—Ya la tengo.

—No. La original.

—¿Qué cambia?

—La copia no tiene la anotación del margen.

—¿Qué anotación?

Brion miró a Ventura y después a Silvestre.

—«Z.M. conforme».

Mercadal.

—¿Dónde está?

—Caja 14-B. Si no se la han llevado.

Silvestre y Ventura regresaron al sótano.

La caja 14-B había sido vaciada.

En el fondo quedaba un pequeño fragmento de papel arrancado. Solo dos letras manuscritas:

…M.

Ventura soltó una maldición.

—Otra vez tarde.

Silvestre guardó el fragmento.

—No.

—¿No?

—Ahora sabemos qué buscaban.

—Eso no sirve en un juicio.

—Empiezas a sonar como yo.

Ventura lo miró.

—No sé si es un cumplido.

—No lo es.

Examinaron la maqueta otra vez. La nave S-14 tenía un acceso de servicio desde una pista secundaria y, detrás, una plataforma junto al

canal. Silvestre recordó las marcas en el barro donde apareció el cuerpo. Una distancia corta para transportar a alguien de noche.

—Si la retuvieron aquí —dijo Ventura—, ¿por qué dejar el cadáver tan cerca?

—Porque quizá no tenían tiempo.

—O porque querían que apareciera.

Silvestre pensó en la frase de Berrocal.

Porque alguien quiso que apareciera.

—Quizá.

—¿Para qué?

—Para terminar el problema.

Ventura frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido.

—Todavía.

Silvestre miró la maqueta. Una ciudad futura descansaba sobre una base de corcho y madera. Calles limpias. Árboles. Agua azul.

Debajo, los documentos de una nave derribada a toda prisa.

Pensó que las ciudades también podían construirse como coartadas.

Cuando Brion salió del hospital dos días después, pidió ver a Silvestre.

Se encontraron en una pensión cerca de la estación de Francia. El archivero llevaba un vendaje en la cabeza.

—Me voy.

—¿Dónde?

—No se lo diré.

—¿Tienes miedo?

Brion sonrió.

—Desde 1939. Uno se acostumbra.

Sacó un sobre del bolsillo.

Dentro había una llave y una dirección.

—Un trastero en Sants. Hay cajas.

—¿Qué cajas?

—Copias.

Silvestre lo miró.

—¿De todo?

—De lo suficiente para que nadie pueda decir que no existió.

—¿Por qué no me lo diste antes?

Brion se apoyó en la silla.

—Porque quería tener una vida después de jubilarme.

—¿Y ahora?

—Ahora me han abierto la cabeza por unos papeles. Empieza a parecerme que la vida que protegía no era gran cosa.

Silvestre guardó la llave.

—Podrías declarar.

Brion negó.

—No soy valiente, inspector.

—Esto se le parece.

—No. Esto es cansancio.

—A veces basta.

Brion lo miró con una tristeza extraña.

—No se engañe. Ninguno de nosotros se vuelve bueno al final. Solo nos quedamos sin energía para seguir siendo cobardes.

Silvestre pensaría muchas veces en esa frase.

En el trastero de Sants señalado por Brion encontraron seis cajas. No todas tenían relación con Berrocal. Había expedientes de constructoras, asociaciones vecinales, sindicatos, funcionarios, empresas desaparecidas.

Silvestre comprendió que Brion no había guardado una conspiración.

Había guardado un ecosistema.

Entre los documentos apareció una factura de febrero de 1978 por derribo urgente de la nave S-14. La empresa ejecutora pertenecía a un antiguo socio de Berrocal. En el reverso alguien había escrito a lápiz:

Limpiar antes del 20. Z. conforme.

Ventura sostuvo el papel.

—Esto sí.

Silvestre negó.

—Esto acerca.

—¿Qué más quiere?

—Saber qué se limpió.

—Siempre falta algo.

—Sí.

—¿No se cansa?

Silvestre miró las cajas.

—Mucho.

—No lo parece.

—Eso es porque tú miras desde fuera.

En otra carpeta encontraron una relación de vehículos de mantenimiento. El Peugeot oscuro estaba allí.

Asignado a **Álvaro Nogués / servicio extraordinario** durante varios días de noviembre.

Ventura se sentó sobre una caja.

—La llevó él.

—Probablemente.

—A Rosalinda.

—Probablemente.

—¿Nunca dice sí?

Silvestre guardó el documento.

Brion había escondido la maqueta detrás de seis armarios de expedientes.

Necesitaron casi una hora para moverlos.

Cuando retiraron el último, apareció una caja de madera de dos metros de largo. En la tapa se leía: PROYECTO TERRALTA — SECTOR BESÒS, 1975.

Ventura silbó.

—Eso no cabe en un bolsillo.

—Por eso sigue aquí —dijo Brion.

Levantaron la tapa.

La maqueta reproducía toda la zona de la desembocadura: naves, carreteras proyectadas, bloques, áreas de servicios. El río era una franja azul limpia, casi hermosa.

Silvestre sintió una irritación absurda.

—El agua nunca tuvo ese color.

Brion lo miró.

—Las maquetas son optimistas por profesión.

Se inclinaron sobre el terreno.

Ventura señaló la parcela donde apareció el cuerpo.

—Aquí.

En la maqueta había un pequeño edificio rectangular marcado con una etiqueta: «Centro de servicios y aparcamiento».

Brion buscó los planos anexos.

—El proyecto necesitaba recalificación y limpieza ambiental. Había informes desfavorables por contaminación y ocupaciones irregulares.

—¿Quién los emitió?

—Técnicos municipales.

—¿Y qué pasó?

—Algunos cambiaron de opinión.

Silvestre examinó las fechas.

El cambio principal se produjo en diciembre de 1977.

Después de la desaparición de Rosalinda.

—¿Qué relación tiene ella con esto?

Brion sacó un documento.

—Ninguna directa. Pero mire el nombre del titular de una de las servidumbres antiguas.

Feliciana Vega.

Silvestre se quedó quieto.

—¿Cómo?

—Una pequeña franja de terreno heredada de un tío. Apenas valor cuando se registró. Pero atraviesa el acceso proyectado.

—¿Ella lo sabe?

—Lo dudo.

—¿Berrocal?

Brion lo miró como si la pregunta fuera ingenua.

—Por supuesto.

Ventura tomó aire.

—Entonces no era solo la hija.

—También era una firma futura —dijo Silvestre.

Si Feliciana moría o cedía, Rosalinda podía heredar derechos. Si la filiación con Berrocal salía a la luz, cualquier negociación patrimonial podía convertirse en escándalo.

—¿Cuánto valía la parcela? —preguntó.

Brion hizo un cálculo aproximado.

La cifra era enorme comparada con todo lo que Feliciana había recibido en quince años.

Silvestre sintió una claridad repugnante.

—La niña no valía lo que la parcela.

Ventura lo miró.

—¿Cree que la mataron por esto?

—Creo que esto hizo más caro que siguiera hablando.

—No es lo mismo.

—No.

Y precisamente por eso era más difícil de probar.

Brion encontró después una relación de reuniones. En una aparecían las iniciales Z.M.B.

Zenón Mercadal Bosch.

Asesoramiento de seguridad.

Silvestre cerró los ojos.

—¿Mercadal trabajaba para Terralta?

—No oficialmente.

—¿Entonces qué es esto?

—Quizá una reunión. Quizá un favor. Quizá alguien apuntó un nombre donde no debía.

Ventura observó la maqueta.

—Podemos sacarla.

Brion soltó una carcajada.

—¿Y llevarla a dónde? ¿A comisaría?

Nadie respondió.

Silvestre pensó en el informe de Remei, la carta, las copias, las fotografías. Tenían fragmentos. Suficientes para saber. Insuficientes para condenar.

—Necesitamos fotografiar todo —dijo.

Brion negó.

—No tengo cámara.

—Yo consigo una.

Ventura levantó la mano.

—Mi cuñado tiene una Yashica.

Silvestre lo miró.

—No involucres a más gente.

—No le diré para qué.

—Eso ya es involucrarlo.

El joven sostuvo la mirada.

—Entonces decidamos si queremos pruebas o inocencia.

La frase recordó a Silvestre demasiado a sí mismo.

Dos días después volvieron con la cámara.

Fotografiaron la maqueta desde todos los ángulos, los planos, los registros. Brion sostuvo una regla junto a cada documento para que las dimensiones pudieran reconstruirse.

Trabajaron hasta madrugada.

Al terminar, Ventura preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

Silvestre miró la representación perfecta de una ciudad que todavía no existía.

Pequeños árboles verdes donde había lodo.

Calles limpias donde flotaban animales muertos.

Un río azul donde habían encontrado a Rosalinda.

—Ahora intentamos que alguien no pueda decir que nunca estuvo aquí.

La cámara de Ventura tenía un problema con el avance de película.

Lo descubrieron después de la tercera foto. La palanca se atascaba y había que liberarla con una moneda.

—Perfecto —murmuró Silvestre—. Toda la verdad del país depende de una peseta.

Brion no sonrió.

—Ha dependido de menos.

Trabajaron en silencio. Cada fotografía exigía mover una lámpara, sostener el plano, evitar reflejos. La operación adquirió una lentitud ritual.

Silvestre empezó a fijarse en detalles de la maqueta que antes había pasado por alto. Había una escuela proyectada. Un centro médico. Jardines. Aparcamientos.

—No todo es malo —dijo Ventura, leyendo su expresión.

—Nunca lo es.

—¿Qué quiere decir?

—Que así funcionan las cosas difíciles. Si Terralta solo construyera ruinas sería fácil odiarla. Construye casas que alguien necesita. Da trabajo. Hace calles. Y para hacerlo aplasta lo que molesta.

Brion apoyó una mano sobre la maqueta.

—El progreso siempre viene con una lista de personas que deben apartarse.

—Eso suena demasiado cómodo —dijo Ventura—. Como si todo fuera inevitable.

—No he dicho inevitable. He dicho habitual.

Silvestre observó la pequeña franja que representaba la propiedad de Feliciana.

—¿Puede Terralta hacer el proyecto sin esa servidumbre?

Brion negó.

—Puede rediseñar. Más caro. O expropiar. Más lento. O comprar.

—¿Y si Feliciana se niega?

—Entonces negocian.

—¿Y Rosalinda?

—Si la filiación se reconociera y hubiera litigio patrimonial, cualquier operación podría complicarse.

Ventura miró la maqueta.

—Entonces sí había dinero suficiente para matar.

Silvestre negó.

—No digas eso.

—¿Por qué?

—Porque el dinero no mata. Las personas deciden qué están dispuestas a hacer para conservarlo.

—Es una diferencia filosófica.

—No. Es la única diferencia que permite responsabilizar a alguien.

Ventura bajó la cámara.

Silvestre comprendió que también se lo decía a sí mismo.

Durante años había hablado del sistema como si fuera un animal sin rostros. Pero los sistemas estaban hechos de decisiones pequeñas:

Mercadal llamando a Castany, Barnet autorizando una retirada, un director de periódico diciendo no, un policía escribiendo «fuga voluntaria».

La estructura no absolvía a las piezas.

Las conectaba.

Cuando terminaron la película, Brion la guardó en una lata metálica.

—No la revelen en el mismo sitio donde revelan los cumpleaños.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Ventura.

—Sí. Conozco a un fotógrafo que odia a Berrocal.

Silvestre lo miró.

—¿Por qué?

—Le debe dinero.

Ventura sonrió.

—Por fin una motivación sencilla.

La sencillez duró poco.

Al salir del archivo encontraron la puerta del pasillo abierta.

Brion estaba seguro de haberla cerrado.

No faltaba nada.

Eso significaba que alguien había entrado solo para saber que ellos estaban allí.

Silvestre apagó las luces una por una.

La oscuridad fue ocupando el sótano.

La maqueta quedó encerrada otra vez.

Una ciudad futura escondida bajo una ciudad que todavía no había aprendido a mirar su pasado.

Las fotografías tardaron dos días en revelarse.

El fotógrafo de Brion trabajaba en un local estrecho detrás de una tienda de bodas. Se llamaba Enric Casademunt y no hizo preguntas hasta ver el primer negativo.

—Esto es Terralta.

Brion lo miró.

—Te pago para revelar, no para reconocer.

—Me deben seis meses de un trabajo.

—Por eso estás aquí.

Enric sonrió.

—Entonces quiero una copia.

Silvestre negó.

—No.

—¿Por qué?

—Porque cuantos más tengamos, más probable es que uno hable de más.

—Y cuantos menos, más fácil que desaparezcan.

El fotógrafo tenía razón.

Hicieron cuatro juegos.

Uno para Silvestre.

Uno para Brion.

Uno para Alèxia.

El cuarto quedó con Enric bajo un sobre sin nombres.

—Si alguien pregunta —dijo Silvestre—, nunca lo vio.

—Si alguien pregunta con educación, quizá.

Brion resopló.

—No conviertas esto en una película.

Enric señaló las cubetas de revelado.

—Todo lo que ocurre aquí acaba siendo una película.

Mientras esperaban, Silvestre examinó ampliaciones de los planos. En una apareció algo que no habían visto en el sótano: una pequeña construcción junto a la conducción de servicio, marcada como «caseta provisional de almacenamiento».

—Eso está cerca de donde encontré la manta.

Brion acercó la cara.

—No existe ya.

—¿Cuándo la demolieron?

—No sé.

Enric sacó otra fotografía.

—Aquí hay una fecha escrita a mano.

Enero de 1978.

Silvestre sintió el pulso en las sienes.

La caseta había sido demolida mientras Rosalinda seguía desaparecida.

—Necesito el permiso de derribo.

Brion suspiró.

—Otra noche en el sótano.

Lo encontraron al día siguiente.

Solicitud urgente por «riesgo estructural».

Firmada por un técnico municipal.

Pagada por Terralta.

Ejecutada por una empresa de Servicios Auxiliares del Mediterráneo.

La misma del Peugeot.

La misma que empleaba a Julián Baeza.

Silvestre colocó los documentos sobre una mesa.

—Aquí estuvo.

Ventura lo miró.

—¿Rosalinda?

—No puedo probarlo.

—Pero lo cree.

Silvestre observó la fecha.

—Creo que destruyeron un lugar antes de que apareciera el cuerpo.

Brion se sentó lentamente.

—Eso ya no es limpiar después.

No.

Era prepararse antes.

Brion llevó la maqueta a una mesa más grande y retiró con cuidado dos edificios en miniatura. Debajo aparecía una cuadrícula de parcelas numeradas.

—Terralta no compró esto por una sola promoción —dijo—. Compró anticipándose a la recalificación.

Ventura señaló la zona del río.

—¿Y qué tiene que ver Rosalinda con eso?

—Nada —respondió Brion—. Ese es el punto.

Silvestre lo miró.

El archivero abrió una carpeta de valoraciones. Los terrenos junto a la marisma valían poco mientras figuraran como suelo industrial degradado y zonas de servicio. Cambiarían de valor si el Ayuntamiento aprobaba nuevos accesos, saneamiento y vivienda.

—Berrocal no necesitaba matar a una niña para ganar dinero —dijo Brion—. Ya lo estaba ganando.

—Entonces ¿por qué encubrirla?

—Porque una hija ilegítima podía ser un escándalo. Porque ella sabía cosas. Porque empezó a aparecer donde no debía. Porque los hombres poderosos no separan los problemas: los administran juntos.

Silvestre pensó en la frase de Mercadal.

Administrar.

Siempre el mismo verbo.

Brion colocó sobre el plano varias fichas con fechas. Una denuncia vecinal. Un informe sanitario. Una visita de inspectores. La desaparición de Rosalinda. El derribo de la caseta. La fecha prevista para presentar un nuevo proyecto.

—Mire esto —dijo.

El derribo ocurrió once días antes de una reunión municipal en la que debía revisarse el estado de la parcela.

—¿La caseta estorbaba al proyecto? —preguntó Ventura.

—Cualquier estructura irregular podía retrasarlo.

—Entonces podían derribarla sin relación con Rosalinda.

—Sí.

Silvestre agradeció que el joven lo dijera.

El caso se había llenado de coincidencias tan sugestivas que resultaba peligroso empezar a tratarlas como pruebas.

—Pero alguien aceleró el permiso —dijo Silvestre.

—También.

—Y la empresa que lo hizo empleaba a Baeza.

—Sí.

—Y esa misma empresa tenía un vehículo visto cerca de una de las naves.

—Sí.

Brion se quitó las gafas.

—Puede construir una historia muy convincente con todo eso.

—No quiero una historia.

—Todos quieren una, inspector. El problema es saber cuándo deja de ser una hipótesis y empieza a fingir que es verdad.

Silvestre rodeó la maqueta.

Había pasado meses acusando a otros de fabricar versiones cómodas. La tentación de fabricar la suya era real, solo que ahora la comodidad consistía en hacer que todas las piezas encajaran.

—Separemos —dijo.

Ventura cogió papel.

Hicieron dos columnas.

HECHOS.

INFERENCIAS.

En la primera escribieron: la caseta existía; Terralta pidió el derribo; Servicios Auxiliares lo ejecutó; Baeza trabajaba para esa empresa; Rosalinda dibujó un lugar compatible con la zona; se hallaron objetos potencialmente relacionados.

En la segunda: Rosalinda estuvo en la caseta; el derribo buscó destruir pruebas; Berrocal ordenó hacerlo; Baeza participó en el cautiverio.

La segunda columna era la que Silvestre deseaba convertir en cierta.

La primera era la única que podía defender.

—Guarde ambas —dijo Brion.

—¿Por qué?

—Porque dentro de diez años quizá alguien encuentre una prueba nueva. Y conviene que sepa qué sabíamos y qué solo sospechábamos.

Silvestre dobló la hoja.

Por primera vez imaginó la investigación sobreviviendo a su fracaso.

La investigación acababa de cruzar una línea.

Por primera vez tenían un acto concreto ocurrido durante la desaparición que parecía orientado a eliminar un escenario.

Silvestre sintió algo parecido a esperanza.

Le duró poco.

El técnico que había firmado el permiso estaba de vacaciones indefinidas.

La empresa de demolición alegó que había recibido una orden rutinaria.

El original del informe de riesgo no aparecía.

La verdad empezaba a dibujar una forma reconocible.

Todavía no era una forma que un juez pudiera condenar.

CAPÍTULO 33 — LA MARISMA, DE NOCHE

El barro chupaba las botas.

Había dejado de llover, pero la marisma conservaba el agua del día entero. La oscuridad empezaba donde terminaban las carreteras. Más allá, las fábricas eran masas negras con alguna ventana amarilla y las chimeneas parecían clavadas en un cielo sin profundidad.

Silvestre iba delante.

Ventura llevaba una linterna y una cámara. Remei cargaba su informe dentro de una bolsa impermeable. Alèxia había venido desde Lleida con copias de los documentos repartidas en dos sobres, uno bajo el abrigo y otro dentro del bolso.

—Esto es una estupidez —dijo Remei.

—Sí —respondió Silvestre.

—Me tranquiliza que el jefe de la expedición lo tenga claro.

—No soy el jefe.

Alèxia resopló.

—Eso explica por qué nadie te obedece.

No era humor. Era una tregua de segundos.

Brion les había señalado en la maqueta un antiguo depósito de materiales, una conducción de servicio y un pozo cegado cerca de la

zona S-14. En los planos de Terralta aparecían como estructuras a demoler antes de la urbanización.

No buscaban un cadáver.

Silvestre se lo había repetido a todos.

Tampoco buscaban la pieza definitiva que resolviera el caso.

Buscaban algo que sobreviviera a la mañana.

Llegaron primero al pozo.

El terreno estaba removido. Había escombros, restos de tubería y placas de hormigón. Remei se agachó junto a una mancha más clara.

—Cal.

Silvestre sintió el olor antes de arrodillarse.

La curtiduría de Celestino volvió con una precisión física: piel mojada, cubas, cal viva pegándose a la garganta.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—No puedo saberlo a ojo.

Ventura fotografió.

—¿Puede ocultar restos?

—Puede destruir muchas cosas. También puede no significar nada. En obras se usa cal.

Silvestre miró la extensión blanca sobre el barro.

—Fotografía todo.

Alèxia se acercó al río.

—¿Aquí la encontraron?

—Más allá.

—Qué sitio.

Silvestre no supo qué contestar.

Siguieron la conducción indicada en el plano. Una reja oxidada había sido cortada tiempo atrás. Ventura iluminó el interior.

—Cabe una persona.

Remei lo sujetó por el hombro antes de que se inclinara más.

—Y una persona se queda fuera.

—Solo miraba.

—Mira desde aquí.

Silvestre recorrió el terreno con la linterna. Algo le resultaba familiar. La caseta. La pendiente. Un muro con pintura descascarillada.

Recordó la noche en que vio una furgoneta retirando sacos después de que el caso pasara oficialmente a otras manos.

—No estaban limpiando la caseta —dijo.

Ventura se volvió.

—¿Qué?

—Aquella noche. Estaban sacando cosas de aquí.

Siguió la línea de la conducción hasta un montículo protegido del viento.

Allí encontraron restos quemados.

Tela.

Madera.

Papel convertido en láminas negras.

Remei se arrodilló.

—No toquéis nada.

Con unas pinzas improvisadas levantó una pequeña hebilla metálica.

—Puede ser de una correa.

Silvestre pensó en las marcas de las muñecas y tobillos de Rosalinda.

No dijo nada.

Ventura fotografió desde varios ángulos.

Alèxia encontró un fragmento de tela azul atrapado entre dos bloques.

—¿Esto?

—Papel —dijo Remei—. Guárdalo en papel, no en plástico.

—Sé obedecer cuando me hablan como a una adulta.

Silvestre recordó el abrigo que Teresa, la mercera, había descrito. Rosalinda había recibido uno caro en octubre.

—Puede ser de cualquier cosa —dijo.

Alèxia lo miró.

—Ya lo sé.

Había aprendido a no confundir esperanza con prueba.

A unos metros del montículo, Ventura señaló varias marcas profundas en el barro.

—Ruedas.

—Recientes —dijo Silvestre.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la lluvia de esta tarde no las ha borrado del todo.

Remei se incorporó.

—Entonces alguien ha venido hoy.

La frase quedó suspendida.

Un motor sonó a lo lejos.

Silvestre apagó la linterna.

Los demás hicieron lo mismo.

Dos faros aparecieron en la pista.

El coche avanzó despacio y se detuvo a unos cincuenta metros.

Dos puertas.

Pasos.

—Detrás del muro —susurró Silvestre.

No llegaron.

Una linterna barrió el terreno y se detuvo sobre ellos.

—Amat —llamó una voz—. Sal.

Silvestre la reconoció.

El hombre de la cicatriz que había entrado en su piso.

—¿Quién es? —preguntó Ventura.

—Uno de los que dejaron las fotografías.

—¿Policía?

—Lo fue o quiso parecerlo.

Otra voz habló desde la oscuridad.

—No queremos hacer daño a nadie.

Remei soltó un susurro seco.

—Siempre empiezan por ahí.

Silvestre sacó la pistola.

—Quédate con ellas —le dijo a Ventura.

—Ni hablar.

—No es una discusión.

—Entonces deje de discutir.

El joven se desplazó hacia un lateral.

Silvestre avanzó hasta quedar visible.

—Estoy aquí.

Dos linternas lo cegaron.

—Tira el arma —dijo el hombre de la cicatriz.

—Primero identifícate.

—No estás de servicio.

—Entonces menos razón para obedecerte.

Silvestre distinguió una pistola en la mano del segundo hombre.

—Queremos la cámara y la bolsa —dijo este.

—No.

—Amat, no hagas esto difícil.

—Esa frase está muy usada.

—La bolsa.

Silvestre oyó a su espalda un roce.

Alèxia cambiaba de sitio los sobres. Remei se movía hacia Ventura.

—¿Quién os manda? —preguntó.

El hombre de la cicatriz rio.

—Siempre necesitas un jefe.

—¿Berrocal?

Nada.

—¿Castany?

El segundo hombre levantó el arma un poco más.

—Última vez.

Ventura apareció por la derecha.

—¡Bajen las armas!

Todo ocurrió demasiado rápido para que después pudieran contar una sola versión.

El hombre armado giró.

Silvestre gritó.

Un disparo abrió la noche.

Ventura cayó.

Remei gritó su nombre.

Silvestre disparó al suelo delante del segundo hombre. El fogonazo lo hizo retroceder. Durante ese segundo el hombre de la cicatriz se lanzó sobre Silvestre.

Cayeron al barro.

La pistola de Silvestre salió despedida.

Un puño le alcanzó el pómulo.

Silvestre golpeó el estómago del otro, giró, consiguió ponerse encima.

Golpeó.

Una vez.

Dos.

Tres.

La cara de aquel hombre dejó de ser una cara concreta.

Muntané.

Aranda.

Marcos.

Rosalinda.

Cuatro.

Cinco.

—¡Silvestre!

No paró.

El barro salpicaba con cada movimiento.

—¡Silvestre, basta!

Unas manos lo agarraron por detrás.

Alèxia.

Él se revolvió.

—¡Basta!

La voz de su hermana atravesó algo que Remei no había conseguido atravesar.

Silvestre se quedó inmóvil con el puño levantado.

El hombre de la cicatriz estaba inconsciente.

La cara llena de sangre.

Respiraba.

Silvestre miró sus propias manos.

Otra vez.

Siempre otra vez.

—Ventura —dijo Remei.

El nombre devolvió el mundo.

Corrió.

El joven estaba en el suelo con la camisa oscura alrededor del hombro y el costado. La bala había entrado cerca de la clavícula y salido por detrás. Remei presionaba con una bufanda doblada.

—Mírame —ordenó.

Ventura abrió los ojos.

—Estoy bien.

—No —dijo Silvestre.

—Vale. No estoy bien.

Remei no sonrió.

—Necesito luz.

Alèxia sostuvo la linterna.

—La ambulancia —dijo.

—El coche tiene radio —respondió Silvestre.

El segundo agresor había desaparecido.

También la cámara.

Ventura intentó incorporarse.

—La tenía yo.

—Cállate.

—Se la ha llevado.

—Cállate.

Silvestre corrió hasta el coche y pidió una ambulancia. Dio la ubicación dos veces. Después volvió.

Remei había conseguido reducir el sangrado.

—Háblale —dijo—. No dejes que se duerma.

Silvestre se arrodilló.

—¿Cómo se llama tu madre?

Ventura respiró con dificultad.

—Carmen.

—¿Dónde nació?

—Andújar.

—¿Qué cocina mal?

El joven intentó reír y gimió.

—Todo.

—Mientes.

—Arroz.

—Bien. Sigue.

Ventura cerró los ojos un segundo.

—Inspector…

—Silvestre.

Los abrió.

Era la primera vez que el hombre mayor se lo pedía.

—Silvestre.

—Eso. No te duermas.

—Tengo frío.

Silvestre se quitó el abrigo y lo puso sobre él.

—No te suelto.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

Ventura no sabía lo que significaban.

Alèxia sí.

Lo miró.

Silvestre apartó los ojos.

A unos metros, el agresor empezó a toser.

—Ese hombre también necesita ayuda —dijo Alèxia.

Silvestre no se movió.

—Ha disparado a Ventura.

—No sabes si fue él.

—Ha venido armado.

—Y tú casi lo matas.

—No me importa.

Alèxia se acercó.

—Entonces no has entendido nada.

La frase hizo lo que ninguna orden habría conseguido.

Silvestre se levantó y fue hasta el herido.

Pulso débil. Respiración irregular.

Lo colocó de lado para que no se ahogara con su propia sangre.

No fue perdón.

Fue procedimiento.

A veces la dignidad empezaba por algo tan pequeño que no parecía dignidad.

Registró el abrigo buscando identificación.

Encontró una cartera.

JULIÁN BAEZA.

Una tarjeta antigua vinculada a un servicio de Información. Otra de una empresa privada de seguridad que había trabajado para Terralta.

Y un papel doblado con dos direcciones.

Una era la de Feliciana Vega.

Silvestre sintió frío.

La otra pertenecía a un garaje de Sant Adrià.

En el reverso alguien había escrito a lápiz:

E. ROCA — coche 17.

Eusebio.

Guardó el papel en su bolsillo interior.

No porque quisiera ocultarlo.

Porque acababa de ver desaparecer una cámara en medio de una escena con cuatro testigos.

Antes de que llegara ayuda, la marisma volvió a quedar casi en silencio.

Alèxia mantenía presión sobre la herida de Ventura con una bufanda doblada. Remei le daba instrucciones cortas. El joven estaba consciente, aunque cada vez más pálido.

—No te duermas —dijo Silvestre.

Ventura intentó sonreír.

—Qué manía tienen todos con darme órdenes.

—Cállate.

—Eso también es una orden.

Remei levantó la mirada.

—Si tienes fuerzas para discutir, aprovéchalas para respirar.

A unos metros, Baeza gemía boca abajo con las manos atadas usando su propio cinturón. Silvestre evitó mirarlo. Sabía que, si veía la cara que había golpeado, tendría que medir la distancia entre detener una amenaza y disfrutar durante unos segundos de no detenerse.

Alèxia sí lo miró.

—Has estado a punto de matarlo.

—Lo sé.

—No. Ahora lo dices. Allí no lo sabías.

Silvestre observó el barro.

—Ventura cayó.

—Lo vi.

—Pensé que estaba muerto.

—Y decidiste fabricar otro.

La frase fue tan precisa que no encontró defensa.

Remei intervino sin apartar las manos de la herida.

—Discutid después.

Alèxia guardó silencio, pero no retiró la mirada de su hermano.

Silvestre se agachó junto a Baeza.

—¿Quién era el otro?

El hombre escupió barro.

—Vete a la mierda.

—Llevabas la dirección de Feliciana.

Baeza dejó de moverse.

—¿Quién te la dio?

—No sé de qué hablas.

—Eusebio Roca.

El detenido giró la cabeza lo suficiente para mirarlo con un ojo hinchado.

La reacción fue mínima.

Suficiente.

—¿Dónde está?

—Pregunta a tu jefe.

Silvestre sintió que el cuerpo se tensaba.

—¿Mercadal?

Baeza sonrió con sangre en los dientes.

—He dicho tu jefe. Tú sabrás cuál.

Silvestre se incorporó.

No volvió a tocarlo.

La frase podía ser una provocación, una pista o una mentira diseñada para dirigirlo contra alguien. Por primera vez aquella noche aceptó no saber.

Ventura emitió un quejido.

Silvestre regresó junto a él.

La linterna había caído en el barro y proyectaba una luz oblicua sobre la conducción. En ese ángulo apareció algo que no habían visto antes: tres letras rascadas en el cemento.

R V M

Remei las miró.

—Pueden llevar ahí veinte años.

—Sí.

—No sabes si son de ella.

—Sí.

Silvestre no las tocó.

Sacó la cámara de repuesto que Alèxia llevaba en el bolso y fotografió el muro desde varios ángulos.

Después anotó la posición exacta.

No convertiría tres letras en una certeza solo porque necesitaba que lo fueran.

Aquel aprendizaje llegaba tarde.

Pero llegaba.

Las sirenas tardaron catorce minutos.

Silvestre los contó.

Cuando llegó la ambulancia, los sanitarios se llevaron primero a Ventura y después a Baeza.

Alèxia subió con Ventura.

Remei se quedó un momento más.

—¿Vas a venir?

—En cuanto termine aquí.

—No termines aquí solo.

—No pienso hacerlo.

—No me refería a eso.

Silvestre la miró.

Remei señaló sus manos ensangrentadas.

—No vuelvas a decirte que no sabías de lo que eras capaz.

Se marchó.

La patrulla llegó poco después. Casado, un agente veterano, reconoció a Baeza antes de que la ambulancia desapareciera.

—¿Qué coño hace este aquí?

Silvestre levantó la cabeza.

—¿Lo conoces?

Casado cerró la boca.

—Has dicho su nombre con la cara.

—Trabajó en Información hace años.

—¿Y ahora?

—Seguridad. Lo que salga.

Casado examinó el barro.

—¿Qué ha pasado?

Silvestre explicó los hechos sin quitarse responsabilidad.

—¿Y la cara?

—Yo.

Casado lo miró.

—¿Cuántas veces?

Silvestre observó sus nudillos.

—No lo sé.

—Eso va a ser un problema.

—Sí.

Buscaron el arma del segundo hombre. No apareció.

Tampoco la cámara.

Encontraron un casquillo, huellas de dos vehículos, varias colillas y los restos quemados junto a la conducción. La tela azul seguía en la bolsa de Remei. La hebilla también.

Durante una hora, la escena funcionó como debía.

Fotos.

Medidas.

Etiquetas.

Firmas.

Silvestre observó a los agentes trabajar y sintió algo parecido a tristeza.

No odiaba la policía.

Ese era parte del problema.

Sabía lo que podía ser cuando hacía su trabajo.

Por eso resultaba más insoportable lo que ocurría cuando decidía no hacerlo.

Casado se acercó.

—Mercadal viene.

—¿Aquí?

—Eso han dicho.

No llegó.

Diez minutos después comunicaron por radio que el comisario no acudiría.

Otra ausencia bien administrada.

Casado miró la pistola de Silvestre, ya recuperada del barro.

—Tengo que quedármela.

—Lo sé.

—Y la placa. Hasta que se aclare lo de Baeza.

Silvestre metió la mano en el bolsillo.

Sacó la credencial de servicio y la chapa que utilizaba entonces.

La dejó en la palma del agente.

El metal pareció pesar menos fuera de su cuerpo.

—Te la devolverán —dijo Casado.

Silvestre miró el río.

—Ya veremos.

Antes de irse recogió del suelo un botón oscuro que Alèxia había encontrado cerca del pozo. Casado lo embolsó y lo etiquetó delante de él.

—Puede ser de cualquiera —dijo.

—Sí.

—No empieces a enamorarte de las pruebas.

Silvestre recordó a Ventura acusándolo de reducirlo todo hasta que pareciera poco.

—No. Esta vez no.

Caminó hacia el coche de patrulla que lo llevaría al hospital.

A su espalda empezó a llover otra vez.

Fino. Constante.

El Besòs recibió la lluvia, el barro removido y la luz de las ambulancias sin distinguir una cosa de otra. Silvestre lo miró desde el coche de patrulla hasta que una curva ocultó la marisma.

Por primera vez no le pidió al río que significara nada.

CAPÍTULO 34 — EL HOSPITAL, EL SILENCIO

El fluorescente del pasillo emitía un zumbido continuo.

Silvestre tenía las manos manchadas de sangre seca. Parte era de Ventura. Parte, de Julián Baeza. No sabía qué proporción correspondía a cada uno y la ignorancia le pareció una forma exacta de la noche.

Ventura había entrado en quirófano poco después de medianoche. La bala había atravesado el hombro y los médicos buscaban daño vascular. Remei había logrado contener la hemorragia durante el trayecto. Ahora se lavaba las manos en un lavabo del pasillo. El agua se volvió rosa y después transparente.

Silvestre miró sus nudillos abiertos.

—Te has pasado —dijo Remei.

—Lo sé.

—Podías haber matado a Baeza.

—Lo sé.

Remei cerró el grifo.

—No puedes usar la culpa como permiso para todo.

Silvestre levantó la cabeza.

—No lo hago.

—Sí. A veces parece que piensas que, como ya eres culpable, una culpa más no cambia nada.

Alèxia, sentada unos metros más allá, bajó la mirada. Había sido ella quien detuvo el brazo de su hermano en la marisma.

—Cuando cayó Ventura… —empezó Silvestre.

—Tuviste miedo.

—Sí.

—Eso no lo convierte en Marcos.

Silvestre apoyó la espalda en la pared.

—Ya lo sé.

Remei soltó aire.

—Otra vez esa frase.

Un agente de guardia apareció al fondo del pasillo. Traía instrucciones de Jefatura. Silvestre debía declarar en cuanto los médicos confirmaran que Ventura estaba estable.

—Entonces espera —dijo Silvestre.

—Inspector…

—He dicho que esperes.

El agente no insistió.

A través del cristal de la puerta vio durante un segundo la mesa de operaciones antes de que una enfermera corriera una cortina. Pensó en Marcos.

No lo confundió con él.

Por primera vez, no.

Ventura era Ventura.

Un hombre vivo.

No una segunda oportunidad.

Silvestre apoyó los dedos contra el cristal.

—No te debo nada —susurró.

Luego se volvió hacia el agente.

—Vamos.

En Jefatura lo interrogaron durante cinco horas.

Dos hombres que conocía desde hacía años formularon las preguntas como si nunca lo hubieran visto. La escena tenía una limpieza burocrática que Silvestre encontró casi reconfortante.

—¿Cuántas veces golpeó al señor Baeza?

—No las conté.

—¿Disparó su arma?

—Una vez al suelo.

—¿Por qué se encontraba en la marisma fuera de servicio?

—Investigando.

—No tenía asignada ninguna investigación.

—Lo sé.

—Entonces no estaba investigando oficialmente.

Silvestre miró al instructor.

—Rosalinda tampoco estaba oficialmente retenida y, sin embargo, lo estaba.

El hombre dejó el bolígrafo.

—No estamos aquí para discutir el caso Vega.

—Ese es exactamente el problema.

Le retiraron cautelarmente el arma y la credencial. La vieja placa de 1954 permaneció en el bolsillo interior de su abrigo; nadie sabía que la llevaba.

Cuando salió, el sol ya estaba alto.

Regresó al hospital.

Carmen Ferrer había llegado. Era una mujer baja, con el cabello oscuro salpicado de canas. Al ver a Silvestre, supo quién era sin que nadie se lo dijera.

—Usted es Amat.

—Sí.

Lo abofeteó.

Alèxia dio un paso. Silvestre levantó una mano.

Carmen respiraba con dificultad.

—Mi marido desapareció por meterse donde no debía y ahora mi hijo recibe un tiro haciendo lo mismo.

—Lo siento.

—No me diga eso.

—De acuerdo.

—¿Va a vivir?

—Los médicos creen que sí.

La mujer cerró los ojos.

Cuando los abrió, lloraba.

—Él habla de usted.

Silvestre no supo qué responder.

—Dice que es un buen policía.

La frase dolió más que la bofetada.

—Se equivoca.

Carmen lo miró con desprecio.

—No haga eso.

—¿Qué?

—No use a mi hijo para castigarse también.

Silvestre quedó inmóvil.

Otra persona que lo veía con demasiada claridad.

—Si sale de esta, hará lo que quiera —continuó Carmen—. No soy dueña de su vida.

Silvestre pensó en Berrocal. En las formas de paternidad que confundían amor con propiedad.

—No —dijo—. No lo es.

Al amanecer, el cirujano salió.

Ventura viviría. La bala no había tocado las arterias principales.

Silvestre se sentó por primera vez en horas.

Alèxia le puso una mano en el hombro.

No dijo nada.

El silencio ya no era siempre cobardía.

A veces era simplemente lo único que quedaba cuando las palabras habían dejado de ser útiles.

Ventura despertó al mediodía.

Silvestre estaba sentado junto a la cama.

—¿Me he muerto? —preguntó el joven.

—No.

—Entonces esta habitación es demasiado fea.

Silvestre casi sonrió.

—¿Baeza? —preguntó Ventura.

—Vivo. Custodiado.

—¿El otro?

—Escapó con la cámara.

—¿Las pruebas?

—Alèxia conservó las copias. La mayor parte.

Ventura cerró los ojos un momento.

—Entonces ha salido bien.

Silvestre lo miró incrédulo.

—Te han disparado.

—He dicho bien, no perfecto.

—Podías haber muerto.

—También cruzando la calle.

—No digas estupideces.

Ventura volvió a abrir los ojos.

—¿Eso le pasa? ¿Cada vez que alguien cerca de usted puede morir vuelve a tener diecisiete años?

Silvestre sintió el golpe.

—No soy Marcos —añadió Ventura.

—Ya lo sé.

—Lo entiende. No es lo mismo.

Silvestre miró la venda del hombro.

—Cuando caíste tuve miedo.

—Yo también. Estaba ocupado sangrando, pero tuve bastante.

—Lo siento por haberte metido en esto.

Ventura negó con cuidado.

—Yo entré.

—Yo abrí la puerta.

—Y yo crucé.

Silvestre recordó las palabras de Remei sobre apropiarse del dolor ajeno.

—Voy a dejar la policía —dijo Ventura.

—¿Por el disparo?

—No. Porque ya encontré lo que vine a buscar.

—¿A tu padre?

—No. Encontré cómo pudo desaparecer.

La respuesta fue peor.

Ventura miró hacia la ventana.

—Pensé que habría un archivo con su nombre y alguien me diría qué pasó. Ahora sé que puede que no exista. O que alguien lo tirara. O que diez personas sepan una décima parte cada una.

—Eso no es una respuesta.

—Es una forma de verdad.

Silvestre no discutió.

Noguera llegó poco después. Había oído la llamada de un agente herido y apareció sin que nadie lo hubiera enviado.

—He hablado con la patrulla de la marisma —dijo—. El detenido se llama Julián Baeza. Ex policía. Lo expulsaron hace tres años.

—¿Por qué?

—Cobros, extorsión. Nada que pudiera probarse del todo. Terminó trabajando para seguridad privada. Llevaba una tarjeta de Terralta.

Silvestre pensó en el papel encontrado en su bolsillo: la dirección de Feliciana, el nombre de Eusebio Roca, el número de un coche.

—¿Eso figura en el parte?

Noguera lo miró.

—La tarjeta, sí.

—Lo demás no importa.

—Amat, ¿qué demonios está pasando?

Silvestre observó al hombre. Durante años lo había considerado mediocre. Quizá mediocre era solo otra forma de decir que aún no había tenido que elegir.

—¿Quieres saberlo de verdad?

Noguera tardó.

—Sí.

Silvestre le contó lo suficiente: Berrocal, Rosalinda, Castany, Mercadal, los informes alterados, la fotografía de la cacería.

Noguera palideció.

—Mercadal no puede…

—Puede.

—Tengo dos hijos.

—Ya.

—Una hipoteca.

—Ya.

—No soy un héroe.

—Nadie te lo ha pedido.

Noguera se levantó.

—Sí. Me lo estás pidiendo ahora mismo.

Silvestre negó.

—Te estoy pidiendo que decidas qué haces con lo que sabes.

Noguera se marchó sin despedirse.

Aquella tarde volvió con una copia al carbón de una declaración de octubre de 1977 que debería haber estado en el expediente de Rosalinda.

—La encontré donde no debía estar —dijo.

—¿Quién la tomó?

Noguera señaló la firma.

Silvestre reconoció el apellido de un subordinado de Mercadal.

Rosalinda había acudido a la comisaría. Había dicho que la seguían. Había pedido ayuda.

Silvestre ya conocía el hecho por Mercadal. Verlo mecanografiado, con fecha y firma, lo volvía más difícil de relegar al terreno de una confesión privada.

Era papel.

—Si entregas esto —dijo—, te señalarán.

Noguera tragó saliva.

—Ya.

—Puedes marcharte.

—También.

No se movió.

Remei recibió dos días después la notificación de apertura de expediente disciplinario por «irregularidades graves en la custodia y reproducción de documentación forense».

La leyó junto a la máquina de café.

—Al menos escriben bien cuando quieren fastidiarte.

Silvestre tomó la hoja.

—Puedo declarar que te lo pedí yo.

—No.

—Es verdad.

—Parte de la verdad. Hice las copias porque quise.

—Podrían inhabilitarte.

—Podrían.

—¿Y si ocurre?

Remei bebió un sorbo y torció el gesto.

—Buscaré trabajo.

—No debería ser así.

—Muchas cosas no deberían.

Silvestre le devolvió la hoja.

—No pareces asustada.

—Claro que lo estoy. Tengo alquiler. Una madre mayor. Me gusta mi trabajo. No soy una mártir.

—Entonces ¿por qué sigues?

Remei lo miró.

—Porque preocuparme no cambia lo que vi.

Dobló la notificación.

—Eso es lo que no entienden. Creen que el miedo modifica los hechos.

—A veces modifica lo que hacemos con ellos.

—Sí. Y esa es la única parte que podemos elegir.

Mercadal apareció en el hospital al tercer día.

Silvestre lo vio desde el extremo del pasillo. El comisario caminaba sin escolta y sin la seguridad habitual. Parecía haber envejecido desde la conversación de su despacho.

—¿Cómo está Ferrer? —preguntó.

—Vivirá.

Mercadal asintió.

—Bien.

—¿A eso has venido?

—También.

Sacó un papel doblado del bolsillo.

—Baeza empezó haciendo trabajos para Castany. Vigilancias, cobros, cosas que no querían pasar por una empresa. Después trabajó para Terralta.

—Eso ya lo sé.

—Eusebio Roca tiene familia en Perpiñán.

Silvestre no tomó el papel.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hice preguntas.

—¿Ahora?

Mercadal sostuvo su mirada.

—Sí.

—Rosalinda necesitaba que las hicieras antes.

El comisario bajó la mano.

—Lo sé.

Era la primera vez que pronunciaba esas dos palabras sin intentar administrarlas.

Silvestre cogió finalmente el papel. Una dirección y un apellido francés.

—¿Está allí?

—No lo sé.

—¿Quién te dio esto?

—No preguntes.

Silvestre soltó una risa seca.

—Sigues queriendo ayudar controlando qué parte de la ayuda puede conocerse.

—Es la única forma que sé.

—Entonces aprende otra.

Mercadal miró hacia la habitación de Ventura.

—Cuando avisaron de que un agente joven estaba herido pensé en ti en 1974.

—No te atrevas a convertir esto en una preocupación por mí.

—No lo hago. Pensé en todo lo que hice para que siguieras dentro. En las sanciones que frené. En Aranda. En los informes.

Silvestre apretó el papel.

—Me hiciste útil.

—Sí.

La respuesta llegó sin defensa.

—Y ahora no sé si te ayudé o simplemente conseguí que tardaras más en ver dónde estabas.

Silvestre no esperaba aquella frase. Precisamente por eso desconfió de ella.

—No me pidas perdón.

—No iba a hacerlo.

—Bien.

Mercadal se volvió para marcharse.

—Zenón.

El comisario se detuvo.

—¿Quién disparó a Rosalinda?

—No lo sé.

—¿Quién la llevó a la marisma?

—Creo que Eusebio condujo. Baeza pudo estar. Castany organizó el traslado.

—¿Y Berrocal?

Mercadal tardó.

—Sabía suficiente.

La expresión le produjo a Silvestre más asco que una acusación directa.

Suficiente.

Toda la novela del encubrimiento podía caber en esa palabra.

Nadie necesitaba saberlo todo.

Bastaba con que cada cual supiera lo suficiente para elegir no preguntar el resto.

—Decláralo —dijo Silvestre.

Mercadal negó.

—No puedo.

—No quieres.

—Puede.

Se marchó.

Silvestre guardó la dirección de Perpiñán. Semanas más tarde intentarían comprobarla. Eusebio ya no estaría allí.

Otra pista llegada con el retraso exacto para parecer ayuda sin llegar a ser justicia.

Antes de que Ventura recibiera el alta, Feliciana fue a verlo. Llegó con una bolsa de fruta y un abrigo oscuro demasiado grande.

—Me han dicho que le dispararon por mi hija —dijo.

Ventura miró a Silvestre.

—No exactamente.

—Mejor.

Se sentó junto a la cama.

—No quiero que nadie diga que hizo cosas por Rosalinda que ella no pidió.

Silvestre sintió la frase como una corrección dirigida también a él.

—Entonces me dispararon porque yo estaba allí —dijo Ventura.

—Eso sí me sirve.

Feliciana sacó una naranja.

—A Rosa no le gustaban.

Silvestre la miró sorprendido.

—Ya me lo dijo.

—Lo sé. Por eso la he traído.

Peló la fruta y ofreció un gajo a Ventura.

—Para que al menos una cosa de ella no tenga que ser triste.

Hablaron del hospital, del café de la máquina, del perro que seguía apareciendo en el piso de Silvestre. No hablaron de Berrocal.

Al marcharse, Feliciana se volvió hacia el inspector.

—No convierta a este chico en otra deuda.

Silvestre miró a Ventura.

—Estoy intentando no hacerlo.

—Intente mejor.

Cuando la mujer se fue, Ventura sonrió.

—Me cae bien.

—A todo el mundo le caes bien cuando puede mandarme a mí.

—Eso ha sido casi humor.

Silvestre negó con la cabeza.

La habitación quedó en silencio.

Por primera vez desde el disparo, ese silencio no pareció una ausencia.

Pareció descanso.

CAPÍTULO 35 — UN CASO ARCHIVADO

El sello judicial cayó sobre el expediente el 30 de junio de 1978.

ARCHIVO PROVISIONAL POR FALTA DE INDICIOS SUFICIENTES.

La frase ocupaba una línea.

Todo lo demás ocupaba vidas.

Silvestre leyó la resolución en un despacho que ya no era suyo. Llevaba semanas suspendido de funciones mientras se aclaraba lo ocurrido en la marisma y la paliza a Julián Baeza. Su arma había sido retirada. La credencial seguía en una caja de custodia. Nadie había decidido todavía si era un policía apartado o un hombre que ya no pertenecía a ninguna parte.

El nuevo comisario se llamaba Esteban Roca.

Cuarenta años, traje claro, modales educados, un vocabulario lleno de palabras que no se usaban allí cuando Silvestre entró en el cuerpo: profesionalización, garantías, confianza ciudadana, reforma.

Roca dejó la resolución sobre la mesa.

—Lo siento.

Silvestre la volvió a leer.

—No es culpa suya.

—No he dicho eso.

—Ya.

El expediente principal quedaba archivado. El incidente de la marisma se tramitaba por separado. Baeza reconocía haber acudido al lugar por encargo de una empresa de seguridad, pero sostenía que solo pretendía recuperar documentación «obtenida de forma ilícita». Negaba haber disparado a Ventura. Aseguraba que el segundo hombre había sido contratado por otra vía y que no conocía su nombre.

El arma que hirió al joven no apareció.

La cámara desapareció aquella noche.

Las fotografías previas de la conducción y del pozo se perdieron con ella.

La hebilla, el fragmento de tela y el botón oscuro llegaron al laboratorio, pero ninguno podía vincularse de manera concluyente con Rosalinda. El hilo encontrado bajo una uña del cadáver ya no estaba disponible para comparación. Las páginas arrancadas del informe forense seguían sin aparecer.

El papel con la dirección de Feliciana y la anotación **E. ROCA — coche 17** provocó otra discusión. Silvestre admitió haberlo retirado del bolsillo de Baeza antes de que llegara la patrulla. La defensa alegó contaminación y ruptura de custodia. Eusebio Roca no pudo ser localizado.

Había dejado el piso donde vivía.

También el trabajo.

Un cuñado dijo que se había marchado a Francia.

Nadie consiguió demostrarlo.

—No es que no haya cosas —dijo Roca—. Es que no forman una cadena.

Silvestre miró la carpeta.

—Forman una historia.

—Un juez necesita otra cosa.

—Lo sé.

Aquello era quizá lo que más le cansaba: lo sabía.

Nogués declaró que la pulsera había sido entregada a Feliciana por petición de Rosalinda, quien supuestamente quería devolverla antes de «ausentarse voluntariamente». Feliciana, sometida a interrogatorios repetidos y todavía medicada, dio dos versiones distintas sobre la fecha exacta.

Castany admitió haber gestionado un posible viaje al extranjero, pero aseguró que se trataba de una propuesta legal para evitar «conflictos familiares». Negó cualquier retención.

Berrocal reconoció ante el juez, en privado, que era el padre biológico. Negó haber ordenado secuestro, violencia o muerte. Presentó pagos efectuados durante años como prueba de que se había ocupado de Rosalinda.

Barnet consideró que esos mismos pagos podían interpretarse como ayuda familiar.

Mercadal fue trasladado a un puesto administrativo.

No sancionado.

Trasladado.

Remei recibió tres meses de suspensión por irregularidades en custodia documental y por elaborar un informe fuera del cauce jerárquico.

Bru Brion pidió jubilación anticipada.

Ventura presentó la baja voluntaria desde el hospital.

Álvaro Nogués siguió ejerciendo.

Josep Castany siguió ejerciendo.

Néstor Berrocal siguió construyendo.

Y Rosalinda siguió muerta.

Roca cerró la carpeta.

—Su expediente disciplinario puede resolverse favorablemente.

Silvestre levantó la vista.

—¿A cambio de qué?

—No es un intercambio. Se plantea un traslado.

—¿Dónde?

—Documentación. Pasaportes. Algo tranquilo.

Silvestre sonrió.

—Una salida.

—Sí.

—¿Para quién?

Roca no respondió.

Silvestre sacó del bolsillo la credencial de servicio que Casado le había devuelto esa mañana. La dejó sobre la mesa junto con la chapa en uso.

—No la necesito.

—Piénselo.

—Llevo pensándolo desde 1954.

—La policía está cambiando, Amat.

Silvestre miró el escudo metálico.

—Eso espero.

—Precisamente por eso hacen falta hombres con experiencia.

—Mi experiencia es parte del problema.

Roca se inclinó hacia delante.

—No puede responsabilizarse de todo lo que hizo la institución antes de usted ni durante usted.

—No lo hago.

—Entonces no entiendo.

Silvestre tardó.

—Me responsabilizo de lo que hice yo. Y de lo que elegí no ver cuando podía haber mirado un poco más.

—Eso no se arregla dimitiendo.

—No estoy arreglando nada.

La respuesta pareció desconcertar al nuevo comisario.

Silvestre empujó la credencial hacia él.

—Póngale el nombre administrativo que quiera.

—¿Renuncia?

—Ese sirve.

Roca tomó aire.

—Puede arrepentirse.

—Ya tengo práctica.

Salió del despacho sin esperar permiso.

En su mesa había una caja de cartón.

No guardaba muchas cosas. Una taza descascarillada. Dos bolígrafos. Un cenicero. La navaja vieja que había llevado al Segre siendo joven. Una fotografía de Alèxia y Jordi. El dibujo de una casa con un río azul que un niño había dejado entre papeles requisados en 1974 y que, por razones que nunca supo explicar, había terminado en uno de sus cajones.

Noguera apareció en la puerta.

—Pensaba que te ibas mañana.

—Yo también.

El sargento miró la caja.

—¿De verdad?

—Sí.

Noguera cerró la puerta.

Sacó un sobre del interior de la chaqueta.

—Coll guardaba copias de cosas que le parecían raras.

—¿Coll?

—Decía que los papeles oficiales servían para envolver bocadillos cuando dejaban de ser oficiales.

Silvestre tomó el sobre.

Dentro había una copia al carbón de una declaración fechada el 27 de octubre de 1977.

ROSALINDA VEGA SERRANO.

La muchacha afirmaba que Néstor Berrocal era su padre y que personas de su entorno la estaban presionando para que firmara una renuncia. En la última línea se leía:

Solicita hablar con funcionario distinto por considerar que puede existir relación entre el señor Berrocal y mandos de esta dependencia.

Silvestre dejó de leer.

—¿Dónde estaba esto?

—Entre partes viejos.

—¿Mercadal lo sabía?

Noguera miró hacia el pasillo.

—Mercadal sabía casi todo.

—¿Por qué me lo das ahora?

—Porque ya te vas.

—Eso no es una razón.

Noguera apretó los labios.

—Porque yo estaba de servicio el día que vino la chica.

Silvestre esperó.

—La vi salir con Castany —continuó—. Pensé que sería un asunto de familia. Después desapareció. Luego apareció muerta. Y no dije nada.

—¿Por qué?

—Porque Mercadal dijo que estaba controlado.

Silvestre sintió cansancio, no rabia.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no lo está.

—Nunca lo estuvo.

Noguera asintió.

—Ya.

Silvestre hizo una copia antes de entregar el documento al juzgado. Barnet incorporó la hoja como diligencia tardía y sostuvo que su autenticidad no podía acreditarse con seguridad. Coll estaba enfermo y afirmó no recordar cuándo la había copiado. Mercadal dijo que nunca había visto aquel carbón.

El caso no se reabrió.

Durante unos días Silvestre sintió una furia infantil ante la idea de que una prueba pudiera aparecer demasiado tarde.

Después entendió que no era demasiado tarde.

Era el sistema funcionando a su tiempo.

Una semana después visitó a Ventura.

El joven ya caminaba sin bastón, aunque movía el hombro con cautela. Había perdido peso.

—Mi madre está encantada —dijo—. Dice que por fin tengo un trabajo que no me puede matar.

—¿Qué trabajo?

—Mi tío me mete en un almacén.

—Puede matarte.

—No tan institucionalmente.

Silvestre lo miró.

Ventura sonrió.

—Eso sí era una broma.

—Mala.

—Estoy practicando.

Se quedaron en silencio.

—He oído lo de la renuncia —dijo el joven.

—Las noticias vuelan.

—¿Y ahora qué?

—Buscaré trabajo.

—¿En qué?

—En algo donde no me den una placa.

Ventura bajó la vista hacia la cicatriz.

—No fue culpa suya que me dispararan.

Silvestre tardó en responder.

—No digas eso.

—Yo fui porque quise.

—Eso es verdad.

—Y el otro también.

—¿Cuál?

—Que usted no apretó el gatillo.

Silvestre miró por la ventana del hospital.

—Las verdades pueden coexistir sin absolverse.

Ventura se rio suavemente.

—Ya habla como Remei.

—Eso sí es preocupante.

El joven extendió la mano.

Silvestre se la estrechó.

—¿Lo volvería a hacer? —preguntó Ventura.

—¿La investigación?

—Todo.

Silvestre pensó en Remei suspendida, en Alèxia vigilada, en Feliciana obligada a recordar cada detalle, en Baeza inconsciente bajo sus puños, en la bala atravesando el hombro de Ventura.

—No sé.

El joven frunció el ceño.

—Esperaba que dijera que sí.

—Por eso te digo que no sé.

—¿Y Rosalinda?

Silvestre lo miró.

—Rosalinda no necesita que convierta lo que hicimos en algo noble.

Al salir encontró a Remei esperándolo junto a una máquina de café.

—Tres meses —dijo ella.

—Lo sé.

—He tenido castigos peores.

—¿Cuáles?

—Conocerte.

Silvestre levantó una ceja.

Remei permitió que una sonrisa mínima apareciera y desapareciera.

—¿Has entregado la placa?

—La de servicio.

—¿Hay otra?

Silvestre metió la mano en el bolsillo interior y sacó la vieja chapa de 1954.

—Nadie se acordó de esta.

Remei la sostuvo un segundo.

—Pesa poco.

—Mi padre dijo lo mismo.

Se la devolvió.

—¿Qué harás con ella?

—No sé.

—Tienes demasiados «no sé» últimamente.

—Estoy mejorando.

Caminaron hasta la calle.

—Alèxia ha distribuido copias —dijo Remei—. A una asociación de vecinos, a dos abogados, a Reverter y a un profesor de la universidad.

—¿Servirá?

—Probablemente no.

Silvestre asintió.

—Bien.

—¿Bien?

—Estoy aprendiendo a hacer cosas aunque no sirvan.

Remei lo miró.

—Eso se llama vivir.

—No exageres.

Se detuvieron en la esquina.

No se abrazaron.

Remei le tocó el brazo.

—Rosalinda existió.

—Sí.

—Eso no es poco.

—Tampoco es suficiente.

—Nunca lo es.

Se marchó.

Silvestre quedó solo con la vieja placa en el bolsillo.

Durante julio, el nombre de Rosalinda volvió a aparecer en lugares pequeños.

Una asociación de vecinos del Besòs publicó un boletín de cuatro páginas. En la última había un texto titulado **ROSALINDA VEGA, QUINCE AÑOS**.

No acusaba a Berrocal.

No podía.

Enumeraba fechas.

8 de noviembre de 1977: desaparición.

Denuncia.

14 de febrero de 1978: hallazgo del cuerpo.

Incineración.

Archivo.

Al final, una frase:

NO SE FUE. ESTUVO AQUÍ.

La tirada fue de quinientos ejemplares.

La mayoría acabó en buzones, mesas de bar o papeleras.

Silvestre guardó uno.

Feliciana también.

La visitó por última vez a finales de verano.

Había dejado los sedantes. Parecía más cansada y, al mismo tiempo, más presente.

Sobre la mesa estaba el boletín.

—Al menos han puesto bien la edad —dijo.

Silvestre no supo si era una broma.

—Le traigo copias.

Dejó un sobre: la declaración de octubre, partes del informe de Remei, fotografías de la libreta, la resolución de archivo.

Feliciana lo miró.

—¿Para qué quiero la resolución?

—No lo sé.

—Quiero saberlo.

Silvestre pensó.

—Para que nadie pueda contarle otra versión dentro de diez años.

La mujer abrió el sobre.

—¿Quién la mató?

Era la pregunta que él había temido.

—No lo sé.

—¿Berrocal?

—No puedo demostrarlo.

—No le he preguntado qué puede demostrar.

Silvestre miró la mesa.

—No sé quién puso las manos sobre ella al final.

—¿Y quién la encerró?

—Personas de su entorno. Nogués, Castany, empleados de Terralta. Mercadal supo que estaba retenida y no la sacó.

Feliciana cerró los ojos.

—¿Su padre sabía?

—Sabía suficiente.

La misma frase que había perseguido a Silvestre durante años.

Feliciana asintió.

—Entonces ya está.

—No.

—Para mí sí.

—No hubo condena.

La mujer levantó la vista.

—Inspector, usted sigue creyendo que las cosas existen cuando un juez les pone sello.

Silvestre recibió el golpe.

—Ya no soy inspector.

—Mejor.

Durante un momento ninguno habló.

—¿La buscó? —preguntó Feliciana.

—Sí.

—¿De verdad?

Silvestre pensó en todas las veces que había llegado tarde.

—Sí.

La mujer asintió.

No dijo gracias.

Él lo agradeció.

En la puerta, Feliciana lo llamó.

—Amat.

Se volvió.

—No haga de mi hija otra forma de castigarse.

Silvestre sintió una resistencia inmediata.

—No hago eso.

Feliciana lo miró como si estuviera cansada de hombres que mentían mal.

—Claro.

Cerró la puerta.

Durante años recordaría aquella palabra.

No como perdón.

Como advertencia.

En septiembre encontró trabajo llevando contabilidad sencilla y recados para una pequeña empresa de suministros. Ganaba menos. Dormía algo mejor. Algunos días no pensaba en la comisaría hasta la tarde.

Otros, al despertar, buscaba la placa en la mesilla antes de recordar que ya no estaba de servicio.

La vieja chapa de 1954 seguía en un cajón.

No la tiró.

Todavía no.

Durante el otoño hubo dos procedimientos distintos sobre la marisma y ninguno preguntó realmente lo mismo.

El primero investigaba el disparo a Ventura. El segundo, la paliza a Baeza. Rosalinda aparecía en ambos como antecedente, casi como una circunstancia meteorológica.

Silvestre declaró tres veces.

En la primera sesión le preguntaron por qué había acudido de noche a una propiedad vinculada a Terralta sin orden judicial.

—Porque teníamos indicios de que podían destruir pruebas.

—¿Qué indicios?

Silvestre enumeró la maqueta, el libro de Brion, la llave entregada a Teresa, las referencias del diario.

El instructor tomó notas.

—¿Disponía de autorización?

—No.

La palabra pareció pesar más que todo lo anterior.

En la segunda sesión hablaron de Baeza.

—¿Reconoce haberlo golpeado cuando ya estaba en el suelo?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—No lo sé.

—¿Perdió el control?

Silvestre pensó en Alèxia agarrándole el brazo.

—Sí.

Su abogado le había aconsejado evitar aquella palabra.

No la retiró.

En la tercera sesión preguntaron por Mercadal. Silvestre entregó su relato escrito de la conversación. El instructor lo leyó y apoyó las hojas sobre la mesa.

—El señor Mercadal niega haber formulado estas afirmaciones en esos términos.

—Claro.

—¿Tiene testigos?

—No.

—Entonces comprenderá la dificultad.

Silvestre miró la pared.

—La llevo comprendiendo desde febrero.

Noguera terminó declarando sobre la hoja encontrada fuera del expediente y sobre la presencia de Rosalinda en comisaría. Le abrieron una información reservada por acceso indebido a documentación.

—Mi mujer dice que soy imbécil —le contó a Silvestre en un café.

—Tiene criterio.

—También dice que, si me echan, te mande a ti las facturas.

—Eso ya es menos razonable.

Noguera sonrió. Luego se puso serio.

—No sé si sirvió de algo.

—Quedó escrito.

—Eso dices mucho.

—Porque durante años vi lo que pasa cuando no queda escrito.

El agente removió el café.

—¿Y si nadie lo lee?

Silvestre miró por la ventana.

—Entonces al menos tendrán que decidir no leerlo.

La diferencia era mínima.

Seguía importándole.

La asociación de vecinos imprimió quinientos folletos con el nombre de Rosalinda y una frase sencilla: **NO SE FUE. ESTUVO AQUÍ.** No acusaban a Berrocal ni a Mercadal. No podían. Contaban las fechas conocidas: desaparición, denuncias, visita a comisaría, hallazgo del cuerpo, archivo.

Los repartieron en mercados, bares y portales.

Una mañana Silvestre encontró uno pegado frente a la antigua comisaría.

Alguien había escrito debajo: **¿Y QUIÉN LA ESCUCHÓ?**

A mediodía el papel había sido arrancado.

Quedó un rectángulo más limpio en la pared.

Silvestre lo contempló durante varios segundos.

Las superficies limpias seguían diciéndole demasiado.

En diciembre, España votó una Constitución.

Silvestre siguió los resultados por la radio del bar Soler. Anselmo le sirvió café.

—¿Y? —preguntó el tabernero.

—¿Y qué?

—¿Ha cambiado el país?

Silvestre miró alrededor.

Unos celebraban. Otros discutían. Un hombre leía el periódico sin participar.

—Hoy ha cambiado una ley importante.

—No es lo mismo.

—No.

Anselmo limpió un vaso.

—Antes habrías dicho algo más amargo.

—Estoy cansado.

—Eso también cambia a la gente.

Silvestre bebió el café.

No quería usar a Rosalinda para explicar un país entero.

Eso también sería reducirla.

Había sido una muchacha de quince años asesinada después de pedir ayuda.

El Estado, la Transición, los constructores y los jueces eran parte de la historia porque habían determinado lo que ocurrió y lo que no ocurrió después.

Pero Rosalinda no había muerto para representar nada.

Había muerto porque personas concretas tomaron decisiones concretas y otras eligieron no interrumpirlas.

Aquella diferencia empezó a importarle.

En enero de 1979 recibió una carta de Ventura.

Trabajaba en el almacén de su tío. Su madre seguía cocinando mal el arroz. Había empezado a estudiar por las noches para presentarse a unas oposiciones administrativas.

Al final escribió:

No sé si hice bien entrando en la policía. Tampoco sé si hice bien saliendo. Supongo que usted diría que no saberlo es más honrado. No se acostumbre: sigo pensando que a veces usa la duda para esconderse.

Silvestre sonrió.

Guardó la carta junto al boletín de Rosalinda.

La placa vieja permaneció en otro cajón.

Separada.

Como debía estar.

El caso estaba archivado.

La historia no.

EPÍLOGO — EL AGUA QUE NO OLVIDA (II)

Besòs, verano de 1990

Silvestre volvió al río a media tarde.

No al punto exacto donde habían encontrado a Rosalinda. Ese lugar ya no existía. El cauce estaba encauzado, varias chimeneas habían desaparecido del horizonte y las orillas tenían barandillas donde antes solo había barro, juncos y restos de fábrica. La depuradora llevaba años funcionando. El olor de 1978 ya no ocupaba el aire con la misma violencia.

A ratos llegaba combustible.

A ratos, barro caliente.

Pero había gaviotas.

Un hombre corría con pantalón corto junto al cauce. Dos niños perseguían una pelota. Una pareja discutía al lado de unas bicicletas apoyadas contra la barandilla.

El Besòs parecía otro río.

Silvestre sabía que no lo era.

Tenía sesenta años y caminaba más despacio. Hacía tanto que no bebía que había dejado de contar los días. Al principio cada jornada sobria necesitó una marca. Luego comprendió que medir la vida por la ausencia de alcohol seguía concediéndole al alcohol demasiado espacio.

Con la culpa ocurrió algo parecido.

No desapareció.

Aprendió a no pedirle que explicara todas las cosas.

Se sentó en un banco.

Una muchacha pasó en bicicleta. Tendría quince o dieciséis años, el pelo oscuro sujeto con una goma y una carpeta azul bajo el brazo. El cuerpo de Silvestre reaccionó antes que el pensamiento: una contracción breve, antigua, debajo del esternón.

No se parecía a Rosalinda.

Ninguna muchacha tenía por qué parecerse a una muerta.

La vio alejarse hasta que dejó de distinguirla entre otros ciclistas.

Cinco minutos después regresó apresurada. Había olvidado una hoja sobre el banco.

—Perdone.

Silvestre se apartó.

—Es tuya.

—Gracias.

La muchacha cogió el papel y volvió a marcharse.

Nada más.

Años atrás él habría buscado un significado. El nombre. Una coincidencia. La posibilidad de que aquella escena dijera algo sobre Rosalinda, Marcos o él mismo.

Aquella tarde pudo dejarla ir.

Sacó la fotografía que llevaba en la cartera.

Rosalinda miraba a la cámara con la expresión tensa de la fotografía escolar. El papel se había amarilleado y una esquina estaba a punto de desprenderse. Silvestre tardó años en aprender a ver allí a la muchacha y no al cadáver.

Le gustaba dibujar ropa.

Debía dinero a Teresa por un pintalabios.

Quería viajar a Lisboa.

Odiaba las lentejas.

Había aprendido tarde a montar en bicicleta y había mentido para que nadie se riera.

Tenía quince años, era capaz de herir a su madre con una frase y escribirle después una nota de disculpa. Deseaba una vida más grande que el barrio y cometió el error de creer que un padre rico podía ser una puerta.

Silvestre guardó la fotografía.

No había venido a arrojarla.

Entre 1978 y aquella tarde, el caso había reaparecido de vez en cuando sin llegar nunca a regresar del todo.

En 1982 una periodista encontró el folleto de la asociación vecinal y llamó a Silvestre. Quería escribir sobre menores desaparecidas durante la Transición.

—No convierta a Rosalinda en una cifra —le dijo él.

—Necesito contexto.

—Contexto no significa sustituir una vida por un fenómeno.

La periodista publicó una pieza breve. El periódico no quiso nombrar a Berrocal. Sí mencionó la visita de Rosalinda a una comisaría, las irregularidades del informe forense y el archivo de la causa.

Feliciana compró seis ejemplares.

Silvestre lo supo porque recibió uno por correo. En el margen, la madre había escrito:

Al menos esta vez han puesto su nombre bien.

Guardó el recorte durante años y acabó entregándoselo a una asociación de vecinos junto con una copia del informe de Remei. Había empezado a desconfiar de su tendencia a conservar cosas como si custodiar objetos equivaliera a responder por los muertos.

En 1985 murió Álvaro Nogués.

La esquela ocupó media columna: abogado, esposo, padre, asesor de empresas, hombre respetado. Silvestre la recortó de manera automática. La sostuvo unos minutos sobre la mesa y después la rompió.

No por rabia.

Porque no quería otro archivo privado donde los vivos y los muertos dependieran de lo que él decidiera guardar.

Mercadal se jubiló sin proceso penal.

Silvestre oyó que enfermó. No fue a verlo.

Durante un tiempo pensó que aquella negativa era una forma de castigo. Más tarde admitió que era algo menos noble: no sabía qué habría dicho si se hubiera sentado frente a él. O qué parte de la deuda antigua habría vuelto a sentir al verlo debilitado.

Néstor Berrocal murió en 1987 en una clínica privada. La esquela fue todavía mayor que la de Nogués. Empresario. Benefactor. Padre de familia.

Silvestre la leyó en un bar.

No la recortó.

Terralta sobrevivió a su fundador. Algunas promociones prosperaron y otras se hundieron en pleitos, cambios de planeamiento y deudas. La parcela de la marisma cambió de proyecto varias veces. Nada en aquellos fracasos se parecía a una sentencia.

Silvestre dejó de esperar que el mundo produjera simetrías morales por sí solo.

Remei continuó en el Instituto después de la suspensión. Nunca recuperó ciertas posibilidades de ascenso. Cuando él se lo mencionaba, ella decía que tampoco las había querido.

—Eso es media verdad —le respondió una vez.

—Las medias verdades son las únicas que soportas cuando no puedes detenerlas.

Seguían viéndose poco.

Habían aprendido a hablar de cine, de comida, del dolor de espalda y de la gente que envejecía alrededor. Rosalinda aparecía algunas veces. Nunca ocupaba toda la conversación.

Ventura no volvió a la policía.

Trabajó en un almacén, estudió por las noches y terminó aprobando unas oposiciones administrativas. Escribió a Silvestre cada Navidad durante casi una década. En varias cartas hablaba de su padre. No encontró un cuerpo, pero consiguió documentos que demostraban que había permanecido detenido más tiempo del reconocido oficialmente.

Una fecha.

Un registro de entrada.

Una firma que contradecía otra.

Ventura escribió: **No es mucho, pero ya no pueden decir que me lo inventé.**

Silvestre entendió exactamente cuánto podía pesar una fecha.

Alèxia siguió en Lleida.

La tregua entre los dos dejó de necesitar ese nombre. Se llamaban sin motivo. Silvestre conoció mejor a Jordi. Algunas Navidades las pasaron juntos. Otras no. Nunca celebraron una ceremonia de perdón ni hablaron de reconciliación.

Un día Alèxia mencionó a Marcos porque recordó cómo escondía caramelos dentro de una caja de betún.

Silvestre se rió.

Solo después comprendió que habían pronunciado el nombre sin que apareciera el río.

El perro de la marisma terminó viviendo con él.

Durante meses se negó a ponerle nombre. Una tarde, cansado de llamarlo «perro», dijo Riu casi sin pensar.

Río.

Le pareció una mala idea.

El animal respondió.

Riu murió en 1989, viejo y casi ciego. Silvestre lo enterró en un terreno de Alèxia, debajo de un almendro. Se sorprendió buscando un lugar lejos del agua y comprendió que todavía trataba a los ríos como si pudieran tener intención.

No la tenían.

El Segre no había querido a Marcos.

El Besòs no había querido a Rosalinda.

El agua hacía lo que hace el agua.

Feliciana murió un año antes que el perro.

Alèxia acompañó a Silvestre al entierro. Una sobrina de Feliciana se acercó después de la ceremonia con una caja pequeña.

—Mi tía dijo que usted sabría qué hacer.

Dentro estaban la tira de fotomatón de Rosalinda, una horquilla, dos cartas y una naranja de plástico de un llavero barato.

Silvestre sintió rechazo.

Otra vez alguien le entregaba restos y esperaba que decidiera qué debía sobrevivir.

—No —dijo.

La sobrina creyó que no había entendido.

—Era para usted.

—No. Es de ustedes.

Sacó únicamente una copia de la fotografía que Feliciana había preparado y devolvió la caja.

—Guárdenla, tírenla, repártanla. Hagan lo que quieran. Pero que la decisión sea de la familia.

La mujer lo miró extrañada.

Silvestre no explicó más.

Rosalinda había pasado demasiado tiempo siendo administrada por otros.

Aquella tarde de 1990 llevaba su fotografía en la cartera y la vieja placa de 1954 en el bolsillo.

Dos objetos.

Solo uno le pertenecía realmente.

Se levantó del banco y caminó hacia la barandilla.

Un hombre mayor se detuvo a su lado con una bolsa de pan.

—Ha cambiado mucho —dijo mirando el cauce.

—Sí.

—Antes esto apestaba.

Silvestre asintió.

—Sí.

—Ahora hasta vuelven los pájaros.

El hombre siguió andando.

Silvestre se quedó frente al agua.

No era negra como en febrero de 1978. Tampoco transparente. Llevaba reflejos marrones, verdes y plateados. Una botella giró junto a una piedra antes de soltarse y seguir corriente abajo.

Metió la mano en el bolsillo.

La chapa estaba fría pese al verano.

La sacó.

El esmalte tenía arañazos. Los bordes se habían gastado. En el reverso aún podía leerse, con esfuerzo:

SILVESTRE AMAT FERRAGUT.

Cuando se la entregaron tenía veintitrés años. Celestino la sostuvo en la palma y dijo que pesaba poco.

Silvestre había tardado treinta y seis años en darle la razón.

El metal pesaba poco.

Todo lo demás lo había puesto él.

Pensó en el expediente por última vez sin ordenar mentalmente las pruebas.

No sabía quién había dado el golpe final a Rosalinda.

Sabía que Nogués participó en la retención. Que Castany organizó movimientos y silencios. Que Eusebio condujo. Que Mercadal vio a la muchacha viva cuando aún podía haberla sacado y decidió esperar. Que Berrocal conocía lo necesario y había dedicado su vida a mantener una distancia exacta entre sus deseos y las manos que los ejecutaban. Sabía que Barnet convirtió dudas en puertas cerradas y que él mismo había trabajado media vida en una institución donde una omisión podía adquirir aspecto de procedimiento.

No necesitaba inventar el dato que faltaba para que todo lo demás fuera cierto.

Un niño se acercó a la barandilla unos metros más allá.

Su madre le agarró la mano antes de que trepara al bordillo.

Silvestre miró el gesto.

Durante décadas habría visto a Marcos.

Aquella tarde vio una mano sujetando otra mano.

Nada más.

Y fue suficiente.

Abrió los dedos.

La placa cayó.

Golpeó una piedra con un sonido pequeño, casi decepcionante, y desapareció bajo la superficie.

Silvestre esperó.

No se hizo más ligero.

No se perdonó.

No olvidó nada.

Simplemente dejó de tener una placa en la mano.

Se quedó unos segundos junto a la barandilla.

Después sacó la fotografía de Rosalinda y la miró una vez más antes de devolverla a la cartera.

Una muchacha.

No una deuda.

No una hija prestada.

No una explicación para Marcos.

Rosalinda Vega.

Quince años.

Había existido antes de que la encontraran muerta.

Silvestre se apartó del río y caminó hacia la ciudad.

No miró atrás hasta alcanzar el puente.

Desde allí el Besòs era una línea de agua avanzando hacia el mar, atravesando una ciudad llena de personas que ignoraban aquella historia. No necesitaban conocerla para que hubiera ocurrido.

Siguió andando.

Y sin embargo, el agua seguía ahí.

Como la culpa.

Como todo.

GRACIAS POR LEER

Gracias por acompañar esta historia hasta la última página. Para el autor y la editorial, que hayas dedicado tu tiempo a este libro ya es importante.

Si te apetece compartir tu experiencia, puedes dejar una reseña honesta en la tienda o plataforma donde adquiriste el libro. Tu opinión, sea cual sea, ayuda a otros lectores a decidir si esta historia es para ellos.

Para conocer otras obras, novedades y próximos lanzamientos, puedes visitar la web oficial.

https://victorulloa.atreyuediciones.net
